



S.G-16

6-10

B.P. de Soria



61113970
D-1 1428

ORÍGEN DE LAS NACIONES

9

2568

1042

ORÍGEN

DE

LAS NACIONES

POR

WALTER BAGEHOT

TRADUCIDO

POR D. P. ESTASSEN



BIBLIOTECA=PEROJO

MADRID

PARIS

CALLE DE PIZARRO, 15

19, RUE DE PROVENCE

(Derechos reservados)



1044

ORIGEN

LAS NACIONES

WALTER BAGHOT

POR D. P. ESTASSEN



BIBLIOTECA-PEROJO

MADRID | MADRID
CALLE DE PEREIRA, 15 | RUE DE PROVENCE

MADRID, 1877. Tipograf.-Estereotipia PEROJO.—Mendizabal, 64



WALTER BAGEHOT

La presente introduccion á la obra popular de Bagehot conocida con el nombre de *Leyes científicas del desenvolvimiento de las naciones en su relacion con las leyes de la seleccion natural y de la herencia*, contiene algunos datos que he podido recoger acerca la personalidad científica de Bagehot, nada ó casi nada nos dicen exclusivamente del ciudadano inglés Bagehot, y nada rezan con el hombre privado. Por lo que á mi objeto hace y por lo que respecta á la importancia que tiene este publicista como economista, como escritor político y hasta como filósofo, debo decir, que á mi entender, poco le importa al público saber si nació en Langport



en el condado de Somerset en la misma casa habitada por su padre Thomas Watson, ni si casó con la hija del ardiente sostenedor del *Anti Corn Law League*, el administrador de las rentas de la India, el muy venerable James Wilson, fundador de la acreditada revista *The Economist*; ni si murió á la edad de cincuenta y un años cumplidos sin haber alcanzado un puesto en los bancos de Westminster, idea que acarició durante algunos años y que nunca pudo ver realizada.

Mirabeau había dicho á un amigo suyo : «Si queréis hacer fortuna en el mundo, matad vuestra conciencia» (1); y cumpliéndolo al pié de la letra podía muy bien aquel tribuno francés merecer las adulaciones de sus amigos, el amor del pueblo y los favores de la córte. Con un cinismo que sabía sublimarse, le era fácil, muy fácil, amedrentar á sus contrarios y llamar á la barra al tímido ó ménos descarado que se le pusiera frente á frente. Mirabeau tenía el don de gentes, conoció su época y la posicion en que se encontraba. Tenía audacia y se lanzó al mundo de las aventuras y navegó en el mar de la política á todos vientos; para coronar su obra supo morirse á tiempo;

(1) *Mens de Brissot*, Bruselas 1830, t. III, c. 14, c. 18.

si tarda algunos meses más, da cuenta de él la guillotina. Esta audacia que le era habitual, las circunstancias extrañas que concurrieron en su vida, estos devaneos de la suerte que emponzoñaron su existencia, dan interes á su biografía. Un poeta, un político célebre, un hombre de mundo que se exhibe siempre y sabe cautivar la atención del público; un hombre audaz, un tipo original por sus rarezas y excentricidades, ofrecen en su vida variadísimos detalles que pueden miniarse, como lo ha hecho lord Macaulay con Warren Hastings y con el originalísimo Horacio Walpole. La vida de un pensador solitario y austero como Bagehot no ofrece atractivo; sólo tiene un vivísimo interes para la ciencia.

Si en vez de ser hombre de bufete, hubiese preferido ser hombre de antecámara, quizás en esta biografía no podríamos consignar rasgos tan relevantes como el que nos refiere Font de Fontpertuis (1) de que siendo director de la acreditada revista *The Economist*, y pudiendo utilizar la autoridad política y económica de que disfrutaba en beneficio propio, recomendando ciertas combinaciones financieras y dán-

(1) *Journal des Economistes*, pág. 228, número de Mayo de 1877.

doles la sancion de su científico prestigio, nunca consintió en hacerlo ni dió asentimiento para que se insertara una sola línea en este sentido en su periódico, como cosa denigrante é indigna de la mision que le estaba confiada y de la institucion del periodismo.

Este rasgo de probidad, elemento constitutivo de su carácter le ha valido grandes plácemes, especialmente de Mr. Cliffe Leslie, porque es de apreciar más, cuanto abunda ménos, hoy que el periodismo prodiga tanto incienso á precio corriente y se hace cómplice de negociaciones de interes mezquino, prostituyendo la ciencia y vendiendo la voz de la opinion en públicas plazas. En cambio, nuestro inglés ha merecido de los murmuradores el veredicto de la incapacidad. Faltábale audacia y encontrábanle á faltar elocuencia, y por esto querían mantenerle cerradas las puertas de Westminster; y como no era intrigante ni le inquietaba el aguijon de la codicia, tenían á bien suponer que le faltaba sentido práctico, aquellos individuos, los mismos quizás, que admiraban su sensatez, su gran tacto en los artículos del *The Economist*, *National Review* y de la *Fortnightly*, y que probablemente deseábanlo aprovechar en interes peculiar y propio.

En nuestros tiempos que, como en otros tiempos tanto se adora al dios Éxito, aparecen hombres como Maltus, del cual se decía que era mejor que sus obras, como Darwin que proclama la lucha por la existencia, y su trato es afable, y su amor al prójimo inextinguible, y como Bagehot cuyos escrúpulos en casos de honra son extremos y aplica los principios positivos de las ciencias naturales al estudio de la ciencia social, proclama la teoría de la evolución y no sabe conquistarse, pudiendo hacerlo, una posición que le asegure una ventaja sobre sus semejantes en la terrible concurrencia vital. Esto indica que las teorías modernas no están reñidas con el buen sentido moral, y chocan con la moralidad estrecha y reducida de alguna escuela particular ó de algún sistema demasiado parcial é incompleto.

Tal como está hoy la opinión, es muy fácil que la biografía de Bagehot no interese. De D. Álvaro de Luna, de Buckingham, de Godoy, conocemos los detalles de la vida. La de Bagehot, mil veces más importante en la historia de la humanidad que la de todas las damas de la corte de Luis XV, no puede interesar á la gran masa de población ignorante tanto como la de estas mujeres, por la sencilla razón de que lo interesante de Bagehot son las obras, y lo más

interesante de aquellas damas, lo único que trasciende y puede influir en el destino de las naciones, es la acción, es la vida. El público sólo busca, por regla general, algo que le alegre, algo que le ofrezca un interés de momento, un tipo á quien sea fácil imitar, ó una figura histórica que le será simpática porque resume sus vicios, sus preocupaciones, sus afectos, sus grandezas y sus miserias. De Wat y de Fulton sólo interesa al público ilustrado los resultados del invento, la esencia de éste y los detalles biográficos que con él se relacionan; de Darwin importa conocer las obras, no las peripecias de sus viajes; basta con saber cómo y cuándo observó la naturaleza, qué ocasiones le deparó el curso de su vida para dedicarse á esta observación, y qué resultados parciales influyeron en su mente para que ésta concibiera luego la feliz teoría con que hoy nos explicamos el origen de los diversos seres organizados; por esta razón ignoramos con quién casó; y de su familia sólo conocemos á su hijo Francisco, que tan excelentes monografías está publicando; á su abuelo Erasmo Darwin, autor de la célebre *Zoonomía*, escaseando ya desde este punto las noticias acerca la ilustre prosapia de sus descendientes naturalistas que por ley de herencia parece que se transmiten la facultad de la observación y la afición

á los estudios de historia natural, cualidad que se acumula en interes compuesto en las superpuestas aptitudes de sus individualidades científicas. La mayoría de los lectores ignoramos (á lo ménos yo lo ignoro) dónde nació Darwin; empero todos sabemos que ha viajado por las costas de la Patagonia y Tierra de Fuego, por la Australia y Nueva Zelanda, y ha visitado las islas Kecling, las islas Falkland y las de Cabo-Verde.

De un artista nos interesan los actos más recónditos de su vida. ¿Se trata de un poeta? en seguida preguntamos quién le inspiró. Nuestra curiosidad se extiende hasta saber si la dama que encendió el fuego del pintor ó del poeta se llama Beatriz ó Laura, la Fornarina ó la Bonna Lisa de Loconde. Cuando muera Sarah Bernhardt leeremos las biografías de Sarcey y René Delorme, al mismo tiempo que admiraremos el magnífico grupo *Après la Tempete*; buscaremos cuidadosamente en la cartera de sus apuntes el boceto de *Medea destrozando sus hijos*.

De una figura histórica nos interesa el conjunto, las producciones, los cuadros; las ideas vertidas en las obras no bastan, es menester conocer al individuo; y el público está impaciente por saber quién es el autor.

La accion individual, es, ha sido (y no sabemos

si lo será también en el porvenir), un medio tan eficaz en el movimiento de las naciones, como pueda haberlo sido la idea. Un tipo que sobresale entre la multitud que quiere imitarle, la arrastra en pos de sí y su acción cautiva; los designios son un mandato imperativo; su ejemplo es contagioso; su palabra una orden. La naturaleza humana tiene innato el instinto de imitación, y esto hace converger las fuerzas individuales hacia un fin social, y esta convergencia es una de las grandes causas de todos los fenómenos sociales. Jesús es una figura histórica que ha sabido llamar la atención universal; por esto, á pesar de no haber dejado nada escrito, conocemos minuciosamente la época y lugar de su nacimiento, su infancia, su predicación, su sacrificio y su muerte. El público sólo toma cariño á lo que ve, y especialmente á lo que ve muy de cerca; el vulgo, aquella parte del público que la constituyen la gran masa de las inferioridades y de las medianías, sólo le interesa lo que materialmente puede tocar y saborear á su antojo; por esto los grandes hombres de la historia no han sabido conquistarse el aura popular; por esto el pueblo no ama á los grandes científicos, mientras que le interesa una figura como César ó como Napoleón Bonaparte. Por lo que respecta á Jesús, el pueblo con-

templó de cerca aquella figura; pudo verle y tocarle; presenció sus padecimientos, y fué testigo de su muerte, se interesó vivamente por él, y no le olvidará jamás, ó á lo ménos tardará mucho en olvidarle. Tambien es verdad que desconocemos la historia de muchos filósofos griegos, siendo así que tenemos muy presentes sus obras. Es preciso, pues, que la historia haga justicia á unos y otros, aceptando lo que cada cual hizo en la obra comun de la civilizacion: los unos con las empresas acometidas durante su vida; los otros con las ideas útiles y procedimientos nuevos, adquiridos y divulgados para el mejor bienestar de la especie humana.

La accion excita la curiosidad; y este es el secreto de la avidéz de noticias sobre la vida de ciertos grandes hombres, á saber: que el relato de la accion habla al sentimiento, y la idea que contiene una obra se dirige únicamente á la inteligencia; pero en el fondo de todo esto hay un egoismo transcendental, que aparece como causa verdadera de este interes que inspira la vida de ciertas notabilidades históricas. Cada individuo se inclina á lo que se relaciona con su manera de pensar, ó con sus cualidades afines á las propias; y cada época da mayor ó menor importancia á las ideas que reflejan mejor sus aspiracio-

nes, sus deseos, sus necesidades. Las notabilidades científicas suelen anticiparse á su época; por ésto al cabo de algunos siglos inspira interes su historia, esto es, cuando llega el momento histórico cuyas aspiraciones cumple y cuyas necesidades interpretaba. Bagehot se ha anticipado á nuestros tiempos; y aún tardarán muy mucho los hombres políticos en aprovecharse de sus lecciones. Cuando la generalidad de los hombres de accion puedan comprenderle, sentirán por él un verdadero afecto de gratitud: el vulgo no le admirará nunca; porque el vulgo no llegará á comprenderle, ni tendrá la suficiente abnegacion para admirar un sistema que le perjudica y que le hace conocer su inferioridad relativa. El vulgo, las capas sociales inferiores sólo aceptan los sistemas ó que halagan su orgullo, ó que tienden á mejorar su suerte. Las modernas teorías, ni quieren descifrar la ciencia haciendo lo primero, ni se presentan con inútiles aires de redentor: el mal de ciertas clases es inevitable; el que está debajo ha de aguantar eternamente al que tiene encima.

La ciencia en la época presente no debe su incremento al culto puro que pudiera tributársele ni á un deseo desinteresado de conocer la verdad sólo por conocerla. En todos tiempos y en todas las naciones

encontramos espíritus privilegiados que á la investigacion de la verdad consagran su existencia: pero ni sus obras son leídas ni salen las experiencias del reducido círculo de algunos amigos que se reunen en la Academia ó en el laboratorio, si no tienen una utilidad directa para la mayoría de las gentes. La imprenta y la pólvora tuvieron gran éxito porque aparecieron en el momento psicológico más oportuno. La ciencia, por otra parte, está cultivada con verdadero ardor en nuestra época por la razon de que proporciona el dominio y direccion de las leyes de la naturaleza, lo que equivale á decir que precipita la produccion agrícola, desarrolla las industrias extractivas, mantiene el cuerpo en estado de salud, mejorando las condiciones higiénicas, cura nuestras enfermedades, hace cada vez más poderosa la influencia del desarrollo intelectual con el trabajo y con los nuevos elementos que aporta la enseñanza, fortifica el sistema nervioso y acumula sensaciones con la actividad bien regulada y con el estudio, y aumenta los medios de bienestar con los nuevos y variados productos de la industria manufacturera asequibles á los habitantes de diversos países por medio de la industria de acarreo.

Hoy sólo buscamos la utilidad en la ciencia; por

esto se desarrollan estas más directamente útiles, y si no fuera tal cualidad, grave peligro correría la ciencia. Serían acogidas con indiferencia las obras de ciencia abstracta, el culto puro de la idea abandonado al soñador sin más auditorio que las cuatro paredes de su gabinete; las obras de filosofía sustituidas por tablas de logaritmos y de equivalencias y reducciones y sin cultivar el espíritu en aquella rama de la actividad que algún día dará por resultado una nueva ciencia, especie de religion consciente que ha de acercar más y más á la humanidad hácia el ideal.

Sakia Muni, Confucio y Zoroastro, interesan vivamente á aquella parte de la especie humana que disfruta de civilizacion; grande é inapreciable es la utilidad que reportaron sus predicaciones, sus apotegmas religiosos y su vida entera. En cambio los habitantes del planeta Júpiter sólo atenderían á la parte material de redaccion de los Códigos religiosos. Aquellos buenos habitantes (si es que los hay) dado que pudieran estudiar algún día la historia de la civilizacion del planeta Tierra, poco les importaría la vida de nuestros taumaturgos ni de nuestros redentores, como poco les interesa la historia larguísima de nuestras miserias ni de nuestras desventuras. Ellos sólo tendrían presente la conclusion general, el resultado de sus pre-

dicaciones y de sus doctrinas para establecer un paralelo entre nuestros sistemas religiosos y su influencia en el modo de pensar y en el modo de obrar; y sus sagradas doctrinas (caso que las hubieran tenido) y los resultados prácticos que pudieran obtenerse.

I.

Bagehot fué un teórico muy práctico. Como economista, acérrimo partidario de la Escuela *deductiva*, la cual observa los hechos y emplea el procedimiento inductivo, el método que pudiéramos llamar experimental sin perder de vista los grandes principios admitidos y las verdades generales adquiridas á costa de un gran trabajo de síntesis. Pero el nombre no hace la cosa. Bagehot á pesar de pertenecer á la Escuela *deductiva* empleaba siempre el procedimiento positivo, jamás fué apriorista. De Bagehot á un partidario de la escuela inductiva, por otro nombre histórica, va la diferencia de un empírico á un positivista. No son las observaciones estrictas hechas en el campo de las ciencias sociales las que han de constituir el material para hacer la síntesis y formular un

principio social; ni la experimentacion biológica basta para darse cuenta de todos los fenómenos complicadísimos de la vida. Preciso es partir de ciertos principios, fruto de observaciones de ajeno campo, esto es, debidas á otras ciencias. Así lo comprendió Bagehot que para la mejor explicacion del génesis de las instituciones económicas empieza su investigacion en el campo de las ciencias naturales, atiende las indicaciones de los etnógrafos, las experiencias de los geólogos, busca en la antropología el conocimiento de nuestras necesidades corporales y morales, sin las que no existiría la actividad ni el trabajo y encuentra en cada época un medio material y moral en que el hombre vive y que varía segun los elementos civilizadores acumulados y transmitidos por herencia.

El arrancar la más fundada de las ciencias sociales, la economía política, de una ciencia natural, bastaba para importar en aquel campo las teorías admitidas en éste: inmediatamente debía aparecer la gran teoría madre, la *evolucion*.

La ciencia no tiene pretension á la verdad absoluta y por esto no quiere dogmas; y la economía política ha relegado de su esfera de accion el método teológico y el método jurídico; preferencia dada al induc-

tivo sobre el sistema de *afirmacion anticipada de principios* (1).

Renuncia como era de esperar á fundar sus construcciones sobre bases puramente ideales y para la descripcion de la naturaleza económica, así como para la averiguacion de las leyes é instituciones destinadas á procurar la satisfaccion de las necesidades económicas, se inclina por el procedimiento de la anatomía y fisiología social.

Ambroise Clement, Karl Marx Lasalle, han aplicado la teoría de la evolucion al estudio de aquellas materias inconscientemente, mientras que Clemence A. Royer y Bagehot lo han hecho con plena conciencia y conocimiento de causa, adoptando el método que denominaremos positivo, desdeñando los postulados metafísicos de la pretendida armonía de ciertos intereses que algunos economistas proclaman, y no abandonándose á la ilusion del optimismo.

Con el método positivo y convenientemente preparado con el estudio de las ciencias naturales y de las obras de los economistas; con la gran experiencia que le suministraba la constante atencion que prestaba

(1) Guillermo Roscher. — *Principes d'Economie politique*, cap. III.

á las operaciones financieras, á las operaciones de Banca, á las intrincadas cuestiones de cambio, podía tratar todo problema económico como debe tratarse, y como generalmente no se trata. Algunos capítulos de los *Desiderata de la Economía política* publicados en la *Contemporary Review* nos dan idea de un plan de la ciencia económica que se desarrollará en lo sucesivo tal como lo reclaman las necesidades y la actividad científica moderna, y ante todo y sobre todo, fija á mi ver los límites de la ciencia de las riquezas, y su alcance en las especulaciones sucesivas. El autor demuestra que los principios abstractos y fundamentales de la economía política son aplicables sólo en Europa y en los Estados-Unidos, y que fuera de ciertas condiciones en que únicamente estos pueblos viven, no tienen valor alguno aquellos principios. Dadas nuestras condiciones, puede afirmarse que los principios por que se regulan la producción, la distribución, la circulación y el consumo de las riquezas, son los que aparecen formulados en nuestros tratados de economía política; pero cambiando estas condiciones, pueden ser muy diferentes. Los fenómenos económicos presentan este carácter en el planeta Tierra; ignoramos lo que pasará en otro mundo, en otra sociedad. Acá *inter nos*, el trabajo es la fuente de

la riqueza ; nada sabemos de lo que la fomentará en otros puntos, quizás la pereza y la desidia sea fuente de producción en mundos ignorados. ¿Quién sabe si en otro planeta la tierra produce abandonándola, mientras que permanece estéril con el cultivo? Bagehot se fija únicamente en los países civilizados para designar el campo en que tienen lugar las luchas económicas, este mundo de guerra eterna de los intereses. ¡Lástima grande que no haya podido terminar su obra, que hubiera sido fundamental sobre economía política, como ha podido terminar su *Estudio sobre la Constitución inglesa, y Lombard-Street ó el mercado en Inglaterra!* ¡Y lástima también que haya presentado de una manera fragmentaria su magnífico boceto de filosofía de la historia, titulado *Leyes científicas del desenvolvimiento de las naciones!* (1).

Esta es su obra capital, y la que contiene el pensamiento primordial de Bagehot, donde más descuella su originalidad. El problema que plantea es el de saber cómo se han adquirido y combinado los elementos de la civilización que han dado por resultancia nuestro actual estado social; cómo se ha verificado

(1) *Physics and Politics or thoughts on the application of the principles of Natural selection and inheritance to political Society.*

el progreso. Schopenhauer y Hartman, filósofos alemanes pesimistas, no nos darán su fórmula, pues no saben en qué consiste este perfeccionamiento creciente y la mayor suma de felicidades que para el hombre acumula. Separadamente de aquellas doctrinas, que cifran la felicidad en acercarse más directamente á Dios, y del sensualismo grosero, que nos aparta más y más del ideal, la teoría de la felicidad carece de fundamento; pero la ciencia y la filosofía, íntimamente hermanadas y unidas después de estar algún tiempo separadas, nos dan una pequeña solución, capaz de infundirnos confianza y hacernos marchar en la senda del progreso; capaz de perfeccionarnos y estimular este perfeccionamiento por la garantía de sus conclusiones y el buen acierto en la elección de los medios de humana mejora que la misma ciencia señala.

Hubo un tiempo en que la humanidad consciente estuvo persuadida de que sólo el hombre era capaz de progreso; más tarde las obras de Spencer y de Darwin, resumiendo y mejorando antiguas teorías han completado el concepto y es hoy opinión generalmente recibida que el progreso se encuentra en todos los seres de la naturaleza y el hombre no es más que un resultado progresivo de una continuada evolución

orgánica, no interrumpida jamás. Todo aspira á vivir, todo aspira á la vida, todos los séres quieren vivir más á medida que más viven. Un estado de complicacion orgánica siempre creciente, una unidad en la variedad, una convergencia general de varias fuerzas hácia un mismo punto es lo que determina el progreso.

Cada porcion de materia está dotada de una porcion de fuerza ; pero es necesaria la cooperacion de varias fuerzas, es menester que la atraccion actúe y mantenga unidos los átomos de una molécula, las moléculas de un cuerpo. Es menester que las moléculas salgan de su aislamiento y se combinen entre sí de mil maneras distintas formando un solo grupo ; es menester que los elementos se asocien en un núcleo ; es menester que los diversos núcleos se acumulen y obren de continuo las fuerzas que encierran y atesoran hácia una funcion comun. Lo propio sucede en la sociedad. Es menester que el individuo no gaste su actividad ; es menester que no vague solo por los bosques y renuncie á luchar contra la naturaleza sin el apoyo de sus semejantes. La asociacion puede salvarle, y sólo el principio de la division del trabajo, resultancia de aquella asociacion, le dará un dia sano y salvo el premio del vencedor en la lucha por la existencia. Aquella suma de actividades individuales

que se dirigen hácia un punto es lo que determina el progreso ; el hombre frente á frente de la naturaleza ha de cumplir el principio que proclamaba un gran general de la antigüedad *divide y vencerás* ; pero esta division del enemigo importa la union estrecha, la cohesion inquebrantable de las fuerzas propias, union que ha de ser perenne porque perennemente la naturaleza inconsciente, material, obrará contra el hombre y le destruirá sin consideraciones de ninguna especie. La naturaleza material, de la que ha salido el hombre, es su gran enemiga ; es una madre que mata á sus hijos. El estar sometido nuestro cuerpo á las leyes de la mecánica y de la biología, es causa de las funciones de nuestro organismo y tambien de nuestras enfermedades y de nuestra muerte ; la *idea*, que es hija del hombre, es lo que se perpetúa y dura ; la parte material del organismo desaparece, la funcion se acumula por herencia, la vida del órgano se apaga. Los cambios atmosféricos, las revoluciones geológicas, las diminutas criptógamas que revolotean en el aire que respiramos, todo conspira contra la humanidad. La cuchilla no pudo detenerse al penetrar en la carne de Arquímedes, debía esperar á que terminara su especulacion científica ; el Vesubio debía cesar de arrojar lava al saber que se acer-

caba Plinio. Mil artistas de Pompeya que hubieran perfeccionado nuestro arte no fueron perdonados por la erupcion. Una roca que se desprende no quiere hacer una excepcion á la ley de la gravedad, aunque al caer aplaste el cerebro mejor conformado. Un leon hambriento devora indistintamente á un Livingstone ó á un salvaje. La flecha en mal hora lanzada contra el pecho del gran Epaminondas obedeció ciegamente al impulso del arco. La naturaleza obra ciegamente sin considerar consecuencias ulteriores.

En la importante publicacion anual de M. Louis Fignier *L'année Scientifique* acabo de leer que en la India han perecido á millares personas, efecto de una inundacion. Los terremotos del Brasil hacen lo propio con sus habitantes, y mañana que un planeta chocara con el nuestro produciría un terrible incendio que ni rastro dejaría ni de los adelantos de la ciencia, ni de las maravillas de la industria, ni de los prodigios del arte.

Es preciso, pues, guardarse, defenderse del primero de nuestros enemigos, la naturaleza, y para ello y es preciso conocerla, luego de conocida dominarla. El secreto de esta manera de obrar, el resorte de estas fuerzas y el dominio y direccion de las mismas nos lo facilita la ciencia.

El progreso en la naturaleza lo determina aquel estado físico en que las varias fuerzas se acumulan en un centro y producen una resultante; oponiendo una resistencia á esta directriz la fuerza se transforma y subdivide. El progreso en la vida de los seres organizados es la acumulacion de las fuerzas orgánicas, resultados parciales de la acumulacion de las fuerzas físicas. El progreso en la sociedad es la acumulacion de las fuerzas sociales, la convergencia hácia un punto final de sus respectivas direcciones.

Bagehot no sólo nos da esta verdadera y científica forma del progreso, sino que ensaya con buena suerte la explicacion de las causas de este progreso.

II.

Bagehot se ha inspirado profundamente en Hebert Spencer, cuyo sistema más general y más amplio ofrece pasto á consecutivos desarrollos interminables, fecundísimos en consecuencias, pero no asequibles á la mayoría de las inteligencias. Lo que Hebert Spencer ha considerado en abstracto, Bagehot lo ha popularizado en su obra maestra *Leyes científicas del desenvolvimiento de las Naciones*, sin que al descen-

der la exposicion científica al móvil de las inteligencias medianamente cultivadas (aunque nunca del vulgo), haya perdido un ápice de su grandeza primitiva.

Las obras de Hebert Spencer, tanto su *Introduccion á la ciencia social*, sus *Principios de Sociología* y su *Ensayo sobre el progreso*, se presentan con el carácter de obras didácticas completas; la obra de Bagehot es una coleccion de artículos en que hay algunas ideas apuntadas completamente nuevas, algunos puntos de vista completamente originales que el autor ha recogido y ha dado al público. De esta manera ha contribuido á la grande obra de la formacion de nuestra ciencia social, que ahora empieza á fundarse sobre bases positivas. Hebert Spencer estudia en la serie animal lo que Bagehot sólo investiga en la especie humana, ambos á dos por distinto camino van á parar á idénticas conclusiones. Hebert Spencer divide la evolucion social en inorgánica, orgánica y superorgánica. Todos los hechos que se manifiestan en el crecimiento, apogeo y declinacion de un individuo, son del dominio de la evolucion orgánica, y á partir del momento en que varios individuos coordinan sus esfuerzos para producir un efecto que ha de sobrepujar en importancia, en extension y en com-

plexidad los que pudieran resultar de la acción individual, tiene lugar la evolución superorgánica (1).

También se ha inspirado nuestro autor en Enrique Tomás Buckle, el malogrado autor de la *Historia de la civilización en Inglaterra*, quien sostenía como principio, que observaba estrictamente, el que toda investigación histórica debe apoyarse en principios de las ciencias naturales (2). Hoy, á partir de las obras de Bagehot, de Hebert Spencer, y de Littré y otros, ya sabemos lo que significa progreso; esta palabra, que como dice M. Caro (3), es una de aquellas que lo dicen todo y no dicen nada. Bagehot nos ha dado el punto de vista en que debíamos colocarnos para plantear las grandes cuestiones sociales, y nos ha enseñado á fijarnos en aquellos puntos que hasta ahora nos habían pasado desapercibidos, y como si carecieran de importancia. Littré encuentra la ley racional de la historia en la ley primordial del desenvolvimiento individual, é indica cuatro grados sucesivos de la evolución humana, el deseo, el *sentimiento afectivo y moral*, el sentimiento y cultivo de lo bello,

(1) *Revue Scientifique*, 7 Julio, 1877.

(2) Véase el primer tomo de dicha obra. En él se extiende en consideraciones generales sobre la historia y el progreso.

(3) *Revue des deux Mondes*, tomo 107, 1873, pág. 743.

y la investigación científica. Esta es la historia de cada hombre y la de cada grupo humano. Igualmente Bagehot atribuye gran importancia al elemento moral; léase su obra, y encontraráse muy pronunciada la idea de que las causas morales han influido sobre las acciones humanas y han subyugado la parte material y los móviles puramente orgánicos del hombre. ¿Es justo que M. Caro continúe diciendo que para los positivistas nada significan los principios morales, nada la libertad, muy poco la justicia, todo la conveniencia?

El determinismo es el principio fundamental de la obra de Buckle; tanto Buckle como Bagehot se acercan á la escuela positivista por más de un concepto; la inculpacion injustamente dirigida al positivismo, injusto será tambien al hacerse extensiva á Buckle y Bagehot.

Todos los fenómenos sociales pueden estudiarse estática y dinámicamente, señalar su carácter científico haciendo abstraccion de consideraciones metafísicas de las causas primeras y de las causas finales de estos mismos fenómenos; esto es, siguiendo la senda marcada por Augusto Comte en los últimos tomos de su *Curso de filosofía positiva*, es lo que han hecho estos autores.

El estudio positivo, la anatomía de los factores que entran en cada fenómeno social, y la fisiología ó el estudio de las funciones sociales ha de ofrecer conclusiones en las que han de convenir forzosamente espíritus antitéticos por su educacion metafísica. Los fenómenos observables no ofrecen duda ni dan ocasion á la eterna disputa. El análisis metódico de los sucesos históricos, partiendo de las conclusiones de la biología, es el único medio de estudiar la ciencia social con fruto, pues sólo sus conclusiones son verdaderamente científicas, aunque desconocidas para nosotros muchas de ellas, y harto nuevas otras cuya enunciacion nos llena de continuo sobresalto.

El determinismo histórico, la escuela evolucionista todo lo explica y da á cada hecho su razon de ser, determinando su necesidad en cada momento histórico; porque todo acto, por terrible y cruel que sea, ha tenido su razon de ser. Las castas han preparado los regímenes de la libertad, las épocas de esclavitud han preparado la emancipacion del hombre, la intolerancia ha sido necesaria para conocer el valor de los gobiernos tolerantes. La terrible lucha por la existencia, de que tantas injusticias es causa, ha mejorado las condiciones de nuestra especie, conservando los hombres audaces, inteligentes ó mejor con-

formados, es decir, dando el éxito á la energía de la voluntad, á la del talento ó á la puramente orgánica. El móvil de nuestras acciones, ha dicho Renan, es el dolor; y en efecto, la guerra, la miseria, los enemigos del hombre que no son ya ni el mundo, ni el demonio, ni la carne, han sido el eterno aguijón de su actividad constante.

En este estudio imparcial y positivo de los fenómenos históricos, los modernos científicos hacen abstracción de las leyes providenciales, de los principios absolutos constitutivos de la personalidad humana, de las eternas leyes del progreso social. Todo lo que sea absoluto y eterno é inmutable, pierde el carácter científico, pertenece á otro orden de investigaciones á que la ciencia moderna renuncia desde luego.

El espectáculo de la historia considerado á la luz de dicha ciencia moderna, es desconsolador. Quien no triunfa muere, quien no se agita es arrastrado por la vertiginosa corriente de los seres que se agitan á su alrededor, quien no dirige bien su actividad sirve de instrumento de trabajo á otro ser que sabe encaminar y dirigir bien sus esfuerzos. La historia parece que deja sentir eternamente el grito de *!Væ Victis!* Todo trabajo se verifica á expensas de un terrible sacrificio.

El trabajo se ha de considerar por su calidad, no por su cantidad. El átomo despliega una actividad incesante; toda masa tiene un tanto de fuerza que la transforma y combina. El trabajo más complicado es el que más resultado ofrece; el muscular es inferior al intelectual; el trabajo de un Newton menor en cantidad ofrece en compendio una suma de actividades imperceptibles superiores en conjunto á la que pudieran desplegar miles de inteligencias medianamente desarrolladas. La ley de complicacion del trabajo que hay en la naturaleza existe tambien en la sociedad, y se formula así; á mayor complicacion corresponde mayor categoría. El que inventa una máquina ahorra eternamente el trabajo de muchos braceros, y su trabajo abreviado, de superior calidad, debiera ser retribuido en proporcion á los gastos que ahorra.

El problema del trabajo se presenta en nuestra época con un carácter alarmante, por la razon de que todo trabajo se verifica á expensas de un consumo. Una clase vive á expensas de otra; toda produccion importa un gasto, y complicándose el trabajo y aumentando el consumo con la categoría y disminuyendo el valor del trabajo con la mayor competencia, dia vendrá en que se realizará la más terrible de las selecciones.

La esclavitud en los tiempos antiguos y los conventos en los tiempos medios, resolvían el problema que hoy han de resolver la emigración, el suicidio y la miseria. Es menester no reprobar la esclavitud de otros tiempos y no dejarse dominar por el efecto mágico que las palabras suelen producir en ciertas personas acostumbradas á condolerse de ajenas cuitas por *accion refleja*.

La esclavitud de la antigüedad no era quizás de mucho tan penosa como nuestro proletariado. El esclavo antiguo no era tan instruido como el obrero moderno; no tenía su ambición ni sus necesidades, y carecía de este malestar, de esta inquietud que se apoderó de él el día que le anunciaron la buena nueva de que era hijo de Dios y hermano de los tiranos que le vejaban y oprimían.

Desde la monera al hombre hay una escala de seres que luchan para perfeccionarse y vivir mejor. En esta lucha se notan detalles como éste: el fuerte que sobrepuja sacrifica á gran número de débiles que le asedian; los fuertes y los débiles están en una gran desproporción y es preciso que los fuertes se defiendan contra los innumerables á quienes han de sacrificar; pero el sacrificio no ha de ser tan completo que extermine á los débiles, en cuyo caso los fuertes saldrían

perjudicados por falta de medios de subsistencia. Lo que decimos del mundo orgánico puede decirse de la vida social. Es menester que el obrero moderno sea firme columna de la sociedad y permanezca en estado de quietud y reposo para que el edificio social no bambolee y caiga. A medida que la instrucción vaya penetrando en las inferiores clases sociales, la inquietud será mayor y el edificio social más inseguro: y puesto que no debe ni puede evitarse esta infiltración de los conocimientos en todas las clases sociales, debe haber un nuevo factor que ocupe el puesto del obrero. El trabajo material del obrero debe encargarse á las máquinas, deben utilizarse los animales, en fin, todas las fuerzas de la naturaleza para que el hombre pueda dedicarse á las tareas del espíritu, y realice las funciones propias de su complicado sistema nervioso y desarrollado cerebro, domine y dirija.

La dama romana cuando se asomaba á la galería que daba vistas á la campiña donde trabajaba el esclavo, debía reflexionar muchas veces sobre la utilidad de la esclavitud y la dulzura de la vida libre sostenida por la vida del trabajo. Si reflexionamos bien sobre lo que consumía Roma, veremos cuán excesivos productos consumidos importados á la ciudad, no

tenían equivalente; era desigual la importación y la exportación. ¿Qué daba Roma en cambio de los granos que le suministraba Sicilia, Egipto y el Africa? ¿Cómo podía aguantar el desnivel que ocasionaba la siempre contraria balanza de comercio? Su esclavitud resolvía este problema; el sacrificio de unos producía el bienestar de los demás, y sin la apropiación, sin el sacrificio, no tuviera Crispo de Verceli doscientos millones de sestercios, el filósofo Séneca trescientos, ni Aureliano hubiera depositado en la quinta privada del Emperador Valeriano sus cinco mil esclavos y sus inmensas riquezas.

Supongamos que se emancipan todos los esclavos de Roma; que el esclavo que trabaja la tierra y que la esclava que lleva la fruta, viste y arregla á la señora, y la prepara y acompaña al espléndido banquete, se quejan de su triste suerte, no ya individualmente, que esto sucede siempre, sino en colectividad: supongamos que el sentimiento de disgusto pasa de individual á colectivo; se sublevan los esclavos y se reparten por igual las riquezas, ¡ó la mayor de las desventuras! Aquel día Roma se hubiera convertido en una ciudad patriarcal digna de los tiempos de Abraham y de Jacob, los nobles caballeros romanos hubieran luchado hasta la muerte para defender á la

ciudad con todo su lujo y comodidades, que se habían conquistado con su espada y con su talento. Cuando la dama romana no tuvo aquel momento de tranquilidad que le aseguraba el imperio adquirido por la costumbre, y no pudo admirar los beneficios de la esclavitud, la civilización romana se desmoronó.

Es menester que alguien se sacrifique en beneficio de los que han de realizar las altas funciones humanas. La humanidad entera debe sacrificarse, y muy contenta debe estar por ello, en beneficio de los artistas, de los científicos, de los seres privilegiados.

Roma no hubiera sido Roma si Domiciano no hubiera invertido 12.000 talentos en dorar el Capitolio; sin los enormes capitales gastados en los vasos murinos procedentes de la Caramania y de la Partia interior; si Adriano no hubiese regado las calles con aromas, hecho correr bálsamo por el teatro y los jardines; nadado Heliogábalo en piscinas de esencias y derramado el nardo como chorrea el agua de una fuente, ¿qué hubieran hecho los habitantes del Golfo Pérsico y de Trapobana de sus perlas? ¿La Persia de su seda, la Babilonia de sus tapices? Era necesario una ciudad que se encargara de lucir toda aquella profusión de artículos de lujo en nombre de la humanidad artista. Esta ciudad fué Roma. La India

debía darse por muy contenta y satisfecha de ver lucir sus telas al lado de las tapicerías de la Mesopotamia, sosteniendo los muebles de marfil de la Etiopía ó de conchas del color del oro venidas de una isla situada en las bocas del Ganges; Africa le enviaba sus fieras para el recreo del populacho y sus perfumes para el regalo de las damas; Cádiz le enviaba sus bailarinas; Germania sus gladiadores; la Grecia sus filósofos y sus artistas; Roma era el cerebro del mundo, y en la distribución de los productos del suelo y de la industria se llevaba la mejor parte, como la sangre, cuya parte principal el cerebro consume con terrible voracidad, dejando el resto que le sobra para nutrir los demas órganos de nuestro cuerpo. Este sacrificio de lo inferior á lo superior es la gran ley del cosmos. El hombre reconoce su inferioridad ante el ídolo que adora, se arrodilla á los piés de su dama, se descubre ante el sabio y respeta al anciano; pero la naturaleza material no guarda estas consideraciones. En ella el superior sacrifica á su antojo y usa de la violencia para el sacrificio. A medida que la humanidad sea más consciente, presenciará más y más el espectáculo de aquel que ofreció la sangre de sus venas para salvar la vida del tribuno francés, esto es, serán frequentísimos los casos de sacrificio voluntario, por los

grandes hombres, por las grandes personificaciones.

En la Edad Media el fraile veía pasar los días y las horas en santa paz, no turbaba sus oraciones la idea del porvenir ni la angustia de haber de satisfacer sus necesidades. El mundo entero trabajaba por él, y él en cambio no entraba en competencia ni arrebatava el trabajo de manos de quien necesitaba mucho para consumir mucho. Esta era una ventaja que impedía graves trastornos económicos y que podía favorecer la meditación y contemplación del ideal.

Hay grandes trabajos en la vida social que requieren una cooperación forzada é inconsciente. Es menester que haya criados que nos sirvan, gente dispuesta á ayudar las empresas del hombre de elevada posición; es necesario quien trabaje años enteros para reunir un capital, para que una inteligencia privilegiada no tenga que hacer más que emplearlo en libros de crecido coste, en gabinetes de física, en museos de historia natural, y no haya de perder un tiempo precioso en preparar su obra; y si en vez de ser una inteligencia privilegiada es un artista de genio, necesita un sacrificio extraordinario de parte de muchos seres que inconscientemente contribuyen á formarle y que anticipan conocimientos, enseñanzas, modelos, ejemplos y un gran capital para poder viajar y visitar

cuadros de grandes autores, recorrer largos trechos en la campiña para escoger buenos golpes de vista y poder tomar apuntes, para poder tener en su taller tapices, jarrones, plantas del trópico, cinceladas armaduras, mujeres hermosas que se presten á servir de modelo, y en fin para vivir con el lujo y comodidad que nuestra época exige de todo hombre que ha sabido conquistarse un nombre y á quien el vulgo supone que igualmente ha sabido conquistarse una posicion.

Para que la humanidad haya llegado á producir un Mozart, han sido precisos muchos sacrificios. El talento de un hijo significa la explosion de la fuerza intelectual acumulada en su pequeño cerebro por la serie genealógica de sus ascendientes. Para el cultivo de un gran talento son necesarios muchos medios. Si los padres no tienen estos medios, alguien se los procura; sin ellos, irremisiblemente, el genio se apaga, y el hombre que lo tiene muere en el olvido, y muchos, muchísimos hombres de gran talento han permanecido ignorados porque no han tenido ó no han sabido procurarse estos medios.

Bagehot expresa aquella idea diciendo que cada nervio guarda, por decirlo así, el recuerdo de su pasada vida, y que la vida del hombre representa un

desenvolvimiento progresivo del sistema nervioso, cuyas facultades, laboriosamente adquiridas y como almacenadas en el estático de una generacion, pasan á ser manifiestamente la facultad innata de la generacion siguiente. El individuo actual, el hombre moderno, no es más, dice Bagehot, que el producto necesario de los que le han precedido, y sólo estudiando las generaciones anteriores podremos darnos cuenta de las cualidades de la generacion presente.

III.

Entremos de lleno en el estudio de la gran obra de Bagehot y hagamos constar la originalidad, la novedad, el verdadero mérito de sus nuevas adquisiciones científicas.

Nadie admite como cosa formal la idea de una civilizacion primitiva, de un estado de bienestar originario, ilusion nacida al calor de las leyendas religiosas y de los códigos sagrados, ó bien de la tradicion que siempre relega á una época anterior el malestar que se siente en la presente, lo cual con tanta precision expresa nuestro Jorge Manrique con aquella copla de pié quebrado:

Porque á nuestro parecer
Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor.

Se concibe perfectamente, dice Bagehot, una decadencia moral, una decadencia estética, pero no se concibe que los pueblos hayan abandonado sus útiles, sus instrumentos, despues de haberlos conocido y utilizado en provecho propio. El hombre primitivo, este salvaje robusto con la inteligencia del niño, desconocía lo que entendemos por un gobierno, este regulador de la civilizacion moral; desconoce lo que es una nacion, le falta una ley rígida y precisa, que es la primera necesidad del género humano. El núcleo, el vínculo de union allí empieza de una familia, permanece unida á la muerte de un jefe patriarcal en vez de separarse.

Esta primera cuestion suscita una segunda. ¿Cómo se han perpetuado los gobiernos? La historia de las primeras razas humanas nos demuestra la existencia de la seleccion natural; los más fuertes vencían á los más débiles y nada es más fácil de probar como que un pueblo es más fuerte cuando está regido por un gobierno, que careciendo de él.

¿Cómo se forma el carácter de las naciones? Ba-



gehot contesta demostrando un talento de observacion inapreciable. Una especie de predominio fortuito constituye un modelo y entónces una especie de atraccion visible amolda los hombres al tipo á quien quieren imitar en virtud de un instinto de imitacion innato. Los siglos en que las naciones permanecieron aisladas contribuyeron á formar los caracteres nacionales bien determinados, caracteres que luego se han perdido con el roce con las demas naciones y por medio del comercio.

En el libro segundo nos habla del progreso y procura desvanecer la general creencia de que es un hecho normal y constante, sosteniendo, por el contrario, que sólo algunas naciones son aptas para mejorarse y desenvolverse.

Las proposiciones fundamentales de este problema son las siguientes:

1.^a En cada época especial de la historia las naciones más fuertes tienden á prevalecer sobre las más débiles, y por lo que hace á ciertos puntos determinados, las más fuertes tienden á presentarse en mejores condiciones.

2.^a En cada nacion aisladamente considerada, los caracteres típicos que más llaman la atencion y que ofrecen mayor atractivo, tienden á predominar, y el

carácter que más sobresale, salvo algunas excepciones, es el que denominamos mejor carácter.

3.^a La intensidad de esta concurrencia entre las naciones y de la lucha entre los diversos caracteres no acrece en la mayor parte de las condiciones históricas por las fuerzas extrínsecas; pero en ciertas condiciones, tales como las que hoy predominan en la parte del mundo que más influye en los humanos destinos, la intensidad de ámbos aumenta por este motivo.

El secreto del progreso queda explicado por la teoría de la selección natural, y el progreso del arte militar es el que impide que vengan nuevos bárbaros á destruir las ciudades de las civilizadas comarcas del globo. Una nación se fortifica teniendo una fibra legal, una ley, un gobierno, poco importa cuál este sea, al principiar la constitución de la nacionalidad. La selección asegura la supervivencia de aquellos que han sabido someterse á una disciplina legal. Sucede con los hombres lo propio que con los demás animales: los que saben sujetarse á la acción de la domesticación son los que más viven. Un vínculo de cohesión entre los individuos de una tribu, una disciplina militar cualquiera asegura el triunfo.

Las religiones terroríficas, el miedo á la naturaleza

que tenía el hombre primitivo, han tenido su verdadera utilidad, han contribuido á fortificar los vínculos de la costumbre.

Otra ley social importantísima ha descubierto Bagehot. «El progreso sólo es posible en aquellos casos en que hay la suficiente legalidad ó fuerza de la ley para hacer de la nacion un grupo bien relacionado, pero no tan fuerte que destruya la perpetua tendencia al cambio que tiene la humana naturaleza.»

Entre los varios agentes del progreso encontramos las ventajas que aseguran una superioridad sobre Estados rivales, aquellas instituciones, que Bagehot llama *provisionales*, entre las que hay la esclavitud, la más importante de todas, y que proviene del cruzamiento de las razas en las primeras conquistas. Bagehot dice que un esclavo es un átomo no asimilado, no digerido. El esclavo es el que ejecuta las más rudas tareas á más bajo precio, y por lo tanto el que permite el descanso á los demas y este es uno de los grandes beneficios de la esclavitud (1).

La esclavitud es una ley de la naturaleza, esto dijo

(1) El descanso es el gran deseo de las sociedades nacientes y sólo los esclavos pueden proporcionarle. Así se expresa Bagehot en la obra que he traducido al castellano : *Leyes científicas del desenvolvimiento de las naciones*, etc.

Aristóteles, y en la época en que lo dijo tenía razón.

Proclamar la igualdad humana cuando la naturaleza nos ha hecho á todos desiguales, y en una época en que la desigualdad era lo que mantenía el estado social, hubiera sido la expresion de una sensiblería ajena al espíritu de un gran sábio como lo era Aristóteles. La idea de igualdad humana ha dificultado siempre la seleccion, y si tales escrúpulos filantrópicos hubieran detenido al más fuerte, jamás hubiera tenido lugar la colonizacion. Los hombres que sacrificamos en provecho propio, no son iguales á nosotros; si lo fueran, sería imposible destruirlos; pues se defenderían con iguales ventajas que los que atacan; esto es por lo que toca á la parte material de la cuestion.

La raza que domina reduce á esclavitud á la raza dominada, y como el refinamiento de las costumbres sólo es compatible con los momentos de ocio, la esclavitud da por primera vez el ocio apetecido, y contribuye, por lo tanto, al refinamiento de las costumbres, y á aumentar las comodidades de la vida; no es ésta, á pesar de todo, su principal ventaja; lo es la creacion de una clase especial de seres privilegiados que no pueden cultivar la inteligencia. Bagehot ha sabido leer este principio en el fondo de la historia.

La esclavitud crea una clase de personas que trabajan á fin de que los demas puedan pensar.

La supremacía militar, las fuerzas naturales que dan origen á las razas, y las que producen las naciones, la influencia personal considerada como un gran medio de civilizacion, la tendencia á la imitacion, todo esto influye en el progreso.

La seleccion y la herencia revisten un aspecto de novedad en su obra. «En las épocas primitivas la mortalidad constituye una especie de seleccion; los hijos que se parecían más á sus padres eran objeto de un cuidado especial; los que eran débiles sucumbían; para vivir, ó debían nacer fuertes, ó debían parecerse á sus padres.»

Para explicarnos el origen de las razas, se inclina á la gran hipótesis de R. Wallace, y el progreso dentro de cada nacion primitiva caracterizada por la existencia de una raza única, el paso de la edad de la inmovilidad á la edad del libre arbitrio segun nos cuenta, á lo que parece se produjo por vez primera en aquellos Estados en que el gobierno permitía la discusion, y descansaba en un régimen parlamentario, consecuencia que sacaba nuestro autor de un principio muy inglés, y que tenía muy presente: cual es el de que la discusion de las acciones y de los intereses

generales, es un principio de cambio y de progreso. Un gobierno de discusion rompe el yugo de la inmutable costumbre, y por el mero hecho de poner á discusion un tema, ya pierde algo de su inviolabilidad y sagrado carácter la idea ó la institucion que se discute.

La discusion enseña la tolerancia. Es cosa sabida que allí donde reina el fanatismo, donde hay el imperio de la costumbre, allí se recibe generalmente con desconfianza toda idea nueva. Macaulay hubiera dicho (y aquí repito la cita de Bagehot) que la influencia de la discusion podemos encontrarla en la poesía de Shakespeare, en la prosa de Byron, en los ventanales de Longleat y en las torres de imponente aspecto de Burleigh.

La discusion es ademas un poderoso estímulo para la inteligencia y provoca su desarrollo y el más eficaz correctivo del deseo de obrar prontamente, de esta inquietud apreciable en una época de simplicidad primitiva, pero de fatales consecuencias en épocas posteriores en que todo está más complicado.

Creo, y sea dicho en honor de la verdad, que Bagehot exagera un poco la influencia benéfica de un gobierno de discusion.

El último libro de la obra de Bagehot, trata del

progreso verificable en política, y sin entrar en la esencia del mismo progreso dice que éste existe y que es innegable; para su demostracion compara una colonia de ingleses con una tribu de australianos y dejando aparte lo relativo á la religion y á la moral señala las ventajas materiales, los medios de bienestar que tienen de más aquellos sobre éstos. Su fórmula del progreso no está bien determinada ni precisada.

IV.

Esta es la obra de Bagehot y he procurado hacer una pequeña síntesis de la misma: Bagehot nos ha enseñado el *proceso* del organismo social, sus enfermedades, pero no nos señala el remedio. Encuentro á faltar en su obra una pequeña indicacion del ideal. Nos indica lo que hay, pero no lo que debe haber. Su obra cumple al científico, es un ensayo de fisiología y hasta de patología social. El vulgo que generalmente despues del planteamiento de un problema que le interesa quiere inmediatamente la resolucion, sentirá acerbamente las conclusiones de la obra. Bagehot se concreta á plantear el eterno problema de

la historia y lo plantea muy bien, pero no lo resuelve.

¿Es oportuno recordar la expresion de un pensador de que es peligroso señalar el mal de una clase social y de una época histórica sin señalar el remedio; y que más importa ocultarlo porque la desgracia se doble cuando de ella se tiene conciencia? No lo creemos, así completemos la obra buscando el remedio que nos preserve de la enfermedad.

La mayoría de escritores, especialmente los ingleses, que han tratado en nuestra época la cuestion social, creo que escriben á impulsos del miedo. Es tanto lo que temen la concurrencia vital, la miseria y la desgracia, que exageran el peligro.

Acuérdome que cuando era yo muy niño leí el capítulo de *Los Miserables*, *Un hombre al agua*, y me impresionó vivamente. Durante algunos dias fuí presa de una inquietud que hubiera puesto en peligro mi salud. Esta impresionabilidad es la que hace desconocer muchas veces la influencia de los sentimientos afectivos, de los principios morales, de los grandes fundamentos del orden social, sin los que se apodera de nosotros la desesperacion. Hay gran número de pensadores que para significar el espíritu de nuestra época sólo pintarían la danza *Macabra de la miseria*, sus desconsoladoras conclusiones, el rea-

d

lismo con que pintan á la sociedad, han de espantar á los lectores.

Si las obras del género de las de Bagehot pueden predisponer al pesimismo, en cambio evitan caer en el escollo contrario; tal es el exagerado optimismo, que no ve el mal donde se encuentra, ó pretende haber hallado un remedio fácil para una enfermedad muy grave.

En España conviene sobremanera una obra como la de Bagehot para que se convenzan todos de que los problemas sociales no se resuelven con programas políticos ni con la creacion súbita de instituciones. Hebert Spencer nos ha enseñado á desconfiar de la virtud metafísica de las instituciones. Jules Soury ha dicho muy oportunamente (1): «La tierra está poblada materialmente de inventores políticos, pretendidos genios, curanderos y salvadores de la sociedad, que incapaces de conocer la más sencilla relacion entre dos hechos, los más sencillos y los más análogos, peroran con seguridad sobre los fenómenos sociales, los más complicados, y parecen desconocer que la

(1) *Etudes historiques sur la civilisation, l'art et la religion des peuples de l'Asie intérieure et de la Grece.* Paris, Reinwal, 1877.

sociedad no sería imperfecta si no lo fueran los individuos que la componen, y se imaginan que el mal ha desaparecido cuando no ha hecho más que cambiar de forma.»

Bagehot, finalmente, nos enseña á apreciar en lo que valen todos los elementos civilizadores, cada uno en su época, pero acentúa muy poco la influencia moral de la religion; casi ni siquiera habla de ella para significar su acción benéfica sobre las costumbres.

El científico ha de señalar un ideal, nuestra época lo reclama, y necesariamente ha de llegar el día en que nuestro ideal se habrá realizado, y las penas que hoy creemos eternas, gran parte de los motivos de nuestras quejas, y las dudas que hoy nos atormentan habrán desaparecido. El mismo progreso, motivado por la sucesiva elevación de las clases sociales, nos acercará al ideal; mientras tanto la humanidad recorre su pasado para poder leer en el porvenir, sabe colocar en el lugar que les corresponde y apreciar en lo que valen hombres como Bagehot. Hoy cúmpenos con saber que estos hombres que han estudiado positivamente la sociología han enseñado á encauzar las fuerzas sociales, como ántes los físicos, los geólogos, los zoólogos, han enseñado á dominar las fuerzas de la naturaleza. Día vendrá que agradeceremos

á los científicos la gran era de felicidad que cabe en lo posible. Los hombres dotados de gran fuerza de síntesis estarán á la diestra del Eterno en el gran cielo de la historia, donde los bienaventurados serán los sabios. Spinoza, Krause, Renan, le han entrevisto, y habrán soñado en aquel día de justicia en que se concretará el valor propio de estos hombres privilegiadísimos, cuyo espíritu superior y cuya organización cerebral les hace acreedores á todas las ventajas de la vida y á todos los honores de la historia.

P. ESTASSEN.





LIBRO I.

ORÍGEN DE LAS NACIONES.

Una de las cosas que más distinguen á nuestra época es la pronta adquisicion de un gran número de conocimientos en el órden físico. No hay punto alguno de la ciencia ó del arte que permanezca tal como se encontraba cincuenta años atrás. Es imposible que pase desapercibido un nuevo mundo de inventos, de caminos de hierro, de telégrafos, que se desenvuelve á nuestro alrededor, como otro nuevo mundo de ideas, que, esparcido por do quiera, nos hace sentir su influencia á pesar de que no le vemos directamente.

Para demostrar sus efectos sería necesario un volumen extenso, y yo me declaro incapaz de escribirlo; pero en cambio creo que en algunos capítulos podré mostrar convenientemente como acerca de uno ó dos

puntos las nuevas ideas tienden á modificar las dos antiguas ciencias que se apellidan la política y la economía política. Así que, si necesariamente mis ideas acerca de tales puntos han de ser incompletas, tengo la esperanza de que anticipando algunas conclusiones, podré indicar lo que debe hacerse, ya que por mi parte, solo, no puedo efectuarlo.

I.

Si fuera dable designar uno de los más importantes resultados, quizá el mayor de la actividad del pensamiento moderno, diríamos que, merced á él, no hay cosa alguna que no haya pasado á ser una *antigualla*. Hubo un tiempo en que nuestros antepasados al hablar de un anticuario, representábanle ocupado en monedas, medallas y piedras druídicas; ordinariamente con estos monumentos se descifraba el pasado y hácia ellos únicamente se dirigía la atención del investigador. En cambio hoy día hay otros monumentos; mejor dicho, no hay cosa alguna que no lo sea. En cada porción de terreno la ciencia pretende encontrar la huella de las causas que han contribuido á formarla, tal cual aparece y se nos presenta hoy. La ciencia sabe que las fuerzas que obran, dejan la huella, del mismo modo que el estilo, el gusto de un artista, se reflejan en la superficie de un antiguo camafeo. Trabajo sobradamente largo y que no cabe dentro de los

límites de mi asunto, sería proceder á enumerar los ingeniosos medios que la geología ha empleado para interrogar á la tierra y arrancarle la revelacion de una parte de sus secretos. Tales respuestas serían ininteligibles si la fisiología, la conchiliología y otras ciencias del mismo género no hubieran prestado su cooperacion y apoyo. Las ciencias auxiliares son, para el investigador contemporáneo, lo que los idiomas antiguos para el investigador de otro tiempo, fórmanle el tecnicismo; y si los detalles y pormenores que le facilitan tienen escasa importancia, al ménos dan al conjunto que traza, la complejidad y la abundancia que les aproximan á la naturaleza. Pero lo que aquí importa y hace al caso es que hasta el hombre, á los ojos de la ciencia, ha pasado á ser *una antigualla*. La ciencia intenta, comienza á leer, sabe que debe leer, en el conjunto de los elementos que constituyen cada hombre, el resúmen completo de la historia de toda su vida; debe sorprenderle tal cual es y tal como le presenta la historia de sus antepasados; debe saber lo que éstos han sido, y conocer las circunstancias por las cuales se formaron de la manera que aparecen. Cada nervio guarda, por decirlo así, el recuerdo de su pasada vida, indica suficientemente si ha recibido educacion ó ha carecido de ella, si ha sentido acrecer ó decrecer su actividad, segun las circunstancias; si sus caracteres han tomado una direccion más precisa, ó bien han permanecido vagos y sin expresion; cada mano tiene

la huella de su profesion, los signos que la vida ha grabado en ella y se modela por los trabajos que ejecuta : todo se encuentra en el hombre, pero es menester saberlo hallar.

Es muy fácil se conteste á todo esto, que no hay en ello novedad alguna; que es cosa sabida, que el porvenir de un hombre depende de su pasado; que nadie ignora la ley que obliga al hombre á ser un reflejo fiel de sus antecesores; que la existencia de un carácter nacional es el vínculo comun más conocido; que cuando un filósofo no sabe darse cuenta de un hecho, lo atribuye desde luego y sin empacho á alguna oculta cualidad de raza. Pero adviértase, que la mision de la ciencia física no es la de descubrir el elemento hereditario, ántes bien es la de darnos una idea precisa de los resultados en que debemos fijarnos, dando cuenta á su vez de las razones que nos inducen á prever tales resultados. Veamos, pues, lo que tal ciencia nos enseña. Si cabe, emplearé el mismo tecnicismo que el usado por los que á esta ciencia se consagran; y así, á la vez que iré más seguro, valiéndome de los términos propios, tratándose de aplicar tales principios al objeto de mi investigacion, podrá convencerse el lector de que no he aventurado las premisas para ponerlas de acuerdo con mis conclusiones.

Por lo que respecta al individuo, hacemos nuestras las palabras siguientes : «El cerebro produce acciones completamente reflejas como las de la médula espi-

nal, cuando los hemisferios cerebrales están íntegros y en plena posesion de sus propiedades.»

«La accion de cerrar los párpados, originada por un rayo de luz ó por la amenaza de un golpe, es una accion refleja, en la que los nervios ópticos son aferentes y los de la cara eferentes. Cuando un olor desagradable provoca un mohin, estos nervios motores producen una accion refleja, miéntras que la impresion, es transmitida al cerebro por los nervios olfatorios. En ambos casos, la accion refleja se produce necesariamente á través del cerebro, porque todos los nervios interesados son nervios cerebrales.»

«Cuando un ruido inesperado hace estremecer el cuerpo, el nervio auditivo que transmite la impresion da origen á una conmocion que pasa á la médula espinal y de ahí se comunica á la mayor parte de los nervios motores extendidos por el cuerpo.»

«Cabe afirmar que tales acciones son puramente mecánicas y que nada tienen de comun con los actos que nosotros atribuimos á la inteligencia. Pero consideremos, por ejemplo, lo que se verifica cuando se lee en alta voz. En este caso, toda la atencion del espíritu se fija ó debe fijarse, en el asunto que el libro trata, y prodúcense á un mismo tiempo una multitud de acciones musculares sumamente delicadas, de las que el lector no tiene conciencia. Miéntras la mano sostiene el libro delante de los ojos á la distancia conveniente, éstos se mueven lateralmente siguiendo las

líneas, y verticalmente sobre la página. Por otra parte, los más delicados movimientos, los más rápidos y precisos de los músculos de los labios, lengua y garganta, de los músculos de la laringe y de los órganos respiratorios, se emplean en la confeccion, en la producción de la palabra.—Quizás el lector está de pié y acompaña su lectura con gestos apropiados, y sin embargo, todos estos actos musculares pueden realizarse inconscientemente y sin parar mientes en otra cosa que en el sentido del texto. En otros términos: estas son acciones reflejas.»

«Las acciones reflejas, propias de la médula espinal, son *naturales*, dependen de la estructura de la médula y de las sustancias que la componen. Por medio del cerebro, podemos alcanzar un sinnúmero de acciones reflejas *artificiales*. De manera que, una acción puede absorber nuestra atención y fuerza de voluntad, cuando es ejecutada por primera, segunda ó tercera vez; pero, repetida varias veces, concluye, por decirlo así, por formar parte de nuestra organización, y se lleva á cabo sin intervención de la voluntad, inconscientemente.»

«Por ejemplo: todos sabemos el tiempo que necesita un soldado para aprender el ejercicio, para ponerse, v. g., en la actitud de *¡firmes!* en el momento en que oye la voz de mando; pero al cabo de algun tiempo, piense ó no en ello, el mero sonido de la voz de mando, ocasionará necesariamente la acción.

Cuéntase la anécdota, quizás poco auténtica, pero verosímil, de uno cuya ocupacion consistia en dar bromas, que observando á un veterano llevar con ambas manos en un plato, el almuerzo hácia su alojamiento, gritóle de repente ¡firmes! Cuadróse el pobre soldado maquinalmente, y perdió la carne y las patatas, que fueron rodando por el lodo. Como se ve, la instruccion habia sido completa, y los movimientos enseñados pasaban á formar parte integrante del aparato nervioso del soldado.»

«La posibilidad de la educacion (de la que la instruccion militar no es más que una parte) se funda en la facultad que posee el sistema nervioso, de producir en el organismo acciones voluntarias que se transforman en operaciones más ó ménos inconscientes, es decir, reflejas. Puede establecerse la regla de que si dos estados mentales cualesquiera son provocados simultánea ó sucesivamente, un cierto número de veces y con cierta intensidad, bastará luego que uno de los dos se produzca, para que sea provocado el otro, todo lo cual será independiente de nuestra voluntad (1).»

El cuerpo del hombre por medio de la educacion pasa á ser diferente de lo que en un principio era, y diferente tambien del hombre que de tal educacion carece; ademas, posee ciertas propiedades que están como almacenadas, y posee tambien facultades adqui-

(1) Huxley, *Fisiología elemental*, páginas 284, 286.

ridas que se ejercitan sin que la conciencia tenga en ello la menor parte.

Por lo que se refiere á la *raza*, otra autoridad científica nos enseña que «la vida del hombre representa en verdad un desenvolvimiento progresivo del sistema nervioso, que continúa, tanto en el seno de la madre como fuera. La regular transformacion de los movimientos que en su origen son voluntarios, en movimientos automáticos, secundarios, como los denomina Hartley, se debe á un trabajo gradual de organizacion, y podemos estar convencidos de que una actividad coordinada, atestigua siempre una acumulacion de poder, ya sea innata, ya adquirida.»

«La manera como algunas veces una facultad adquirida entre los animales, sea por el padre ó la madre, es transmitida á los hijos como herencia, instinto ó facultad innata, sugiere una confirmacion patente de les anteriores observaciones. La facultad laboriosamente adquirida y almacenada en estado estático en una generacion, pasará á ser de un modo manifiesto (en idéntico caso) la facultad innata de la generacion siguiente; y el desenvolvimiento se produce merced á esta ley de especializacion y de complejidad crecientes en la adaptacion á la naturaleza exterior que se encuentra aplicada al reino animal. Me refiero (hablando en otros términos) á esta ley de progreso y de desarrollo de lo general á lo especial, de lo que nos proporciona variados ejemplos la aparicion de la

fuerza nerviosa entre las fuerzas naturales, y la complexion del sistema nervioso del hombre. Del mismo modo que la fuerza, vital es el desenvolvimiento de las varias fuerzas inferiores que la misma comprende, ó del mismo modo que en la produccion de la fuerza nerviosa, las fuerzas más simples y más generales se reunen en un núcleo, se concentran en un foco de energía más especial y más complejo; del mismo modo una especializacion más completa tiene lugar en el desenvolvimiento del sistema nervioso, sea que nosotros observemos este desenvolvimiento en la sucesion de las generaciones ó en la vida de un solo individuo. No obstante, si nuestras observaciones se limitan á la vida del individuo que no es más en la cadena de los séres organizados, que un eslabon que relaciona el pasado con el porvenir, difícilmente alcanzaremos el completo conocimiento de la verdad. El actual individuo no es más que el producto necesario de aquellos que le han precedido en el pasado, y sólo por medio del estudio de éstos, llegaremos á explicárnoslo suficientemente. Es necesario, pues, desde luego que hemos reconocido una facultad innata, no pararnos aquí, sino por el contrario, seguir con paciencia remontándonos á lo pasado, á la esfera de las causas, para poner de manifiesto, si cabe en lo posible, la que da nacimiento á esta facultad. Y este procedimiento, indispensable en el estudio de los animales inferiores, debe emplearse especialmente

entre los que la cualidad de lo innato tiene tanta importancia» (1).

Aunque (y esto no puede negarse) las leyes especiales de la herencia no sean completamente conocidas, es evidente (y esto basta á mi objeto) que existe una tendencia mayor ó menor segun las circunstancias, pero siempre digna de consideracion, en virtud de la cual, los descendientes de padres cultos tendrán probablemente, merced á su organizacion nerviosa, mayor aptitud para la cultura, que los descendientes de padres que no lo sean, y que esta tendencia aumenta en creciente proporcion con el transcurso de varias generaciones.

Careciendo de la nocion de un elemento nervioso transmitido por herencia (que no se adquiere sin un esfuerzo penoso), dudo que se pueda comprender nunca *el tejido conectivo de la civilizacion*. Aquí tenemos la fuerza siempre activa que enlaza á las generaciones unas con otras; que asegura á cada una de ellas desde su nacimiento, cierto progreso relativamente á la anterior (si es que la precedente ha experimentado algun progreso); que hace de cada civilizacion no una serie de puntos aislados, sino una línea cuyo matiz ó gradacion de color, por una progresion segura, aparece cada vez más vigorosa. Segun esta teoría, de una á otra generacion hay una causa física de per-

(1) Maudsley. *Fisiología y Patología del Espíritu*, pág. 73.

feccionamiento tan importante, que desde el momento en que nuestra inteligencia se apodera de ella, no puede ya sustraerse ni escapar; pero si no se aprecia esta causa en su materialismo sutil, si no se la ve, por decirlo así, correr por los nervios humanos y producir en el transcurso de las edades, los más delicados acordes sobre cuerdas aún más delicadas, es en vano que se intente explicar el misterio y el transcendentalismo de la ley de la herencia.

Estos principios son completamente independientes de toda teoría acerca de la naturaleza de la materia ó de la del espíritu. Admítase la teoría que quiere que el espíritu obre sobre la materia, aunque esté separado de ella, y sea de naturaleza absolutamente diversa: ora adoptemos la del obispo Berkeley, segun la cual la materia no existe y sí sólo el espíritu; ó la teoría contraria que en nada reconoce el espíritu y sí sólo la materia, ó en fin, la más sutil teoría con frecuencia sostenida en nuestros dias, segun la que, materia y espíritu no son más que diversos modos de ser de un tercer término, de alguna sustancia ó de cierta fuerza incógnita; tales principios quedan siempre en pié.

Dentro de estas teorías caben todas las demas, que en último resultado, no hacen otra cosa que explicar por medio de hipótesis diversas, este hecho incontestable, á saber: que esto que llamamos materia, ejerce una accion sobre lo que denominamos espíritu, y que lo que se entiende por espíritu, se agita sobre esto otro

que nombramos materia ; ahora bien, tales doctrinas á que aludimos, no pretenden ir más allá. Nuestro espíritu, por un medio misterioso, obra sobre nuestros nervios ; nuestros nervios, por una operacion no ménos misteriosa, retienen las consecuencias de tales acciones, y por regla general, en la mayor parte de los casos, el resultado de tales operaciones se transmite á nuestros descendientes. Estos son los hechos primordiales que admiten todas las teorías y que todas intentan explicar.

Tan evidentes principios nada tienen que ver ya con la antigua discusion sobre la *necesidad* y el *libre albedrío*. Todos los partidarios del libre albedrío reconocen que la *fuerza especial* de la voluntad libre se aplica á las fuerzas perennes de nuestro sér material, no la consideran como un agente que obra *in vacuo*, sino como un agente que obra sobre los demas. Cualquiera partidario del libre albedrío reconoce, en fin, que si se robustece y fortifica el impulso en determinada direccion, el género humano tiende á moverse en tal direccion. Los móviles superiores, mejor diremos, los mejores impulsos parten de un cuerpo bien organizado, los peores móviles, los impulsos de un órden inferior parten de un organismo defectuoso. Un partidario del libre albedrío como un fatalista, pueden admitir perfectamente que estos perfeccionamientos físicos tienden á mejorar la manera de obrar del hombre y que la degeneracion física tiende á pervertirle.

Ningun defensor del libre albedrío espera encontrar en Saint-Giles lo que hallará en Belgravia. Admitirá sin duda un sistema nervioso hereditario como un medio suministrado á la voluntad, aunque esta voluntad sea en su sentir, algo que obra en este sistema, aunque esté fuera de él. Sin duda la doctrina moderna de la conservacion de la fuerza, aplicándose á nuestras conclusiones, es incompatible con el libre albedrío. Cuando se afirma *que la fuerza no experimenta pérdida alguna ni ganancia de ningun género*, es imposible probar que en el acto de la volicion haya una adquisicion real, y como si dijéramos una nueva creacion de fuerza. Pero no cabe hacer aquí una distincion con la conservacion universal de la fuerza. La idea de centros nerviosos, considerados como depósito donde se acumula una fuerza que debe su origen á la voluntad, no da lugar ni exige una discusion tan lata.

Muy léjos de confundir nuestros principios con los de M. Buckle, léjos de sustentar la opinion de que las fuerzas materiales han sido los grandes resortes del progreso, y las causas morales resortes secundarios, que en presencia de los primeros apenas merecen nuestra atencion; aquí, por el contrario, las causas morales tienen señalado el lugar primero.

La accion de la voluntad produce hábitos inconscientes, y el esfuerzo continuado del principio que produce la acumulacion de la energía que se encuentra al fin, es el trabajo imperceptible de la primera

generacion, que pasa á ser la transmitida aptitud de la segunda. No son en verdad, aquí, las causas físicas las que engendran las morales; ántes bien, las morales engendran las causas físicas. Aquí la energía de un órden más elevado se encuentra desde un principio; la de un órden inferior sólo preside á la conservacion y reproduccion. Por esta razon se observa que la ciencia de la historia puede enseñarnos (segun dice Buckle) las leyes de las tendencias creadas por el espíritu y transmitidas por el cuerpo, tendencias que ejercen de edad en edad sobre la voluntad humana, y sus determinaciones una accion más poderosa.

II.

Pero, ¿es cierto que, merced á tales principios ha cambiado nuestra filosofía política? Indudablemente tales principios han ejercido su influencia en general, y particularmente se han dejado sentir en este punto. La Economía política es la parte mejor sistematizada y la más exacta de la filosofía política. Pues bien, con el apoyo de las proposiciones que quedan establecidas, podemos remontarnos á una edad en cierto modo *pre-económica* en la que, ó los datos en que se apoya la Economía política no existían, ó sus preceptos hubieran sido funestos, ó los preceptos diametralmente opuestos eran á la sazón justos y necesarios.

No es mi intento remontarme á aquellas épocas

oscuras que la etnología está en camino de revelarnos, ni me refiero tampoco á la Edad de piedra, á la de los instrumentos de pedernal, ni de los despojos de cocina. La época á la que quisiera poder remontarme, es aquella que precede inmediatamente al nacimiento de la historia, que quizás la vió nacer; pues los primeros historiadores han conocido este estado de la sociedad, á pesar de que tambien han conocido otros más adelantados. De tal época tenemos descripciones exactas, hechas por testigos oculares, y cuyas huellas, cuyos vestigios, hállanse á cada paso en las más antiguas legislaciones. Veamos lo que dice sir Henry Maine, el más aventajado de nuestros jurisconsultos contemporáneos, el único cuyos escritos están de acuerdo con nuestra más sana filosofía. «Los datos que nos proporciona la jurisprudencia comparada concurren á confirmar la idea de la primitiva condicion de la raza humana que se conoce con el nombre de Teoría patriarcal.»

«No hay duda que esta teoría se apoya en su origen en la historia de los patriarcas hebreos del Asia Menor, tal como nos la cuenta la Escritura; pero de idéntica manera y tal como arriba queda explicado, este testimonio sólo sirve para impedir sea admitida como verdadera teoría, pues la mayoría de los investigadores que hasta en estos últimos tiempos han trabajado seriamente recogiendo y coordinando los fenómenos sociales, recibían la inspiracion por un

conducto manifiestamente hostil á las antigüedades hebráicas, lo que podría explicarse por el intenso deseo de levantar el sistema sin el apoyo de los monumentos religiosos. Quizás ahora mismo hay una prevención contra el valor de tales testimonios, considerándolos puramente como parte de las tradiciones del pueblo semítico.»

«Es menester tener en cuenta que los datos suministrados por el estudio de las leyes son relativos exclusivamente á instituciones de sociedades que pertenecen á la raza indo-europea, y en su mayor parte á la de los romanos, los indios y los slavs. La dificultad en el actual estado de investigacion, está en saber dónde debe concretarse y cómo determinar las razas humanas á las cuales la teoría patriarcal no puede aplicarse, y las sociedades acerca de las que no cabe afirmar, hubiesen sido en su origen organizadas bajo un tipo patriarcal. No es mi intento trazar con exactitud minuciosa los principales rasgos de esta especie de sociedad tal cual se halla descrita en los primeros capítulos del Génesis; pues por una parte nos son familiares desde la más tierna edad y de la otra á causa del interés que en otro tiempo iba unido á la controversia de Locke y Filmer llenan un importante capítulo, aunque no de los más instructivos de la literatura inglesa. Hé aquí los puntos que se desprenden de la historia y han quedado en pié. El ascendiente varon, el ascendiente masculino de más

edad, ejerce en la familia el poder supremo absoluto. Tiene derecho de vida y muerte, y la autoridad sobre sus hijos y sus familias es sin límites, al igual que sobre sus esclavos. Hay más, será idéntica la situación entre los hijos y el esclavo á ménos que el nacimiento no dé al hijo mayores probabilidades de ser algun dia jefe de familia. Los rebaños del hijo son tambien de padre y los bienes del jefe de familia que éste retiene más bien en cualidad de depositario y mero poseedor, que en el concepto de propietario, son divididos igualmente á la muerte entre sus descendientes de primer grado. El primogénito recibe algunas veces en virtud del derecho de nacimiento una doble porcion, pero en la mayor parte de los casos no tiene otra ventaja hereditaria que una preferencia puramente honorífica.»

«De los relatos de la escritura se deduce otra enseñanza, aunque no tan fácilmente como la anterior, que parece colocarnos en presencia del primer atentado á la autoridad paterna. Separadas las familias de Jacob y de Esaú, forman dos naciones, pero las familias de los hijos de Jacob quedan unidas y pasan á ser un pueblo, y en ello parece encontrarse el gérmen sobradamente débil de un estado de comunidad y de un órden de derecho superior á la autoridad, fundada en las relaciones de familia.»

«Si yo intentara resumir los rasgos característicos del Estado en que el género humano se presenta ante

nosotros en los albores de su historia, limitaríame á citar estos versos de la *Odisea* de Homero.

«Τοῖσιν δ' οὐτ' αγοραὶ βουλευφοροὶ οὔτε θέμιστες
 θεμιστενες δὲ ἕκαστος
 Ηαίδων ἤβ' ἄλόχων, οὐσ' ἀλλή' λαν ἀλεγουσιν»

«Carecen de Asambleas para deliberar, no tienen leyes, aunque cada uno de ellos da la ley á sus mujeres y á sus hijos y no se molestan ni inquietan los unos por la suerte de los demas.»

Esta descripción de los comienzos de la historia, está confirmada por las más recientes lecciones de la etnología prehistórica. El resultado más importante, y quizás el más cierto que, á buen seguro, ha obtenido tal ciencia, es el de haber disipado las ilusiones de otro tiempo relativas á una primitiva civilización muy adelantada. Nadie desconoce ya la fuerza de los argumentos que destruyen la hipótesis quimérica de una civilización original. Nada más fácil de comprender que una decadencia moral del género humano, una decadencia estética, una decadencia política. Pero lo que no puede imaginarse siquiera, es que los hombres hayan renunciado á los más rudimentarios instrumentos, á los más sencillos medios de bienestar personal despues de haberlos conocido, y se concibe mucho ménos que, despues de haber poseido excelentes armas, por ejemplo, arcos y flechas, las haya abandonado. Y, á más, si es que ha habido una civilización primitiva, es preciso que los hombres la hu-

bieran olvidado completamente, pues se encuentran tribus en todos los grados de ignorancia, como tambien en todos los grados de la escala industrial relativamente á la alfarería, á metales, á medios de bienestar, instrumentos de guerra, etc., y no puede atribuirse el atraso al defecto de inteligencia de los salvajes, pues muestran por tales cosas, en escala diversa, un espíritu original y de inventiva. Inútil es buscar entre ellos los restos de un antiguo sistema, de un antiguo régimen que, despues de haber conocido la perfeccion, se haya modificado y oscurecido de improviso ; no se encontrará, como entre los dialectos de la Edad Media, las huellas de la lengua latina ; por el contrario, le vereis empezar como nosotros vemos los nuevos inventos, los recientes descubrimientos científicos, esto es, merced á ensayos é intentonas : nosotros vemos repetir la misma operacion imperfectamente ejecutada, valiéndose de medios igualmente imperfectos, que á buen seguro no se hubieran empleado si de antemano se hubieran conocido los mejores. En otro tiempo estaba bastante extendida la opinion de que los arcos y las flechas eran «las armas primitivas, las armas de los salvajes ;» pero la ciencia moderna ha dado luz acerca del particular, y por ella sabemos que ciertos salvajes las poseen, otros carecen de ellas, sustituyéndolas de una manera tal ó cual. Cada una de estas armas—por ejemplo, el boomerang—eran más difíciles de encontrar y de emplear

que el arco, al mismo tiempo que carecen de su eficacia.

Podría intentarse una descripción de las varias razas que han poblado al mundo, según el lugar diverso que ocuparon en la civilización industrial, haciendo notar la convergencia en un punto, las divergencias en otro, pero que todas en general, desde el momento que se aperciben del objeto que responde á sus deseos, utilízanse de él con tanto acierto ó mejor que el hombre civilizado. El americano del Sud saca mejor partido que el europeo del caballo que el mismo europeo le aportó. Muchas son las tribus salvajes que se utilizan del fusil, esta arma especial y complicadísima del hombre civilizado, con una destreza superior á la que pueda desplegar éste. El salvaje, provisto de útiles rudimentarios y simples cuya utilidad puede reconocer y apreciar, es como un niño pronto á instruirse y no como un anciano que no aprenderá nuevamente lo que ya tiene olvidado. Por otra parte, si ha habido en Australia y en América una civilización primitiva muy adelantada, ¿en dónde, pues, preguntan los botánicos y los zoólogos, encontráis sus huellas? Si aquellos salvajes cultivaron en otro tiempo el trigo, ¿dónde está el trigo silvestre que ha sobrevivido á su abandonado cultivo? Si renunciaron el empleo de excelentes y útiles animales domésticos ¿dónde están los animales salvajes? Lo cierto es que en estos últimos siglos, desde lo que podría lla-

marse el descubrimiento del mundo, los animales domésticos de Europa se han esparcido por dó quier. El raton inglés, que no es el más agradable de nuestros animales domésticos, ha pasado á la Australia, á la Nueva Zelanda, se halla en América y difícilmente podrá destruirse sino es un *milagro de los ratones* efectuado en proporciones colosales. Sería necesario un esfuerzo considerable para poder arrojar de la América del Sud el caballo que los españoles importaron. Llegaríamos á suponer que es uno de los más indispensables animales originarios del país, si no nos constara lo contrario. Pero (permítasenos preguntar) ¿dónde se encuentran los ratones y los caballos indígenas? No solamente no los hallamos, sino que la ciencia zoológica nos dice que jamás existieron. La razon está en que estos animales imperfectos, meros bosquejos (los marsupiales de la Australia y de la Nueva Zelanda), difícilmente hubieran sobrevivido en una lucha contra séres organizados de constitucion más perfecta, como aquellos ante los cuales desaparecen hoy día.

Desde luego se vislumbra al hombre patriarcal, no como algunos suponen en posesion de los restos y despojos de una industria que data de una civilizacion primitiva, sino dotado de un escaso y poco desenvuelto conocimiento gradualmente adquirido de las artes más rudimentarias, con pequeñas nociones de los fenómenos naturales como los relativos á las esta-

ciones, etc. Estos, hélos aquí, los primeros hombres de la historia, tales cuales nosotros debíamos encontrarlos, en efecto. ¿Pero cuál era su espíritu? ¿Cómo puede describirse?

La definicion general que nos da Sir John Lubbock, y en la cual parece resumir su juicio sobre la naturaleza del hombre salvaje, conviene sin duda á la del hombre patriarcal : «Los salvajes, dice, tienen el carácter del niño, con las pasiones y la fuerza del hombre.» Y si consultamos el más antiguo monumento del mundo pagano, los poemas de Homero, ¡cuántas cosas hallamos en él que están de acuerdo con esta definicion mejor que con cualquiera otra, Pero débese tener en cuenta que en la época descrita en tales poemas, la civilizacion contaba algunos siglos de desenvolvimiento. Mr. Gladstone parece indicarnos que, en Homero, el hombre manifiesta dotes para lo elocuencia como en otra época cualquiera, y á pesar de la importancia de tal ventaja, otras pudieran citarse que son quizás más importantes, y que en aquel entónces ya poseía. Pero ¿qué nos queda fuera de Aquiles, de aquel «salvaje espléndido»? ¿qué nos queda si separamos al «niño mimado que se encoleva bajo su tienda?» La facilidad de las impresiones y la vivacidad de las emociones son los rasgos principales y característicos de la más remota historia griega ; y si dirigimos nuestros miradas hácia el Oriente, «el mundo sencillo y violento» como lo denomina

Mr. Kinglake, desde sus primeros tiempos nos ofrece siempre idéntico aspecto.

Esto es precisamente lo que nosotros no debíamos olvidar un instante. Segun la ciencia nos enseña, «una instruccion transmitida por herencia ha constituido á las naciones modernas, las ha formado. El hombre al nacer lleva ya en su constitucion la huella de las leyes de sus antepasados.» Pero las nacionalidades antiguas no podían aportar tal herencia, descendían de hombres que obraban á capricho ; carecían de hábitos adquiridos, de saludables trabas ; estaban, por lo tanto, á merced de la impresion y cedían al impulso de sus pasiones.

Difícil es formarnos una idea exacta de la condicion del hombre primitivo ; pues es muy diferente de todo lo que conocemos y percibimos. Hoy dia suponemos inconscientemente la existencia de una máquina social muy complicada, de una especie de mecanismo social que por nosotros trabaja, y que no solamente satisface nuestros deseos, sino que hace más, determina y advierte el momento en que tales deseos deben abandonarse. Con dificultad puede nadie representarse la vida tal cual la pasaba el hombre ántes de que hubiese relojes ; pues, como ha dicho Sir J. Lewis, «es necesario un vigoroso esfuerzo de imaginacion para figurarse una época en la que era una dificultad enorme conocer la hora y saber en qué instante se encontraba el dia.» Mayor aún es la dificultad si se pre-

senta á la mente el espíritu móvil é inquieto de los hombres que desconocían la naturaleza, este gran regulador de la civilizacion material, y que no tenían tal regulador, y que cárecían tambien de este reloj de la civilizacion moral que se denomina un Gobierno. Jamás sabían á quién obedecer, y léjos estaba de ellos esta prevision segura y constante de un cúmulo de variados acaecimientos, y este hábito poderoso que modifica nuestro espíritu y le coloca á la altura en que hoy está. Además, por mi parte no puedo figurarme el concepto moral que entónces existía, y que necesariamente debía ser muy vago. Hecha abstraccion de todos los elementos que provienen de la ley y del Gobierno, cuyas esparcidas nociones morales han penetrado en nosotros, apénas sé ver lo que resta; lo cual, aunque vago, era sin duda inteligible de una manera ú otra para el hombre antehistórico, y á la par que incierto, insuficiente para suministrar sólido apoyo. Cuando más, parecíase á este vago sentimiento de la belleza que tienen hoy dia las naturalezas sensibles y delicadas que carecen de instruccion: era una voz débil, tardía; era yo no sé qué de incógnito que modificaba todo lo demas, superior á todo lo demas, y de forma tan vaga, que no resiste al análisis investigador; si, por otra parte, no es más que una delicada ficcion propia de una edad más culta, la moralidad debía encontrarse entónces entre los desordenados accesos de una «justicia salvaje», mitad justicia, mitad violen-

cia. Pero sea cual fuere su naturaleza, como no se fijaba en ley alguna permanente, podemos aventurar en todo caso que era algo intermitente, indeciso, que difícilmente se imagina. Cualquiera que haya estudiado las matemáticas, recuerda las dificultades imaginarias de un problema ántes de haberlo comprendido, y sabe hasta qué punto es indispensable, una vez que la demostracion ha dado luz acerca del particular, comprender nuevamente estas perplejidades y estas incertidumbres, ó la de reponerse en este estado de confusion intelectual que las ha producido. Así, en nuestros días, dada nuestra impotencia y á pesar de todo ensayo que se practicara para sustraer de nuestra mente la nocion de la ley, sería difícil representar el espíritu del hombre que hubiese carecido de tal nocion. Sea como fuere, el hombre primitivo no hubiera jamás comprendido lo que nosotros entendemos por nacion, como nosotros no podemos formarnos una idea de tales hombres, incapaces de comprenderla. Nosotros, aunque sabemos perfectamente lo que significa, no podemos explicarlo ni definirlo inmediatamente y en todas ocasiones; pero es cosa evidente que una nacion significa una reunion de hombres de carácter análogo, capaces, en virtud de esta misma semejanza, á obrar de consuno, y dispuestos por esta razon á obedecer leyes idénticas. Los cíclopes de Homero, que sólo conocían seres humanos, sin vínculo de union, eran incapaces de comprender esta idea.

En resúmen. La primera aspiracion del género humano es hácia una ley rígida, precisa, eficaz. De ella necesita ántes que de cualquier otra cosa; pero á la par que es el primer deseo de los hombres, es tambien el más difícil de satisfacer. Si es el mayor de los beneficios para el hombre que lo alcanza, es tambien de los más onerosos. En épocas más recientes, algunas tribus se han sometido á esta disciplina por medios rápidos y arrostrando muchas dificultades. Se ha notado muchísimas veces que un conjunto de tribus diseminadas ha adoptado una organizacion más ó ménos sólida y compacta, merced á un vencedor despótico que se la impone. Los romanos hicieron la mitad del trabajo, y alcanzaron, por decirlo así, la tarea política encomendada á la Europa occidental. ¿Pero dónde podían encontrar en las épocas primitivas á los romanos, ó á un conquistador de tal especie? La energía del Gobierno es la fuerza que comunica las victorias; y justamente lo que entónces faltaba en los Gobiernos es esta energía. La civilizacion en su alborear ha debido luchar con grandes obstáculos, ha debido trepar por escarpadas cuestas; bien que para nosotros, que las contemplamos hoy desde la cima, se reducen á nada.

III.

¿Cuál fué el primer paso señalado que dió una sociedad sin gobierno hácia el estado de sociedad regulada por un Gobierno? A esta pregunta difícilmente

nos contestará la historia. Sir Henry Maine ha deducido de sus investigaciones una conclusion del mayor interés acerca de este punto : « El origen de la sociedad se explicaría de una manera muy sencilla si pudiéramos obtener un resultado general de las indicaciones que nos han sido suministradas por el ejemplo de la escritura ya citada, y si pudiéramos suponer que las comunidades han comenzado á existir do quiera una familia ha permanecido unida en lugar de separarse á la muerte de su jefe patriarcal. Roma, y la mayor parte de los Estados griegos, han guardado durante mucho tiempo las huellas de una serie ascendente de agrupaciones, que fueron las primitivas bases del Estado. La familia, la gens, la tribu, pueden ser consideradas en Roma como tipos de tales agrupaciones. De la manera como aparecen descritas, no podemos dejar de considerarlas como un sistema de círculos concéntricos, que, partiendo de un mismo punto, se extienden y desenvuelven en todas direcciones. El grupo elemental es la familia cuyos diversos miembros se unen en virtud de una obediencia común al ascendiente varon ó al de mayor categoría. La agregacion de familias forma la gens ó linaje. La agrupacion de familias forma la tribu. El grupo de tribus constituye el Estado.

Pero, ¿seguiremos tales indicaciones? ¿Cabe afirmar que el Estado es una reunion de personas unidas por los vínculos de un origen comun, relacionadas á un

comun ascendiente que habrá sido el primer tallo de una familia? Podemos al ménos estar seguros de que todas las sociedades antiguas se consideraban como provenientes de una rama primitiva, única ya, que les hubiera sido difícil dar otra razon del vínculo político que las mantenía unidas. Es un hecho que la historia de las ideas políticas comienza por la opinion muy arraigada de que los vínculos del parentesco, los vínculos de la sangre, son los únicos fundamentos posibles de toda comun participacion á las funciones políticas; y si examinara, entre los accidentes de los sentimientos humanos que nosotros designamos con el expresivo nombre de revoluciones, ninguno se hallara tan sorprendente, tan radical, como que se verifica cuando otro principio cualquiera (por el ejemplo el de la antigüedad geográfica) se establece por primera vez como base de una comun accion política.

Si esta teoría fuese exacta, el nacimiento de una organizacion política no hubiera sido en realidad un cambio de transcendencia. La primacía del primogénito en las tribus que casualmente se habían mantenido adheridas sería poco marcada. Ella tendría consecuencias de gran importancia, aunque en sí no hubiera sido gran cosa, sería análoga (tomando un término de comparacion en el extremo opuesto de la evolucion política) á la autoridad que ejerce un jefe de partido poco influyente en el Parlamento sobre los

correligionarios que impunemente pudieran abandonarle en un momento dado. Este es el germen de la soberanía, pero no puede decirse gran cosa acerca de lo que fué en aquel entónces la soberanía.

Por mi parte no creo que la solución propuesta por Sir Henry Maine sea satisfactoria (adviértase que no la da como concluyente) ni que, según se verá más adelante, baste para darnos cuenta del verdadero origen de los gobiernos. Luego demostraré que innumerables hechos nos revelan una época más antigua, mucho más antigua, que la época de que se trata. Así que, si la teoría de Sir Henry Maine no basta por el momento, aunque en verdad describe con exactitud minuciosa un género de vida anterior al de nuestra política actual, la conclusión que de ello se deriva, sólo será robustecida, lejos de atenuarse, cuando nosotros estudiemos una época mucho más atrasada, más rudimentaria; cuando nos ocupemos, por decirlo así, de un vínculo social todavía en embrión.

Pero desde el momento que los gobiernos hubieron comenzado, es muy fácil explicar por qué se perpetuaron. A pesar de todo lo que se dice en otros puntos de la selección natural, no podemos dudar que es una ley que ha presidido toda la historia primitiva de las razas humanas. Los más fuertes destruían y sacrificaban á los más débiles siempre y cuando podían; y así, dicho esto, no necesito entretenerme en probar que es más fuerte cualquier sociedad humana con un

gobierno cualquiera, que una sociedad desprovista de gobierno. Una reunion de familias que reconocieran, aunque de una manera muy imperfecta, la autoridad de una sola persona, debiera necesariamente llevar ventaja sobre las familias que no reconocían el poder de ningun jefe, que vagaban por uno y otro lado, y que vivían en perpetua lucha. Los cíclopes de Homero serían impotentes contra el más débil ejército. No hay que extrañar la carencia de un relato relativo á este estado de la humanidad. Careciendo de estabilidad, y condenados aquellós hombres á perpetua lucha, no debe pasmarnos hayan quedado débiles huellas y permaneciera ignorado hasta el siglo en que los poetas encontraron una fuente de pintura viva y graciosa y dieran de aquellos tiempos un interesante relato.

A pesar de que el origen de los gobiernos sea algo dudoso, marchamos sobre un terreno más seguro al hablar de la conservacion de los gobiernos, pues nos apoyamos en documentos que aún existen. El jóven inglés que lee á Platon y á Aristóteles, se siente herido en su espíritu conservador ; penetrado de las doctrinas liberales de la época actual, se asombra al encontrar principios tan contrarios á sus doctrinas. Sea cual fuere la diferencia que entre ellos hubiere, estos filósofos convienen con Jenofonte (de quien difieren bajo todos aspectos) en un punto, á saber : *que el hombre es de todos los animales al que se dirige y gobierna*

con mayor dificultad. Con Platon, puede decirse, y no sin motivo, que los partidarios de una filosofía intuitiva (siendo los torys de la especulacion) se han mostrado inclinados al régimen conservador; pero Aristóteles, el fundador de la filosofía experimental, hubiera debido, segun esta teoría, ser un liberal, si es que entónces existían. La verdad es que ambos vivieron en una época en que los hombres no habían *tenido tiempo de olvidar las dificultades del gobierno.* Nosotros hoy dia las hemos olvidado completamente. En nuestra época contamos con cierto caudal de orden, con cierta cantidad, con cierta porcion acumulada de obediencia tácita, de disciplina hereditaria, que es la base de nuestra cultura, miéntras que estos filósofos esperaban obtener esta cultura como uno de los principales resultados de la instruccion y perfeccionamiento que sus doctrinas proporcionaban al espíritu humano. Aquello á que tendían ellos, inconscientemente nosotros lo tomamos como punto de partida, teniendo, por decirlo así, como tenemos, el terreno preparado.

En las épocas primitivas, en materia de autoridad y de gobierno, la cantidad es mucho más importante que la cualidad. Lo que se necesita es una regla general que comprenda á unos y otros, que les obligue á hacer, con escasas excepciones, idénticas cosas; que les indique lo que deben aprender; que les presente un mismo modelo y conserve entre

ellas la semejanza en el estilo y en las costumbres.

¿Cuál es esta regla? Ya hemos dicho que la cuestion de calidad no tiene tanta importancia. Una buena regla valdrá, en todo caso, más que una mala regla; pero vale más tener una regla, cualquiera que ella sea, que carecer de ella. Por otra parte, las razones que apreciará un jurista, no permiten que ninguna de ellas sea excelente, pero para la adquisicion de esta regla, lo que puede llamarse la *energía del gobierno*, es más importante, á no dudarlo, que el *más ó ménos de utilidad de los objetos*, á los cuales se aplica. Lograr que los hombres obedezcan ; hé ahí el problema difícil. ¿En qué se empleará esta obediencia? Esta es una cuestion secundaria.

Para obtener esta obediencia, la primera condicion es la identidad de lo que nosotros llamamos hoy dia la Iglesia y el Estado. No basta que permanezcan unidos, es necesario que no sean más que una sola y misma cosa. El Dr. Arnold, versado en el estudio de la ciencia griega y de la historia romana, tenía costumbre de predicar esta identidad como el gran remedio á los extravíos del mundo moderno. Pero se dirigía á personas imbuidas en otras ideas que no escuchaban sus palabras y no hacían gran caso de ellas, porque apénas las comprendían. A pesar de que este consejo podría ser perjudicial al mundo moderno, al cual el Dr. Arnold se dirigía, era excelente consejo para el mundo antiguo. Lo que conviene en tales pe-

ríodos es un gobierno único (llámese Iglesia ó Estado, como mejor parezca) que regule toda la vida humana, en su grandioso conjunto. Una division del poder, es altamente peligrosa ; no puede soportarse sin riesgo y sin grandes probabilidades de destruccion ; el sacerdote no debe enseñar una cosa y el rey otra : el rey debe ser sacerdote y el profeta rey ; ámbos deben decir una misma cosa, porque ámbos son una misma cosa. La idea de una diferencia entre las penas espirituales y las penas legales no debe jamás ser despertada. Y, en efecto, esta idea no hubiera sido comprendida por los primeros griegos ó por los romanos primitivos. Había una especie de grosera opinion pública y unas costumbres rudas, muy rudas, que se dejaban dirigir por ella. Hoy dia hablamos de la penalidad política, de la prohibicion eclesiástica, de censura social ; entónces todo esto se hallaba confundido.

Nada existe hoy dia que se parezca á estas antiguas comunidades ; pero si algo puede dar una idea de ello, es una sociedad obrera (trade's union). En ella el que trabaja á poco sueldo, es perseguido y despreciado, es un *maldito*, y siempre se encuentra un Broadhead para eliminarlo.

El objeto de tales organizaciones, consiste en crear lo que podría llamarse un núcleo de costumbres. Todas las acciones de la vida deben estar sometidas á una regla única en presencia tambien de un objeto único. Esto es lo que ha dado nacimiento á la

instruccion hereditaria cuya importancia hoy nos enseña la ciencia y cuya necesidad había reconocido el instinto del hombre primitivo. A pesar de que este régimen prohíbe el libre exámen, no es un perjuicio para la sociedad; mejor dicho, á pesar de que sea un mal, es la base necesaria de un bien mayor; esta prohibicion es indispensable para formar el molde de la civilizacion, para endurecer la fibra áun tierna y débil del hombre de los primeros tiempos.

La historia más antigua de que tenemos noticia de la raza aryana, nos muestra por do quier, un rey, un consejo, tal como lo exigía la necesidad de las antiguas luchas. El rey poseía muchos privilegios y un poder considerable. El despotismo oriental y el cesarismo se hacían imposibles de todo punto en aquel entónces; los ejércitos que mantienen á tales gobiernos situados fuera del campo político, no podían existir en época en que la tribu era la nacion, y en que todos los individuos de la tribu formaban parte de la milicia activa. De ahí que en tiempo de Homero, en la primera época romana y en los primeros dias de la antigua Germania, el rey sea la parte más visible del gobierno, la única figura que verdaderamente sobresale, ya que para bien del momento era la parte más indispensable y necesaria. La oligarquía exclusiva y compacta, el patriciado que sólo podía acatar la ley establecida, el fiel depositario de la ley y autorizado custodio de sus fueros, ejercía un impe-

rio absoluto, sin trabas en estas sociedades primitivas. Sólo esta clase distinguida estaba iniciada en el secreto del arte de gobernar á los hombres ; sólo ella era obedecida , porque sólo sus individuos tenían el encargo de dirigir y gobernar á los demas. Mr. Grote nos ha explicado de una manera admirable el engrandecimiento de las primeras oligarquías en presencia de la monarquía y á su pesar ; pero su excesiva predileccion por la Atenas histórica , no le permite simpatizar con Atenas prehistórica ; por esta razon no nos da á comprender la necesidad de un régimen de estabilidad en una época en que todo carecía de solidez y fijeza.

Es en vano tratar de explicar detalladamente el por qué la historia de Roma y Esparta , las dos grandes repúblicas , siempre victoriosas del antiguo mundo , nos da una confirmacion patente de estas conclusiones ; como no sea recordando que tanto Esparta como Roma , eran aristocracias que sobresalían en educar á sus ciudadanos ; es inútil querer encontrar en otra parte la razon de su éxito en la historia. Atenas ya pertenecía á un orden más elevado , al ménos para nosotros los modernos que la conocemos íntimamente y que hemos aprendido en ella , no así para los filisteos de aquella época que la consideraban de un orden inferior. Sin embargo de esta superioridad que en Atenas debe reconocerse , fué vencida y perdió la partida , como se dice vulgarmente , en este juego

de los intereses visibles más allá del cual no alcanza la corta vista de los contemporáneos. Esta pérdida fué el gran naufragio de la libertad en el mundo antiguo : cuando ella sucumbió , la libertad tambien sucumbió en el antiguo mundo. Atenas anunció y comenzó las grandes obras del porvenir , y aquí terminó su mision , pues era demasiado débil para realizarlas ; su misma debilidad fué causa de que materialmente la pisotearan otros pueblos de una organizacion más grosera y de una constitucion más aguerrida.

La historia del pueblo judío sirve de confirmacion á los principios indicados más arriba. Sin duda en su historia encontramos otros elementos que los que debemos examinar ahora, elementos que para nada nos sirven en el momento presente y en el presente asunto. Pero sentemos un hecho indiscutible, el de que el pueblo judío había sido desde un principio el más inseguro é inestable de todos los pueblos, y desde el momento en que se sometió á una ley fué de todas las naciones la más segura y la más estable; sin embargo, su gobierno carecía de unidad, lo cual es debido á que aquel pueblo solicitó un rey para que le gobernara y dirigiera, y desde entónces el poder espiritual y el poder temporal, tal como diríamos hoy dia, jamás estuvieron de acuerdo. Las diez tribus que se separaron de la ley se reunieron con las naciones vecinas. Jero-boam ha sido llamado el *primer liberal*, y la cuestion

religiosa aparte, esta expresion no carece de sentido: él comenzó á desligar al gobierno de los lazos inflexibles, trabas y vínculos que respondían á las necesidades de su época, aunque es cosa que disgusta siempre á los espíritus ardientes y á los hombres de inventiva. Los judíos que permanecieron fieles á la ley fueron los judíos que conocemos hoy dia, nacion relativamente fuerte y resistente, si es que tal nacion pudo haberlo sido nunca.

Los jurisconsultos nos dicen que la palabra contrato no se encuentra jamás en las antiguas leyes. Esto nos explica la fijeza de costumbres de aquella época. En nuestros tiempos, las acciones del hombre se determinan por el impulso de la voluntad, son hijas de su propia eleccion, en los tiempos primitivos esta eleccion no determinaba casi nada. La norma y regla de toda accion era la ley del Estado (de la inmovilidad, *status*). Cada cual al nacer tenía su lugar señalado en la comunidad, tenía trazado el límite de su accion, la esfera de su actividad, tenía ciertos deberes que cumplir y no debía pensar en otra cosa. La red de la costumbre tenía á los hombres asidos entre sus mallas, y teniéndoles fijos en sus puntos determinados, les tenía en ellos sujetos de manera que no podían deshacerse ni escapar.

Estos principios que en la política europea se denominan los principios de 1789, son, pues incompatibles con la situacion que nos presenta el mundo pri-

mitivo; sólo convienen al mundo actual, al mundo de hoy, cuya sociedad ha terminado la primera parte de su tarea, cuya organizacion hereditaria está ya de antemano fijada y sólidamente establecida, y en que los espíritus inquietos y las violentas pasiones de la infancia de las sociedades se contienen, se conducen y guían por instintos poderosos adquiridos de antemano. Hasta aquí no ha sido necesaria la igualdad ante la ley; por el contrario, ha sido necesaria la desigualdad; pues se necesitaba ante todo de un criterio superior que discerniera la ley. Lo que conviene en un principio, no es la influencia de un buen gobierno celoso de la dicha de sus súbditos, sino la de un poder venerado y temido que logre en todo caso la obediencia de sus subordinados. Si bien la ley tiene en tal situacion muchos lunares, en cambio nadie escapa á su prescripcion tan restrictiva que encadena, por decirlo así, la vida entera de los súbditos á una misma costumbre é idéntica rutina. Los siglos de libertad son los últimos en toda civilizacion: ántes les preceden los de esclavitud. En 1789, cuando los grandes hombres de la Constituyente dirigían sus miradas hácia el pasado, no encontraban nada digno de elogio, de atencion ó que debiera imitarse: todo les parecía engaño y utopia, un error monstruoso del cual debían separarse lo más pronto posible; pero al fin y al cabo debían reconocer que todo se lo debían porque eran hijos de aquellas épocas de utopias y de errores.

La huella hereditaria de los antiguos tiempos estaba impresa, había dejado perennes sus huellas en su organismo físico : sus cerebros habían adquirido estabilidad y firmeza, sus nervios se habían fortificado más y más con la transmisión de sensaciones acumuladas y de usos y costumbres poco menos que inaguantables. Los siglos de monotonía han tenido su gran parte de utilidad, pues ellos han preparado al hombre para aquellos siglos, aquellas épocas posteriores en que la monotonía habrá dejado de entrar como elemento integrante y condición de su vida.

IV.

Nosotros no hemos tenido ocasión de tocar todas las ventajas producidas por estos gobiernos primitivos y sus rudimentarias leyes. A ellos debemos la agrupación de los hombres que andaban dispersos y divididos, la reunión de los mismos, y la imposición de un conjunto de costumbres comunes que les han dado unidad y les han inspirado con frecuencia, aunque de una manera indirecta los caracteres nacionales.

Difícilmente podemos darnos explicación (al menos yo no trataré de hacerlo), de todos los fenómenos que singularizan el carácter nacional ; es aventurado asegurar el momento de su definitiva constitución, cuando aparece formado completamente. ¡Cuán len-

tamente se forma; por cuáles insensibles transiciones no pasa, ántes de transformarse, si es que puede transformarse todavía! Veamos si podemos encontrar un hecho constante que pueda hacernos entrever cuando ménos, aunque oscuramente, la causa de tales fenómenos. Es cosa sabida que las épocas tienen su carácter lo mismo que las naciones; pues bien; en presencia de cierto número de estos períodos podemos examinar y concretar cuándo y cómo aparece la fisonomía particular de cada pueblo y en qué lugar, de qué manera y en qué momento histórico se borra. Así, por ejemplo, todos tenemos una idea de los tiempos de la reina Ana, de la reina Isabel, de Jorge II; mejor y más claro concepto tenemos formado de la época de Luis XIV, de Luis XV, de la revolucion francesa. Esta idea será más ó ménos precisa, estará en proporcion con el estado de nuestros conocimientos; pero es muy probable que áun en aquellos para quienes estas épocas son las mejor conocidas y las más familiares, tiene esta idea un carácter más significado, más simple que no el que en realidad tenían. Representándonos en la imaginacion las diversas épocas, dejamos á un lado los rasgos distintos y peculiares de todos los tiempos. De la época de Chaucer hasta los tiempos de la reina Isabel y de la reina Ana, con poca diferencia, el carácter inglés es el mismo, bajo muchos puntos de vista, del que es hoy dia. Hay un fondo comun y persistente que lo encontramos siem-

pre y al cual se añaden ciertas cualidades propias de ciertas y determinadas épocas, ó bien diferentes cualidades que han velado y oscurecido el carácter primordial en los diferentes siglos, y muchas veces olvidamos el elemento constante, mientras que sólo vemos y estudiamos el elemento variable (y este es el que buscamos en este momento). Pero ¿á qué viene este elemento variable? preguntarán algunos. ¿A qué viene esta insaciable curiosidad, este afán de encontrarle que á todos nos domina? Sin duda el fenómeno es singular. Estudiémosle. Es un hecho que en una época de paz, por ejemplo en tiempo de la reina Ana, surge una literatura especial, una variedad bien pronunciada en la expresion del pensamiento humano; este carácter se encuentra en todo aquello que se escribe entónces y sólo en aquello y en ninguna otra parte.

La verdadera explicacion es en mi sentir la siguiente : un escritor notable da el tono ; sus escritos están más en armonía con el espíritu de los que le rodean (y la diferencia con los demas escritores ha de ser notable). Con frecuencia la posteridad no es de quien más se acuerda, y no es él quien fija el estilo de la época, ni da la perfeccion y el encanto que le es propio. El primero que escribió algo sobre los tiempos de la reina Ana, no fué Addison, sino Steele. Este fué el hombre atrevido, de osada iniciativa que lanzó la idea en estado de bosquejo, vino luégo el hombre

prudente y reflexivo que la desarrolló, la perfeccionó, y este es el que lee y conoce la posteridad. Un escritor de talla, muchas veces un grupo de escritores se apoderan del espíritu público, y otros escritores vándose acomodando al estilo de los primeros. Sin duda esta asimilación es debida á una causa muy fácil de explicar y que nada presenta de notable; es el resultado de una imitación deseada. A. se apercibe de que el estilo de B. tiene salida y le imita. Pero esta tendencia y espíritu de imitación ha de ser raro desde el momento que los escritores que tienen pensamientos propios y originales, no tratarán de revestirlos con expresiones ajenas, pues un hombre no puede expresarse de una manera igualmente sincera y en igualdad de condiciones, cuando amolda sus frases y vierte sus conceptos en un estilo prestado. Bastante hacen, después de todo, aplicándose con asiduidad al trabajo penoso, pero sobre todo ingrato y estúpido de formarse un estilo que no es el propio. La mayoría de los hombres gustan de las palabras vagas, y el ritmo que les acompaña sin saber qué es lo que lo produce; una imitación inconsciente determina la elección de sus expresiones, y les hace decir lo que nunca les pasó por las mientes. Todo aquel que ha escrito en muchos periódicos conoce la manera como el estilo propio, va tomando indefectiblemente el tono que en cada uno de ellos predomina, á medida que escribe y se transforma, y toma nuevo giro en cada hoja. Sin duda no se exige más

que el uso del estilo tradicional al que los lectores están habituados, aunque no se le copie exactamente; pues si se propusiera esto, debería violentarlo de una manera exagerada. Ahora bien : de la misma manera que un periodista sin intencion bien determinada da á los lectores del diario el género de expresiones y de pensamientos al cual están habituados, lo propio sucede aunque en mayor escala y más elevada categoría entre los escritores de una época, que sin darse tampoco cuenta de ello, dan á sus lectores el género de expresion y de pensamientos, es decir, la literatura especial que estos lectores de su época aman y aprecian, y no solamente el escritor escoge sin darse cuenta el género de estilo y de ideas que están más en boga, sino que el mismo escritor es escogido con predileccion. Un autor, por ejemplo, no se pone á escribir en el tono generalmente adoptado en una época, si no se siente ó no imagina sentir una especie de aptitud para escribir de esta manera ; lo mismo que un literato no escribe un periódico, cuyo dominante estilo le es contrario ó poco conforme á su manera de pensar. Si el escritor se engaña, no tarda en ser víctima de su error. Más tarde el director rechaza sus escritos, su época no los aprecia, y concluye por no leerlos. Este estilo tradicional es un tormento, una fortuna para los grandes escritores, con quienes por casualidad no guarda completa armonía. Vemos de ello un ejemplo curioso en Wordsworth que fué sobradamente osado para

romper con el estilo de sus contemporáneos, y para hacerse uno propio con gran riesgo de ser desdeñado y despreciado por ellos. Este escritor tuvo al ménos la buena fortuna de hacerlo con conocimiento de causa, y por ello le salió bien.

Se supone—dice este autor—que un escritor, por lo mismo que escribe en verso, se compromete formalmente á satisfacer cierto gusto literario convencional preestablecido, ciertos hábitos de elocucion contraindidos; por ello, parece que le advierte de antemano al lector que encontrará en su libro indefectiblemente cierto género de ideas y de expresiones de uso corriente, evitando cuidadosamente otros que se consideran desusados. El exponente ó signo simbólico que nos ofrece el lenguaje de la versificación, ha despertado en las diversas épocas de la literatura ideas bien diferentes, y ha hecho tomar al gusto diferentes sesgos; por ejemplo, en las épocas de Catulo, de Terencio, de Lucrecio y en las de Estacio y Claudiano, y en Inglaterra las de Shakspeare, de Beaumont, de Fletcher y la época de Donne, de Cowley ó de Pope. Despues, con grandes muestras de disgusto, pasa Mr. Wordsworth á explicarnos cómo de su parte no puede ni quiere hacerlo que muchos esperan de él: escribirá en su propia lengua, en su lengua nativa, y esto basta; no tiene necesidad de sujetar su estilo á ninguna regla ni subordinarlo á ningun modelo. Un genio austero (iba á decir puritano) obrará de esta manera; pero los

hombres de genio suelen ser dóciles y de apacible condicion para la mayoría, y se conforman con el estilo de su época. Uno de ellos, muy refractario á la asimilacion, pero que es muy digno de tenerse en cuenta, ha dicho:

«¡Oh y cuántos instantes perdemos, cuántos días malbaratamos! Contrahaciendo nuestra imágen, copiando nuestra sombra. Suponeis que soy de tal ó cual manera; pues bueno, lo seré. Me prestais tales ó cuales cualidades; pues bueno, las tendré.»

Los autores, ó escriben lo que de ellos espera el público, ó bien no escriben nada; pero en ese caso, como en el del autor de estos versos, viven en la desesperacion, se detienen desalentados y mueren dejando fragmentos que sus amigos recogen y guardan piadosamente, fragmentos ante los cuales el mundo en su curso loco pasa sin fijar siquiera la vista. Los escritores no conformistas son despreciados, los conformistas, en vista del éxito que obtienen, van tomando nuevo aliento hasta el dia en que quizás el mundo cambia de repente; y lo que decimos de los escritores, puede aplicarse aunque en menor escala á los lectores. Muchos hombres, quizás la mayor parte, llegan á amar ó á creer que aman lo que tienen delante de los ojos, lo que es objeto de especial estima entre los que tienen á su alrededor, lo que la opinion formada les dice que deben amar; ó bien si en virtud de un giro particular ó de una complexion original no pueden

ser vaciados por este molde, entónces renuncian completamente á la lectura ó leen libros antiguos, ó libros extranjeros que han tomado otro modelo y se dirigen á satisfacer diferente género de gusto. El principio de *eliminacion*, el de *actividad ó inactividad* de los órganos, de los que nos hablan los naturalistas, encuentran aquí su aplicacion. El que trabaja se fortifica; el que huelga tórnase débil: «Siempre adquieren más aquellos que ya tienen de antemano»; y así un estilo de cierto carácter domina sobre una época; se grava con exclusion de todo el resto en la memoria de los hombres, y termina por ser el único por el cual se piensa.

Si no me engaño, lo que denominamos carácter nacional nace de una manera muy análoga. Desde luego una especie de *predominio fortuito* forma un modelo; y entónces una invencible atraccion, esta necesidad que liga á todos los hombres, á excepcion de los más fuertes á imitar lo que tienen delante de los ojos y á ser tal cual se alcanza verlos, ha calcado á los hombres sobre este modelo. Paréceme que por este camino se forman muchos caracteres nacionales en nuestro tiempo. En América y en Australia vemos desenvolverse una nueva modificacion de lo que nosotros llamamos el carácter anglo-sajon. Ha nacido una especie de carácter tipo, hijo de las dificultades de la lucha colonial, de la lucha contra la naturaleza salvaje; y este tipo ha prestado el carácter á la mayoría, la cual ha procurado imitarlo inconscientemente. La

mayor parte de los rasgos distintivos del carácter americano, son ostensiblemente útiles, dadas las condiciones de existencia de aquel pueblo. Esta continua actividad, esta inquietud, esta organizacion nerviosa siempre en tension, son cualidades utilísimas para una lucha continua, y que esta misma lucha contribuye á desarrollar y desenvolver. Estos rasgos parecen dibujarse tambien en Australia y en las otras comarcas en que la raza inglesa se halla en condiciones y circunstancias análogas. La tendencia innata del espíritu humano á plegarse á las exigencias de una nueva condicion, á adaptarse al medio en que se encuentra ha debido jugar un gran papel por lo que respecta á la adopcion de estas útiles particularidades; con mucha frecuencia se ve á un flemático inglés tomar en pocos años la inquieta fisonomía del americano; un irlandés y un aleman pueden adquirirla hasta en los detalles y particularidades exclusivas y propias de un inglés. Hay un gran número de puntos secundarios, en cuya formacion y desenvolvimiento la utilidad no tiene participacion alguna, muchos de ellos se adquieren en casa de un personaje importante que ha logrado hacerlos de moda, y del cual se imitan y continúan luego como un hábito adquirido. Cualquier observador encontrará, sin duda en la misma Inglaterra y en nuestra época en que predomina la tendencia á la uniformidad, una porcion de particularidades y detalles exclusivos de ciertas y determinadas localidades que

deben su origen, sin duda alguna, á un accidente fortuito muy antiguo, y que una tradicional imitacion ha conservado cuidadosamente. Un carácter nacional, no es más que un carácter local que ha prevalecido, del mismo modo que la lengua nacional no es más que un dialecto local que ha hecho fortuna ; es decir, el dialecto de un distrito que, siendo más influyente (y á menudo esta superioridad es poco marcada) que el de los demas, impone su yugo, le adopta el uso y acaba por invadir la literatura y el trato social.

Podría extenderme mucho acerca de este punto, pues yo creo que esta inconsciente imitacion es el gran factor que entra como elemento integrante en la formacion de los caracteres nacionales, pero he dicho ya acerca de este punto más de lo que era menester. Cualquiera que avalúe, aunque no sea más que en la mitad, la importancia y el valor intrínseco de estos argumentos admitirá la existencia de una fuerza considerable, de una influencia de primer orden en este elemento, influencia que es menester reconocer y estudiar; y por de pronto, nada más debo exigir. Todo mi empeño se reduce á demostrar de qué manera estos gobiernos primitivos tan limitados, estas leyes primitivas tan rigurosas contribuyen eficazmente á la creacion de los caracteres de la colectividad; aquellos han constituido, han formado el tipo predominante han presentado una especie de modelo, han erigido una especie de ídolo, y este ha sido adorado, copiado,

estudiado, imitado en virtud de diversos sentimientos y tendencias distintas á las que se ha impuesto; pero tal han hecho porque no podía hacerse otra cosa, porque era lo único que podía hacerse, era la cosa hacedera, en aquel entónces *the thing to do* la única forma entónces aceptable y conveniente de la vida humana.

Una vez determinado el tipo predominante, la natural inclinacion del hombre á la imitacion hizo el resto; por esto creemos que es falsa la tradicion que atribuye á Licurgo la legislacion de los Espartanos, tomando la letra de la tradicion y no el espíritu; todos sabemos que en el origen de los Estados ciertos individuos dotados de energía y de ardiente temperamento se apoderan de pequeñas agrupaciones de individuos y les dan un carácter fijo, los transforman en el sentido que mejor les cuadra segun su naturaleza é inclinaciones y luego la costumbre hace permanente el carácter impuesto.

La repugnancia y aversion que experimentaban hácia el comercio los gobiernos de los antiguos pueblos sólo puede explicarse despues de haberse formado cargo de esta formacion insensible y paulatina de los caracteres nacionales. Seguramente había de ser muy notable cuando los más grandes filósofos la prohijaron. Los antiguos solían mirar al comercio como la causa de la corrupcion, de la misma manera que los economistas modernos han sabido ver en él la fuente de la industria y de la riqueza; todos los gobiernos

de la antigüedad obraban en este punto de conformidad con las máximas de la filosofía. « No sin motivo — ha dicho el Dr. Arnold con una ironía propia de los tiempos presentes — la política de la antigua aristocracia sacerdotal del Egipto y de la India se esforzaba en impedir el comercio á los pueblos y el que se familiarizaran con el mar ; y que declarase incompatible la profesion de marino con la pureza que han de guardar las castas más elevadas. El mar era objeto de la execracion y aborrecimiento de las antiguas aristocracias, pues que siempre ha sido el más poderoso instrumento entodela civilizacion.» Pero las oligarquías de aquellas épocas tenían el encargo de realizar otra misión, y demasiado nos consta hoy día la misión que realizaron. Las oligarquías de otros tiempos estaban encargadas de imponer un yugo destinado á modelar aquellos hombres, fijar y establecer aquella sociedad, y se encargaron de transformar la naturaleza humana y dejarla tal cual se ha encontrado en épocas posteriores : ellas realizaron la tarea que nosotros hemos encontrado concluida y hecha.

Esta imitacion inconsciente que determinaba el carácter nacional y que era por otra parte el principal instrumento de aquellas oligarquías, no encontraba obstáculo tan formidable como el roce con el extranjero, pues los hombres imitan el objeto que tienen á la vista si este objeto está solo y aislado ; pero si no lo está y se encuentra en medio de otros objetos

que le disputan la atención, algunos de los cuales le lleva ventaja, entonces no le imitan. «Todo aquel que habla en dos idiomas es un pícaro:» este antiguo proverbio expresa con fidelidad los sentimientos de las sociedades primitivas cuando el choque súbito de nuevas ideas y de ejemplos nuevos empieza á quebrantar el despotismo compacto del código único hasta entonces tenido por sagrado, y luego que el hombre, cuya naturaleza es aún dúctil y flexible, se encuentra libre de obedecer al peligroso impulso de su voluntad sin encontrarse aún con los grados suficientes de moral y de religión hereditarias que le puedan guiar. Las antiguas oligarquías tenían necesidad de conservar la pureza de su tipo y el carácter del pueblo, y en este concepto tenían razón al no permitir á los extranjeros que se entrometieran y mezclaran en lo más mínimo en lo que concierne á estos mismos pueblos.

«Las diferencias de raza—dice en otra parte el mismo Arnold en un ensayo notable (este fué el último que compuso sobre la historia griega y vino á ser el adios postrero á un tema que durante mucho tiempo había sido objeto de su especial predilección), las diferencias de razas, pues, no tenían este carácter odioso é imaginario que reviste en los modernos tiempos; sólo sí implicaban hondas diferencias de un orden religioso y moral.» Y después de haber aducido numerosos ejemplos en apoyo de esta afirmación, pro-

sigue así: «En nada debe sorprendernos que Thucydides hablando de una ciudad fundada por los Jonios y los Dorios haya creído necesario añadir «que las instituciones dominantes eran Jónicas», pues según que pertenecieran ó estuvieran bajo la dominacion de una ú otra raza el tipo dominante debía ser diferente; por consecuencia de ello la mezcla en una comunidad de personas de distintas razas, á ménos que una de éstas tuviese una superioridad completa, tendía á absorber y confundir todas las relaciones de la vida, toda nocion humana sobre lo justo y lo injusto; ó bien en virtud de esta misma confusion que obligaba á tolerar entre aquellos individuos que estaban en íntima relacion en casa de sus conciudadanos las diferencias que experimentaban en los actos más importantes de la vida, les conducían á una indiferencia, á un escepticismo general y hacía germinar entre ellos la idea de que el bien y el mal no existen en absoluto, que son simples opiniones, modos de ver del espíritu humano.» Pero si esto era así, las oligarquías tenían sobrado motivo para hacer lo que hacían. El comercio produce esta mezcla de ideas, esta confusion de principios, esta destruccion de las antiguas creencias, y esto se produce fatalmente. Hoy día este resultado es su mayor ventaja: hoy decimos que el comercio ensancha el horizonte del espíritu con la rápida y continua comunicacion de las ideas á que da márgen. Pero en las épocas primitivas la Providencia había

dispuesto que las naciones permaneciesen aisladas, y sólo cuando su constitucion moral se ha fortificado por medio de largos siglos de disciplina hereditaria es cuando le permite esta extension y amplitud, esta fácil comunicacion que ya no puede perjudicarle. Los siglos de aislamiento han tenido su utilidad, han reportado beneficios inmensos á las naciones, cuando ménos formaron á los hombres y los prepararon para los siglos venideros, en los que seguramente ya no debían permanecer aislados.





LIBRO II.

LA LUCHA Y EL PROGRESO.

La diferencia entre el progreso y la inmovilidad inerte—dice uno de nuestros más grandes escritores contemporáneos—es otro de los grandes secretos; es un misterio que la ciencia no ha descifrado todavía.» Seguramente que no soy yo quien tenga la osadía de penetrar en él é interpretar completamente su contenido, desvaneciendo el enigma; pero me parece, como cosa fuera de toda duda, que el problema se acerca á su próxima y feliz resolución: los resultados obtenidos por la ciencia en los estudios de igual índole nos sugieren por analogía algunos principios que solventan las principales dificultades que la cuestión presenta y que nos indican los medios para resolver á su

debido tiempo las que aún subsisten y permanecen á primera vista irresolubles.

Planteemos ante todo el problema y coloquémoslo en su verdadero terreno. La mayor parte de las inteligencias esclarecidas de Inglaterra, y quizás pudiéramos hacerlo extensivo á todos los países civilizados, difícilmente sospechan cómo debe plantearse la verdadera cuestion. Nuestros preceptores nos enseñan, nuestras habituales conversaciones nos hacen dar como verdad sabida, y nuestras preocupaciones é inevitables prejuicios tienden á hacernos creer que el progreso es en la humana sociedad el hecho constante y normal, el hecho que debemos encontrar siempre y cuya ausencia en un momento histórico debe extrañarnos por lo nuevo. Pero la historia desvanece esta preocupacion y refuta esta creencia. Los antiguos no tenían ni una remota idea del progreso y carecían tambien de la necesidad de hacer abstraccion de esta idea ó de rechazarla, ya que jamás la conocieron. Los pueblos orientales, aún hoy día, se encuentran acxotamente en el mismo caso que los pueblos antiguos. Desde los tiempos históricos de más remota fecha han sido siempre lo que son hoy día. Por otra parte los salvajes siempre se encuentran en el mismo grado de cultura, para ellos no existe progreso, no tienen donde asentar el edificio que podrían construir y están bien léjos de poseer los materiales de su cultura. Sólo algunas naciones de origen europeo marchan al frente

de la civilizacion y como estas naciones tienen conciencia de lo que hacen, de aquí que están inclinadas á creer que una fuerza irresistible las empuja y determina esta marcha progresiva que creen inevitable, natural, eterna. ¿Cuál es la causa de un contraste tan notable?

No podemos contestar á esta cuestion sino despues de haberla examinado atentamente. Sin duda la historia nos muestra que la mayor parte de las naciones son estacionarias en el momento presente, pero hemos de suponer que todas las naciones han realizado el progreso en otra época, el cual se ha limitado y circunscrito á diferentes puntos, aunque en manera alguna hemos de suponer que, ni entre las tribus de las montañas de la India, ni entre los naturales de las islas Andaman, ni áun entre los salvajes de la Tierra del Fuego, se encuentran hombres que sean tan refractarios al progreso, que permanecen estacionarios en absoluto. No puede negarse que han realizado pequeños progresos de mil maneras distintas, y en diferentes sentidos; merced á una paciencia increíble han logrado adquirir mil hábitos y costumbres diversas; se han adaptado á todos los detalles de una vida complicada, de una vida extraña, lúgubre, pero posible. Estos detalles y particularidades ya son diferentes en dos puntos de la tierra. Nosotros tenemos ocasion de contemplar á mil edificios que no cambian de aspecto, y cuyas trazas y señales nos indican la época en que

se construyeron. Hemos de convenir, finalmente, en que en los tiempos históricos ha habido muy poco progreso, el cual se ha realizado en su mayor parte durante el transcurso de las épocas prehistóricas.

En definitiva, al ensayar la resolución de este problema, débese tener en cuenta ante todo esta diferencia importante, y debemos explicarla; de otra manera podemos estar seguros de que nuestros principios y conclusiones serán incompletos, y quizás en su mayor parte absolutamente falsos. Indiquemos los postulados que pueden conducirnos á su inmediata resolución. Pueden establecerse, á lo que parece, tres leyes aproximativas, de las que sólo tendremos ocasion de examinar una de ellas, aunque indiquemos las tres, para que el lector se forme cargo de nuestra tendencia:

1.^a ley. En cada Estado particular del mundo, las naciones que son más potentes y más fuertes tienden á prevalecer sobre las demas; y en determinadas circunstancias particulares, las más fuertes tienden á ser las mejores.

2.^a En cada nacion, considerada individualmente y con abstraccion de las demas naciones, el tipo ó los tipos más caracterizados tienden al predominio, por el atractivo que inspiran en un lugar y en una época dada; el carácter que ejerce más atractivo es el que, salvas raras excepciones, nosotros señalamos y denominamos como el mejor carácter.

3.^a La intensidad de esta concurrencia entre las naciones y entre los diversos caracteres, no se encuentra secundada en los diversos períodos históricos por fuerzas ajenas y móviles, de un orden extrínseco; pero en ciertas condiciones, tales como las en que hoy nos encontramos en la parte del mundo que más influencia ejerce en los destinos de la civilización, la intensidad de ambas concurrencias se encuentra secundada y acrecentada.

Estas son las doctrinas que bajo el nombre de *seleccion natural* se han familiarizado entre nosotros con el estudio de las ciencias naturales; y como toda grande concepcion científica tiende á extenderse y aplicarse con destino á la solucion de los problemas que ni siquiera se sospechaban en el momento en que se produjeron, de ahí que esta teoría, que en su principio sólo tenía cabida en la historia de los animales, pudo luego, cambiando de forma, pero permaneciendo idéntica en el fondo, aplicarse á la historia de la humanidad en general.

Desde un principio, que ya se hizo alguna oposicion en nombre de las religiones á la teoría de la seleccion natural aplicada á las ciencias físicas, necesariamente debía preverse que una idea tan fecunda, que una tan radical modificacion del pensamiento científico, debía poner en peligro, á lo ménos aparentemente, á muchas creencias de inestimable precio á los ojos de los hombres. Pero aquí, como en otras mu-

chas ocasiones, la oposicion, á lo que parece, va disminuyendo y debilitándose; pues se reconoce, cada vez más, que el nuevo principio no es contrario á la religion misma, sino á sus obras y á su forma exterior. Esta oposicion no tiene motivo ni razon de ser en el caso presente, ya que sólo tratamos de buscar una analogía entre la ley natural y la ley social. Todo el mundo admite hoy dia, y es cosa corriente, que la historia de la humanidad está sujeta á ciertas leyes. Pues bien; nosotros sólo pretendemos indicar, de una manera más ó ménos precisa, una parte insignificante y mínima de estas mismas leyes.

Estos principios no podrían ser discutidos, ni tratados con entera independendia unos de otros, sin mostrar un exceso de confianza y presuncion; pero en este momento sólo puedo ocuparme del primero de estos principios, á saber, la ley de la concurrencia entre las diversas naciones ó tribus; y al decir naciones ó tribus, entiéndase toda agregacion permanente de seres humanos. Expondremos algunas consideraciones generales de este principio.

Los progresos del arte militar constituyen el hecho de mayor trascendencia, si no el más brillante y ruidoso de la historia humana. La civilizacion de los antiguos tiene muchos puntos de contacto con la de los modernos; ésta tiene á su favor grandes argumentos que confirmen su superioridad, pero no podrían compararse las dos épocas, por lo que respecta al poderío

militar. Napoleon hubiera incontrastablemente vencido á Alejandro, y nuestra flota de las Indias, á buen seguro que no tendrá formado un alto concepto de la célebre retirada de los 10.000. En este punto creo en un progreso continuado y no interrumpido. Aunque no tengo la menor pretension de poseer conocimientos especiales en este ramo del saber, empero, con sólo echar una ojeada superficial sobre los hechos y la historia, paréceme que hay lo sobrado para comprender que la suma ó conjunto de fuerzas que la humanidad puede poner en accion, que la fuerza militar de la raza humana ha aumentado constante é invariablemente. Si bien es verdad que la civilizacion antigua, despues de haber resistido por largo tiempo, terminó siendo destruida por los bárbaros, no puede negarse que los bárbaros habían realizado sus progresos: «los mercenarios bárbaros» —nos ha dicho un escritor muy distinguido (1), llegaron gradualmente á formar la porcion más considerable, ó al ménos la más sólida y fuerte de los ejércitos romanos; ellos daban la guardia personal de Augusto, y los pretorianos estaban escogidos generalmente entre las mejores tropas de las fronteras, siendo germanos la mayor parte de sus individuos. Así se comprende—prosigue el autor—cómo en muchos puntos habia desaparecido el antiguo antagonismo; los romanos admitían á los bárba-

(1) Mr. Bryce.

ros en todos los empleos y dignidades; los bárbaros adoptaban, en parte, los usos y la civilizacion de sus vecinos. Así, cuando tuvo lugar el movimiento final, las tribus teutónicas se establecieron lentamente en el interior de las provincias, conociendo ya el sistema y nuevo orden de cosas en que entraban y sin experimentar repugnancia alguna á formar parte de él.»

Considerando á la vez amigos y enemigos, podemos aventurarnos á suponer si la fuerza total de ambos ejércitos era á lo ménos tan considerable (si no la sobrepujaba) cuando sucumbió el imperio, que durante su larga decadencia y dominacion romana en la Germania. Durante la Edad Media faltaba la fuerza de cohesion, y como en una época de division y fraccionamiento no se pueden reunir tantos soldados como en una época de concentracion, de ahí que no pueda establecerse paralelo entre estas dos épocas; pero esta dificultad es política y no militar, y no hace al caso. Juntad unos con otros todos los pequeños ejércitos de uno de estos siglos de aislamiento, y quizás los encontrareis iguales ó superiores al ejército único ó al corto número de ejércitos de los pasados siglos en que las fuerzas permanecían ménos divididas. En general, y admitiendo las excepciones posibles, podemos asegurar que la fuerza de combate del género humano se ha acrecentado en proporciones inmensas, y no ha cesado de aumentar desde los tiempos más antiguos que la historia nos ha dado á conocer.

Por otra parte, esta fuerza tiende á concentrarse de más en más en ciertos grupos, que nosotros apellidaremos «naciones civilizadas.» Los hombres instruidos del siglo pasado recelaban siempre una nueva conquista de los bárbaros, pero esta idea exótica debíase á que su imaginacion estaba turbada y asustadiza por el recuerdo de las antiguas conquistas. Si hubieran reflexionado un poco, habrían reconocido desde luego que despues que las invenciones militares han pasado á ser monopolio de los Estados bien regulados, la potencia militar real y efectiva tiende á concentrarse en tales Estados. Los bárbaros no representan otro papel que el de competidores vencidos y han renunciado enteramente á la lucha. Además los vicios y defectos militares de la civilizacion, parecen disminuir á medida que aumenta su fuerza y potencia militar. Nosotros no pretendemos saber el motivo, pero es un hecho que la civilizacion no convierte como en otro tiempo á los hombres de aguerridos en afeminados; ^{Upe} nuestros hábitos y costumbres civilizadas no los inhabilitan para la guerra. Nuestra complexion, si no la física, al ménos la moral, se ha fortificado. En los antiguos tiempos los habitantes de las ciudades eran inútiles para el combate, los grandes centros de poblacion les hacían perder su valor moral, lo mismo que la energía física; pero hoy dia, en todos los países, las grandes ciudades pueden suministrar un considerable número de individuos aptos para la guerra;

de manera que sólo les falta la práctica de las armas para ser excelentes soldados con el valor necesario para salir airosos en cualquiera campaña. Así hemos tenido ocasion de verlo en América, en Prusia, y así tambien tendremos ocasion de verlo en Inglaterra. Las razas de otra época perdían sus facultades guerreras con el comercio y el lujo; las razas modernas no pierden en un ápice este vigor ni con la suntuosidad y refinamiento de costumbres de nuestra época, ni con el ejercicio del tráfico mercantil.

Un hecho muy curioso viene en comprobacion de este aserto y le da la sancion de la probabilidad, y casi de la certeza. Los salvajes van desapareciendo en la lucha de la civilizacion, y sin embargo, han sobrevivido á la civilizacion antigua. Ninguno de sus escritores clásicos parece apiadarse de la suerte de los bárbaros. Los naturales de la Nueva Zelanda dicen que la tierra se les escapa; los australianos van desapareciendo; lo propio sucede á los tasmanianos. En la antigüedad no encontramos ningun hecho parecido; si él hubiera tenido lugar, los moralistas clásicos lo hubiesen hecho objeto especial de sus meditaciones, pues el tema se presta ciertamente á ello, y por la índole especial del mismo lo hubieran preferido á otros; y es un hecho que en la Galia, en España, en Sicilia, en todos los países de los cuales sabemos algo, el bárbaro soportaba el contacto del romano, y el romano se aliaba con el bárbaro. La ciencia moderna explica

el por qué de la desaparición de los salvajes ; ella nos enseña que nosotros tenemos enfermedades á las cuales podemos resistir mientras que ellos sucumben y mueren bajo sus tiros, como nuestras reses engordadas con el cebo sucumben por la epizootia, á la cual resisten perfectamente el ganado más robusto de las estepas y llanuras. Los salvajes, en el primer año de la Era cristiana, eran, á poca diferencia, lo que en el siglo XVIII de dicha Era ; y dado que han resistido el contacto de los hombres civilizados de otros tiempos, mientras que sucumben en el nuestro, de ahí se sigue en lógica consecuencia, que nuestra raza es, segun todas las probabilidades, más fuerte y vigorosa que la de los antiguos ; y además, porque nosotros debemos resistir y resistimos á enfermedades más temibles que las que afligieron á los antiguos. En este caso nos valemos del salvaje para hacer de él un tipo invariable, para avalorar el vigor de las constituciones y organizaciones sociales, con las que se relaciona ; en una palabra, es nuestro término de comparación, ya que el salvaje permanece estacionario y los pueblos civilizados cambian y se transforman.

Podrán ofrecer cierta duda las consecuencias particulares y los detalles de este estudio, pero el hecho primordial es indudable. La potencia y actividad guerrera del hombre se ha acrecentado sin interrupción desde los tiempos más antiguos de la historia hasta nuestros días ; pero nosotros no sólo debemos consi-

derar los tiempos que conocemos merced á los monumentos en que está escrita la narracion de los hechos, si que tambien debemos llegar á aquellas épocas más antiguas conocidas solamente por esta especie de testimonio que los legistas denominan *real*, el testimonio de las cosas. Antes que el período histórico hubiera comenzado, había habido tanto progreso en el arte militar como el que más tarde llegó á producirse. Los jefes y soldados de las legiones de Roma, hasta los griegos de Homero, tenían tanta superioridad sobre los hombres de las habitaciones lacustres y sobre los hombres de la edad de piedra, como nosotros tenemos sobre aquellos. Desde las más remotas épocas, el hombre ha ganado constantemente en poderío militar; así lo sospechamos por los documentos históricos que nos han transmitido, como por los indicios que nos han dejado de sus pasadas edades.

La causa de este continuado progreso es muy sencilla. La nacion más fuerte ha vencido siempre á la más débil, algunas veces imponiéndole su yugo, siempre y en todo caso dominándola. En las antiguas edades todo adelanto intelectual, todo progreso moral se empleaba en la guerra, á la que estaba todo subordinado. Cada nacion quería tener la superioridad en la guerra, quería sobrepujar en la lucha, por esto imaginaba ó tomaba de las demas los mejores instrumentos de guerra; merced á una consciente imitacion, cada nacion formaba un tipo, un carácter propio para

la guerra y la conquista. La lucha continua ha mejorado al género humano por medio de la mezcla y cruzamiento de las fuerzas sociales. La *tregua armada*, que entónces llevaba el nombre de *paç*, mejoraba por la competencia de los medios de educacion y por la creacion de una potencia de nueva especie que con ello resultaba. Despues de la época en que las poblaciones dólico-céfalas arrojaron por primera vez á las braqui-céfalas de los más fértiles territorios de Europa, toda la historia europea no ha venido á ser más que la superposicion de las razas de mejores condiciones bélicas sobre las que lo eran ménos; en fin, la historia de los esfuerzos practicados para adquirir mayor incremento y potencia militar y poder sobrepujar en la lucha.

Pero ¿por qué razon un pueblo es más fuerte que otro y le domina? ¿Qué es lo que determina su superioridad? La respuesta á esta cuestion nos dará—yo así lo creo—la clave de los principales progresos de la civilizacion primitiva y hasta del actual estado de cultura. A esta pregunta se contesta diciendo que hay una porcion de ventajas, grandes ó pequeñas, mayores ó menores que determinan la superior condicion de cada pueblo; que gran número de estas ventajas pueden comunicarse á las razas dominadas ó prestadas, por decirlo así, á las razas rivales, y que si bien algunas de éstas son de naturaleza mudable y transitoria ó imposibles de adquirirse y heredarse, sin em-

bargo, esto para nada implica el que la civilización se acreciente por la reunión y acumulación de las fuerzas y por la lucha que fortifica y determina el poderío militar.

II.

La mayor de todas las ventajas, la que reúne la circunstancia de la superioridad sobre todas las demás y sobre la que he llamado varias veces la atención en la primera parte de estos estudios; la primera que ha de adquirir un pueblo es, por decirlo así, la *fibra legal*. Un gobierno es lo que debe tenerse ante todo y sobre todo; poco importa la clase de gobierno, la cuestión es uno cualquiera; esta es la cuestión principal: una ley desde luego, esto es lo que principalmente conviene; la cuestión es saber cuál ley es secundaria. Es preciso la relación de obediencia y sumisión á un grupo de individuos ó á un individuo solamente. La cuestión de saber quién es ó quiénes son estos á quienes se ha de obedecer tiene una importancia muy relativa y secundaria.

Se ha dicho que es casi imposible exagerar la diferencia entre el hombre civilizado y el que no lo es: esta diferencia es mil veces mayor que la que separa el animal doméstico, del animal salvaje, porque el hombre es más perfectible. Esta diferencia se alcanzó desde los primeros tiempos de una manera muy aná-

loga. La domesticacion de los animales tal como la vemos puesta en práctica hoy día en los pueblos salvajes, y tal cual la describen los viajeros¹ que la han presenciado y han tenido ocasion de estudiarla, es el resultado de una especie de seleccion. Cuando los salvajes tienen necesidad de alimentarse matan á los animales más feroces; los más dóciles y los que se prestan más fácilmente á la accion de la domesticacion se libran del sacrificio; pero dejemos hablar al capitán Galton, que nos describirá estas extrañas escenas de la vida salvaje y animal, cuyo espectáculo ha presenciado repetidas veces. «En cada rebaño—dice—los animales salvajes é indómitos de todo punto debían escapar y perderse sin retorno. Los más feroces de los que permanecían sujetos á la domesticacion eran escogidos cada vez que convenía matar una pieza para alimentarse. Los animales más dóciles, aquellos que escapaban raramente y los que mantenían la formacion del rebaño y que le conducían al redil, debían conservarse durante más tiempo que los demas: de manera que estos propagaban la especie transmitiendo sus cualidades á sus descendientes y perpetuando en la raza las aptitudes domésticas. He hecho constar en todas ocasiones este procedimiento de *seleccion* entre los pueblos pastores del África meridional, y sin duda que este mismo procedimiento debe tener una muy grande importancia en razon de su rigor y de la regularidad con que se ejecuta, y debe ha-

ber existido desde los tiempos más antiguos y practicado por todas las generaciones que por herencia lo han transmitido hasta nuestros días» (1).

Siendo el hombre el más fuerte de todos los animales no responde á iguales tendencias é influjos con iguales resultados ; así es que no se encuentra en iguales condiciones que los demas, de manera que el hombre, en lugar de ser dominado, debía dominarse á sí mismo. Los primitivos humanos debían domesticarse respectivamente, y si ha llegado al estado de dominacion en que hoy se encuentra sobre los demas seres, es porque las tribus más sumisas y dóciles son las más fuertes, las que se llevan la victoria en estas luchas donde se corre el peligro de la vida. Hay una época en que todo es salvaje, en que el vigor animal, la feroz energía de la raza no han desaparecido, y en que todos poseen estas cualidades en grado suficiente para competir en la lucha para la vida. Pero lo que motiva que una tribu incipiente, un germen de tribu, la tribu celular, por decirlo así, sobresalga y se sobreponga, es su fuerza relativa de cohesion. El más ligero síntoma de desenvolvimiento legal, el signo leve de un vínculo militar bastan entónces para inclinar la balanza. Las tribus compactas sobrepujan por su misma fuerza de cohesion, por la atraccion que saben resistir de otras tribus, por la asociacion que man-

(1) *Ethnological society's transactions*, vol. III, pág. 137.

tiene unidos á sus individuos. La civilizacion dió los primeros pasos gracias á la superioridad y predominio militar.

Si nosotros tuviéramos más indicios históricos de las edades que han precedido á la historia; si algun poder sobrehumano hubiese registrado los pensamientos y las acciones de los hombres de aquellas edades; si durante el período inconsciente un poder sobrehumano hubiera tenido en cuenta todas las acciones y pensamientos de los hombres ántes de llegar al período consciente en el cual hubieran sido revelados, indudablemente que reconoceríamos lo costoso que ha sido para la humanidad este primer paso : cuando llegamos al período histórico, es la segunda etapa la que más nos llama la atención. Todos aquellos hombres que han estado completamente desprovistos de cohesión, todos los *Cíclopes* hánse visto anonadados mucho ántes de la época en que podían haber dejado una huella, un recuerdo auténtico de su existencia efímera. Las razas ménos coherentes sólo subsisten en aquellas partes del mundo en que la misma naturaleza se encarga de protegerlas. La civilizacion más conocida comienza á orillas del Mediterráneo, y lo más escogido y notable de las civilizaciones prehistóricas, háse desarrollado probablemente no muy léjos de sus riberas : partiendo de este centro el enjambre de conquistadores (porque deben designarse con este nombre), la colectividad conquistadora se ha extendido y mul-

tiplicado, y un progreso sin interrupcion aunque no uniforme, ha engrandecido los dominios de aquella de siglo en siglo; pero la geografía se ha encargado de contrarestar sus esfuerzos durante mucho tiempo, porque estaban fuera de sus alcances el Océano Atlántico, el Océano Pacífico, el Austral, el Africa, cuyo interior estaba inabordable, y las partes montañosas de la India tan inaccesibles como repulsivas por su aspecto y condiciones poco halagadoras. En tan apartados lugares no existía lucha, no podía existir la concurrencia; pues no llegaban hasta ellos las superiores razas: de ahí que han podido continuar existiendo allí las razas inferiores sin verdaderos vínculos de cohesion, y por lo tanto, débiles é impotentes para la lucha; en aquellos puntos en que existió la lucha por el contacto y encuentro de las razas superiores é inferiores, estas sociedades organizadas á medias no podían subsistir; pues su defectuosa constitucion les predisponía á la derrota, y sólo despues de ésta comenzó el período que la historia conoce y estudia. Esta ciencia nos recuerda el grande obstáculo que retardó la segunda etapa de la civilizacion, de más importancia y más alcances que el que impidió ó dificultó el primer paso. Lo que más reclama hoy nuestra atencion y nos interesa, no es la dificultad de conquistar una ley estable y duradera, sino la de dejarla para entrar en un nuevo régimen; no está la mayor dificultad en obtener lo que más arriba yo denomi-

naba *un núcleo de costumbres*, sino en abandonarlo para entrar en un nuevo orden de cosas ; en una palabra, lo más difícil es libertarse del yugo de los primeros usos y costumbres para poder someterse al de las nuevas costumbres y usos de mejor condición, y que reclaman las necesidades de un nuevo estado social. Ante esta dificultad, se han detenido en su carrera la mayor parte de las civilizaciones que hoy permanecen estacionarias.

La India, el Japon, la China, casi todas las civilizaciones orientales aunque discrepen en muchas cosas, parecen y se asemejan en este punto ; pues todas en el momento que iban á dar un gran paso en el camino del progreso, se han detenido en su carrera ; se dirá, no obstante, que se han detenido cuando ménos motivo había para ello, en el momento en que un observador extraño é imparcial hubiera creído probable que no se detendrían ya en la marcha seguida. La razón de este fenómeno estriba en que para ser capaces de progreso las naciones, deben conservar y ejercitar la propiedad fundamental de que la naturaleza ha dotado al organismo humano, así como á todos los organismos. Existe una ley cuyo motivo nosotros ignoramos ; pero que juega un papel capital entre aquellas de que se sirve la Providencia para regir y gobernar al mundo ; ley por la que se encuentra entre los descendientes una tendencia ó aptitud á parecerse á sus antepasados y al mismo tiempo á diferenciarse de los

mismos : la naturaleza no forma las generaciones de una sola pieza , determina los caracteres por medio de semejanzas y contrastes, y bajo cierto aspecto, cada nueva generacion difiere de la que le ha precedido y tiene sus puntos de semejanza con ella , bajo otros puntos de vista, y es característico y propio de una civilizacion detenida en sus medros y estacionaria en su curso, la de matar y anonadar las diversas aptitudes con carácter de variabilidad en los individuos casi desde el momento en que nacen ; es decir, desde la primera infancia ántes que puedan desarrollarse : la costumbre fija el uso inalterable único que la opinion tolera ; se impone á todos los espíritus sin atender á la conveniencia de su implantacion, y sin mirar si repugna dadas las diversas aptitudes de los individuos que componen la sociedad. En este caso, parece que la comunidad siente que esta costumbre es su sola defensa, su única garantia contra la tiranía, y que sólo ella le asegura el goce de los bienes que tienen alguna estima. La mayor parte de las sociedades orientales viven en un terreno que es en principio la propiedad de un soberano despótico, y las diversas agrupaciones sociales, así como las familias que las componen, no tendrían elementos de existencia si no ocuparan aquella tierra con ciertas y determinadas garantías. En este estado social, la tierra es para todos indispensable á la existencia, hecha excepcion de una muy pequeña minoría de personas inteligentes ; y como el

suelo no es punto alguno susceptible de acrecentamiento porque está ocupado completamente, de ahí que un hombre á quien arrojan de su dominio tiene la misma suerte que un hombre arrojado del seno de la sociedad, y muere necesariamente. En aquella época de civilizacion incipiente, no son conocidas las convenciones escritas ni se tiene noticia de los arrendamientos; en una sociedad en que nadie sabe leer ni escribir son estas ideas completamente extrañas y desconocidas, tanto como la de una Cámara de los Comunes lo será entre los naturales de las islas Andaman. Cuando no hay más que una barrera, una defensa, un escudo para la vida y para la fortuna, y esta *es la costumbre*; como sucede en tales países y en tales épocas los hombres se ligan obstinadamente á ella, y es evidentísima la necesidad de que así suceda, ya que es sola la costumbre la que les libra de morir de hambre.

Ha operado en igual sentido civilizador una causa más potente y vigorosa que las costumbres, si es que puede haberla. Dryden ha soñado en una época primitiva «*en que libre de todo freno corría en los bosques el noble salvaje,*» aunque debía haber dicho «*donde privado de toda sociedad se arrastraba en los bosques el salvaje trémulo;*» estas palabras convendrían mejor y podrían aplicarse más propiamente para designar el estado de una época primitiva, estéril y dolorosa. No solamente los hombres carecían entónces de todo bienestar y de toda comodidad, sino que vi-

vían en una continua lucha así interna como externa. Su espíritu estaba en continuo temor y sobresalto. A juzgar por lo que se observa entre los salvajes y por los indicios de aquellas épocas, todo les asustaba : temían á las bestias feroces, con quien estaban en perpetua contienda ; recelaban los ataques de vecinas tribus y las posibles incursiones de tribus lejanas ; pero más que todo y sobre todo, les atemorizaba el espectáculo de la naturaleza, tenían un temor respetuoso, una supersticion de terror por todos los objetos en general ; pues imaginaban que tras estos objetos se escondían los entes misteriosos á quienes se había de apaciguar y adular, y cuyos designios debían satisfacerse con frecuencia y valiéndose de medios asaz horribles é inhumanos. (Ceremonias parecidas encontramos en las religiones que profesan las razas que han alcanzado un alto grado de cultura.) La institucion humana que más se resiste al cambio y transformacion es la religiosa : por esta razon se explica que podamos ver hoy dia en su completo desarrollo religiones que datan de estas «*épocas anteriores á la moral*»—como dice Mr. Jowett,—de esta época en que la vida civil, en que las máximas dominantes, en que todas las ideas, salvo las religiosas, han perecido al cabo de poco tiempo. «Cualquiera que haya leído los clásicos—ha dicho el Dr. Johnson—ha de encontrar forzosamente fastidiosa su mitología.» En esta antigua sociedad, que bajo tantos puntos de vista se parece á la nuestra y que se

le parece y tiene muchos más puntos de analogía y de contacto que otras épocas más recientes, y hasta que algunas sociedades de la época presente, hay ciertos elementos á los cuales nada podemos compararles de nuestra época, cuya idea nos llena de extrañeza y que hemos de encontrar sobradamente exóticos y hasta inverosímiles. Estos elementos vienen á constituir la parte *arcáica* de este mundo que nosotros consideramos como muy antiguo; es una organizacion social anterior á aquella que nosotros conocemos y que quizás se había desarrollado y perpetuado en su interior sin experimentar alteracion alguna desde época atrasadísima y que quizás era tan ininteligible para nuestros antepasados como lo es para nosotros en el día. Esta religion era terrible en todos sus ritos y detalles, bien que nosotros, lo propio que nuestros antepasados hacemos de ella, tomando sólo la parte atractiva una costumbre artística. El poema de Lucrecio, que de todos los antiguos es el que más consonancia guarda con la manera de pensar, con la corriente del pensamiento en el siglo xix, nos pone de manifiesto con una claridad y una energía de sentimiento, que más propia parece de nuestros tiempos, la influencia que esta religion ejerce sobre el hombre. Casi estoy tentado á afirmar que la religion clásica no es más que una muestra, un retazo de las primitivas religiones transformado y debilitado con el transcurso del tiempo. Para encontrar á la religion primitiva en sus más

terribles manifestaciones, debemos recurrir á aquellas comarcas en que la lucha de las naciones, y por consiguiente la destruccion, ha sido ménos acentuada, debemos considerar la América donde las civilizaciones parciales eran muy pocas y donde una civilizacion general no había logrado establecer por todas partes su dominacion imperiosa. Véase, pues, la religion de los aztecas para mejor comprenderla en su primitiva forma.

A primera vista parece poco ménos que imposible explicar la funcion que tales religiones terroríficas puede realizar en la economía del mundo, y aunque nadie puede explicar tales funciones completamente, no puede negarse que han tenido una utilidad incontestable, pues que han sometido por completo el género humano al yugo de la costumbre; fueron los primeros factores que señalaron el carácter de una época y dieron á las leyes establecidas una sancion tan terrible que nadie podía soñar en infringirlas.

No podemos darnos cuenta de las civilizaciones estacionarias sin tener noticia exacta del riguroso dilema en que se encontraba encerrada la sociedad primitiva. Casi siempre sus individuos ó carecían de leyes y vivían en tribus sin cohesion ninguna, sin vínculo de union, ó bien les faltaba llegar á la adquisicion de una ley fija despues de ensayos y procedimientos de una dificultad suma. Los que adelantaban

este primer paso salvando tal dificultad, luchaban con más ventaja y destruían desde luego á todos aquellos individuos de otras razas que quedaban rezagados y que se oponían á su paso. La disciplina del hábito que sólo podía imponerse á los hombres por medio de terribles sanciones perpetuaba la costumbre, y con el medio coercitivo que le sostenía venía á destruir, ó más bien á contrarestar esta tendencia al cambio que es el primer móvil del progreso.

La experiencia demuestra cuán difícilmente los hombres se hallan animados del espíritu de originalidad y cuán apegados están á la rutina. Sin duda que este principio de originalidad está admitido en teoría; pero en la práctica el viejo error y la antigua costumbre; esto que ha detenido á cien civilizaciones en su marcha, vuelve á aparecer. La mayor parte de los hombres tienen en gran estima al género de vida en que permanecen y á que están acostumbrados; y se hallan en la persuasion de que nada hay que añadir á sus propias ideas y de la insuficiencia de las nuevas; irrítanse en gran manera cada vez que han de tomarse el trabajo de pensar en las ideas que nuevamente surgen; les tiene inquietos esta predisposición al cambio que les quita aquel estado de tranquilidad é inercia para precipitarlos en aras de una existencia inestable y en que fácilmente todo cambia y se transforma. Cuando esto no sucede, cuando por el contrario imperan las nuevas ideas, los hombres que las

tienen tratan de imponerlas al género humano, procuran divulgarlas, desean verlas admitidas, extendidas, implantadas ántes del momento en que naturalmente debieran serlo. En el instante en que escribo estas líneas los discípulos de Augusto Comte más adeptos y más rígidos nos enseñan que debemos estar gobernados por una gerarquía, un cuerpo de sábios representantes de la ciencia ortodoxa, y quién sabe si en este caso el mismo Comte se encontrará frente á frente de los miembros de su científica gerarquía y que su prestigio material tantas veces turbado por los *teólogos* y los *metafísicos* de la escuela politécnica se encontraría luego trabado y dificultado por el mismo gobierno que trataba de establecer? En cuanto á los comtistas más corrientes, tales como Mr. Harrison y Beesley sólo quieren afrancesar las instituciones inglesas, es decir, introducir entre nosotros una imitación del sistema napoleónico, una dictadura apoyada en el proletariado; pero quizás estos ingeniosos escritores serían furibundos antibonapartistas si hubiesen nacido en Francia y se les hubiese enviado á Cayenne durante algun tiempo. Nada más natural que el deseo de tales escritores: su intencion es *organizar la sociedad*, establecer un déspota que haga lo que mejor le parezca y ponga en práctica sus elucubraciones científicas, pero sin tener en cuenta que todo déspota sólo hace aquello que mejor le place y si llega alguna vez á introducir nuevas ideas, en cambio en

otras ocasiones, en la mayor parte de los casos las asfixia y ahoga.

Al lado de estos comtistas, y en lucha si no con todos, al ménos con uno de ellos encontramos á Mr. Arnold cuyos poemas conocemos de memoria y que posee como ningun inglés la verdadera inspiracion literaria; este escritor quiere imponernos un yugo académico, que es peor que un yugo político, ante el cual han de doblegarse la inteligencia y el estilo. Quiere este escritor que imitemos á Francia, pero ante tamaña exigencia, ¿qué mejor contestacion puede dársele para que desista de su propósito, que repetir las palabras de dos franceses, los más *franceses* de la última generacion? «En las Academias y corporaciones de sabios, ninguna distincion estorba como no sea la de tener un talento privilegiado. Un *duque* y un *par* honran la Academia Francesa que odia á Boileau, rehusa á La Bruyère, hace esperar á Voltaire y recibe desde luego á Chapelain y á Conrart. Lo propio acaece en la Academia Griega, donde se invita al Vizconde, se rechaza á Corai, cuando Jomard entra como pudiera entrar en un molino.» Así se expresa Luis Courier en su prosa concisa é inimitable. Pero un escritor de mayor talla, un verdadero francés, un gran poeta (cualidad que muchos críticos han declarado imposible), y que lo es especialmente por los rasgos más pronunciados de su carácter en sentido francés, Beranger nos dice en verso :

Je croyais voir le président
 Faire bailler, en répondant
 Que l'on vient de perdre un grand homme ;
 Que moi je le vaux , Dieu sait comme.
 Mais ce président sans façon (1)
 Ne perore ici qu'en chanson :
 Toujours trop tôt sa harangue est finie.
 Non, non, ce n'est point comme à l'Academie ;
 Ce n'est point comme à l'Academie.

TRADUCCION.

Yo me imaginé oír al Presidente como entre los bostezos del auditorio decía contestándome que la Francia ha perdido un gran hombre, pero que yo ¡Dios sabe por qué! soy tan grande como el difunto. Mas tan amable Presidente entre nosotros perora cantando y sus arengas siempre se acaban demasiado pronto. No, no en verdad, no acontece entre nosotros lo que en la Academia.

Admis enfin, aurais-je alors,
 Pour tout esprit, l'esprit de corps?
 Il rend le bon sens, quai qu'on dise,
 Solidaire de la sotisse ;
 Mais, dans notre société,
 L'esprit de corps c'est la gaîté,
 Cet esprit-là règne sans tyrannie.
 Non, non, ce n'est point comme à l'Academie ;
 Ce n'est point comme à l'Academie.

TRADUCCION.

Y cuando sea admitido, vamos á ver, ¿tendré acaso por todo talento el que preste la corporacion? Si es así, en ella, dígase lo que se quiera, el buen sentido y la necesidad

(1) D'esaugiers.

son solidarios uno de otra. Pero afortunadamente en nuestra sociedad no hay más talento que el de saber alegrarse y este talento brilla entre nosotros y sus leyes no nos tiranizan. No, no en verdad; no acontece entre nosotros lo que en la Academia.

Con lo cual nos quiere decir que las Academias serán siempre y necesariamente el asilo de las vulgaridades; pero estos términos son harto severos, son demasiado duros; pudiera haberse limitado á decir que los académicos son el refugio de las ideas y de los gustos de la época precedente. Yo he oido varias veces á uno de los hombres más eminentes en ciencia, que hacía la siguiente observacion: «Cuando un hombre de ciencia llega á un cierto punto en una rama cualquiera, pasa á ser un obstáculo, porque guardará ciertamente y retendrá errores que estaban en boga durante su juventud, pero que la nueva generacion ha refutado.» Las Academias son un obstáculo en cierto modo, pues conservan ciertos errores y destierran con un majestuoso desden todas las innovaciones. Se echará de ver que me he apartado algo de la sociedad primitiva; sin embargo, no estoy tan alejado de ella como parece á primera vista. El verdadero método científico es aquel que explica el pasado por el presente, lo que no se ve por lo que se ve, lo desconocido por lo conocido. No podemos comprender de otra manera, la inmovilidad y estacionamiento de las naciones que por el carácter odioso

que ofrece todo cambio é innovacion, por regla general, por la oposicion que encuentra de parte de todo el mundo, no sólo de los que son conservadores y tradicionalistas en la esfera de las ideas, sino de los mismos innovadores que inventan los más formidables aparatos para destruir *las monstruosidades y las anomalías*, las nuevas formas entre las que una seleccion fundada en la lucha y en la experiencia escoge las mejores y las guarda para el porvenir. La idea que quiero expresar con esto es muy sencilla : vedla aquí : La condicion prévia más importante para que una nacion lleve ventaja y sobrepuje á las demas, es la de que haya transcurrido el primer período de la civilizacion y haya entrado en el segundo ; que habiendo atravesado el período en que tiene ante todo necesidad de permanencia y estabilidad, se encuentre en el de la variabilidad ; y no se comprende la razon de la lentitud del progreso, hasta tanto se haya reconocido el fenómeno por el cual las más obstinadas tendencias de la naturaleza humana dan el primer paso, que es el más difícil, hácia la constitucion del género humano.

Es inútil decir que la nacion de que se trata, cuando pasa al segundo período debe conservar las virtudes características del primero ; de otra manera, quedaría vencida en la lucha por la existencia de los pueblos. Tal sucedería si perdiese las virtudes y ventajosas condiciones de los pueblos salvajes, para adquirir las

que dan la supremacía á los pueblos civilizados. Y las virtudes de los pueblos salvajes que tienen por objetivo la guerra, y sólo sirven para un estado de perpetua lucha material, son, por decirlo así, la condicion vital, el pan cotidiano de la humana naturaleza. Carlyle, en su estilo pintoresco, ha dicho : «En definitiva, la cuestion entre dos séres humanos es ésta : ó me matas, ó te mato.» El campo de la historia está sembrado de despojos y ruinas de naciones que habían adquirido la tendencia al progreso, á costa de una considerable cantidad de ruda energía, que más tarde les hizo falta ; preparando de esta manera su derrota, con el advenimiento de otros pueblos más jóvenes y con más vigor. Salieron tales naciones demasiado pronto de la edad preeconómica, y se apresuraban á aprender en época en que parecían más dispuestas á olvidar. Esto, léjos de contradecir, confirma el principio de que una nacion que alcanza el período de la *variabilidad*, sin perder el de la *legalidad*, tiene en su favor todas las probabilidades de ser una nacion fuerte y poderosa. A una nacion no puede definírsela de una manera compendiada y abstracta; pues las nacionalidades son séres complejos, tienen un conjunto de cualidades diversas, y presentan diferentes aspectos, segun cómo se las considera : no hay ningun suceso histórico que sea únicamente la demostracion de un solo principio ; cualquier causa productora de un fenómeno social se halla combinada,

mezclada, entrelazada con otras cien. La historia ofrece el aspecto de una pintura de Rembrandt: arroja mucha luz en un punto dado, ilumina vivamente los puntos salientes y escogidos, dejando al resto envuelto en la oscuridad. Para encontrar la demostración de un principio, la comprobación de una ley general en una nación determinada, débense exagerar muchos principios y omitir muchos otros. Ahora bien; teniendo en cuenta las salvedades hechas, y con las reservas indicadas, podemos atribuir la superioridad de Roma, la nación dominadora en el antiguo mundo, al principio cuya importancia he señalado extensamente. Roma tenía, entre la espesa urdimbre de su organización, una gran parte de legalidad que encerraba un pequeño germen de variabilidad. Estudiemos su legislación y no tardaremos en reconocer que, á pesar de los rigorismos de sus prescripciones, de los hábitos de obediencia y sumisión, á pesar de la severidad del uso y de la costumbre, existía una fuerza oculta de desenvolvimiento, un constante móvil que impulsaba al movimiento, y que de una manera extraña tendía á asimilar el fondo con la forma, y á verificar aquellos cambios y transformaciones que los nuevos tiempos exigían, pero obedeciendo en todo caso á la tradición de los antiguos tiempos. La moral de su historia es siempre la misma, por lo sabido: cada generación romana difiere un poco, y con frecuencia en las épocas más florecientes

difiere muy poco de la precedente. Y en ésto estriba la razon de que en su desenvolvimiento histórico se encuentra una solucion de continuidad con imperceptibles gradaciones, notándose sólo la diferencia de los caracteres de cada época comparando la primera con la última. La historia de varias naciones, consideradas en grupo, parécese á la representacion de un drama inglés; cada escena se halla seguida de otra completamente distinta : un palacio sucede á una choza, una fortaleza á un molino de viento. La historia de Roma ofrece los diversos aspectos de un diorama, apenas se nota el cambio de escena; cada momento histórico difiere muy poco del precedente; pero á la postre se nota la completa metamorfosis, y nada se encuentra al final de lo que se encontraba al principio. La lenta evolucion é insensible cambio de la organizacion romana es inapreciable; pues la ciudad conquistadora empieza siendo un villorrio, y termina siendo un extensísimo imperio. Fenómeno que se realiza en virtud de imperceptibles transiciones. El nervio conductor del progreso estaba tan bien envuelto y resguardado entre las más groseras fibras encargadas de realizar otras funciones, que, encontrándose en todos los puntos del organismo, jamás experimentó lesion ni ruptura. Un ejemplo muy eficaz nos ha mostrado que la union del espíritu de progreso y del espíritu de legalidad no asegura la supremacía militar. Véase, si no, la nacion judía que tiene su elemento en los pro-

fetas, y su elemento estable en la ley y los levitas, cuyos elementos se encuentran más distintos y apartados en éste que en ningun otro pueblo de la antigüedad. Estas dos tendencias tan esenciales, y tan peligrosas las dos reunidas, no se encuentran en ningun punto de la historia tan aisladas y tan pronunciadas como en Judea: aquí produjeron una actividad intelectual extrema; en Roma dieron por resultado el predominio material. En ambos puntos el cambio fué continuo, gradual y de resultado próspero. En las épocas primeras, toda condicion ventajosa, todo elemento de civilizacion tiende á metamorfosearse en elemento de lucha y poderío, en ventaja militar; pues sólo tomando esta forma son duraderas las preeminencias y ventajas de las naciones; sólo así se perpetúan los elementos de civilizacion. La superioridad de los judíos no fué debida á esta transformacion; ántes por el contrario, empezó siendo religiosa, y, á pesar de mil obstáculos que encontró en su desenvolvimiento, terminó siendo religiosa. Es, por esta razon, que las consecuencias que han producido en la historia las diversas vicisitudes de este pueblo son inapreciables. Pero ya que no entra en mi propósito tratar este asunto, me concretaré á señalar al pueblo judáico como un vivo ejemplo de variabilidad y de legalidad combinadas, que no se transforman nunca en elemento de poderío militar; y por ésto se explica la muerte de aquel pueblo. Sin embargo, esta combina-

cion no ha dejado de ejercer sobre las almas humanas una influencia y una huella imperecedera. Puede objetarse que, cuando sentamos este principio, no hacemos más que asegurar que los hombres andan porque están en marcha, y que se detienen cuando permanecen quietos. Pero dado que el problema cuya resolucíon nos interesa es el siguiente : *¿por qué razón los hombres progresan?* y la contestacion que nosotros proponemos, la de que ellos progresan cuando hay en su naturaleza una cierta suma suficiente de variabilidad, no puede atribuírse nos una mera vulgaridad cuando damos una solucíon concreta. Diráse que no es satisfactoria esta solucíon, porque volvemos al antiguo sistema de explicar los hechos por medio de cualidades ocultas, porque á primera vista parece como si no tuviéramos otro recurso que el de explicar las cosas, diciendo que el opio hace dormir porque tiene una virtud soporífera y enervadora, y que el pan nutre porque tiene propiedades nutritivas. Pero nuestras explicaciones no son tan absurdas como parece. Nosotros decimos : «El origen de toda civilizacíon está determinado por un espíritu y tendencias muy pronunciadas de legalidad ; esta legalidad es la condicíon misma de su existencia, es el vínculo que une á los hombres entre sí. Pero esta legalidad, que se revela por una tendencia á imponer á todos los hombres y á todas las acciones el yugo de una costumbre fija, muchas veces con su persistencia ahoga

la variabilidad, esta facultad progresiva de que nos ha dotado la naturaleza, y hace que muchos hombres y siglos diferentes entre sí se asemejen de tal manera, que parezcan idénticos. Sólo es factible el progreso en el caso bienhadado en que la fuerza de la legalidad no es tan intensa que permite desarrollarse la variabilidad, y en que afloja los vínculos sociales para no destruir la perpetua tendencia de la naturaleza al cambio.» Esta es nuestra solución, que no hace intervenir á un agente imaginario en la resolución del problema, como se ha pretendido, sino que fija y determina el valor relativo de los agentes conocidos.

III.

Esta ventaja es una de las más señaladas en la historia de la civilización primitiva, uno de estos hechos que juegan un papel decisivo en la batalla de las naciones; pero hay además otros elementos que no deben echarse en olvido. Entiéndase que un mayor grado de perfección en las instituciones políticas por débil que sea, muchas veces es la causa de la superioridad y predominio de un pueblo ó raza. La mayor parte de los exploradores y viajeros de apartadas regiones, nos han hecho observar que el predominio de una tribu salvaje, débese casi siempre al mayor vigor é influjo del poder monárquico, y que allí donde son muchos los que gobiernan, no hay cohesión entre

los individuos de la tribu, la cual aparece relativamente débil comparándola con las demas. Miéntras la guerra es la única ocupacion de la tribu, es indispensable un despotismo temporal que dura tanto como la campaña. Macaulay ha dicho con razon, que con frecuencia se ha visto á un ejército que ha triunfado bajo la direccion de un jefe incapaz é inepto, pero no se le ha visto triunfante cuando le ha dirigido una asamblea deliberante. Este monstruo de muchas cabezas—dice este escritor—produce efectos desastrosos. La misma causa que provoca el engrandecimiento y extension de las democracias en las sociedades modernas, hace crecer y fortifica el despotismo en las primeras sociedades; pues el gobierno que se sostiene es el que mejor responde á las más urgentes necesidades, el más conforme al espíritu de la época; pero el despotismo, tal como nos lo ofrece la historia, es contrario al principio de variabilidad y tiende á mantener á los hombres en aquel estado primitivo de civilizacion en que se hallan sometidos á la costumbre, por lo tanto, si es tolerable en la primera edad, es inaguantable en la segunda; de todos modos, es un obstáculo á que los hombres lleguen á la primera edad del progreso; á esta edad de mejoras lentas é insensibles. Es tambien necesario un sistema permanente de discusion con alguna libertad, una especie de régimen parlamentario que venga, por decirlo así, á romper la costumbre inveterada y que dé

el primer impulso al progreso, y para que las edades posteriores continúen marchando bajo la acción del primer impulso; por este motivo señalamos la necesidad de que este elemento se encuentre en el comienzo de las sociedades. He citado á los profetas del pueblo hebreo y he dicho que eran el alma de la nación, el principio iniciador de su desenvolvimiento, pero debo hacer constar ahora, que otra raza muy progresiva y para la cual parece que la civilización habíase creado, tenía un más eficaz instrumento de progresión. «Desde los albores de la vida política entre los teutones—nos dice M. Freeman—ya encontramos claramente designados, perfectamente marcados el elemento monárquico, el elemento aristocrático y el elemento democrático. Hay ya jefes que tienen ó no el título de reyes; hay individuos de noble alcurnia (cualquiera que sea, por otra parte, la naturaleza de la nobleza originaria) á quienes este nacimiento asegura la preeminencia en todo terreno; pero además existe un pueblo libre y fuerte en quien naturalmente reside en último término la soberanía. Los negocios de escasa importancia los resuelven los jefes por sí y ante sí; de los asuntos más complicados y difíciles, entiende la nación entera en asamblea á propuesta de los jefes. Este sistema dista mucho de ser exclusivo y propio de los teutones, pues es común á todos los arjos y esta es la constitución de los áqueos homéricos de la tierra y de los dioses de Homero en el Olimpo.»

Quizás esta constitucion (y esto será lo más probable) es la de la tribu primitiva, que se modificó luego tomando diferentes aspectos y transformándose entre los romanos, los griegos y los teutones. La tribu la llevaba consigo de la misma manera que los ingleses llevan siempre consigo su legislacion, porque era la sola clase de gobierno concebible y practicable en aquel entónces, ó quizás los individuos de la raza ariana al emigrar trajeron consigo tan felices disposiciones y aptitudes políticas excelentes, que más tarde cuando se establecieron en diversas comarcas y en una de ellas encontraron condiciones apropiadas á las que tenía su país natal, las desarrollaron y aplicaron dándoles análoga forma á la que tenía su constitucion primitiva.

Sea como fuere, debemos atribuir gran parte de la supremacía de los teutones, de los griegos y de los romanos á su forma comun de gobierno. Las discusiones de la asamblea mantenían el principio de la variabilidad; el prestigio de los ancianos sostenía el *statu quo* y conservaba la tradicion, y así en los casos de próspera fortuna la disciplina militar no encontraba un obstáculo en la libertad, aún cuando la inteligencia militar estuviera apoyada por la inteligencia de toda la tribu. Un ejército romano era un cuerpo libre gobernado por un despotismo severo de su propia eleccion.

La mezcla de las razas fué un gran paso. La preten-

sion del mundo antiguo á la pureza de sangre es infundada, porque la mayor parte de las naciones históricas han sobrevivido á las naciones prehistóricas, y á pesar de que hayan sacrificado á una porcion de vencidos, es lo cierto que no sucumbieron todos; por regla general, los hombres quedaban reducidos á la esclavitud, y el vencedor se apoderaba de las mujeres. Sin duda el único vínculo de la sociedad primitiva era la identidad de origen; no podía constituirse una nueva nacion sino á condicion de que sus miembros se consideraran como descendientes de un padre comun. Esta idea moderna de que el hecho de habitar lugares colindantes es la base natural de la union política hubiera sido rechazada como una impiedad, si las inteligencias de aquella época hubieran podido concebirla; pero por una de estas ficciones legales que Sir Enrique Maine nos ha descrito con tanta maestría, las naciones primitivas se unían para hacer lo que creían conveniente así como para realizar lo que creyeron justo. Al adoptar los hijos de la tribu aunque no los hubiesen engendrado, venían á establecer solemnemente el principio de que los nuevos descendientes provenían de la antigua raza, á pesar de que todo el mundo sabía que les eran extraños por los vínculos de la sangre. Se creó una unidad nacional á falta de la real, y lo que es más difícil de comprender hoy dia, el sentimiento sagrado que exigía la unidad de raza se encontraba satisfecho de este modo,

teniendo la adopcion idéntica fuerza que el más estrecho vínculo de parentesco entre consanguíneos. Las naciones que profesan tales principios, debían carecer de la unidad de raza en el sentido que la fisiología y la etnología moderna da á esta palabra. Es cuestion muy difícil y que M. de Quatrefages ha examinado en una reseña muy erudita que hizo con ocasion de la Exposicion francesa, la de saber cuáles son los cruzamientos que producen el mejoramiento de las razas, y la de apreciar en qué condiciones aparece la decadencia de la misma raza, efecto del cruzamiento. Dicho sabio frances dice (haciendo suya la frase de otro escritor), que la América del Sur es un laboratorio de experiencias sobre el cruzamiento de las razas ; y pasa revista de los resultados obtenidos en diversas ocasiones. En la Carolina del Sur la raza mulata no es muy prolífica, miéntras que en la Luisiana y en la Florida es una raza fecunda que se reproduce y extiende rápidamente. En la Jamáica y en Java los mulatos no pueden resistir el cruzamiento á la tercera generacion, cuyos individuos resultan híbridos ; pero en el Continente Americano como todo el mundo sabe, la raza mezclada es hoy muy numerosa y las generaciones se suceden sin obstáculo : al igual que la que resulta del cruzamiento de los blancos con los naturales de América, que ha tenido diversos destinos segun las ocasiones y circunstancias, y así unas veces es fecunda y próspera, cuando otras se extingue paulatinamente.

M. de Quatrefages termina así esta revista : «¿Cuál es la conclusion que se desprende de hechos tan diversos desde el momento que aceptamos como verdaderas todas las observaciones que tienden á hacer prevalecer la idea de que en los lugares que he citado las cosas no pasan de igual manera que en los demas países? Evidentemente debemos reconocer que el desenvolvimiento de la raza de los mestizos está favorecido, retardado ó impedido por circunstancias locales ; en otros términos, que depende de las influencias ejercidas por el conjunto de condiciones de existencia ; en una palabra, por el medio en que viven.» Lo cual quiere decir á mi manera de ver, que el cruzamiento de las razas facilita muchas veces la adaptacion á los diversos lugares y predispone á la aclimatacion con condiciones más ventajosas para el hijo que para los padres, y por una especie de seleccion natural la nueva raza domina á las razas madres y muchas veces las suplanta, aunque en otras ocasiones, no encontrando el medio apropiado que exigen las nuevas condiciones de vitalidad, no puede resistir lo que las razas anteriores aguantaron, y entónces se extingue. Por fortuna los cruzamientos continuos producidos por la conquista suministran una porcion de experiencias sobre los resultados de la mezcla de razas, por el estilo de lo que hoy dia sucede en la América del Sur. Antiguamente, las nuevas razas recorrían las regiones no exploradas en sus correrías, sacrificaban la mitad de

las antiguas razas y absorbían el resto, y los resultados eran entónces tan variados, tan difíciles de explicar como los de ahora; el cruzamiento daba unas veces magníficos resultados, en otras los daba pésimos; pero en el primer caso, los descendientes debían sobrepujar y vencer á las razas primitivas de donde procedían, porque tenían esta facultad de que tanto he hablado: la variabilidad; en una palabra, la facultad que tiene en potencia la causa del progreso. Las naciones que han experimentado grandes cruzamientos de razas son las más vigorosas: por esta razón se ha dicho que Francia tiene lo mejor de las razas latinas y de las razas germánicas. A primera vista se conoce que un normando es del Norte; un provenzal del Mediodía; pero teniendo este último muy pronunciados los rasgos característicos de un meridional. Los elementos latino, celta y germano encuéntrase en Francia en proporciones infinitamente variadas; de manera que si la nación es *una* por la igual tendencia de sus sentimientos é inclinaciones, en cambio aparece diversa y varia en los tiempos pasados, en la historia de sus diversas provincias y hasta se encuentra disparidad en las manifestaciones de su actual temperamento. Esta misma variedad de la raza francesa contribuye y mantiene el juego de la política, como el elemento escocés é irlandés en la Cámara de los Comunes; sin esta diversidad de elementos, no se depararía la ocasión de crear instituciones nuevas.

Las razas primitivas debían tener más necesidad de cambio que las modernas. Los judíos se envanecen de que su raza aún prospera, bien que está dispersa y no se mezcla con otra alguna; á lo cual se les ha contestado: «Vosotros prosperais, porque estais dispersos, aclimatándoos en diversas regiones del globo; vuestra nacion, ó mejor vuestra raza, gana en condiciones de vitalidad, teniendo como ya tiene en sí misma el principio de la variabilidad que otras naciones deben buscar por medio de los matrimonios que les facilitan el cruzamiento.» En un principio no había ninguna raza cosmopolita como la raza judía, cada cual era una especie de raza *de campanario* de estrechas y pequeñas miras, extendidas en territorio limitado y que por consiguiente necesitaba el cruzamiento.

La mezcla de razas encierra un gran peligro en el mundo primitivo, al mismo tiempo que importa una gran ventaja. Todos nosotros sabemos el menosprecio que inspiran hoy dia á los anglo-indios ciertas castas de la India (*half-castes*). La union del inglés y del indio da un producto que no es notable bajo el punto de vista puramente físico, sino tambien bajo el punto de vista moral; los individuos hijos de estas uniones carecen de una creencia hereditaria, no tienen su puesto señalado de antemano en la sociedad y no tienen ninguno de estos sentimientos tradicionales y bien arraigados, que son el sosten,

la base, el fundamento de la humana naturaleza.

En el mundo primitivo, los cruzamientos deben haber ocasionado grandes perjuicios y algunas veces han contribuido á destruir lo que luego no pudieron reemplazar ni sustituir, esto es, un principio hereditario de orden y de disciplina; pero no sucedía así cuando las dos razas estaban tan cercanas y próximas, que había una fusion idéntica en lo moral que en lo físico, pues tan luego como una raza por su superioridad numérica, ó, por su especial organizacion, predominaba sobre la otra hasta el punto de absorberla y asimilársela sin dejar restos aislados de la inferior, entónces eran inapreciables los efectos del cruzamiento, pues aumentaban las probabilidades de *variabilidad*, y por lo tanto de perfeccionamiento; y si éste tomaba un carácter militar, la raza asimilada ganaba con su nuevo estado, pues obtenía una ventaja segura en la lucha de las naciones, ventaja que le garantizaba perpetuarse indefinidamente y tener la preeminencia de que ántes careciera.

Las *instituciones provisionales* aseguran la preeminencia de una nacion sobre sus rivales. La más importante de todas, la esclavitud, es como el cruzamiento de las razas, producto de las conquistas. Un esclavo es un átomo no asimilado, no digerido, un algo que se encuentra en el cuerpo político sin llegar á formar parte del mismo. La esclavitud es odiosa al mundo moderno y es muy natural que así sea. Esta

palabra despierta en nuestro espíritu la idea de muchedumbres encadenadas, clases sumidas en la desgracia, de una reglamentacion que mantiene á los hombres en la ignorancia, de una legislacion que suprime la familia ; pero no debemos olvidar los grandes servicios que la esclavitud ha prestado en épocas anteriores en presencia de los perjuicios que ocasiona en los tiempos modernos. Hay en pro de la esclavitud una presuncion muy fuerte : la de que es una institucion que las naciones adoptan cuando adquieren un cierto grado de desarrollo. «La esclavitud—ha dicho Aristóteles—existe por ley de naturaleza ;» con lo cual quería decir que se encuentra en todas partes y que es un elemento universal de todos los gobiernos primitivos. «Gran número de colonias inglesas—continúa diciendo Edward Gibbon Wakefiel en 1848—conservarían sus esclavos si se lo permitiéramos.» Y al decir esto, no se refiere solamente á aquellas antiguas colonias, familiarizadas con la esclavitud y enriquecidas á la sombra de este régimen, sino tambien á las nuevas colonias fundadas posteriormente por hombres libres, y que segun parece hubieran debido desear que la colonia se compusiera únicamente de hombres libres. Pero Wakefield sabe muy bien lo que dice : como había observado atentamente las sociedades embrionarias y conocíalas en estado de bosquejo, comprendía perfectamente el espíritu de los hombres de aquellas sociedades : y sabía

que el ocio, el recreo, el descanso es lo que desean las sociedades, y este gran deseo sólo se satisface merced á la esclavitud, sólo habiendo esclavos es posible el descanso entre los hombres libres. En los países jóvenes todos los hombres son iguales á poca diferencia ; cada uno está ocupado en su trabajo, se hace poco uso del capital, al ménos en las comarcas agrícolas (porque en los países en que hay pastos, ya pasa otra cosa), y de ahí que no puede pagarse el trabajo, pues los trabajadores no arriendan sus servicios, de los cuales se aprovechan en utilidad propia. A propósito de esto, se cuenta la historia de un gran capitalista inglés que partió hácia la Australia con un gran número de trabajadores y un carruaje, con intencion de hacerse construir una casa para sus obreros, y continuar usando del carruaje en Australia, tal como lo verificaba en Inglaterra ; y segun cuenta la historia, hubo de resignarse á permanecer en su coche sin construir la casa, pues sus obreros le abandonaron tan pronto como pudieron, y se marcharon á trabajar por su propia cuenta.

En tales países no puede haber más que muy pocos *gentlemen*, y no todos son *lady's*. El refinamiento de las costumbres no es posible sino con el ocio ; y la esclavitud proporciona por primera vez el descanso necesario, fomentando una clase que trabaja á fin de que las demas puedan dedicar sus ocios á los trabajos de la inteligencia. Esta especie de originalidad que la

esclavitud proporciona, es una ventaja práctica de primer orden en las sociedades primitivas, y el descanso que procura á las clases privilegiadas, les da cierto realce y las envuelve de cierta atmósfera, cuya distincion resalta cuando encontramos aquellas civilizaciones descritas en la narracion histórica. Abraham, Isaac y Jacob, seguramente no hubieran tenido esta calma majestuosa que les distingue si su única ocupacion hubiera sido el cuidado de los rebaños y las pesadas faenas del campo. Es verdad que la delicadeza de sentimientos y la actitud grave de estos varones nada importan en la lucha de las naciones primitivas y no determinan ninguna ventaja ni señalan superioridad en la nacion que las posee en alto grado; estas cualidades no aseguran el porvenir ni perpetúan una civilizacion, pero el carácter militar de un pueblo tiene este privilegio, y las naciones que tienen esclavos, habiendo una clase que piensa mientras estos trabajan, serán las más perspicaces en su política, las más hábiles en su estrategia. Sin duda alguna, esta ventaja de momento, esta superioridad provisional es luego causa de gastos y dispendios ruinosos, y cuando hay otra manera de procurarse el ocio, desaparece la utilidad, y por lo tanto, la razon de ser de la esclavitud. La esclavitud en *detalle*, aquella situacion en que el dueño posee un corto número de esclavos á quienes conoce y á quienes ve diariamente, es una triste condicion, pero es soportable: así los esclavos

de Abraham, probablemente gozaban de una existencia agradable, hasta cierto punto, dadas las condiciones de la época, pero la esclavitud que generalmente conocemos, esta situación en que los hombres no son más que modos de dar colocación á un capital y en que el propietario, bien léjos de conocer á cada uno de sus esclavos, apenas puede decir el número de los *rebaños* que trabajan por él, es un estado abominable. Esta esclavitud es la que ha merecido el anatema de todo el mundo civilizado, y cuya estirpación se ha realizado casi totalmente. En todo esto nada hay de maravilloso ni de extraordinario, pues la historia de la humana civilización está llena de casos análogos en que innumerables instituciones y hasta creencias que fueron de necesidad en una época y tuvieron en ella un valor inapreciable, fuéronle luego fatales. Nada hubiera ofrecido de particular el progreso, si no fuera que lo que alimenta y sostiene una generación, no fuese para la otra un veneno. Sería tarea sobradamente larga, á la par que inútil, examinar todas estas instituciones provisionales, cuyo exámen sería en este momento de poca oportunidad. Sólo la venerable oligarquía y la augusta monarquía, exigirían una serie de capítulos sobradamente largos, y baste con decir que estas formas que toma la sociedad en un principio, estas instituciones provisionales, estos sentimientos previos aportan desde luego á la misma sociedad gran número de ventajas, mayor refinamiento en las

costumbres, mayor cultura, encargando á la virtud preservativa de la fuerza militar la tarea de asegurar su duracion.

Muchas veces un adelanto en la vida del progreso intelectual se traduce en ventaja material, lo cual es debido á alguna cualidad moral, porque la guerra exige, al mismo tiempo que produce y fortifica, ciertas virtudes, que denominaremos preliminares, tales como el valor, la sinceridad, el espíritu de obediencia, el hábito de disciplina, etc. Estas cualidades, y otras de la misma especie, aseguran el predominio militar de una nacion, y desde el momento que esta nacion las posee (importando poco cómo las haya adquirido), le facilitan medios para que, mejorando su suerte, pueda competir con más ventaja en la concurrencia de las naciones. El éxito de aquellas, dotadas de las virtudes que la guerra proporciona, ha sido el gran medio por el cual hánse perpetuado y extendido sus virtudes destruyendo los vicios opuestos. La victoria propaga el valor, y el rudo choque, el encuentro, la combinacion de las cualidades varoniles, la entereza, la firmeza y serenidad de ánimo; el valor arroja del mundo la bajeza y la estrechez de miras.

En el siglo pasado hubiera parecido extraño hablar de las ventajas militares de la religion, pues esta idea hubiera hallado la oposicion de las preocupaciones dominantes en la época, y por esta razon se hubiera encontrado relegado al ridículo filosófico; pero hoy

que un hombre de genio la ha adoptado, es cosa vulgar y corriente. Los libros de Mr. Carlyle tienen la particularidad de estar llenos de términos como *los infinitos, las evidencias*, y de gran número de faltas que seducen á los jóvenes lectores y que rechazan los de más edad y experiencia. A pesar de su genio y de que pasó toda su vida escribiendo para el público, cabe preguntar y poner en duda si alguna de sus obras pasará á figurar entre las clásicas. La falta de exactitud en la forma hace recelar del fondo á pesar de la profundidad de las ideas que reconocemos desde el primer momento en él; y por el empleo consecutivo de uno ó dos sofismas, que llegaron á deslumbrar quizás al mismo autor, inspira general desconfianza, aunque estos sofismas no dejaron nunca de descubrir y tomar á broma las personas avisadas. Sea cual fuere el destino de su reputacion y buen nombre, es el caso que Mr. Carlyle ha enseñado muchas verdades á la generacion presente, y una de ellas es la de que *los ejércitos que temen á Dios son los mejores ejércitos*. Antes de él nos reíamos todos de aquella frase de Cromwell : *tened confianza en Dios, y guardad la pólvora seca*; pero ahora nos hemos convencido de que esta confianza le proporcionaba tantas ventajas como la pólvora y quizás más, pues esta concentracion enérgica de sentimientos vehementes permite á los hombres emprenderlo todo y llevar á cabo las grandes empresas.

Este asunto permite gran desarrollo, y es tema que

si yo fuera competente para tratarlo, le haría tomar enormes proporciones. Consideremos solamente que esta especie de moral y de religion, que tiende á vigorizar los caracteres, asegura el prestigio, así como las creencias y los sistemas que tienden á hacer las almas tiernas y los caracteres apacibles están destinados á desaparecer, á ménos que una mano vigorosa, un poder fuerte, no conserve y defienda su existencia. Por esto se explica cómo el epicureismo no prevaleció nunca en Roma, al revés de lo que pasó con el estoicismo. El carácter grave, austero, de la nacion dominante sintióse atraído por una creencia que parecía fortificar, y rechazado por otra que en realidad era enervante. La emulacion de las primeras se unió al carácter ardiente de aquel pueblo, y acrecentó su energía. Y se comprende que así sucediera, porque las convicciones profundas que descansan en opiniones arraigadas, ganan á los hombres fuertes y aumentan su virilidad! Tal es la razon por la cual el monoteismo tiende á prevalecer sobre el politeismo, pues que produce un carácter más elevado, más firme, por la influencia que recibe de *un gran objeto único*; y si por otra parte se encuentra absorbido por él, en cambio de otra se halla desembarazado de una porcion de ritos que andan en competencia, y líbrase del influjo de un culto que de otra manera debiera tributar á divinidades diversas. Siendo el politeismo una religion por asociacion, ha de ser necesariamente débil

Objetarás contra ésto que los romanos, cuya religion fué el politeísmo, vencieron á los judíos que eran monoteístas; pero replicaremos nosotros que la razon de la victoria está en otras cualidades que poseían los romanos, y de que carecían los judíos; tales como la capacidad política y un hábito de disciplina, de que los judíos no tenían ni una idea siquiera. La ventaja religiosa subsistió, tuvo su importancia, su valimiento y su influencia; sólo que fué sobrepujada por otras ventajas que la historia indica, y que omitimos en este momento.

No debemos sorprendernos de la importancia capital dada á la guerra; ya que hablando en este momento de los tiempos primitivos, debemos saber que la ocupacion del hombre en estas épocas es hacer naciones, formar las naciones; y no ignoremos que es la *guerra* la que las hace. Las naciones se transforman luego, despues de transcurrido algun tiempo; pero este nuevo trabajo de transformacion se realiza por una revolucion pacífica; aunque con todo siempre jugó en ella la guerra un papel muy principal. El tipo de una nacion indestructible sólo lo hallamos en la época presente; pues en otro tiempo todas las naciones podían ser destruidas; y cuanto más nos remontamos en el pasado, encontramos más factible esta destruccion. La definitiva constitucion interna de las naciones es una especie de operacion secundaria, que se realiza cuando las fuerzas que crean las nacio-

ciones, cuando, por decirlo así, el movimiento inicial de las naciones casi ha desaparecido. Aquí sólo nos ocupamos de la armazon (permítasenos esta frase), de la manera de ser política tal como aparece en el exterior. En otros capítulos indicaremos los procedimientos por los cuales el edificio político se completa y llega á su perfeccionamiento. La armónica combinacion de más delicados móviles, la asociacion de fuerzas sociales más imperceptibles nos proporcionará, sin duda más agradable impresion, ya que entraremos en un nuevo órden de ideas, que jamás podrán evocar en nuestra mente las luchas salvajes de las primeras edades. Es condicion necesaria de la idea de progreso el que los comienzos de una civilizacion jamás puedan inspirar el interés de las épocas de mayor cultura, la superioridad del perfeccionamiento estriba en que á su lado todo aquello que no ha experimentado el perfeccionamiento y mejora parece siempre en decaimiento y decadencia.

Pero volvamos al asunto que es objeto principal de nuestra cuestion. ¿Hasta qué punto las naciones más fuertes son realmente las mejores? ¿La superioridad militar es acaso criterio y norma de toda superioridad? Aunque no podamos dar una solucion completa y satisfactoria, debemos hacer tres ó cuatro consideraciones muy sencillas, aunque muy importantes, para suplir en algo á lo ménos, aquella falta. He dicho que la guerra fomenta las virtudes *preliminares* ó primor-

diales, lo cual es lo mismo que decir que deja aparte el fomento y desarrollo moral por lo que respecta á las demas virtudes; y ahora debemos consignar por de pronto que no es la guerra la situacion de un pueblo, ni las instituciones que de ella nacen las más ocasionadas á favorecer el desarrollo del sentimiento de amor al prójimo, la caridad, el sentimiento delicado de compasion, etc., etc. La insensibilidad por los sufrimientos y dolores ajenos, este hecho que tan vivamente nos impresiona y nos conmueve, tal cual la historia nos lo presenta por primera vez, es debido, sin duda, al origen militar de nuestras civilizaciones primitivas. El hombre que corresponde á estas épocas, ha sido educado en la guerra, criado en la guerra y no podía rebelarse contra las cosas que eran propias del estado de guerra y una de tantas es la resignacion al sufrimiento. Cuando la guerra ha cesado de ser el móvil de las humanas sociedades, cuando ya no ha sido la fuerza motriz que ha hecho avanzar á las naciones, los hombres tornáronse suaves y dulces, así como ántes eran ásperos y de dura condicion, y luego se condolieron de aquellos males que causaron ántes con completa indiferencia y que observaban con la mayor sangre fría: y esto no es así porque los hombres hayan mejorado, que no hay tal mejora en absoluto, sino que hay perfeccionamiento y cultura relativamente y segun los casos; sino porque han perdido el hábito cotidiano de la guerra; su educacion no es ya

para la guerra y la enseñanza que recibe le prepara para una situación que los rudos soldados de otro tiempo adiestrados únicamente para la pelea, eran incapaces de comprender.

Caracteriza también á la antigua sociedad un soberano desprecio, generalmente sentido, hácia la debilidad física y por las mujeres. La población endeble sucumbía y la neutral ó que no tomaba parte en la lucha, sufría forzosamente en épocas de guerra. Esta situación ha mejorado notablemente y se han atenuado en parte estos rigores. Las mujeres tienen hoy día medios maravillosos para defenderse y abrirse paso en el mundo, y hemos llegado á una época, en que la inteligencia sin músculos, dispone de más fuerza que los músculos sin inteligencia. Estos cambios interiores que se han verificado más tarde en el seno de las naciones, debieran estudiarse á fondo; si yo hago mención de ellos ahora, es solamente para demostrar cómo los sentimientos apacibles y de cultura se han ido desenvolviendo y han ocupado el puesto de la antigua y ruda condición que la guerra había atribuido á la civilización antigua.

Estudiando atentamente nuestro sistema moral, nuestra condición moral, sin duda aún encontraríamos un resto del espíritu de la guerra. Nuestra moral corriente revela en el mayor número de sus apotegmas, infinidad de metáforas tomadas de las diversas legislaciones y de las costumbres de la guerra; un

atento exámen demostraría que, léjos de esclarecer el concepto verdaderamente moral, le dificultan y oscurecen.

Ténganse entendido que la vida no es ni una batalla ordenada, ni una campaña con un plan premeditado, y sí una operacion irregular ; un proceso con alternativas, las fuerzas que deciden la victoria no son las resoluciones tomadas sin reserva, sino las inspiraciones secretas inconscientes, y la mayor parte de las veces involuntarias. El error de la moral militar consiste en exagerar el concepto de la disciplina y presentar la fuerza moral de la voluntad bajo una forma seca y desnuda, que sin duda jamás tuvo. La moral militar puede—permítaseme la figura—manejar muy bien el hacha que derriba el árbol, pero desconoce esta fuerza oculta y quieta que hace crecer el bosque.

He dicho lo bastante para demostrar que hay una porcion de cualidades, de instituciones de diversa índole que dan una ventaja á los pueblos en la lucha general ; que la mayor parte de ellas y las cualidades que hemos denominado militares, implican principalmente una tendencia al bienestar y son causa de la superioridad ; y que el triunfo constante de estos competidores favorecidos, es el modo particular de propagacion y de conservacion de las cualidades más estimables que exige una civilizacion elemental é incipiente.



LIBRO II.

DE LA FORMACION DE LOS PUEBLOS.

En el libro anterior he procurado demostrar que el período primitivo de la humanidad, *la edad de la lucha*, tal como yo la denomiño, tenía una tendencia muy acentuada aunque algo incierta hácia el progreso. Las naciones superiores han vencido á las inferiores, las más fuertes á las más débiles; y el que combatía con más éxito debía indudablemente su superioridad á alguna condicion ventajosa. En las épocas de guerra continua se desarrollaron y perfeccionaron las virtudes y hábitos de la guerra, y en las primeras etapas de la civilizacion una porcion de virtudes pueden considerarse como nacidas y adquiridas por y para la guerra; más tarde no se denominan así

porque ya tienen otro ideal y otra tendencia ; en una palabra, su destino ya no es favorecer el desarrollo de la guerra ni el predominio de las naciones en este estado, pues que es otra su utilidad, y hoy concebimos estas virtudes segun sus actuales efectos, no segun sus efectos primitivos. El respeto á la ley, por ejemplo, es una virtud á quien nadie osaría clasificar entre las de la guerra ; no obstante que en épocas remotas disciplinó á las naciones y de que fué el elemento indispensable que jamás abandonaron las naciones sometidas á un régimen de disciplina y buen gobierno. Tampoco diremos que sea una virtud guerrera la facultad de innovar conservando el estado social de un pueblo, la de armonizar las nuevas instituciones con las antiguas, y sin embargo, á ella deben los romanos gran parte de sus victorias. Sólo ellos en la antigüedad tuvieron esta veneracion por la costumbre que sostiene las naciones y el espíritu de libertad que aplicaron al cambio paulatino, á la evolucion social que las mejora ; y esta veneracion hácia el Estado presente y el espíritu del porvenir, la armonía del orden y del progreso explican su éxito. En los tiempos primitivos, en la mayor parte de los casos, el mérito militar es una prenda que se tiene en grande estima porque tiene un valor incomparable : las naciones que vencen son las que, teniendo todas las condiciones para ello, deben vencer.

Las virtudes de estas épocas transforman al hombre

en soldado. Indudablemente la fuerza brutal del número puede tener toda la importancia en aquel entonces (y á veces alcanza hasta las épocas posteriores); pero tambien puede retroceder la civilizacion por la victoria de los hombres violentos sobre los que, inferiores en número, carecen de su fuerza física. Los primeros elementos de civilizacion se resuelven en grandes ventajas militares, y de ahí lógicamente se deduce que una victoria es en esta época un mérito contraído á los ojos de la historia, surgiendo el progreso por medio de esta competencia á que dan ocasion las continuas guerras.

Este principio nos explica al mismo tiempo por qué razon las regiones privilegiadas del globo, el interior de los continentes como África, las islas de apartadas regiones tales como Australia y Nueva-Zelanda, están relativamente atrasadas en el camino de la civilizacion. Estas regiones están aún en los estudios preparatorios de su carrera, y fáltales mucho para llegar al nivel que las demas: les ha faltado el móvil. Faltaba que acudiera allí, por ejemplo, una raza número dos, mejor que la número uno, que la combatiera y destruyera ántes de serlo á su vez por la número tres de más reciente aparicion y de mejores condiciones. Así se explica por qué la Europa occidental tomó la delantera á otras comarcas, teniendo presente que la lucha de las razas fué en ella violenta en extremo y que esta region distinguíase y

se diferenciaba de las demas por sus condiciones ventajosas que atrajeron á los pobladores de otras comarcas, facilitó notablemente el desarrollo de su cultura sin corromper sus costumbres, por lo que sus poseedores podían defenderla luchando enérgicamente contra los que no la poseían y la deseaban. La lucha de las naciones es una fuerza, un móvil de importancia primordial para el mejoramiento de éstas.

I.

¿ Pero qué vienen á ser las naciones ? ¿ Qué son estos grupos cuya idea es tan familiar pero que si lo reflexionamos son tan extraños y difíciles de comprender ? ¿ Qué significan estas agrupaciones tan antiguas como la historia, y que Herodoto ya encontraba tantas en número y con caracteres diferenciales más pronunciados que los que hoy día conocemos ? ¿Cuál es el poder que divide á la raza humana en fragmentos, en partes tan diferentes unas de otras, cada una de las cuales tiene una constitucion interior, compacta y uniforme ? La cuestion, harto embarazosa de suyo, no puede resolverse de momento, y á pesar de que nos hayamos familiarizado con este fenómeno de las nacionalidades, nos limitaremos á exponer algunas consideraciones, que cuando ménos, se acerquen todo lo posible á una resolucion definitiva. Quizás estas mismas consideraciones encaminadas á resolver una cuestion nos

den luz para el planteamiento y explicacion de otra ulterior y más interesante, á saber : ¿ Por qué ciertas naciones progresan miéntras que otras permanecen estacionarias ?

Desde luego todas estas diferencias de nacion á nacion se explican por una diversidad originaria en la raza. Tambien se ha dicho que existen diferencias en la constitucion porque han sido educadas de distinta manera ; pero científicamente hablando , esta suposicion muy cómoda no se encuentra demostrada por los hechos ; para hacer aceptable esta explicacion deberíamos imaginar un gran número de razas con carácter especial y con aptitudes completamente originales, y si es muy posible que media docena de familias humanas ó algunas más provengan de ramas distintas desde un principio, es muy probable y casi cierto que las sub-especies no tengan precisamente un mismo origen. Podrá sostenerse con razon ó sin ella , que las razas arias tienen un origen comun, de la misma manera que se había creido hasta el dia que las naciones que hablan la lengua griega tienen un mismo origen ; pero es insostenible y no se prestarán oidos al que lo diga, que ha habido un Adan y Eva para Esparta , otro Adan y Eva para Atenas. Todos los griegos tienen evidentemente el mismo origen ; pero en los límites de la familia griega, como en todas las familias, hay una fuerza que produce la diversidad y el contraste, y motiva el que una ciudad

difera de otra ciudad y una tribu de otra tribu.

Ciertamente las naciones no deben su origen á una simple seleccion, ni se producen como los distintos animales salvajes en la naturaleza (y no hablo aquí de las especies). Seleccion natural significa conservacion de los individuos que luchan con éxito contra las diversas fuerzas de la raza á que pertenecen.

Conste, desde ahora, que los obstáculos naturales que se oponen á la vida humana difieren mucho en Atenas de Esparta, en Roma de Atenas, y por esta razon se encuentran separados por diferencias esenciales los espartanos, los atenienses y los romanos. Los escritores de otro tiempo imaginábanse (cosa muy natural) que el efecto inmediato del clima, ó mejor diré de la tierra, del mar, del aire y de la suma total de condiciones físicas diferenciaban á un hombre de otro y una de otra raza. Pero la experiencia se encarga de refutar esta opinion. El emigrante inglés está sujeto á la misma accion climatológica del australiano, y sin embargo, se diferencia de él, y se diferenciará aunque pasen mil años.

El papú y el malayo, segun Mr. Wallace, viven hoy dia, y han vivido durante muchos siglos juntamente en las regiones tropicales, y presentan, no obstante, marcadísimas diferencias. Las investigaciones de este sabio naturalista nos muestran cuánto se ha exagerado la influencia directa de las condiciones físicas, áun por lo que respecta á los animales. « Bor-

neo — segun nos dicen — se parece mucho á la Nueva Guinea, no solamente por sus vastas dimensiones y por la ausencia de volcanes, sino tambien por la variedad de su estructura geológica, la uniformidad de su clima, el aspecto general de la vegetacion y de los bosques que cubren su superficie. Las Molucas ofrecen iguales caracteres que las Filipinas por su estructura geológica, la actividad volcánica, su estrema fertilidad, por su vegetacion exuberante y la frecuencia de los temblores de tierra. Balí en la extremidad oriental de Java tiene el terreno y el clima tan seco como Timor; y en estas islas que parecen formadas, por decirlo así, bajo el mismo modelo, sometidas al mismo clima, bañadas por los mismos mares, los animales presentan el más vivo contraste. En ninguna parte como aquí ha recibido un mentís tan directo y tan palpable la antigua doctrina, segun la cual las diferencias ó las semejanzas en las formas de los animales que pueblan una comarca son debidas á las diferencias ó á las semejanzas físicas correspondientes y que existen en una misma comarca. Borneo y la Nueva Guinea son físicamente tan parecidas como puedan serlo dos comarcas, zoológicamente están apartadísimas como lo están un polo de otro: mientras que la Australia, con sus vientos secos, sus inmensas llanuras, sus desiertos pedregosos y su clima templado produce pájaros y cuadrúpedos de configuracion y caracteres parecidos, si no idénticos, á los

que habitan en los bosques cálidos, húmedos y de vegetación lujuriosa de las llanuras y montañas de la Nueva Guinea.» Es decir, que nos encontramos con una fauna igual en terrenos desiguales y en otras ocasiones con una fauna diversa en condiciones idénticas. Aunque sean discutibles las opiniones etnológicas de Mr. Wallace nadie duda que en el archipiélago á que se refiere y que conoce tan detalladamente, así como en otros puntos de la tierra (aunque en poquísimas regiones de una manera tan marcada como en ésta) no encontraríamos hombres semejantes en localidades diversas, ni hombres de diversos caracteres en una misma localidad. El clima, pues, no determina el carácter de las naciones, no es la fuerza oculta que agrupa los individuos y constituye la nacionalidad; por no ser idéntica su influencia en todo caso y por prescindir muchas veces los pueblos en sus orígenes de formación de aquella influencia.

A lo que parece es necesario dividir en partes, para mayor claridad y para facilitar la explicación cuando se trata de un problema tan complejo como el de la formación de las naciones desde su origen y desenvolvimiento hasta su estado actual. La primera cuestión que se presenta es la de la formación de las razas con caracteres tales que las determinen y distingan unas de otras y permitan establecer diferencias radicales, por ejemplo, entre la raza negra, la roja, la europea, etc.; la segunda es la formación de las razas

cuyas distinciones son ménos marcadas, tales como la espartana, relativamente á la ateniense, la inglesa relativamente á la escocesa, etc. Las modernas nacionalidades (si no me engañan mis razonamientos) son producto de dos fuerzas sociales de gran importancia. Es la una la fuerza productora de las razas que encontramos en los antiguos tiempos y que hoy ha cesado de obrar enteramente ó poco ménos; la segunda es la fuerza creadora de las naciones propiamente dichas, potencia que obra hoy día más activamente que nunca.

El estudio de las pequeñas causas que modifican las modernas nacionalidades arroja la más viva luz sobre las causas primordiales y más importantes de su formacion.

Es muy curioso el estudio detenido de la manera como se verifican aquellos cambios y evoluciones, el análisis de las transiciones que se notan de una á otra generacion, pero es muy difícil explicar la razon de tales cambios y transformaciones. Dirán algunos que una fuerza secreta y misteriosa puede transformar la sociedad de los tiempos de la regencia en la sociedad inglesa de nuestros tiempos. Al leer el relato de la vida y costumbres usuales en Windsor (célebre granja hoy demolida) ó en Bond-Street del tiempo de los vagos (raza extinguida hoy día), ó en Saint James-Street, cuando Mr. Fox y su partido intentaron transformarla en *capital política*, parécenos imposible que sean los mismos sitios que tan conocidos tenemos, y más bien

creeríamos son localidades muy lejanas y de todo punto diferentes. El aspecto exterior de Inglaterra cambió poco en la época de la reina Isabel y de la reina Ana, comparativamente á su constitucion interior. Muy pocas fueron las modificaciones experimentadas en lo físico por los ingleses, y es muy difícil determinar cuáles son los descubrimientos científicos (si realmente los hubo) que influyen en la vida humana y que existentes en el último período, y no el primero, determinaron el cambio de esta sociedad. El contraste que una y otra época presentan es evidente, y sin embargo, ¡cuán difícil es encontrar el elemento que ha transformado las naciones! De Bacon á Addison, de Shakespeare á Pope, la diferencia es grande; al dejar á uno para encontrar á otro, parece que entramos en un mundo nuevo.

En la primera parte de esta obra he indicado cómo se verificaba la transformacion literaria, y vuelvo á insistir sobre el asunto, porque se estudia más fácilmente en la literatura que ofrece siempre un campo más estrecho y más limitado que tratándose de un tema tan vasto como el problema general de la vida. Un escritor cualquiera (y no se trata ahora de uno de aquellos que se han conquistado un nombre) acierta á encontrar una manera de expresar las ideas que gusta al público, ó formula una teoría que encuentra acogida y explota esta vena, satisfaciendo los deseos del público, teniendo aceptacion, y haciéndoselo va-

ler. Muy pronto otros le imitan y van formando el gusto, por decirlo así, hasta que al cabo de un cierto tiempo los lectores se han acostumbrado tanto á un estilo, que no quieren ningun otro. Los lectores que desde un principio no aceptaron ó las nuevas ideas ó la nueva forma con que se presentaban, quedaron rezagados, y ya sólo leyeron libros del siglo anterior ó bien de otros países, rehusando *las cosas del dia* (1). El siglo de la reina Ana fué propicio á Steele, el célebre autor de los *ensayos*, que perfeccionó Addison, y rechazó todos aquellos escritos que no guardaban armonía con su espíritu general. He oido decir muchas veces que un individuo preguntó al fundador del *Times* cómo se las componía para que los artículos de este periódico parecieran hechos todos de una misma mano; y él respondió: «¡Oh! es que hay un redactor en jefe, y los demas le imitan.» Y sólo de esta manera se explica este distintivo, esta unidad característica del *Times* y de cualquier otro periódico, y entre ellos podemos incluir el *Saturday Review*, cuyo estilo procuran imitar los jóvenes escritores. Cuando se ha formado el estilo de una publicacion, hay interés en conservarle por parte de su director; ya no es la tendencia á la imitacion lo que le perpetúa, hay una razon más fuerte que aquella y es el interés personal

(1) Vulgarmente en Inglaterra suele decirse *las drogas de hoy dia*.—(N. del T.)

del mismo director, que viene á ser un mandatario, y con este carácter se presenta á sus suscritores, cuyas aspiraciones satisface y cuyos deseos cumple. Los que están suscritos á una publicacion periódica, quieren encontrar un mismo estilo, quieren que predomine un mismo tono ; los mismos pensamientos, las mismas expresiones. El público escoge los artículos que se conforman con su manera de ver las cosas y rechaza las que chocan con su criterio, y el director se hace eco de la aspiracion general del público y del criterio ilustrado de los lectores, y lo que hace un editor en una Revista, lo hacen los lectores para la literatura en general, esto es, fomentar un estilo y rechazar los demas.

En cada siglo ha habido una razon especial para que predominara cierta especie de literatura, la cuestion está en descubrirla ; la misma razon existe para que las modas de las mujeres sean tales como son. Así como la causa determinante del cambio en las costumbres de hoy dia, no es—segun tenemos entendido,—más que un mero accidente, así tambien un mero accidente contribuye á la produccion de la moda literaria.

Los trajes que las modistas de Paris imponen á las damas inglesas, son, en gran parte (al menos así lo supongo), debidas al azar, y, sin embargo, apenas aparecen, todo el mundo se somete á ellas; así las personas á quienes no les conviene la inno-

vacion, como las que están interesadas en ella. La tendencia á la imitacion produce la uniformidad, y este traje que llevamos el año pasado, es hoy cosa horrible; lo propio acontece con la moda literaria, aunque esté muy léjos de decir que viene y se va con tanta sinrazon y fundamento como aquella. Un gusto literario inclinado siempre á preferir ciertas obras, tiene, indudablemente, su razon plausible en aparecer, pero una vez se ha determinado, propágase con la misma informalidad que se extiende y propaga la moda del vestido. Hasta las personas que rechazan las obras que están de moda, las leen forzosamente porque son las que más abundan, las que más fácilmente les vienen á mano y por la dificultad de encontrar otras de distinto género.

Esta especie de proteccion dispensada á las formas literarias favoritas, al estilo que está de moda, y esta persecucion contra el género que desagrada, son tambien, á lo que parece, las causas principales que influyen en el cambio del carácter nacional. Un individuo se toma como á tipo, su carácter atractivo y simpático á la generalidad, llama, por decirlo así, la atencion, si no de todos los individuos de un pueblo, al ménos de gran parte de ellos y sucede tambien que esta inmensa mayoría le imita, como suelen hacerlo los criados remedando las frases y las maneras de sus dueños, y las jóvenes de genio veleidoso que llegan á asimilarse las expresiones particulares y los gestos

de las familias con quienes se visitan. Yo no sé si mis lectores conocen el famoso sermón del padre Newman sobre *la influencia personal considerada como un medio de propagar la verdad* : si no lo han leído, les recomiendo que lo lean. Allí encontrarán la opinión de un gran *director espiritual*, de un director que ha sabido llevar las almas allí donde ménos se esperaba, sobre la manera cómo debe conducirse para lograrlo. Sintetizando lo que dice, explicándolo breve y sencillamente, prescindiendo de las figuras de dición con que viste y adorna su pensamiento, viene á decir lo siguiente, á saber : que los hombres se dejan conducir por modelos, no por argumentos, y que son necesarias las imágenes, los ejemplos que corroboran lo que se sostiene, la victoria de nuestros principios demostrada por mil casos notables ; sin lo cual es inútil el sermón y la propaganda de la doctrina. No es mi deseo interrogar á la historia religiosa para poner en claro esta cuestión ; de esta manera me apartaría de mi objeto. Bástame, con repetir aquella frase que ya ha pasado al vulgo, la de que es la vida de los maestros la que hace los prosélitos, no su doctrina. Trasladándonos al terreno de la política, véase con qué prontitud un grande hombre de Estado puede influir en el cambio de las maneras de una sociedad. La gravedad es unestro distintivo y todos nosotros procuramos tener el aire serio de Mr. Gladstone, no sucedía otro tanto en la época de Lord Palmerston ; y

si todos conocemos, el cambio, aunque no todos acierten en el motivo, séanos dado indicarle, diciendo que cada espíritu predominante, toda figura que sobresale, despierta en el país un sentimiento generalizado entre los individuos del mismo; la mayor parte se desvían poco, y los que le alteran excesivamente, exageran la expresion; los que no ejercen ninguna influencia en él, serán incapaces de ella, ó porque se callan ó porque no son escuchados cuando hablan en contra.

Para comprender mejor este fenómeno, he debido buscar su explicación estudiando lo que pasa entre los párvulos. Esto parecerá pueril é inconveniente despues de tratar asuntos tan graves como los de la política y la religion; pero en el fondo no hay tal puerilidad; evitemos siempre el énfasis, que es el escollo de la filosofía, y entiéndase bien que las cosas pequeñas no son mas que una miniatura de las grandes. Dirán algunos que descendiendo al estudio de lo indefinidamente pequeño y tomando las reglas de los casos de la vida usual, con los cuales estamos más familiarizados, se rebaja la dignidad de la especulacion abstracta. Mientras tanto, es un hecho que un colegio cambia de la misma manera que cambian las naciones. Todos nosotros nos acordamos de haber hecho la siguiente reflexion: «¿Por qué el semestre pasado era tan diferente del actual? Hoy somos dóciles á no poder más; en otro tiempo nadie lo era; hoy juga-

mos á la pelota en el campo, mientras que en otra época permanecíamos encerrados ;» y así sucede siempre en el transcurso de esta existencia indiferente y efímera. Sucede á veces que dos ó tres niños tienen ascendiente sobre sus compañeros y andan divididos, pero cesa la division á la llegada de dos ó tres niños nuevamente entrados en el colegio, ó á la salida de los que dominaban. Pues así sucede en todas partes : cambian las copias cuando cambian los modelos, se eleva una cosa y se desdeña otra, segun los caracteres típicos que predominan ó los modelos que se toman. Ultimamente, se me ha citado un ejemplo curioso de esta tendencia. Un amigo mio, liberal conservador, habló en un *meeting* de obreros en Leeds y andaba satisfecho viendo que aplaudían y se entusiasmaban con sus ideas algun tanto atrevidas. «Pero entónces—decía mi amigo—se levantó un entusiasta liberal, y vociferó todo lo contrario de lo que yo había dicho, y los obreros le aplaudieron tambien con el mismo calor y entusiasmo,» y no acertaba á dar la explicacion de un cambio tan repentino. La mayoría de los oyentes había permanecido neutral, pero cuando empezó á aplaudir, estaba dispuesta á hacerlo á favor de todo lo que le pareciera bueno, sin tomar tiempo para reflexionar si era tal. Sólo cambiaron los iniciadores del movimiento ; la mayoría ejecutaba siempre lo mismo. El sastre radical hizo la señal, y se oyeron los bravos de los radicales ; el zapatero más moderado comenzó

á aplaudir y siguieron los aplausos de los moderados y la gran mayoría siguió al impulso de los iniciadores. Había pocos asistentes que permanecieran en silencio, y la gran masa del auditorio presentaba un contraste completo en ménos de diez minutos.

La verdad es que la tendencia del hombre á imitar lo que tiene delante, es una de las más fuertes tendencias de su naturaleza, y en prueba de ello véase el sentimiento que experimentamos cuando es desgraciada la imitacion. Una doctrina cínica pretende que la mayor parte de los hombres, más desearían ser acusados de perversos y malvados que de incapaces; lo cual quiere decir que la torpeza en imitar las costumbres y maneras predominantes, nos causa más vergüenza de lo que á primera vista parece, porque se considera que la insuficiencia no es, salvos algunos casos extraordinarios, una ofensa á la religion ni á la moral, sino una mala imitacion.

No se vaya á creer que esta imitacion sea siempre voluntaria y consciente. Su origen debe encontrarse en las facultades más ocultas y recónditas de nuestro espíritu; sus actos, léjos de producirse con reflexion, apenas son experimentados ni con el auxilio de la percepcion interna. Las tendencias imitativas de nuestra naturaleza moral tienen su asiento en esta parte del alma en que reside la credibilidad; de ahí que las causas que nos inclinan á creer alguna cosa ó nos impiden creer otra, es un misterio de los más indescifra-

bles. Pero en lo que no cabe duda es en la naturaleza imitativa de la credibilidad humana. En el *Eothen* hay excelentes páginas destinadas á mostrar de qué manera los europeos de todas clases que residen en Oriente, lo mismo el mercader ruso que el *jefe de mostrador*, con sus ojos vivos de negociante, cuán pronto llegan á creer en la hechicería y hasta á *decirnos en confianza que hay realmente algo de verdad en el fondo de todo aquello*. Porque si bien nada ha presenciado que pudiera llevar el convencimiento á su ánimo, en cambio ha visto á aquellos que han visto á aquellos otros que tambien han visto á aquellos que habían visto algo.

Débase á que vive en medio de una atmósfera de credibilidad contagiosa y cuyo ambiente respira. Pocos hombres existen (y son raras excepciones), que puedan resistir á la influencia de las preocupaciones imbuidas en su secta ó en el partido en que militan; se resisten durante algun tiempo; en los primeros dias se muestran resueltos, argumentan, discuten, pero de día en día el veneno hace sus progresos y la razon desmaya. Lo que se oye decir á los amigos continuamente, lo que se lee en los órganos del partido, produce su efecto eficaz, aunque paulatino, y la razon más fuerte y vigorosa llega un día que desmaya.

Las opiniones resueltas, extremas y evidentes que oimos defender continuamente, ejercen una accion más enérgica y más sutil sobre nuestro espíritu, por-

que se presentan con la pretension de sólidamente fundadas é incontrastables. Nuestros argumentos van perdiendo su fuerza de dia en dia, y son contrarestados por el espíritu general de la opinion que nos es contraria. Muy luego el hombre de mejor criterio, el más sabio, se encuentra afectado de la manía y del error del partido en que milita ó de la religion ó sectas cuyas creencias adopta.

En buena metafísica, y contra la opinion generalmente recibida, yo creo que se necesitan mejores razones y más firme voluntad para resistir á una doctrina ó desconfiar de una teoría que para creerla ó aceptarla desde luégo.

Si el hombre se ajustara realmente al modelo que le proponen los filósofos, diría naturalmente lo que sigue: «Cuando encuentre un argumento sólido entonces creeré.» Pero en realidad no sucede así, pues, toda idea que nos llame vivamente la atencion, parécenos verdadera desde luego, á ménos que no conservemos cuidadosamente un recuerdo de los argumentos que lo refutan, y haciendo á la vez un gran esfuerzo de voluntad para rechazar el error que se nos impone. Durante siglos enteros tuvo la categoría de máxima filosófica aquello de *todas las ideas claras son verdaderas*, y aunque este principio no tiene gran fundamento, no deja de estar muy conforme con la naturaleza humana, tal como de ordinario se presenta. El niño acepta resueltamente como verdades

todas las ideas que pasan por su cerebro; es muy difícil hacerle comprender que una idea puede ser interesante, clara, eficaz y al mismo tiempo falsa. La sola presencia de una idea la recomienda á nuestra credibilidad, á ménos que estemos ya prevenidos en contra ó que tengamos una prevencion extraordinaria no acostumbrada; es por esta razon que nuestra creencia aumenta la ajena, porque no hay ideas que se presenten con tanta evidencia como aquellas que se nos inculcan continuamente y que se nos han imbuido por todas partes.

La fraccion grave y formal del género humano está sujeta á esta credibilidad imitativa, lo mismo que la parte frívola. Los que se dedican al negocio de Bolsa suelen tener una excesiva credibilidad, y dan asenso á todo lo que se les dice, por instinto de imitacion, á pesar de la formalidad que les es característica. En un dia dado los encontramos con buen ánimo, capaces de emprenderlo todo, entusiastas, prontos á comprar y á dar órdenes; al cabo de una semana, presentanse abatidos, inquietos, ansiosos de vender; y si vamos á averiguar el por qué de este cambio, apenas lo encontraremos; y si damos con él, parecerá imposible que dado su escaso valor é insignificancia produzca tamaños resultados. El instinto de imitacion es la verdadera causa de tan pronta transicion del valor á la timidez y de tan brusco cambio en la opinion. Una buena nueva inspira confianza, y en

seguida los hombres de espíritu ardiente se lanzan á las empresas mercantiles más aventuradas ; síguenles los demas. Algunos dias despues, cuando ya se van cansando de hablar en un sentido favorable, llega una noticia que ya no parece de tan feliz augurio, y desde luego las personas de temperamento melancólico y triste empiezan á discurrir y á comentar la noticia en sentido adverso, y lo que dicen éstos lo repiten los demas. Cuando la opinion no está preparada, es inútil querer dirigir la opinion en un sentido ú otro, pues al que lo intenta se le declara un ente original, una cabeza sin seso. Ha dicho Swift muy oportunamente : «si quereis haceros una reputacion de sabio, sed siempre de la opinion que profesa la persona con quien hablais.»

Entre los hombres que pasan por razonables, se encuentra con frecuencia una intolerancia intelectual tranquila y obstinada ; una persona prudente duda ántes de decirles algo de nuevo, y se mirará muy mucho, porque sólo falta que enuncie su idea para que le traten de cabeza destornillada y en los momentos en que convenga tomar una resolucion, no tendrán en cuenta nada de cuanto dijo.

El contagio de la imitacion afecta á los hombres hasta en las creencias, que se apodera y posesiona de la parte, por decirlo así, material del espíritu, aquella en que el alma se confunde con el cuerpo, esta influencia se revela en las formas manifestativas. Todos nosotros

sabemos que existe una tendencia á la imitacion *de las maneras* cuya explicacion satisfactoria no acertamos. Una irresistible influencia nos obliga á imitar las costumbres de todos aquellos que nos rodean. Uno de los deseos más evidentes de la humana naturaleza, es el de adaptarse á las costumbres de Roma cualesquiera que ellas sean, y cualquiera que sea actualmente nuestra Roma ; pero lo que no es tan evidente, aunque no es ménos cierto, es que esta influencia ejercida por la imitacion es tan profunda como generalmente extendida.

El fondo del estilo, ha dicho Wordsworth, depende en gran parte de la forma. Si tratáis de imitar las ideas de Swift con el estilo de Addison, reconocereis que no solamente es difícil copiar el estilo de Addison en razon de su excelencia intrínseca, sino tambien segun os acerqueis más ó ménos á la manera de pensar de Swift. La forma elegante y noble del uno no cuadra á las ideas violentas y exageradas del otro ; de la misma manera que no cuadran á las ideas sencillas y á los pensamientos exactos de un inglés el estilo pomposo de un español. Insensiblemente y por una fuerza incógnita se apodera el estilo del hombre, y lo que en un principio era prestado, acaba por ser genuino, y se convierte en realidad lo que desde sus comienzos sólo fué apariencia.

Por esta razon los espíritus que sobresalen en una época ejercen una influencia incontrastable ; dan el

tono, son modelo que los demas imitan y fijan la moda que los demas siguen.

Hay quien sostiene la extraña opinion de que estudiando á la historia con el eficaz auxilio de las demas ciencias aparece ménos importante esta influencia ejercida por los caracteres individuales; pero andan tan desacertados en sostenerla, como los que dijieran que estudiando científicamente la naturaleza se ha de atenuar forzosamente la influencia del sol.

Científicamente hablando un grande hombre es una causa, un móvil de accion nuevo y poderoso, completamente nuevo en sus efectos y en sus resultados; esté ó no compuesto de otras causas poco importa para el caso presente, á propósito del cual no he de resucitar la antigua cuestion del libre arbitrio. Es un hecho que aparecen grandes modelos, tipos del bien y mal á quienes sigue la multitud para perfeccionarse ó para corromper sus costumbres.

Diráse que soy—y no lo niego—muy largo y fastidioso en este punto, pero es tal mi empeño en convencer á los demas de una cosa que me confirma más y más cada una de mis observaciones, que no cesaré en ello hasta haber agotado el asunto. La imitacion inconsciente, el favor que se dispensa á un carácter preferente, y por otra parte, la general repugnancia y hasta la persecucion á la cual se expone un carácter que choque con el espíritu de la época, es la accion paulatina que forma los hombres y constituye las so-

ciedades tal cual hoy se nos presentan. Más adelante demostraré cómo las causas generalmente recibidas por más decisivas é influyentes, tales como el cambio del clima, la alteracion de las instituciones políticas, el progreso de la ciencia, influyen incidentalmente por la interseccion de aquella causa principal, cambiando el objeto de la imitacion y de la aversion, y de esta manera producen sus efectos. Pero ya es hora de que hablemos del origen de las naciones y de su formacion, objeto particular de este capítulo.

Las naciones se constituyen con arreglo á un procedimiento del cual encontramos ejemplos palpables en los tiempos más remotos y en la época moderna. El más sencillo es el de la fundacion de los Estados de la América del Norte, la Nueva Inglaterra, cuyo carácter es muy dividido y profundamente marcado. Trátase de un gran número de personas en armonía por su manera de pensar, acordes en ideas religiosas, en principios políticos, etc., que forman una asociación, un pequeño Estado aparte; lo primero que hacen es exagerar su carácter primordial, enseñar su propia fe y establecer su gobierno favorito, rechazando las demas tendencias, persiguiendo las otras creencias y prohibiendo las instituciones que no estén en armonía con la forma de gobierno establecido. Necesariamente una nacion así formada tomará una direccion muy distinta. Los primeros fundadores son partidarios de un tipo á quien imitan cuidadosamente,

y aunque intervienen otras causas que dificultan notablemente la imitación, esto no obsta para contrabalancear el efecto inimitable de los principios de la *herencia*, por la que una gran parte de los rasgos distintivos y originales de aquellos primitivos fundadores han pasado á los modernos habitantes de la Nueva Inglaterra.

Este caso es harto conocido, no así con los demás puntos de América, donde se echa de ver el mismo procedimiento, aunque de una manera ménos evidente y más ignorada. La igualdad de sentimientos es hoy día en el extremo Oeste de los Estados-Unidos un móvil de selección y un medio de cohesión. Personas competentes y que han observado con atención la vida de aquellos pueblos nos dicen: que las ciudades se forman y engrandecen porque cada localidad tiene su religión peculiar, sus usos y costumbres especiales. Los que profesan una moral y una religión se establecen en una localidad y en ella viven; los que no tienen ni esta religión ni esta moral van á establecerse en otra parte. La colonización ya no se verifica como en otro tiempo *por enjambres* de hombres que tenían idéntica fe, pero de todos modos siempre existe la atracción que ejercen las creencias parecidas, aunque de una manera ménos visible y está muy lejos de extinguirse en aquellos países.

Cuando no es la igualdad de creencias lo que reúne á los emigrados en un punto, los nuevos estableci-

mientos que aparecen y las nuevas ciudades que se forman están llenas de gente turbulenta que hace apartar á la poblacion tranquila y amiga de las virtudes domésticas. Cuando se funda una colonia por emigrados voluntarios (y no aludimos aquí á los tiempos en que el terror arrojaba á los hombres de su patria) habrá un exceso de hombres activos y estarán en desproporcion los hombres inactivos, y esto es lo que nos explica la diferencia entre los ingleses de Inglaterra de los de Australia.

Muy diferentes son las causas que influyeron en la formacion del Estado de la Nueva Inglaterra, de aquellas que influyeron en general durante la infancia del género humano. La sociedad, en un principio, se forma involuntariamente, se desenvuelve á su pesar. El hombre, en los primitivos tiempos, se encuentra sometido á una especie de sujecion, y no puede librarse, aunque quiera, de un gobierno hereditario. La sociedad compónese en aquel entónces, más bien que de individuos de familias, y las creencias se adquieren por herencia. Lord Melbourne se expuso un dia á la crítica de los filósofos al decir que se adhería á la religion anglicana porque era la religion de sus padres. Los filósofos decían (y decían muy bien) que no era razon para creer una cosa el que nuestros padres la hubieran tambien creído, á ménos que no fuese verdadera y reconocidamente cierta. Pero Lord Melbourne no hacía más que sentar inoportunamente

una máxima y querer arraigar en los tiempos modernos lo que fué un principio incontestable y aceptado por los pueblos de la antigüedad. A los antiguos romanos les hubiera parecido imposible una excision de un gran número de sus individuos y el establecimiento á la otra parte de los mares por meros motivos religiosos. En otras edades, la religion de los salvajes no tenía la fuerza necesaria para producir un cisma ó para fundar una comunidad separada. Siempre que mencionemos grandes ideas ó intereses de un órden moral, debe entenderse con estricta referencia á aquellos pueblos que tienen historia, no de los hombres que vivieron en la edad de piedra, ni de los salvajes actuales; pero áun así, aunque tomando diversa forma, las mismas causas esenciales, es decir, la tendencia á imitar los caracteres sobresalientes y á eliminar los que no convenían á la situacion ó se mostraban antipáticos al espíritu de la época, eran el móvil poderoso desde los tiempos más antiguos, y continuaron obrando entre los hombres incultos que sobrevivieron y quedaron en estado salvaje. Por fuerte que sea la tendencia á la imitacion entre los hombres civilizados, debemos concebirla siempre como un móvil á cuya decadente influencia se han sustraído gran parte de los espíritus de aquellos hombres, como son decadentes las diversas facultades privativas del salvaje, tales como la vista penetrante, el oído infalible, el olfato maravilloso, el extraordinario desarrollo de

la percepción de los sentidos. En una palabra, la tendencia á la imitación era muy pronunciada en los tiempos antiguos, y continúa siéndolo en las regiones no civilizadas por completo.

Además, esta tendencia es causa de la pasmosa semejanza que todos los observadores señalan entre los individuos que componen las poblaciones salvajes. Visto un habitante de la *Tierra del Fuego*, vistos todos; y lo propio sucede con los tasmanianos. Los más adelantados entre los salvajes, como son los de la Nueva Zelanda, tienen ménos uniformidad, su estructura es más variada y compleja como la de los individuos de las naciones civilizadas, y se parecen más á éstos, tienen mayor capacidad intelectual, mayor cantidad aprovisionada de sensaciones, un mayor número de pensamientos adquiridos. Pero guardan aún muy mucho la monotonía característica de un estado primitivo. Una tribu de salvajes se parece á una manada de animales sociables; allí donde va el jefe, allí van todos; copian su carácter, remedan sus costumbres é insensiblemente se transforman y se acercan á él cada vez más. Ya no es sólo la tendencia á la imitación, sino la facultad de imitar, es más fuerte y más pronunciada entre los salvajes que entre los hombres civilizados. Los salvajes copian más de prisa y mejor. Así también los niños tienen una predisposición natural á la mímica, y la razón estriba en que no pueden sustraerse á esta tendencia de imitación; nada hay

en su espíritu que pueda contrabalancear su influencia, lo cual no acontece con un hombre que haya llegado al término de su educación, pues tiene en sí mismo una porción de ideas sobre las cuales puede reflejarse y que son un medio de resistencia contra los objetos exteriores que le disgustan, ó un medio de atenuar la fuerza de la impresión recibida; el tener un criterio formado, impide que otros criterios se nos sobrepongan; un organismo constituido puede luchar con ventaja contra otros organismos, y un salvaje ó un niño no tienen tal recurso; los hechos que tienen lugar delante de él, son su propia vida, él vive de lo que ve y de lo que oye, y aún no ha aprendido á diferenciar lo que es el mundo exterior, de lo que pertenece á su naturaleza constitutiva. En las naciones civilizadas la gente sin educación tiene todas las trazas, la mayor parte de los caracteres que distinguen á los individuos de las civilizaciones incipientes. Si enviáis una camarera y un filósofo á un país donde se hable una lengua ó un idioma diferente del que conocen, es muy probable que la camarera lo aprenda ántes que el filósofo, y como él puede vivir de sus propias ideas y ella ha de imitar hasta la pronunciación, porque si nó se encuentra perdida, de ahí que ella se desvive mientras no se encuentra en estado de poder terciar en las habladurías de la cocina, y el filósofo puede prescindir de todo ello. Los individuos que poseen el minimum de la facultad de abstracción

tienen el máximum de la tendencia á la imitacion. Los salvajes usan las armas de guerra imitando á los hombres civilizados; cito este caso porque es uno de los maravillosos ejemplos de la fuerza y poder de imitacion; los indios de la América del Norte, el australiano, tira mucho mejor que un blanco, de quien lo ha aprendido. Aquí la potencia del motivo le hace llegar á su máximum más bien que la facultad innata que puedan tener: un salvaje adquiere más pronto que cualquiera otro la facultad de imitar.

La tendencia á la repeticion, á la continuacion entre los salvajes—mejor diré entre los hombres ignorantes—es mucho más viva que su tendencia á la imitacion. Un bárbaro no puede contenerse viendo á uno de los miembros de la nacion desprenderse de las costumbres bárbaras y antiguos hábitos de tribu. En la mayor parte de los casos, la tribu entera se expondría al castigo de los dioses, si uno solo de los individuos que la componen renunciara á las antiguas costumbres ó las alterara introduciendo alguna novedad. En los tiempos modernos y en nuestros países regulados y reglamentados, cada persona es únicamente responsable de sus acciones; así lo creemos, y no podemos suponer otra cosa sin presumir siquiera que la falta de otro pueda hacernos culpables. Su culpabilidad es para nosotros una mancha personal que resulta de una conducta adoptada libremente, y que sólo se imprime sobre aquel que la ha seguido; pero en las épocas pri-

mitivas se creía á toda la tribu manchada de impiedad por la accion punible de uno solo de sus miembros, la cual la expone á los castigos celestes ofendiendo á la divinidad particular. En las ideas políticas de tales épocas, no hay *responsabilidad limitada*. La tribu primitiva es una asociacion religiosa que un miembro temerario puede conducir á una completa ruina por una imprevista temeridad.

Con la concepcion del Estado, tal como se tenía en los antiguos tiempos, la tolerancia es un crimen. Permitir una infraccion á las reglas tradicionales, sería simplemente una locura, sería permitir el sacrificio del mayor número, y consentir que un individuo allegara sobre los demas las más terribles é irremediables calamidades por un placer momentáneo ó por un estúpido capricho. La misma historia de Atenas sería para nosotros letra muerta, si no tuviéramos presente esta concepcion del antiguo mundo, aunque Atenas fué relativamente á las demas una ciudad racionalista y escéptica que dió paso á las nuevas ideas y estuvo libre de las antiguas preocupaciones. Cuando se mutilaron las estatuas de Hermes que decoraban sus calles, todos los atenienses se asustaron y exasperaron: llegaron á creer que quedarían sepultados entre las ruinas de la ciudad, por haber irritado á los dioses mutilando sus imágenes. En la antigüedad clásica, época en que realmente comienza la historia, todos los detalles de la vida aparecen revestidos de una san-

cion religiosa ; un ritual sagrado regulaba las acciones humanas, y cada una de sus prescripciones legislativas formaba parte de una antigua costumbre que se suponía emanada de una autoridad soberana, y que no se podría contravenir sin exponerse á ser castigado por un poder sobrehumano. Había en aquel entonces tal solidaridad entre los ciudadanos, que cada uno de ellos podía ser compelido á perseguir á otro por miedo de sufrir él mismo las consecuencias del ajeno delito.

Las dos tendencias de prosecucion y de imitacion del mundo primitivo debían entrar forzosamente en lucha ; la tendencia imitativa ha debido compeler á copiar todo lo que fuera nuevo, miéntras que la presion ejercida en nombre de los principios tradicionales ha debido dificultar notablemente esta imitacion : así parece desde luego, pero en la práctica ámbas tendencias obran en idéntico sentido. Hay un espíritu de imitacion que induce al hombre á copiar las cosas más comunes y usuales, y esta cosa es la costumbre antigua. La imitacion cuotidiana es una fuerza conservatriz, porque la mayor parte de los modelos son antiguos, y al mismo tiempo ha sido necesario para cada hombre y para cada nacion algo nuevo. Nosotros podemos desear, si nos parece bien, que mañana se parezca á hoy, pero la semejanza nunca será completa ; nuevas fuerzas obrarán sobre nosotros, un fenómeno meteorológico, un cam-

bio atmosférico distinguirá un día de otro día, y forzadamente nosotros deberemos cambiar en presencia de las nuevas circunstancias, pero el instinto de prosecucion y el de imitacion harán que la cosa nueva-mente producida siga á la moda antigua ; será precisamente un cambio el único fenómeno factible, pero contendrá la misma cantidad posible de variedad. A esto tiende la fuerza imitativa, porque los hombres imitan más fácilmente que todo lo demas aquello para lo cual su espíritu está convenientemente preparado, y suele estarlo para admitir aquellos estados que más se parecen á los antiguos, aquellas nuevas situaciones que contienen el mínimun inevitable de cambio, lo que ménos se aparte de la antigua ruta. Cuando se habla de la doctrina del desenvolvimiento no se quiere significar otra cosa sino que , en los cambios inevitables, los hombres prefieren la nueva doctrina que más se asemeja á un aditamento preservador hecho á sus antiguas doctrinas. Las tendencias á la imitacion y á la prosecucion hacen que todo cambio en las naciones primitivas tenga á la vez algo de seleccion y de conservacion y guarde la mejor parte posible del elemento antiguo, añadiendo algunos detalles nuevos. Esta costumbre constantemente observada de no aceptar más que las adiciones conformes á lo que existe, ó las alteraciones que guardan armonía con el antiguo régimen, rechazando lo que está en desacuerdo con los antiguos elementos, ha producido costumbres y ma-

neras extrañas que en todas las partes del mundo embarazan al hombre civilizado cuando por primera vez las encuentra. Sucede con ellas como con los antiguos peinados de los pueblos de la montaña acerca de los cuales no se le antoja preguntar al viajante si son buenas ó malas tales costumbres, sino que se asombra de que hayan podido imaginarse; parécenle monstruosidades que nunca pudieran ser aceptadas sino por un espíritu raro y extravagante; y en efecto, sólo un espíritu muy raro y muy extravagante pudiera haberlas acogido de momento; pero en realidad estas costumbres han necesitado siglos enteros para formarse de la misma manera que la ley romana ó la constitucion inglesa; jamás un solo individuo, una sola generacion las hubiera imaginado; sólo una serie de generaciones, cada una de las cuales estaba educada en las costumbres de la precedente, y con nuevas exigencias que pedían nuevas costumbres, pudieron producirlas. Los salvajes escogen, por decirlo así, sus costumbres favoritas y las conservan con tanto cuidado como sus animales predilectos; el carácter nacional se ha formado paulatinamente por la accion combinada de atracciones que obraron en un mismo sentido y por repulsiones producidas en una misma direccion.

Otra causa interviene en la constitucion de las nacionalidades. En las épocas primitivas de la civilizacion la mortalidad de los niños es muy considerable:

esto de por sí ya constituye una especie de seleccion: el niño más apto para ser un espartano tiene también más probabilidades para sobrevivir á una infancia espartana. Las costumbres de la tribu se aplican en todo su rigor al niño : si éste tiene vigor para aguantar los embates de aquella vida sobrevive, si no muere. La imitación que produce la homogeneidad de las primitivas naciones se prolonga durante la vida de los individuos, aunque encuentra en ellos formas de antemano adoptadas y modelos escogidos. Además, yo supongo que hay de parte de los padres una especie de seleccion que obra en el mismo sentido y tiende probablemente á conservar la vida de los mismos individuos. Los niños que más agradan á sus padres están mejor cuidados y se les trata con más cariño, y tienen por lo tanto más probabilidades de vida, y puede darse como regla que reciben todos los favores los hijos que más prometen; es decir, los que parecen deben hacer el mayor honor á la tribu dadas sus costumbres y sus inclinaciones. El niño á quien más se quiera será el mejor cuidado, y por lo tanto será el que tendrá todas las condiciones constitutivas del tipo que se deba imitar y el que transmitirá á sus descendientes estas condiciones tan apreciadas en la tribu.

A pesar de todo, creo que es muy aventurado atribuir la formación de una cosa tan marcada, tan fija, tan material, por decirlo así, como el carácter nacio-

nal á la concurrencia de causas tan efímeras como la imitacion de las costumbres y maneras escogidas y la exclusion de aquellas que no corresponden al espíritu exigido por una época. Pero un carácter nacional ¿es otra cosa que un conjunto de costumbres más ó ménos extendidas y generalizadas? La misma imitacion así como la tendencia á la continuacion y prosecucion de las costumbres habituales, dan resultados de importancia inapreciable que trascienden al orden físico cuando actúan como fuerzas constantes durante muchos años y con el transcurso de algunas generaciones.

Nosotros reconocemos desde luego que el espíritu del padre se encuentra de una manera ú otra en el cuerpo del hijo. Este *quid ignotum* que se transmite por herencia del padre al hijo, se encuentra influido más que por otra causa, por la costumbre; y nada más probable que la formacion de un tipo fijo con el transcurso del tiempo, el cual se perpetuará por medio de la accion de las causas indicadas, siempre y cuando obren sin obstáculo.

Ya lo he dicho otra vez y lo repito: no explico el origen de las razas; sólo me refiero al de las naciones ó, mejor diré, al de las tribus. Admito desde luego que ni la imitacion de las costumbres predominantes en un país, ni la interdicion de las costumbres desechadas, nos darán por sí solas una razon de los contrastes y variaciones que aparecen entre los diversos

hombres. Tales causas no bastan para formar un negro de un braman ni un piel-roja de un inglés, ni pueden quitarse las manchas de la piel de un leopardo, ni el color de un etiope; indudablemente han de existir otras causas que obraron con más fuerza sin las cuales no podríamos observar tan notables contrastes. Las causas secundarias pueden haber producido diversidades entre los griegos, pero no han podido producir la raza griega. No hay duda que esta influencia tiene un límite, pero no podemos señalarlo en este momento.

En los tiempos antiguos ya encontramos los caracteres diferenciales de las razas humanas tan marcados como hoy día, y así nos lo indican el testimonio de los más antiguos monumentos. Las más antiguas pinturas y esculturas ya presentan diferencias de tipos tan marcadamente distintas, como pueden presentarlas hoy las esculturas de nuestra época. Desde los tiempos históricos más remotos de que se tiene idea, no se han visto surgir entre los hombres diferencias tales como las que separan al negro del griego, al papú del piel-roja, al escandinavo del esquimal; desde luego encontramos ya diferencias esenciales, y las modificaciones secundarias, las alteraciones de detalle que la historia de lo pasado ofrece, son las mismas, sujetas á nuestra investigacion y son tambien las únicas que podemos observar en la época presente.

Las modificaciones capaces de transformar á un hombre de una raza señalada en individuo de otra de la misma especie, son muy difíciles de señalar á punto fijo; de manera que sólo explicamos este fenómeno prescindiendo del exámen de estas insensibles alteraciones, y por toda solución señalamos las dos causas alternativas siguientes con el carácter de hipótesis; la primera es la que supone que los individuos tipos de cada raza, fueron creados separadamente desde un principio con los caracteres distintivos y relevantes que les diferencian de los demas; es decir, que el negro fué creado negro y el griego con todas las cualidades características de la raza griega. Pero esta hipótesis de las creaciones especiales, que es muy cómoda, tantas veces se ha presentado en el campo científico ha sido rechazada por errónea, de manera que ya no inspirará nunca más confianza á los investigadores formales ni á los verdaderamente científicos. Debemos aceptarla provisionalmente, como la única hipótesis sostenible, pero la recibiremos con la misma desconfianza que nos inspiraría un ejército que siempre hubiera sido derrotado, que, por fuerte que nos pareciera, tendríamos la sospecha de que se dejaría derrotar como otras tantas veces. La segunda hipótesis no puede explanarse, pues carecemos de los datos suficientes para que descansen en base sólida. La fórmula más aceptable es la de Mr. Wallace, segun el cual, estos caracteres que constituyen las razas, son

los vestigios de otras épocas en que el hombre no era capaz, dada su inferioridad intelectual, de adaptar su vida y costumbres á las nuevas regiones en que pudiera establecerse; siendo, por lo tanto, tan excesiva la mortalidad en aquellas épocas, que no podemos formarnos una idea; de lo que resultó una conformacion adaptada al país y al clima, adquirida por casualidad como única defensa natural de algunos individuos, únicos que pudieron sobrevivir en aquel estado; cuya conformacion implicaba una aptitud á aprovecharse de las ventajas propias del nuevo clima ó medio en que vivían y protectora contra las enfermedades que importaba y á cuya accion sucumbían los individuos no privilegiados. Segun Mr. Wallace, los negros son el residuo de la única variedad de humanos con condiciones especiales para poder vivir en el interior del Africa, y que no se transformaron más que lo que era posible entónces. Los que penetraron en aquel interior, fuéronse extinguiendo poco á poco hasta que llegaron á producir un individuo negro ó de condiciones idénticas al negro: lo propio acontecía con los esquimales y con los americanos.

Toda costumbre preventiva imaginada en tales tiempos debía ser de mucho más efecto que en las épocas posteriores. Una tribu sociable cuyo jefe era apto para la lucha por la existencia en virtud de algunas particularidades de carácter que sus subordinados podían imitar y que realmente imitaban, debía

tener en esta lucha una ventaja enorme : tenía la seguridad de vencer y vivir, porque tenía á la vez la cohesion y demas cualidades de resistencia que aseguran el triunfo en la lucha, miéntras que las tribus que con ella luchaban, careciendo de estas cualidades, habían de sucumbir forzosamente. He de suponer ademas que en los primitivos tiempos, careciendo el organismo físico de sus habitantes, de los vestigios, de las huellas que tenemos nosotros impresas en él y hemos heredado de innumerables generaciones, toda costumbre nueva debía imprimir más fácilmente su huella sobre el elemento hereditario y transmitirse con mayor facilidad y con más vigor. En tales épocas el hombre tenía una constitucion más flexible y más muelle ; los caracteres de raza debían grabarse más fácilmente y con mayor intensidad de manera que pudieran encontrarse ostensiblemente por largo tiempo.

Pero no tengo la pretension de tratar tales materias ; este capítulo, como lo he dicho repetidas veces, trata de la formacion de las naciones y no de las razas. Encontramos innumerables variedades en la especie humana, y nuestra mision se reduce á mostrar cómo los contrastes ménos decisivos probablemente son y se encuentran producidos naturalmente en cada una de dichas variedades. Dado un cierto número de grandes poblaciones homogéneas, unas de raza negra, otras mongólicas, otras arianas, cúmplenos solamente demostrar cómo podían formarse y realmente se forma-

ron pequeños grupos en el seno de estas masas, unos para perpetuarse, otros para extinguirse. Estos pequeños núcleos que se agitan en la corriente general de cada una de las grandes razas que la hacen cambiar de aspecto y que durarán hasta que una nueva fuerza cambie la tendencia. Estas variedades secundarias se combinarán hasta el infinito no sólo con las de la misma raza, sino también con las variedades de otra raza. Desde que la humanidad ha empezado á ser, han seguido mezcladas y confundidas las diversas corrientes entre sí, se ha combinado el agua de las corrientes con la estancada, los remolinos han arrastrado la masa líquida y le han dado diversa forma y nuevo aspecto, que sintiendo siempre la influencia del pasado, jamás llegó á parecersele. Las antiguas fuerzas de composición y descomposición volvieron á ejercer su acción continuada é incesante sobre la masa formada por las nuevas combinaciones, dando ocasión á que se formara un mundo nuevo en su superficie. Cuando Herodoto lanzó por primera vez su mirada sobre ella para describir todos los elementos de la masa, estaban perfectamente combinados, y por esta razón, según parece, que han presentado tan diversos motivos en el período de su formación y desenvolvimiento.

He dicho y he formulado con insistencia la importancia radical y privativa de la tendencia á la imitación y á la eliminación, considerándolas como únicas fuerzas que han contribuido á la formación de los caracte-



teres nacionales ; se seguirá de ello que el efecto de los agentes ordinarios que obran sobre estos caracteres, será más fácil de comprender que á primera vista parece. Nosotros vemos, por ejemplo, que un cambio de gobierno, como un cambio en el clima, obran de una misma manera sobre la gran masa de poblacion de un pueblo dado y nos hallamos con mucha dificultad para explicarnos cómo obran estos cambios ; al ménos por mi parte la tengo ; pero he observado que estos cambios no obran de igual manera sobre todos los individuos que componen la nacion. Hay un gran número de individuos sobre los cuales al ménos durante algun tiempo, no alcanza esta influencia ; pero en cambio ponen en combinacion otras facultades, ó mejor, nuevas cualidades y muestran los efectos que ellas producen. Es esto lo que sucede cuando acontece un cambio de clima y se pasa de uno enervante á otro que fortifica y vigoriza : todos experimentan la sensacion del cambio brusco ; pero los individuos de temperamento más activo los experimentan de una manera más enérgica. Con el trabajo pueden soportarlo y salen bien librados del cambio, y esto hace que los demas les imiten. Sucede todo lo contrario cuando se pasa de un país que excita al trabajo á otro que predispone á la indolencia.

Los individuos de naturaleza indolente se encuentran tan felices en su estado de abandono que muy luégo los caracteres activos se sienten inclinados á de-

jar el trabajo. Todo cambio considerable produce sobre una nacion un resultado de acumulacion y de multiplicacion. Este cambio obra con su máximum de fuerza sobre aquellos individuos que por su organizacion están preparados á recibirlo, y cuando experimentan resultados favorables, entónces se copian las costumbres que han producido tales resultados. Si no me engaño, débese á este procedimiento simple, bien que algo indirecto, la realizacion del progreso en unas ocasiones y del retroceso y de la decadencia en otras.

II.

Por regla general son inciertas todas las teorías emitidas por los científicos sobre el hombre primitivo. Si se admite como verdadera la teoría de la evolucion, es menester reconocer que el hombre y el resto de los primates han tenido un origen comun; descienden de un mismo antepasado, pero en este caso nos encontramos sin saber á cuál antepasado comun se parece. Para tener una clara idea de este origen hemos de esperar el transcurso de muchos años, y despues de haber acumulado laboriosamente muchos materiales, tendremos derecho á exigir algo, y no ahora, en que apenas tenemos los datos más elementales. Pero algo ha hecho ya la ciencia, que si no puede decirnos desde luégo gran cosa de nuestro primer antepasado, puede darnos á lo ménos algunos indicios sobre un

ascendiente muy antiguo. Aun admitiendo la teoría de la evolucion, no podemos formarnos una idea de lo que era el primer hombre, pero sí podemos tenerla del hombre que ha precedido á la era histórica, y que sólo se encuentra separado de la época histórica por un período muy corto, y podemos llamar muy corto hasta un período de diez ó doce mil años. Grandes son los resultados que han obtenido los investigadores sagacísimos, tales como sir John Lubbock y Mr. Tylor, reuniendo datos y explicándonos gran número de fenómenos de importancia reconocida. Una de las conclusiones que debemos á los trabajos de estos científicos es que los hombres prehistóricos de los últimos tiempos (y aquí hago la síntesis de aquellos trabajos y formulo la conclusion por cuenta propia), estos hombres de los cuales tenemos tantos restos, y á los cuales debemos las costumbres más antiguas y extremas de los tiempos históricos—costumbres fósiles, como podríamos denominarlas, porque con mucha frecuencia se encuentran en la civilizacion que las comprende, sin tener con ella otra semejanza que la de los fósiles con las capas en que se encuentran;—los hombres prehistóricos, pues, eran «salvajes que carecían de las costumbres fijas de los salvajes.» Tenían como ellos grandes pasiones y una inteligencia débil; preferían como ellos los pasajeros transportes de un placer débil á los goces tranquilos y duraderos, y eran como ellos incapaces de sacrificar

el presente al porvenir; tenían un sentido moral muy rudimentario é imperfecto, por no decir más, acerca de su semejanza y casi identidad de naturaleza. Diferenciábanse, empero, de los actuales salvajes en que carecían de costumbres complicadas, de hábitos difíciles, y desconocían completamente estas reglas extrañas, y en apariencia inexplicables, que regulan la vida humana. Los motivos en que fundamos estas aseveraciones acerca de una raza cuya extrema antigüedad no le permitía dejarnos una historia, pero no demasiado antigua, para dejarnos algun recuerdo, pueden resumirse de la manera siguiente :

Desde luégo que no podemos imaginar una razon vigorosa ni una inteligencia ya formada sin ciertos conocimientos adquiridos, de lo que se desprende que los hombres prehistóricos carecían de ella.

Es de todo punto inconcebible que razas enteras que supieran contar—porque ellas aprenden muy pronto á contar—hubieran perdido esta facultad despues que la habían poseido. Es increíble que razas enteras hayan perdido los rudimentos del sentido comun, el conocimiento elemental de las cosas materiales y espirituales, la filosofía á lo Benjamin Franklin, despues de haberlos conocido. La facultad de razonar no puede ejercerse entre los hombres sin ciertos antecedentes prévios. Tal como ha dicho Lord Bacon, *el espíritu del hombre debe trabajar sobre una materia dada*, y en ausencia de sentido comun, que nos da

estos *elementos racionales* de que disponemos, los hombres primitivos no tenían materia sobre la cual pudieran trabajar, y aún cuando sus pasiones no hubieran sido absolutamente más violentas que las nuestras, eran relativamente más fuertes, porque su razón era más débil. Además, es evidente que si hubiera habido razas compuestas de hombres capaces de sacrificar el presente al porvenir—si es que podemos suponer semejantes razas sin una razón suficientemente preparada de antemano,—indudablemente hubieran tenido en la lucha de las naciones una ventaja tan enorme, que las demás no hubieran podido sobrevivirla. Una sola tribu australiana verdaderamente capaz de realizar este sacrificio, hubiera dominado toda la Australia tan fácilmente como la han conquistado los ingleses en nuestros días : supongamos una raza de escoceses de espíritu circunspecto y calculista; supongámosles tan ignorantes como los australianos; indudablemente hubieran sometido la región comprendida entre el Estrecho de Torres hasta el de Bass, por más desesperada que fuera la resistencia de los australianos, se hubieran apoderado ellos solos de todo el territorio. Además tenemos derecho á suponer que las varias razas habitantes de aquel mundo en aquella época no hubieran perdido, una vez obtenida, la más útil de las facultades intelectuales, la que mejor debía asegurar su victoria en las luchas incessantes que los hombres han sostenido siempre entre

sí y contra los elementos y los varios séres de la naturaleza desde que existen; ni podemos suponer hubiesen abandonado las costumbres que en los tiempos históricos tienen la preeminencia sobre todas las demás y aseguran la victoria en las luchas. En tercer lugar, podemos estar seguros de que la moralidad del hombre prehistórico era tan imperfecta y tan rudimentaria como su razón. Podemos aplicar á la moral, esta elevada facultad que nos permite ser dueños de nuestras acciones, cuanto decíamos de la aptitud al sacrificio del presente por el porvenir por razones importantes. Ambas facultades, y sobre todo la de obedecer á una moral elevada, van unidas estrechamente á concepciones intelectuales muy complejas, cuya existencia no podemos suponer entre aquellos hombres que no sabían contar más allá de cinco, cuyas formas de expresión y cuyos medios de lenguaje eran simples y groseros; que no sabían leer ni escribir, y que usando de una frase tan enérgica como precisa, carecían de *vasijas* y *marmitas*; que sabían hacer fuego, pero no sabían nada más, y cuyo imperio sobre la naturaleza no pasaba de aquí.

Una moralidad sólida traducida en los hechos de la vida práctica, así como la facultad de la previsión, son dones demasiado útiles de la humana vida para que los perdieran los hombres, una vez obtenidos, porque innumerables salvajes también hubieran perdido completamente las reglas morales, que en alto

grado contribuyen al bienestar de algunas tribus. Existen, en efecto, gran número de ellos que no guardan respeto alguno á la vida humana, apénas conocen los sentimientos de familia, que se dan prisa en matar á los individuos—van comprendidos bajo esta denominacion sus propios padres—cuando envejecen y son una carga para ellos : salvajes hay que apénas tienen el sentimiento de la verdad, y que siguiendo probablemente una tradicion terrible, disimulan sin cesar, y tienen mayor tendencia, segun nos dice un observador, á emplear la mentira que á evitarla : hay otros en que las ideas del matrimonio son tan vagas y tan débiles, que se ha debido inventar la expresion de *matrimonio en comun* para dar á comprender su union ó matrimonio, en que todas las mujeres de la tribu son comunes á todos los hombres de la misma tribu, pero á ellos solamente. Hoy dia, si consideramos de qué manera las sociedades humanas se han estrechado, por decirlo así, se han fortificado con el amor de la verdad, con las afecciones de familia y la solidez de los vínculos del matrimonio ; si reconocemos que tales sentimientos asegurarían una victoria pronta, cierta y completa á la tribu que las poseyera sobre las tribus desprovistas de ellos, empezariamos á convencernos de cuán inverosímil es que las innumerables tribus esparcidas por el mundo hubieran perdido todos los instrumentos de conquista, los más poderosos á lo ménos, para no mentar los demas. En

fin, si es fundado lo que decimos, lo es ante todo por lo que respecta al sentido moral, que sin duda hubiera asegurado la supremacía al hombre prehistórico: este es el resultado; esta es la conclusion que nos ofrecen las últimas investigaciones, y á que conducen todos los argumentos y razones aducidos para resolver esta cuestion.

Por otra parte, no nos apoyamos solamente en las recientes investigaciones; hace muchos años que Mr. Jowett ya ha dicho que las religiones clásicas llevaban trazas de épocas anteriores á la moralidad y que en ellas se descubrían las huellas de dichas épocas; y atiéndase que ésta no es más que una de tantas innumerables circunstancias en que se ha fijado este gran pensador, lo que hace suponer que había profundizado (á juzgar por algunas frases que se le escapan) muchos años ántes de su planteamiento cuestiones de importancia transcendental algun dia, y que había previsto de una manera más ó ménos clara la solucion dada en virtud de las varias cuestiones habidas mucho ántes que el resultado se hubiera hecho público. Basta examinar el *Homero* de Mr. Gladstone para comprender la violenta repulsion que hubieran inspirado los dioses y diosas de Homero en una época verdaderamente moral, y cuán imposible es de imaginar que una época verdaderamente moral los haya inventado para prosternarse en seguida delante de ellos, como tambien es evidente

que eran antigüedades como las formalidades del procedimiento judicial inglés ó como los cuchillos de piedra para el sacrificio, pues no se hubiera empleado jamás tal aparato en las ceremonias si no se hubiese recibido por herencia de una época muy antigua donde nada mejor se conocía.

Puede sostenerse esta opinion por lo que respecta á nuestros antepasados sin temor de oponerse ni chocar con las teorías morales de nuestra época. La teoría de la moralidad por intuicion que parece oponerse desde luego á ésta, ha tomado en estos últimos tiempos un nuevo desenvolvimiento. Aún hoy nadie sostiene la teoría de que los hombres tengan igual suma de conciencia, y en verdad que tal proposicion sólo son capaces de sostenerla espíritus superficiales que no comprenden los hechos más evidentes de la humana naturaleza. Si en alguna cosa difieren los hombres es en la fuerza y delicadeza de sus facultades morales instintivas, y esto aparece de cualquier manera que se explique el origen de estos sentimientos, lo cual es cuestion completamente independiente : para cerciorarse de esta verdad no hay necesidad de hacer un viaje ni de permanecer entre los salvajes, basta solamente el trato con los ingleses de la ínfima clase ó con nuestros propios criados. Las clases inferiores en los países civilizados y la generalidad en los países en que no lo son, están evidentemente desprovistos de esta parte la más delicada de

los sentimientos morales, en una palabra, del sentido moral.

Esto no puede ménos de reconocerlo hasta un partidario de la intuición, el cual se limitará á añadir que si la suma de sentido moral puede diferir y difiere en realidad segun las personas, al ménos la parte que cada una de ellas posee, es de la misma naturaleza, es esencialmente igual.

Aquél, compara esta intuición á la idea de número tan incompleta entre algunos salvajes, que no pueden contar hasta tres. Hasta llegar á contar la cifra tres la capacidad es la misma entre aquellos que entre los pueblos civilizados. Seguramente si existe algo intuitivo son las primeras verdades relativas á los números, su evidencia, su necesidad es indiscutible y sería una necedad querer probar que las proposiciones morales son tan ciertas y tan evidentes como esta verdad : cinco y cinco hacen diez. Las verdades aritméticas sean ó no intuitivas no pueden adquirirse independientemente de la experiencia y de la observación; tampoco pueden serlo las de la moral, las cuales han sido reveladas con el transcurso de la vida por la experiencia, bien que siempre al tratar estas cuestiones aparece aquella tan difícil de resolver, á saber si estas ideas tienen algo de genuino y propio que sólo se encuentra en ellas, y no aparece en los demas actos de la vida y que este algo superior puede adquirirse independientemente de la experiencia en vir-

tud de una fuerza innata del espíritu. Por consiguiente ningún partidario de la intuición moral ya no vacila al decir que sus antepasados prehistóricos tenían una conciencia imperfecta, rudimentaria, difícil de precisar, no puede ménos de admitirlo si quiere ajustar sus teorías á los hechos que la ciencia moderna nos presenta como evidentes, lo cual por otra parte puede muy bien ser ya que esta teoría no está reñida con las conclusiones de la ciencia moderna; pues si un partidario de la intuición puede aceptar estas conclusiones relativamente al hombre prehistórico, seguramente que también las aceptará Mr. Spencer que hace derivar toda la moralidad de la utilidad, cuyo conocimiento adquirido por la experiencia se transmite hereditariamente, lo será también por Mr. Darwin que lo atribuye á una simpatía hereditaria ó por Mr. Mill que con la osadía que le caracteriza trata de edificar toda la naturaleza moral del hombre sin recurrir á la conciencia intuitiva ni al instinto fisiológico.

En cuanto á las eternas cuestiones del libre albedrío, de la naturaleza de la conciencia, etc., tal como queda indicada más arriba, son ajenas completamente á mi cometido. Se han discutido estos temas desde los orígenes de la historia de las discusiones; las opiniones de los hombres andan aún muy divididas acerca de este particular; hay una porción de gente que encuentra muchas dificultades en todas las

teorías propuestas y van preguntando siempre el resultado de las discusiones é inquiriendo la última solución del problema. Está en el interés de la ciencia circunscribir tanto como se pueda el terreno de la discusión y determinar á punto fijo el punto que se discute y ver de qué manera los hechos establecidos pueden conciliarse con las fórmulas de cada teoría. Pero sí tenemos razones suficientes para suponer que el hombre prehistórico, á lo ménos el de que yo hablo, es decir, el hombre que vivía algunos miles de años ántes de la época histórica, aunque no el hombre primitivo, el hombre prehistórico era idéntico en sus caracteres esenciales al salvaje moderno ; también las tenemos, y muy fundadas, para suponer que bajo ciertos puntos de vista especiales, era bien diferente del salvaje de nuestros tiempos. Falta mucho para que el salvaje sea este sér simple que los filósofos del siglo XVIII se figuraban ; por el contrario, su vida está llena de costumbres raras, su razón está oscurecida por mil preocupaciones extrañas, su corazón se halla en continuo sobresalto por mil crueles supersticiones que le asaltan. El espíritu de un salvaje moderno se halla, por decirlo así, completamente dominado por monstruosos fantasmas sin dejar un punto libre de su espíritu que se sustraiga á su influencia ; pero si esto sucede con referencia al salvaje, no hay la misma razón en suponer que el espíritu de los hombres prehistóricos se encontrara de

igual manera preso de los fantasmas y de las más extrañas supersticiones; hemos de suponer por el contrario que la creacion de este estado moral, de estas supersticiones y de estos delirios debe haber necesitado indudablemente el transcurso de muchos siglos. Puede asegurarse que si el hombre prehistórico se parecía al salvaje moderno por su naturaleza, difería solamente por la manera como se adquiría esta constitucion natural.

Puede objetarse que si el hombre proviene de alguna especie animal inferior transformada—y así lo sienta la doctrina de la evolucion que sin poderse probar de una manera irrefutable tiene en su favor grandes probabilidades y descansa en numerosas analogías científicas—ha debido poseer necesariamente desde un principio instintos animales, que debieron perderse gradualmente, y le sirvieron de ayuda y proteccion en su primitivo estado, y que los hombres prehistóricos, por consiguiente, debían tener condiciones y recursos de que carecen los salvajes modernos.

Probablemente esto puede aplicarse á los primeros humanos, á los primeros séres que hayan merecido tal nombre; sin duda hubieron de tener si no completos, al ménos restos de instintos que les favorecieron en la lucha por la existencia y que fueron desapareciendo á medida que la razon tomaba incremento. Es un fenómeno digno de observacion el de que los instintos especiales desaparecen á medida que se

desarrolla la inteligencia, y se aplica más eficazmente á un objeto cuyo conocimiento en un principio era instintivo. Estos niños que tienen una facultad matemática muy desarrollada; estos prodigios que por una extraña aptitud innata juegan con las sumas más espantosas, pierden siempre algo de esta facultad, y á veces enteramente cuando aprenden á contar siguiendo las reglas por que se rigen los demas hombres.

He oido decir algunas veces que un hombre á fuerza de razonar sobre el instinto de la honestidad ha llegado á perderlo totalmente, y es muy posible que haya pasado lo mismo con otros instintos que poseyera el hombre de estas épocas. De todas maneras, queda en pié mi argumento. Yo afirmo solamente que estos instintos si han existido alguna vez, han debido borrarse, y que hubo un período (probablemente inmenso si lo comparamos á los de que nos habla la historia humana), en que los hombres prehistóricos vivían á poca diferencia como los salvajes de hoy, esto es, con pocos medios y con escasísimos recursos.

Las pruebas de nuestros asertos las encontraremos sin duda en las grandes obras de Sir John Lubbock y de Mr. Tylor, de las que he hablado ya. En primer lugar, es innegable que los primeros hombres prehistóricos tenían instrumentos de piedra apenas empleados por los salvajes ménos adelantados; y estudiando el uso de estos instrumentos y la apropiacion á las costumbres primitivas, encontramos un progreso regular

correspondiente al que nosotros observamos, comparando la transición gradual de los salvajes más groseros á los más elevados. Nosotros no podemos suponer que una raza provista de instintos capaces de defender su existencia y satisfacer sus deseos, hubiera encontrado necesarios estos primitivos utensilios, pues estos sólo pueden ser indispensables á aquellos casi completamente desprovistos de instintos, y en efecto, sólo los salvajes los empleaban, y los salvajes son los seres más miserables entre los miserables, y hubiera sido muy extraño que estos mismos utensilios, exactamente los mismos, hubiesen sido empleados por seres cuyos instintos desarrollados les hubieran dado una superioridad bien definida; un individuo de esta especie, ó hubiera prescindido de estos objetos, ó en caso de que se viera obligado á usarlos hubiera escogido otros mejores.

En segundo lugar, considerando el asunto bajo el aspecto moral, nosotros sabemos que la época prehistórica era desde luego una época de licenciosas costumbres, y la prueba está en que sólo se conocía el parentesco por las mujeres, como sucede aún entre los salvajes más atrasados. «La maternidad—se ha dicho—es un hecho incontestable; la paternidad puede ser dudosa.» Si estas expresiones son muy poco delicadas, en cambio indican perfectamente el parentesco de las sociedades humanas inferiores. En todas las sociedades en que había esclavos en Roma en otro tiempo,

ayer en la Virginia, esta máxima tenía fuerza de ley; el niño seguía la condicion de la madre, fuera cual fuere esta condicion; nadie se informaba del padre, y la ley admitía positivamente que éste no podía ser conocido con certeza. En verdad que no existe monumento alguno sobre el cual pueda fundarse esta asercion, ni ninguna otra á propósito de la moralidad del hombre prehistórico, y la moralidad no puede determinarse sino con el eficaz auxilio de monumentos que tengan valor histórico; pues uno de los principios de la ciencia prehistórica nos obliga á formular este juicio sobre la moralidad de aquellas razas, desde el momento en que se admitan éstos axiomas. Es muy natural que la ausencia muy comun de una cualidad característica, que es un apoyo firme en los conflictos de raza á raza, venga á indicarnos que la raza primitiva no poseía esta cualidad. Si, por ejemplo, encontráramos hombres provistos de un solo brazo en algunos puntos de los continentes, ademas se encontrarán en otros hombres de todos los grados intermedios, algunos con solo el gérmen del segundo miembro, otros con el segundo brazo medianamente desarrollado, y otros, en fin, teniéndolo casi completo, haríamos el siguiente razonamiento. «La raza primitiva no puede haber tenido dos brazos, porque los hombres han tenido luchas entre sí, y como es una gran ventaja para combatir tener dos brazos, los hombres que sólo tenían uno hubieran sido inmediatamente extermina-

dos, y no hubiéramos encontrado restos de los individuos de su especie. La ausencia general y completa de una fuerza útil, de una facultad necesaria para la guerra, es la mejor prueba que los hombres prehistóricos no la poseían.» Admitido este axioma, podemos aplicarlo también, y de una manera palpable y evidente al matrimonio de las razas primitivas. Una familia constituida con estrechos vínculos, es el mejor germen de una nación belicosa. En una familia romana, los niños desde su nacimiento estaban educados bajo un despotismo doméstico que les preparaba maravillosamente á someterse más tarde á una disciplina militar, á una instrucción militar, ó mejor dicho, á un despotismo militar. Estaban prontos á obedecer á sus generales, porque estaban acostumbrados á hacer otro tanto con sus padres, y si triunfaban de todo el mundo en su edad viril, era porque desde su infancia estaban educados en sus casas para ello en el seno de la familia, donde la tradición ó la pasión del valor estaban fortificados por la costumbre de un orden inflexible.

Nada de esto podía tener lugar en estas agrupaciones, donde vínculos muy poco estrechos reunían á los individuos de una familia, si es que merecen este nombre aquellas agrupaciones; nada de esto podía suceder allí donde la autoridad del padre era nula, y muchas veces su personalidad incierta; allí donde la filiación no se determinaba por la paternidad, y allí donde la propiedad no viene del padre, pues que esta propiedad

pasa sólo á los que ciertamente están unidos por los vínculos de la sangre, es decir, á los hijos de su hermana. Una nacion sin relaciones estrechas entre sus diversas agrupaciones ó entre sus individuos, que no reconoce la paternidad como un vínculo de parentesco legal, será inmediatamente vencida como una agrupacion incoherente, como se ponga en pugna con otra nacion cuya organizacion descansa en el principio de la patria potestad. Así, pues, si todos los hombres primitivos tuvieran el principio de una moralidad severa en la organizacion de sus familias, no hubieran permitido que se formaran y constituyeran otras naciones que no lo fueran tanto, como los romanos no las hubieran permitido formarse en Italia ; pues hubieran vencido, muerto, completamente destruido á sus individuos ántes de que se hubiesen reunido, y que hubiesen pasado á formar una nacion ; y sin embargo, y á pesar de todo, es un hecho que existen en todo el mundo naciones cuya moralidad no es completa, sino muy mediana.

Se dirá que este argumento prueba demasiado, porque prueba no solamente que los hombres que existieron un poco ántes del período histórico no tenían instintos de familia bien pronunciados, sino que tambien carecen de ellos los hombres de toda sociedad incipiente, de toda civilizacion embrionaria. Miétras tanto podemos afirmar que si se parecían no diré ya á los animales más parecidos al hombre sino á la ma-

yoría de los animales, debían tener necesariamente sus instintos. A propósito de esto contaremos lo que se dice de un jefe africano que expresaba su disgusto á la sola idea de permanecer unido con una sola mujer, diciendo que esto sería hacer como los monos. Los antepasados del hombre (si es que han existido) tuvieron probablemente un instinto de constancia que el jefe africano y los de su clase hubieran perdido muy presto. Y ahora se nos antoja preguntar: ¿Cómo han podido perder este instinto si tiene efectos tan benéficos y saludables? La contestacion es muy fácil: podían perderle desde el momento en que era entre ellos una tendencia, una costumbre, en la que no tenía ninguna participacion la razon, en lugar de ser un sentimiento moral y racional; pero luego, cuando se obró conforme la razon dictaba, se debilitó esta costumbre como todas las costumbres irracionales, porque la razon es una fuerza tan eficaz, tan considerable, un medio de alcanzar una victoria, un arma tan poderosísima que importa poco se debiliten y extingan los instintos más preciosos á medida que ella aumenta, con tal que su acrecentamiento y su predominio sea seguro. En los dos casos que hemos supuesto el más fuerte de los competidores es el que vence: en el primero una raza provista de inteligencia y de una razon poderosa, pero desprovista de ciegos instintos, vence á una raza que posee estos instintos careciendo de esta razon; en el segundo una raza provista de

sentimientos morales elevados vence á una raza que tiene la razon , pero carece de estos sentimientos. Estos hechos están visiblemente de acuerdo.

Hay, pues, motivos suficientes para suponer que el hombre prehistórico carecía de aquella moralidad que regula las relaciones de los sexos, á lo ménos así lo entendemos dado el sentido que hoy dia se da á la palabra moralidad.

En cuanto á la cuestion de saber si primitivamente existía ó no el matrimonio, es un detalle que evidentemente deja ancho campo á la discusion y á la controversia. Mr. Mac Lennan y Sir John Lubbock son ambos demasiado lógicos é investigadores demasiado atendibles para que se acepten íntegramente sus conclusiones tan complexas y tan delicadas como las que sientan ; es preciso ántes hacer observar que acerca algunos puntos concretos sus juicios no están de acuerdo. Pero dado que el resultado esencial no depende de algunos argumentos sutiles podemos suponer que en los tiempos prehistóricos los hombres se peleaban para conquistar las mujeres y para guardarlas ; que el más fuerte quitaba al más débil la mejor mujer ; que si esta mujer resistía y no estaba satisfecha del nuevo cambio el marido la golpeaba ; que una mujer bella estaba segura de experimentar un gran número de cambios de esta especie, y, por lo tanto, de llevar en la espalda las huellas de una porcion de correcciones violentas ; y que acerca de este punto im-

portante de la moralidad humana—que es la más fácil de observar y determinar, y que por consiguiente nos permite juzgar mejor de las demas—la conducta de los hombres prehistóricos era más bien desprovista de moral que contraria á ella. Ellos no violaban las reglas de la conciencia, sino que su sentido moral estaba poco desarrollado y es por esta razón que sus actos no se ajustaban á aquellas reglas.

El mismo argumento puede aplicarse á la religion. Ciertamente hay muchos puntos sobradamente oscuros en las religiones de los actuales salvajes como en los raros vestigios de la religion de los hombres prehistóricos. Sólo hay un punto claro y bien definido en estos tiempos, cuya historia todo es vaguedad y confusion. Las religiones de los salvajes están llenas de supersticiones fundadas en la idea de la buena ó mala suerte, en los presentimientos buenos ó malos. Los salvajes creen que los accidentes fortuitos son el anuncio de próximos sucesos; que ciertos árboles implican dicha, mientras que ciertos animales, ciertos parajes y ciertas acciones son indiferentes (en apariencia y en realidad). Creen tambien que hay algunas que implican desgracia, pues un salvaje es incapaz de establecer una diferencia entre un signo de buen ó mal augurio y de diferenciar cuál es la divinidad que produce el bien y cuál es la que produce el mal; para el espíritu del salvaje son lo mismo á poca diferencia el fenómeno que preside ó anuncia el hecho que el sér y

la causa que lo producen ; para distinguir bien uno de otro es preciso una cabeza mucho mejor organizada que la suya. Esta creencia es natural en ellos que juegan el juego de la vida sin conocer las reglas. No tienen idea alguna de las leyes de la naturaleza ; si se le hace cuidar de un enfermo no tienen idea alguna de los remedios verdaderamente científicos. Si ensayan algo lo ensayan al acaso sin darse cuenta de lo que hacen. De esta manera fortuita y empírica se han descubierto los mejores remedios modernos. Nada más difícil de probar, á lo ménos más inexplicable para un hombre prehistórico que la curacion de los dolores reumáticos por medio de las aguas termales ó la cicatrizacion de las heridas acelerada por las aguas minerales. Y sin embargo, este conocimiento fortuito de los efectos maravillosos de ciertas fuentes privilegiadas es probablemente tan antiguo como pueda serlo todo conocimiento cierto relativo á la medicina. Una pura casualidad hizo que se ensayara por vez primera el agua de estas fuentes, descubriendo luégo su efecto sanitario. Uno las probó por casualidad y se encontró curado de repente ; pero esta casualidad tan útil en algunas ocasiones es de gran perjuicio en otras. Supóngase el caso de una expedicion discutida y acordada á la sombra de un arbol antiguo, cuyo éxito no puede ser más favorable ; este árbol por este mero hecho pasa á ser sagrado y se supone que da la dicha. Una segunda expedicion se frustra despues, que los que la

habían emprendido vieron una urraca que atravesaba el camino á vuelo y de ello dedujeron que una urraca era causa de desdicha. Una serpiente atraviesa el camino en otra expedicion coronada por una victoria brillante ; la serpiente pasó á ser desde entónces un excelente augurio, porque para el espíritu salvaje es una misma cosa ; no es más que una divinidad poderosa que importa dicha. La medicina antigua no andaba muy desacertada ; hasta la Edad Media estaba llena de supersticiones fundadas únicamente en esta idea de buen presagio. La coleccion de ordenanzas publicadas bajo la direccion del *Encargado de los Registros* está llena de imágenes extrañas y caprichosas. Una de ellas prescribe que para curar cierta enfermedad, una fiebre, si mal no recuerdo, recomienda colocar al paciente entre las dos mitades de una liebre ó de un palomo con la sangre aún caliente (1).

Sin duda alguna este tratamiento carece completa-

(1) Los lectores de la *Vida de Walter Scott* se acordarán sin duda de lo que propuso uno de sus admiradores para curarle de una inflamacion en los intestinos, cual era hacerle dormir toda una noche sobre doce piedras pulimentadas que dicho admirador había recogido penosamente en doce arroyos y que á su entender constituían un remedio soberano cuya influencia sancionaba una larga tradicion. Scott respondió gravemente al autor de la proposicion que se había abusado del hechizo y que tales piedras carecían de virtud á ménos de estar envueltas en las enaguas de una viuda que jamás hubiera deseado casarse; como no se encontrara, á lo que parece, ninguna viuda que satisficiera esta condicion, escapó del remedio.

mente de fundamento , y la idea se concibió á consecuencia de alguna feliz casualidad seguida de una rápida y completa curacion , y nada había en ello de absurdo ni de contrario alentido comun.

A priori, y tratándose de un espíritu desprovisto de experiencia, había tantas probabilidades de curarse acostándose entre las dos mitades de un palomo y de una liebre, como bebiendo ciertas dósís de un agua mineral desagradable. Ensayóse, ignoro de qué manera, uno y otro remedio ; ambos dieron buen resultado , es decir, ambos por vez primera ó en cierta circunstancia especialísima memorable fueron seguidos de una curacion radical. En realidad no hay gran diferencia ; la única que ahora se nos presenta á la mente es, que el poder curativo del agua mineral es persistente y se manifiesta constantemente, cuando por medio de experiencias se reconoce que la proximidad de una liebre ó de un palomo no produce efecto alguno, y que la curacion con igual frecuencia se produce en los casos en que no se emplea el remedio como en aquellos otros en que se usa.

La condicion de los espíritus que constantemente se ocupan en notar varios sucesos de los cuales no conocen el motivo , es tan especial , que su razon les impele á considerar aisladamente alguna coincidencia extraordinaria ó alguna maravillosa sucesion de probabilidades de bueno ó mal éxito ; y á experimentar siempre el terror cuando esta coincidencia se pro-

duce si está seguida de desgracia ; y á verla con placer , y á deseársela cuando está seguida de dicha ó la corona un resultado próspero. Los salvajes se encuentran en este estado y la fascinacion ejercida por las coincidencias notables que en algun caso particular serán seguidas de una fortuna próspera ó de una calamidad señalada , es una de las fuentes de donde han nacido las religiones salvajes.

Aun hoy dia hay quien se encuentra en el mismo caso que los salvajes ; tales son los jugadores por lo que respecta á aquella parte de azar que hay en sus juegos ; lo que á éstos les pasa en aquellos actos que dependen de la suerte, les sucede á los salvajes con todos los actos de su vida ; son supersticiosos en extremo. Los jugadores de whist, que por otra parte pueden ser gente muy sensata, creen, aunque hasta cierto punto (lo que no es una creencia arraigada, sino una preocupacion á la cual no pueden sustraerse), que una ficha que vale dos tantos de color negro significa dicha. Se les oirá murmurar por lo bajo y hasta preferir alguna maldicion enérgica cuando tienen entre manos como *arrastre* el cuatro de oros , porque importa desgracia y es, como dicen vulgarmente , los piés de la cama del diablo. Seguramente los jugadores de edad madura tienen muchos conocimientos generales y demasiado sentido comun para guardar por mucho tiempo y sostener formalmente tales ideas ; les da vergüenza de sostenerlas, pero no pueden des-

hacerse completamente de ellas; pero los niños que juegan (porque hay muchos niños pequeños que juegan á la mosca) se encuentran en idéntica situación que los salvajes, porque su imaginación es aún sensible á sus impresiones; les falta la experiencia del mundo real que refuta tan equivocadas ideas y corrige tantos errores. Estos niños tienen verdaderas idolatrías. Me acuerdo de una sociedad de niños de la que yo formaba parte (y de esto hace ya una porción de años), donde se jugaba á la mosca, en que todos teníamos una confianza ilimitada en cierta ficha muy linda que era un poco mayor y mejor trabajada que las demas. Estábamos íntimamente persuadidos de que tenía el poder de traer fortuna, y hasta nos peleábamos para obtenerla, cuando no bastaban las numerosas ofertas á su dichoso poseedor de un gran número de otras fichas; y yo recuerdo haber vociferado algunas veces cuando las alternativas del juego me la quitaban de las manos.

Las personas que defienden la dignidad de la filosofía, si es que aún existe, dirán que yo no debía haber hecho mención de suceso tan vulgar, pero el espíritu más modesto de la ciencia moderna nos enseña, entre otras cosas, la importancia considerable de los hechos más secundarios, de los accidentes más pequeños, de los detalles más insignificantes. Yo no titubeo un momento en afirmar que muchas explicaciones eruditas é hijas de una paciente investigación

acerca del *totem*, esta divinidad del *Clan* (1), esta especie de ave ó bruto, que de una manera sobrenatural vigila por la tribu y la protege, no me parecen más cerca de la realidad aún viva y potente entre las razas inferiores que la *bella ficha* de mi primera infancia. Nada tan natural: un filósofo se encuentra separado del estado intelectual del hombre primitivo por toda la extensión de la cultura humana, pero un niño por su espíritu impresionable está tan cerca de aquel nivel intelectual como pueda estarlo dada su capacidad.

Lo que hay de malo en estas supersticiones es la facilidad con que se adquieren, y la dificultad de desvanecerlas. Un solo caso en que la suerte haya sido favorable, ha hecho la fortuna de muchos sortilegios y de gran número de ídolos; muchas veces ni aún ha sido necesario un solo caso en que la suerte haya sido favorable; pues estoy más que seguro, que si un niño de más edad que sus compañeros llega á decir que la *linda ficha* es signo de suerte, todos los demás le creerían á piés juntillas, y que durante una semana sería considerada como un ídolo. Por ésto yo supongo que el Nestor de una tribu salvaje, el antiguo depositario de la experiencia, el oráculo, ha podido crear verdaderas supersticiones y atribuir un verdadero in-

(1) Tribu formada de un cierto número de familias escocesas. — (N. del T.)

flujo á objetos que realmente no le tenían; pero sin duda una vez creados han sido muy difíciles de desarraigat. Si alguno llegaba á decir que un amuleto posee una eficacia infalible, y que obra cada vez que se le emplea y usa, sería muy fácil poderlo probar; pero nadie llegó á decir que la *linda ficha* importara siempre la buena suerte: decíase solamente que, por regla general, en la mayor parte de los casos era señal de dicha, y que había más probabilidades de tener buena suerte con ella que sin ella. De aquí que, para refutar completamente una preocupacion de esta especie, sería preciso una larga estadística de los resultados del juego; pero como cuando las gentes están en estado de usar de estas estadísticas, están por encima de estas preocupaciones, ya no tienen necesidad de verlas refutadas. Además de ésto, hay que advertir que en muchas ocasiones se emplean presagios y amuletos sin que se tengan á mano tablas de este género, y no se pueden hacer por falta de datos; y tales pueden ser las circunstancias, que si alguno se empeñara imprudentemente en desvanecer la preocupacion con algun ejemplo vivo y eficaz, á buen seguro no lograría otro objeto que confirmarla más y más. Francisco Newman, en su notable relato de las misiones en Asia, cita un ejemplo curioso. Habiendo partido para una expedicion, que debía ser muy larga y sobrado peligrosa, sus criados y servidores indígenas, colgaron del cuello de las caballerías una bol-

sita , á la que atribuían una virtud misteriosa para alejar el peligro. Habiendo asistido á la partida toda la poblacion de una ciudad, Mr. Newman, queriendo aprovechar la ocasion para refutar el error supersticioso , hizo un largo discurso en el mejor árabe posible, y al final de su arenga cortó el saquito y lo tiró, con gran sorpresa y consternacion de los que le rodeaban ; pero, por desgracia, áun la caballería no había andado unas 30 yardas (1), cuando cayó en un hoyo y se rompió una pierna, en vista de lo cual todos los indígenas se confirmaron más que nunca en la fe que tenían en el poder de la bolsita , y dijeron : *Ved ahora lo que les sucede á los incrédulos.*

Pero lo que á nosotros nos interesa en este momento, es considerar la impotencia de estas supersticiones bajo el punto de vista militar. Una nacion que no estuviera por cima de estas preocupaciones relativas á los buenos presagios, estaría á merced de una nacion en iguales condiciones bajo otros puntos de vista, pero que no estuviera dominada por estos supersticiosos presagios. La historia nos ofrece muchos casos de ejércitos que han sido derrotados por el temor de un eclipse que ha motivado retardaran la adopcion de medidas necesarias, ó bien, y en otras ocasiones, precipitar el planteamiento de funestísimas medidas. La necesidad de consultar los auspicios cuando se creía

(1) Medida inglesa.

sinceramente en ellos, y mientras no fueron, como luego, un engaño para disfrazar los planes acordados de antemano, ha sido en la historia de la antigüedad clásica muy peligrosa, y lo es mucho más entre los salvajes, cuya vida depende toda entera de los presagios que consultan á cada momento sus adivinos, y á quienes un accidente fortuito puede inspirar una ú otra resolución.

En la lucha entre dos naciones llevará la peor parte aquella que esté dominada por una religion llena de presagios; de lo que hay que deducir, si todos los hombres, ó el mayor número de los humanos primitivos, hubiesen tenido una religion sin augures, pocas religiones se hubieran establecido con esta circunstancia; la inmensa mayoría, poseyendo estas ventajas militares que implican una verdadera superioridad, hubiera dominado y destruido á la pequeña minoría. Pero, por el contrario, en todo el mundo han existido las religiones acompañadas de augurios en otro tiempo, tal como existen en ciertas comarcas hoy día, tal como las tienen los salvajes, y cuyas visibles huellas se encuentran en las más antiguas civilizaciones. Es, pues, incontestable que la religion de los tiempos prehistóricos se debía parecer á la de los salvajes en que ésta descansa en la observacion de los augures, en la adoracion de los animales, y en el culto de las cosas que atraen la suerte, especie de augures encarnados y permanentes.

Sin duda puede hacerse aquí una objecion análoga á la que se hizo á propósito de la certeza de la imperfeccion moral de los hombres prehistóricos; puede decirse ahora que si esta religion de augurios era perniciosa y muy propia para perder una raza, seguramente que ninguna la hubiera adoptado, y, por el contrario, la hubieran rechazado todas. Pero puede contestarse que sólo puede perjudicar á una raza cuando ésta se encuentra en lucha con otra raza que tiene idénticas condiciones, y sin otra diferencia que la religiosa. El descubrimiento de los presagios fué hasta cierto punto un acto razonable, un acto de inteligencia, y no debe considerarse como una extravagancia en una época primitiva; era tan lógico y puesto en razon como el descubrimiento de las plantas y aguas medicinales, que sin duda conocieron aquellos hombres de la edad primera. Además, si la raza que descubrió los presagios era superior en razon á aquella con la que estaba en lucha, ésta indudablemente hubiera vencido, y podemos conjeturar que esta raza que conocía los augurios tenía un desarrollo intelectual más pronunciado, porque venció y llevó consigo la religion y las supersticiones en todas partes donde le acompañó la victoria.

De todas maneras, nuestra fórmula queda en pié; y aseguramos que el hombre prehistórico era en el fondo un salvaje como los de hoy día, tanto por su moralidad, por sus conocimientos, como por su reli-

gion. Diferenciábase de nuestros salvajes actuales, en que no tenía el tiempo necesario para impregnar su naturaleza, por decirlo así, de malos hábitos, no podía asimilarse malas costumbres ni gravar de una manera inalterable en su memoria creencias perjudiciales. Los salvajes de hoy día han tenido una larga serie de siglos que les han precedido y han dejado en ellos una huella indeleble : el hombre primitivo era más jóven, y tenía otra aptitud y otras facultades.

Los argumentos en que apoyo mi aserto podrán parecer supérfluos, y podrá decirse que he dado demasiado extension á mi razonamiento tratándose de un punto tan concreto. Dígase lo que se quiera, la materia es importante y el razonamiento necesario. Si se acepta en principio, nos conducirá á una porcion de conclusiones de la mayor importancia, algunas de las cuales quedan indicadas en los libros precedentes ; empero así y todo volveré á expresarlas otra vez.

En primer lugar, podemos hoy darnos cuenta de lo que constituía la ocupacion del mundo en la época prehistórica. Su tarea principal era la de establecer, por decirlo así, la *consistencia intelectual*; los hábitos continuos y coherentes; la preferencia dada á los gozes uniformes sobre los violentos; la facultad constante de sacrificar el presente al porvenir, cierto número de condiciones sin las cuáles no podía comenar la civilizacion; y si hubiera comenzado, hubiera

dejado de existir: forzosamente hubiera cesado de continuar. El hombre primitivo no tenía más que el salvaje actual estas cualidades preferentes y necesarias; diferenciábase de aquél por su capacidad, por su mayor facilidad en adquirirlas; su carácter era, por decirlo así, más ductil, su naturaleza era aún tierna y flexible, y quizás, aunque esto aparezca extraño, las circunstancias exteriores le eran mucho más favorables que no lo son á los salvajes actuales para que pudiera civilizarse. En una palabra, los tiempos prehistóricos tuvieron por objeto producir un hombre capaz de escribir una historia, de preparar algo que pudiera figurar en esta historia; nosotros podemos ver de qué manera ésto se verificó.

Hay, empero, dos operaciones preliminares que parecen desafiar nuestras investigaciones. Desde un principio hubo algo ignoto, alguna operación misteriosa por la cual se formaron las grandes razas humanas, las cuales existen desde época muy remota, y desde esta época no han aparecido otras como no sea por cruzamiento de las fundamentales y primitivas. Esta fuerza desconocida obra con gran eficacia en las épocas primitivas, y ha permanecido singularmente inactiva en las posteriores. Las diferencias que distinguen al arya del turaniano, el negro del piel-roja y el australiano, no podrían producirlas las causas que actualmente influyen en la manera de ser de los hombres, al ménos aquellas causas que nosotros co-

nocemos, cuya acción podemos explicar hoy día. Existen muchas presunciones para creer que estas diferencias se produjeron ántes que la naturaleza del hombre y sobre todo ántes que el espíritu del hombre y su facultad de adaptacion hubiesen adquirido el grado de desarrollo que tienen en nuestros tiempos : así lo sostienen también grandes autoridades científicas. Parece también (y esta es mi opinion) que si la teoría del transformismo es una verdad, el hombre ha heredado de alguna condicion ó de algun estado precedente una segunda condicion anterior á la civilizacion, y es muy difícil suponer que los hombres, al ménos tales como se presentan hoy día, hayan podido vivir sin algo parecido á la familia, es decir, sin agrupaciones unidas por un vínculo comun, al ménos por parte de la madre, y probablemente también de una manera ú otra ligados con el padre, y sin que estas agrupaciones hayan vivido en sociedad sin un jefe más ó ménos fijo como lo hacen ciertas especies de animales.

Es poco ménos que imposible imaginarse de qué manera el hombre (tal cual le conocemos) ha podido dar este paso en el camino de la civilizacion. Es una gran ventaja, por no decir más, la de la teoría de la evolucion que nos permite retrotraer esta dificultad á una época más antigua aún y en la que quizás afectaban al hombre otros instintos y le impelían otros móviles muy diferentes de los de hoy, período al que

nuestra imaginacion apénas alcanza. En todo caso, yo puedo suponer por un momento que estos dos pasos del progreso de la humanidad son dos hechos, y que se realizaron estas dos condiciones.

Una vez sentados estos dos puntos, el hecho se explica muy fácilmente. Lo primero es el establecimiento de un poder que formara las costumbres y usos, es decir, de una autoridad capaz de imponer una regla de vida fija, y que gracias á esta regla fija puede hasta cierto punto crear un porvenir accesible que puede preverse; de manera que hasta se conciba el sacrificio del placer del momento, más ó ménos violento, pero pasajero, al placer del porvenir, que promete ser más duradero; esta regla nos permite confirmarnos en una idea que sin ella carecería de fundamento, á saber: que sacrificando el placer momentáneo encontraremos la debida recompensa en el goce futuro. En verdad que no seré yo quien asegure que en la sociedad primitiva se encuentra un principio de autoridad obrando con arreglo á estos móviles; limitaréme á decir que en la sociedad primitiva, la primera cosa, el elemento indispensable era una autoridad cuya accion debiera producir tales resultados, aunque ignorara por otra parte qué es lo que ejecutaba y se hubiera preocupado muy poco de obtener este resultado si hubiera tenido conciencia de su utilidad.

En el fin de las primeras sociedades, seguramente

no entraba la idea de protección á la propiedad y á la vida, ó á lo ménos no era esta idea tan exclusiva que privara por completo, tal como lo afirmaba la teoría del gobierno admitida en el siglo XVIII : lo propio sucedía en las primeras edades históricas, en la juventud de la humanidad y no en su infancia, que no es tal la naturaleza de los Estados.

Sir Henry Maine ha mostrado que el objeto más antiguo de la Jurisprudencia no ha sido la propiedad individual aislada sino la propiedad comun del grupo *familiar*, de la agrupacion familia. Esto que nosotros denominamos la propiedad privada, apenas existía entonces ; ó á lo ménos si existía carecía completamente de importancia : parecíase á estos objetos que se permite tener á los niños y que éstos miran como cosas de su propiedad, no pudiendo arrebatárseles sin que se muestren muy sensibles á ello, pero guardan y retienen sin ningun derecho formal. Tal es la ley de la propiedad desde los tiempos más remotos. Por lo que respecta á las leyes sobre la vida, exigían éstas que la de todos los miembros del grupo familiar estuviesen á merced del jefe de este grupo. El individuo como tal, no se encontraba protegido ni en sus bienes ni en su existencia.

Esto nos enseña que en las sociedades primitivas había necesidades en las que ni sueñan las sociedades actuales.

Imponer la práctica de los ritos que importaban

dicha tal, debía ser uno de los más importantes objetos, si no el más importante que se proponían alcanzar las legislaciones primitivas; y no digo ni hago referencia alguna á los ritos religiosos, porque esto sería hacerme entrar en una larga discusion sobre el poder y hasta sobre la existencia de las religiones primitivas; pero no existe ninguna nacion en estado salvaje que no tenga la nocion de una fortuna favorable, y quizá tampoco les falte el concepto de la fortuna de la tribu considerada como tal. Cada individuo de la tribu está en la persuasion de que sus propias acciones ó las de otro miembro, cualquiera que sea, cuando por su naturaleza llevan en pos de sí la desgracia, pueda causar algun grave daño, no sólo al que comete la accion, sino á la tribu entera. He hablado tanto de la suerte y de su naturaleza y condiciones que creo no debiera decir nada más de ella; pero es preciso que indique que esta idea tiene un carácter singularmente contagioso, pues no va unida en manera alguna á la persona que obra como sucede con el mérito y demérito de las acciones. Aún hoy día existen muchas personas que no se sientan á una mesa en que se encuentran trece, pero no se crea porque teman que les irroge un perjuicio personal el formar parte de esta sociedad de trece personas, sino porque no pueden desembarazarse por completo de esta idea de que una ó algunas de las personas que componen la reunion, experimentarán, en último

caso, alguna desgracia. Esto es lo que Mr. Tylor denomina restos de barbarie que se perpetúan en una época de civilización. Esta creencia en la responsabilidad común, extensiva á todas trece personas, es un resto insignificante, una huella pronta á borrarse de este gran principio de la responsabilidad común, por lo que respecta á la buena ó mala fortuna, preocupación que ha tenido una importancia colosal en otras épocas.

Las huellas de estas supersticiones son innumerables. En abriendo un libro de viajes, por algunas de estas comarcas pobladas de razas en estado salvaje, siempre se encuentra algo por este estilo: «Quería hacer tal ó cual cosa, pero esto me fué imposible porque los indígenas temieron que acarrearía desgracia á los de nuestra comitiva y quizás también á la tribu.» M. Galton, por ejemplo, tenía muchos trabajos para poder alimentar á los suyos. Los damaras tienen preocupaciones sobrado incómodas á propósito de la carne. Desde luego tienen prohibido el comer la carne de animales de cierto color; ciertas tribus y ciertas familias, y los salvajes *que descienden del sol* no quieren comer aquellos carneros en cuya piel se encuentra una mancha, de los que comen sin dificultad alguna los *que descienden de la lluvia*. «Y como en mi comitiva había individuos de varias tribus ó *candas*, continúa aquel viajero, jamás podía encontrar una res de la cual pudieran comer todos.» Por otra parte,

no podía guardar la carne porque otra superstición obligaba á abandonarla ; ni podía comprar leche, que es el primer alimento del país, porque las supersticiones lo impedían ; y en fin, cualquier cosa que produjera desgracia era equivalente en su imaginación á llamar al peligro, como cuando nos ponemos en contacto con un objeto cualquiera que atrae el flúido eléctrico.

En las naciones históricas de antigüedad remota, encontramos tambien y como uno de los principales distintivos, esta solidaridad de todos los individuos que componen el Estado. Seguramente que por cima de la noción de buena ó mala fortuna está la fe ; existe, por decirlo así, ántes la fe que la superstición, porque se cree desde luego y completamente en varias divinidades, ó en un solo Dios á quien se ofende ; esto es, se cree ántes en el Dios á quien se ofende que en la ofensa misma, cuando se teme el castigo y se hace solidaria la culpa ; pero el carácter ciego é inconsiderado del castigo continúa subsistiendo : ya no es el mutilador de Hermes, ni el que viola los ritos de la *Buena Diosa* el que carga con la responsabilidad, son todos los atenienses , todos los romanos ; lo propio se observa , por regla general , en todos los pueblos que figuran en la historia antigua.

Todos conocen la potencia de esta ansiedad general, que no sólo aventajaba á todas las inquietudes relativas á la propiedad personal , sino que era de di-

ferente calidad, y por lo tanto, no admite comparacion con las de esta especie, y es muy natural y hasta podemos decir racional y lógico que fuera más acentuada y más poderosa; pues el terror que inspiran las fuerzas de la naturaleza ó los séres que disponen de estas fuerzas, están por cima de los demas terrores conocidos, y la simple razon reconoce su superioridad. Si una tribu ó una nacion llega á creerse, en virtud de una credibilidad contagiosa, que una accion es de siniestro augurio, sea quien fuere el que la cometiére, y hace pesar sobre todos una terrible é inmensa responsabilidad, entónces lo primero que procurará esta tribu ó esta nacion, será evitar la susodicha accion que importa el infortunio, y para ello no se guardarán más consideraciones aunque sea al jefe más estimado que las que guardaron á Jonás ciertos marinerós en una circunstancia parecida.

En verdad que no pretendo sea la única causa de las costumbres primitivas esta situacion moral inexplicable; por el contrario, creo que hay otras causas y me fundó en que el hombre es un animal de costumbre, definicion tan exacta como puedan serlo otras igualmente concisas. De cualquier manera que un hombre haga una cosa por vez primera, tiene una tendencia marcada á hacerla en el mismo sentido y de la misma manera cuando repite la accion; si la hace por segunda, tercera ó cuarta vez, tiene una tendencia irresistible á hacerla de aquella manera; pero

cuando son ya muchas las veces, cuando ya es hábito adquirido, entónces no sólo hay la tendencia á obrar de aquella manera, sino que lo que es más, hay una tendencia á que los demas lo hagan de aquella suerte, á imprimir en la voluntad ajena la costumbre que impera en la propia; por ejemplo, transmite á sus hijos por medio del ejemplo y de la enseñanza las costumbres adquiridas. Esto es lo que actualmente sucede en la raza humana y sin duda alguna sucederá siempre.

En las primitivas sociedades hay la particularidad de que las costumbres reciben tarde ó temprano la sancion de lo sobrenatural, y hay una idea que domina en todos los espíritus de la sociedad, la de que si se violan las costumbres antiguas de la tribu, se hará acreedora á desgracias incalculables y males sin cuento, y cuyo origen será totalmente desconocido. Así como hoy se cree que el homicidio se descubrirá y que el crimen se castiga en esta tierra, en las primeras edades creíase que toda infraccion de las costumbres sagradas, debía expiarse necesariamente; y hasta hoy dia existen razas medianamente civilizadas que no consideran una medida cualquiera que se adopte, como obligatoria y definitiva, si no pueden considerarla al mismo tiempo como una costumbre hereditaria. Sir H. Maine, en su última obra, nos cita un ejemplo muy curioso en este sentido. El representante del Gobierno inglés en la India, ha ejecutado

grandes trabajos de irrigacion completamente nuevos y en los cuales no habían soñado los antiguos Gobiernos de la India ; encargando, en general, á la poblacion indígena el cuidado de asignar á cada individuo su parte en esta distribucion. Las autoridades de los pueblos establecieron en consecuencia una porcion de reglas muy precisas y terminantes para ello. Pero lo que es especial, es que estas reglas jamás emanaron de autoridad personal alguna ni de los que la han establecido, ni pretenden inspirarse en un sentimiento de equidad. Segun se me ha contado existe una especie de ficcion por la que se supone que las costumbres y reglas para la reparticion del agua son de la más remota antigüedad, aunque en realidad no se haya pensado hasta el presente suministrar el agua por tales medios : á tanto llegó la preocupacion en esta raza (y lo propio debía suceder en la mayor parte de las razas del antiguo mundo) de que una regla no puede ser obligatoria como no sea al mismo tiempo tradicional.

La rápida formacion de estas agrupaciones, que crearon las costumbres en los primitivos tiempos, se hallaba secundada por la misma facilidad con que la sociedad se dividía. La Europa, y la mayor parte de los continentes, hallábanse cubiertos de espeso bosque vírgen, y los hombres sólo podían apoderarse de algunos rincones, pequeños trozos de terrenos, completamente esquilados, que no podían sustentar á un

exceso de poblacion, por lo que las emigraciones debían ser continuas. Estas emigraciones carecían de aquel sentimiento que distingue á las modernas, y que encontramos entre los americanos como un vivo afecto que les une con la antigua patria, y que conservan hasta los americanos que odian, ó que se expresan de manera, como si realmente odiasen á la Inglaterra política de nuestros dias. No existiendo entónces ningun medio regular de comunicacion, permanecieron sin vínculo alguno que relacionara los miembros una vez separados de un grupo; al abandonar la sociedad matriz se la dejaba para siempre, y los que partían, ni dejaban recuerdo alguno durable, ni conservaban aficion á la metrópoli. Hasta el lenguaje que en ésta se usaba, difería al cabo de una á dos generaciones, de la tribu que se había separado. No existiendo literatura escrita, ni comunicacion verbal, la lengua ó idioma de cada una de ellas, debía transformarse tomando diversos aspectos (el lenguaje de estas sociedades debía encontrarse en un estado de continua transformacion). Una tribu se encontraba influida por una serie de causas, de sucesos completamente distintos de los que alteraban la constitucion de otra tribu; desde luego se presentaban diferencias notabilísimas, y lo que los filólogos llaman una diferencia de dialecto, equivale á una diferencia radical y completa en el idioma. Allí es imposible cualquier cambio premeditado y hecho con conciencia. Los

grupos que se han separado, *fundan desde luego una casa*, y la nueva sociedad comienza una nueva serie de costumbres y adquieren y conservan distintas preocupaciones y diversos auspicios.

A no ser esta facilidad de formarse nuevas costumbres, ya hubiera dominado al mundo desde mucho tiempo una sola y única costumbre, sea buena ó mala; pero hubieran sido insuficientes sin estas continuas guerras de que he hablado largamente al tratar de la *utilidad de la lucha*.

Las guerras han regenerado á la sociedad destruyendo sin cesar los antiguos tipos é introduciendo en las razas nuevos elementos. Sea fundada ó no lo sea la repugnancia general que sienten algunos por las razas mezcladas y por las mestizas, es muy probable que no podía fundarse igual sospecha en los cruzamientos de la sociedad primitiva. Supongamos, como es muy verosímil, que cada grande raza primitiva ocupaba una region especial, correspondiente, por ejemplo, á estas regiones que ya se señalan en la distribucion de los animales y de las plantas; entónces la inmensa mayoría de los cruzamientos se verificaba entre tribus diferentes, pero de un mismo origen; y nadie reprobará, ni pueden hacerse observaciones sobre la oportunidad de estos cruzamientos, porque todo el mundo los encuentra desde luego muy útiles y favorables.

Por regla general, los vencedores debían valer más

que los vencidos, porque la mayor parte de los méritos revestían en las sociedades primitivas un carácter militar; pero de todos modos, esta superioridad no debía ser muy grande. En efecto; los primeros pasos en la senda de la civilización, son los más difíciles; sólo se llega á ellos merced á un esfuerzo penosísimo: de ahí resultaba una gran ventaja para la civilización el que los vencedores pudiesen introducir la cultura entre los vencidos de una manera pronta y eficaz. La experiencia que tenemos de los ingleses en la India, nos prueba, cuando ménos, que una raza muy civilizada no puede ejercer su saludable influencia de una manera pronta sobre una raza inferior, por la misma diferencia que entre ellas subsiste, y por la excesiva superioridad de una de ellas. Las dos razas están demasiado separadas, y no son los escritos y condiciones de superioridad de la mejor, los que admira la inferior; el lenguaje usual no es el mismo para una que para la otra. El individuo de mejores condiciones no puede ser un modelo para el que las tiene inferiores; no podrá, por otra parte, modelarse éste bajo un pié civilizador, aunque quiera, y no lo quisiera aunque pudiese. De esta manera han vivido ambas razas durante mucho tiempo en contacto continuo al mismo tiempo que muy separadas, viéndose cada día y cambiando cada día palabras superficiales, pero separadas profundamente bajo el punto de vista moral é intelectual, y no ejerciéndose influencia al-

guna de importancia ; ninguna de estas influencias , que podían esperarse de un contacto continuo y directo. En las sociedades primitivas no existían diferencias tan marcadas , y el vencedor, cuya superioridad era relativamente débil, mejoraba al vencido fácilmente.

Los caracteres nacionales, fórmanse en el interior de estas agrupaciones unidas por la costumbre, y nada más debo decir acerca de este punto, porque ya he dicho lo suficiente en otra ocasion. Por medio de una proscripción continua en el transcurso de varias generaciones de aquellos miembros refractarios, y alentando y recompensando á los dóciles, han sido aquellos cada vez más raros, y hánse desarrollado éstos aumentando en número.

La mayor parte de los hombres copian sobre todo lo que se les pone delante ; no dicen más que lo que oyen, y de esta manera se forma un tipo fijo, un carácter persistente, y este fenómeno no sólo se realiza en la esfera moral é intelectual ; esta especie de seleccion inconsciente ha de haber influido en la formacion de las razas humanas, á pesar de lo que digan grandes autoridades científicas ; y si no, ¿cómo se hubieran producido estas razas tan extendidas, á las cuales les damos el nombre de naciones ? En las sociedades donde la costumbre reina con la más completa tiranía, los espíritus rebeldes no tardan en ser dominados, la melancolía se apodera de su ánimo, despues

la enfermedad y la muerte cuida de exterminarlos. Un shelley no hubiera podido vivir en la Nueva Inglaterra, y por lo tanto, no hubiera podido aclimatarse la raza shelley, se hubiera extinguido en seguida. Mr. Galton quisiera que produjéramos nuevas razas por el cruzamiento de hombres cuyos caracteres fueran pronunciados, con mujeres dotadas de los mismos caracteres; pero no haríamos más que lo que la naturaleza desde tiempo inmemorial practica con las naciones más rudas. La naturaleza se ha encargado de eliminar en cada grupo á los individuos que no estaban en armonía con las costumbres reinantes; les ha despojado de su vigor, y ha acabado con ellos si han sido débiles. El carácter espartano se formó porque sólo aquellos cuyo espíritu tenían un temple espartano, pudieron resistir á la existencia y manera de ser espartana, y de la misma manera se formó el carácter de los antiguos romanos. Si bien se mira, quizás se encuentre que todos los caracteres nacionales muy pronunciados se remontan á una época de disciplina rígida y universal. En los tiempos modernos, en que la sociedad es más tolerante, los nuevos caracteres nacionales no son ni tan fuertes, ni tan pronunciados, ni tan uniformes.

Esta era la gran tarea en que se ocupaba la humanidad en los tiempos prehistóricos. Lo que hemos dicho acerca de los salvajes no está en contradicción con esto que ahora indicamos; por el contrario, se explica

perfectamente, y aunque esta conclusion parezca extraña, y aunque parezca increíble, la experiencia nos enseña cómo son igualmente fundadas cosas que parecen esencialmente antitéticas.

En segundo lugar, este principio y esta concepcion de los tiempos históricos, nos explican la significacion y el origen de la más antigua y la más extraña de las anomalías sociales; anomalía que es una de las primeras con que la historia nos enseña la existencia de naciones fundadas en el régimen de castas. A primera vista nada parece tan extraño como el aspecto de estas comunidades que se semejan á varias naciones íntimamente unidas unas á otras, cada una gobernándose por sus propias leyes, y en que cada cual prescinde completamente de las leyes que gobiernan á las demas: pero si nuestros principios son ciertos y verdaderos, estas son las naciones con más probabilidades de duracion, porque deben tener desde la época más remota las ventajas más pronunciadas, y debían no sólo perpetuarse y sobresalir, si que tambien vencer y destruir á las demas. La necesidad característica de la sociedad primitiva, es, segun hemos indicado, el rigorismo de la costumbre; sólo la costumbre se impone y determina la unidad, pero el resultado visible de esta costumbre, su inconveniente inevitable, es la monotonía; porque nadie puede diferir del vecino, ninguna individualidad puede discrepar un ápice de otra individualidad, y de esta manera no pueden cul-

tivarse las diferencias que las separan. Tales sociedades son necesariamente débiles á causa de la falta de variedad de sus elementos; pero esto ya muda de especie en una nacion que tenga el régimen de castas, porque ya hay variedad en su constitucion y obtiene de una manera factible en las sociedades primitivas la cooperacion constante de personas cuyos caracteres andan divididos, cooperacion que en las épocas subsiguientes es uno de los mayores triunfos de la civilizacion. En la época primitiva la division entre la casta de guerreros y la de los sacerdotes, es especialmente ventajosa. Aunque hoy día no sean muy populares las gerarquías sacerdotales, y aunque tampoco no sean muy dignas de popularidad, sin embargo, segun todas las probabilidades, la ciencia comenzó en su seno y se transmitió de una á otra generacion en el transcurso de muchos siglos. En esta época, una clase que se dedicara exclusivamente á los trabajos de la inteligencia, no podía existir sino á condicion de ser protegida por la creencia de que quien ofendiese á uno de sus miembros, se hacía acreedor á las iras del cielo. En esta clase privilegiada, los descubrimientos se hacían muy lentamente, y algunos progresos de disciplina intelectual se verificaban con igual lentitud. Una comunidad de esta especie, es necesariamente impropia para la guerra, y la supersticion que defiende á los sacerdotes contra sus compatriotas, no les servirá para nada en una lucha contra el extran-

jero. Pocas son las naciones que vacilan en sacrificar los sacerdotes de los enemigos, y muchas civilizaciones sacerdotales han perecido sin dejar rastro de su existencia; pero una civilizacion de esta especie, no perecerá si existe una casta de guerreros encargada de defenderla; por el contrario, tendrá grandes probabilidades de existencia. La cabeza del sabio dirigirá el brazo del soldado.

Difícilmente se establece una nacion bajo el régimen de castas: probablemente no puede formarse sino en aquellos países conquistados muchas veces y en que las castas quedan establecidas segun las relaciones que limitan el grupo de los vencedores y el de los vencidos; pero una vez fundada y establecida una nacion bajo este régimen, tiene todas las probabilidades de perpetuarse: su constitucion es sólida. Una comunidad formada por diversas tribus y con varias costumbres, tiene desde luégo más probabilidades para defenderse que una nacion que tiene idéntico origen y que obedece á un régimen uniforme: y digo desde luégo, porque en este caso como en muchos otros casos que nos ofrece la embarazosa historia del progreso, las mismas instituciones que ayudan á dar el primer paso son precisamente las que impiden y molestan para dar el segundo. Una nacion bajo el régimen de castas ofrece un aspecto más variado que el de una nacion sin ellas; pero cada raza de por sí es más complicada que no es ni puede serlo

una fraccion cualquiera de una nacion sin castas. Insensiblemente una costumbre determinada, un tipo que se impone, obra sobre la casta y la domina, sin que fácilmente pueda sustraerse á su influjo, porque todos aquellos que admite en su seno son educados de la misma manera y preparados para unas mismas ocupaciones. Muchas naciones que desconocían las castas han seguido un curso progresivo, pero todas las naciones que la conocían desde luégo se han detenido desde un principio, bien que alguna de entre ellas haya durado mucho tiempo. En el mosaico de estas sociedades de conformacion tan singular, cada color tiene un matiz invariable é indeleble. En tercer lugar vemos por qué tan pocas naciones han progresado rápidamente y cómo la mayor parte han permanecido estacionarias; vemos tambien que no podían llegar á revestir el carácter de tales naciones hasta tanto que se sometían á una ley y á costumbres fijas; y la estabilidad de esta ley y estas costumbres les ha retenido en el estado en que han permanecido luégo despues. He escrito todo un capítulo acerca de este punto y no tengo necesidad de reincidir en lo mismo, y si he vuelto á hablar de ello es para indicar una de las consecuencias más importantes, quizá la que más, de esta manera de considerar la sociedad.

Encontramos ademas un modo de aplicar algunos de los hechos más principales del mundo actual, «las maneras, los hábitos—ha dicho un observador pro-

fundo que tiene una gran experiencia de la vida real—son cada vez peores á medida que se avanza del Este al Oeste ; son excelentes en Asia , inferiores en Europa y deplorables en los Estados Occidentales de América.» La razon de este hecho estriba en que las maneras que se imponen son una costumbre revestida de dignidad y que tiende á perpetuarse así como á perpetuar todas las costumbres existentes ; en una palabra, tiende á doblegar á los hombres bajo el yugo de la obediencia. Uno de los romanceros más ingeniosos de nuestra época explica en una disertacion curiosa por qué en una partida de caza, así como en toda reunion, hay *unos que dan la leccion y otros que la reciben*, y por qué en cada circunstancia la sociedad reconoce esta dominacion y esta subordinacion como si estuvieran completamente justificadas. «No en todas partes—dice Mr. Trollope—la capacidad real es la que determina la supremacía ; con frecuencia el personaje dominado sabe tanto como el que domina. Tampoco es la riqueza la que lo decide, pues aún cuando se tenga una gran fortuna que nos protege y pone al abrigo de toda clase de afrentas y asegura siempre una especie de respeto pasivo, tratándose de un grupo de individuos de diversas posiciones no da la supremacía completa, y no basta la fortuna para estar en condicion de dar lecciones á los demas. Lo propio sucede en las escuelas—añade el romancero,—donde los niños permiten á algunos de sus

compañeros el ejercicio de una dominacion á la que quedan subyugados los demas.» Y de ahí deduce— muy acertadamente á nuestro entender,—que esto responde á alguna particularidad de la fisonomía, del aire y ademanes del niño ó del hombre adulto que ejercen esta dominacion. Bajo este punto de vista debemos considerar al ademan que imprime respeto como de una importancia esencial en las sociedades primitivas, siendo el medio más eficaz para imponerle y no darle una significacion secundaria, como malamente se le atribuye. Ya no existen hoy aquellas instituciones que han sustituido á esta especie de influencia, instituciones que parecían de espíritu y tendencias opuestas y que hallamos en continua guerra. En esta época remota en que no existían ni antiguas instituciones ni leyes venerandas, sólo existía como fuerza de primer orden el ordinario ascendiente de la gravedad y de la dignidad exteriores. Aun hoy es difícil encontrar un jefe salvaje que no reúna estas condiciones, y así como las reúnen hoy las han tenido en alto grado desde épocas remotísimas. El año pasado un jefe de los pieles-rojas abandonó sus praderas y fué á visitar al Presidente Grant, y todo el mundo declaró que tenía las maneras de Washington: los ministros parecían hombres vulgares á su lado, aunque en realidad le eran muy superiores, pues al fin y al cabo no era más que un simple merodeador; pero como en la sociedad en que había vi-

vido eran tradicionales ciertos ademanes distinguidos y ciertos gestos llamativos y tenían entre ellos una gran importancia, podía resaltar en medio de los habitantes de los Estados-Unidos que carecen de estas tradiciones; y en donde lo que ménos llama la atención son las buenas maneras, que ninguna utilidad ofrecen á los rudos habitantes de una colonia inglesa. En tales países la civilización descansa en principios y obra conforme á influencias completamente distintas.

Segun parece, contribuyen á mantener y asentar en bases sólidas el desarrollo en sentido civilizador el establecimiento de usos y costumbres de utilidad é importancia notoria. Decíanos Sir John Malcolm que los persas juzgaban del carácter de la nación á quien representa un embajador por la conducta del mismo con respecto á las formalidades y ceremonias. Mucho había leído en los libros, de estas ceremonias; pero tuve ocasion de comprobarlo todo. Felizmente Eltchy había residido en las principales córtes de la India, cuyo ritual y etiqueta es á poca diferencia la misma, y estaba profundamente versado en esta ciencia importante que se denomina «Káida-e-nishest-oo-berk hást» es decir, el arte de sentarse y levantarse, ciencia que comprende el conocimiento de las formas y de la etiqueta de la buena sociedad y particularmente los usos de los soberanos asiáticos y de su séquito.»

Conocía divinamente, desde su llegada á la Persia,

las consecuencias de cada paso que daba en este delicado terreno ; y poseía el arte de librar estas pequeñas batallas sobre las cuestiones de etiqueta que suelen darse ántes de llegar á los piés del trono. Nos molestó en gran manera desde el momento de nuestro desembarque en Ambusheher hasta nuestra llegada á Chiraz con sus lecciones continuas á fin de que nuestro comportamiento fuera irreprochable en todos los puntos que debíamos recorrer y en todas las circunstancias en que nos encontrásemos. Tuvo especialísimo cuidado en señalarnos el lugar que debíamos ocupar cuando fuésemos á caballo detrás de una procesion, cuando debíamos permanecer de pié ó sentados, cuando debíamos levantarnos de nuestras sillas y hasta qué distancia debíamos avanzar para ir á encontrar al que viniera á hacernos visita, y hasta dónde debíamos seguirle cuando se despedía, siempre y cuando fuera de categoría bastante elevada que valiera la pena de molestarse un poco por él.»

«Pero áun estas reglas, que debían observarse escrupulosamente al levantarse, al permanecer en pié, al andar y al volverse á sentar, eran ménos importantes relativamente que las que presidían al acto de fumar nuestros khaliuns y tomar el café. Es verdaderamente asombroso la importancia que se da en Persia á ciertas cosas que dependen del modo de tomar el café y fumar el tabaco. Se hace un acto de delicadeza ó se infiere un agravio, segun la manera como se ofre-

cen, estos refrescos favoritos. Deseais la bienvenida de un visitante ó la rehusais segun la manera de pedir la pipa ó la taza de café y se marcan de la manera más precisa todos los grados de la atencion y de la consideracion por medio del recibimiento y del trato que se le hace. Si es de superior categoría vos mismo le servireis la bebida y no apurareis la taza ni tocareis la pipa hasta tanto que él os invite. Con un igual sólo hay un mero cambio de pipas, le presentais el café y os tomais la segunda taza. Si es de un rango algo inferior al vuestro y le quereis dar una muestra de atencion le dejais fumar en su propia pipa y el criado le sirve la primera taza de café á la primera señal que se le hace. Si es muy inferior, conservais vuestro rango tomando vos mismo la primera taza de café y haciendo luégo una señal al criado para que sirva al huésped.»

«Cuando llegan visitas se manda traer el café y la pipa en señal de bienvenida, y cuando se piden por segunda vez quiere decir que pueden partir si gustan; pero esta parte de la ceremonia varía segun el rango relativo en que se encuentran los personajes ó segun la intimidad que entre ellos reina.»

«Esta materia parecerá frívola á los que no están obligados á observar tales reglas y las pueden aceptar como meras etiquetas; pero en estos países es indispensable su observacion, pues de ellas depende la importancia de un hombre y determina el rango en que

se encuentran y la consideracion que merecen á los ojos de propios y extraños.»

En las antiguas sociedades sujetas á la costumbre, las usanzas y maneras, cuya influencia es considerable, fueron reducidas á reglas á fin de que continuasen los usos establecidos y no contrariarlos, y más que todo para que contribuyesen á aumentar el hábito de obrar segun la costumbre, léjos de combatirla ó de debilitarla. Debía recurrirse á todos los medios para imponer á las sociedades el yugo de la costumbre; de ahí que uno de los medios más eficaces era el de utilizar á este efecto el poder de los diversos modos de obrar, la fuerza del uso en su faz exterior.

Finalmente, ya comprenderemos ahora por qué el órden y la civilizacion son tan poco estables hasta en las comunidades progresivas. En los Estados encontramos con mucha frecuencia este fenómeno que los fisiólogos denominan *atavismo*, es decir, reversion parcial de los hombres al estado de la naturaleza inestable é inseguro de sus bárbaros antepasados. Las escenas de horror y de crueldad que tuvieron lugar durante la revolucion francesa y que se reproducen en todas las grandes revoluciones, ponen de relieve cierto aspecto de la naturaleza humana que había permanecido oculto y que sólo se manifestaba en aquel momento. Estas escenas (y hoy tenemos ocasion de observarlo) no son más que la explosion de pasiones hereditarias que han permanecido largo tiempo re-

primidas por la costumbre fija y estable; tan luégo como una catástrofe cualquiera rompe el freno y deja á los hombres la facultad de obrar libremente, reaparecen inmediatamente. La irritabilidad del género humano no reconoce otra causa que su civilizacion imperfecta y transitoria, así como su barbarie originaria. Los hombres, en su edad primitiva, no podían fijar su pensamiento en una cosa determinada durante una hora; áun hoy día se encuentran en igual caso cuando están excitados y se les arroja repentinamente y por completo de su antiguo asiento. Las razas superiores, tales como los franceses y los irlandeses, parecen incapaces de estabilidad en las épocas de confusion y desórden. Y diríase que se encuentran arrastrados en todas direcciones por la pasion del momento y las ideas que reclama ó que inspira una circunstancia dada. Pero para tratar á fondo tales materias y penetrar en el estudio de estos fenómenos, debemos examinar de qué manera los caracteres nacionales pueden emanciparse del yugo de la costumbre y prepararse para el ejercicio del libre arbitrio y de su voluntad no sujeta á trabas.





LIBRO V.

LA EDAD DE LA DISCUSION.

El antiguo Oriente con sus civilizaciones fundadas en el hábito y la costumbre, contrasta notablemente con el jóven Occidente cuyas civilizaciones cambian y se evolucionan continuamente. Este notabilísimo contraste llama en nuestros días la atención de una manera notable. Hará cosa de uno ó dos años que se comisionó á los más inteligentes oficiales del ejército de Oriente, para que averiguaran, no ya si el gobierno mejoraba la suerte de los orientales con sus disposiciones, sino para investigar si realmente los orientales se habían convencido de que les hacíamos un gran bien. Y en casi todas las ocasiones que se les consultó, los oficiales, que en esta materia son la

mejor autoridad, contestaron de la siguiente manera : «Indudablemente los indios reciben de vosotros una porcion de beneficios inestimables ; les dais el disfrute de una paz continua, la libertad comercial, el derecho de vivir como mejor les parezca con tal que se sometan á las leyes ; por lo que respecta á estos y otros puntos se encuentran en un estado tan satisfactorio cual nunca lo habían conocido , y sin embargo no pueden acostumbrarse á vuestra dominacion. Lo que les molesta es esta disposicion constante á cambiar, ó como decís vosotros, á perfeccionarse. No conciben un gobierno que introduce continuas mejoras porque están acostumbrados á regular todos los accidentes y detalles de su vida por medio de antiguas costumbres, así es que no comprenden esta disposicion al deseo de asegurar el bienestar y la dicha ; creen por el contrario que existe una intencion de que no se dan cuenta y que tratais de destruir su religion ; en una palabra, que el objeto de estos continuos cambios es de transformar á los indios y no dejarles tales como son, ni tales cuales quieren ser, ó más bien formar de ellos un pueblo nuevo, transformarles en algo que no son ni quieren ser nunca.» En una palabra, nuestra tarea en Oriente se reduce á llenar de vino nuevo los viejos odres, lo que es decir ingerir en lo posible una civilizacion cuya alma es el progreso, en el seno de otra cuya esencia es la inmovilidad inerte : ¿lo lograremos ó serán infruc-

tuosos nuestros esfuerzos? Esta es quizá la cuestión magna de nuestro siglo, en el que las cuestiones políticas más importantes son más numerosas que en ningun otro.

Las investigaciones históricas nos han demostrado que la manera de sentir de los indios es antigua y que es moderna la de los ingleses. «La antigua ley—ha dicho Sir Henry Maine—se basa, no en un contrato, sino en un antiguo estado de cosas. En las antiguas civilizaciones todas las circunstancias importantes de la vida estaban reguladas por una costumbre social, política y religiosa á la vez, como diríamos hoy día, (así nos lo indican á lo ménos los más antiguos documentos jurídicos); los que se sometían á ella eran incapaces de practicar este análisis; las mismas distinciones generales que le hubieran permitido, no tenían lugar señalado en su memoria, no residían en su inteligencia ni habían tomado forma alguna para ser expresados por medio del lenguaje: sólo que los individuos de aquellas épocas sentían que esta costumbre era de una importancia imperecedera y que debía conservarse á todo trance; por esto su divisa era el no cambiar. En los libros anteriores he demostrado, ó á lo ménos he ensayado demostrar por qué estas civilizaciones sometidas á la costumbre eran las únicas posibles en una sociedad tal cual era la sociedad primitiva, y por qué razón poseían en su misma constitucion una ventaja inmensa sobre las civiliza-

ciones con quienes estaban en lucha. Pero ahora se presenta otra cuestion, á saber : si la fijeza y estabilidad es un elemento indispensable en las sociedades primitivas ; y si lo es, ¿cómo ha podido prescindir de este elemento una civilizacion cualquiera? Sin duda la mayor parte de las civilizaciones han permanecido inmóviles ; aun hoy dia es el quietismo y la inercia el estado general del mundo ; el mismo progreso no es más que una rara excepcion ; pero nosotros ignoramos por qué causa ha aparecido el progreso en un caso excepcional, ó bien qué elemento ha faltado para que apareciera en todos los demas casos.

La historia nos da una contestacion muy clara y muy digna de tomarse en cuenta. Hé aquí lo que nos dice : el tránsito de la edad de la inmovilidad á la edad del libre arbitrio, tuvo lugar por vez primera en aquellos Estados cuyo gobierno era evidentemente un gobierno de discusion y en que las materias de discusion eran hasta cierto punto cuestiones abstractas, es decir, cuestion de principios. En las pequeñas repúblicas de Grecia y de Italia se rompió por primera vez la cadena de la costumbre. «La libertad dijo : ¡hágase la luz! y Atenas se levantó como se levanta el sol sobre la superficie del mar.» Así se expresa Shelley, y su filosofía es más correcta en este punto que en otros muchos. En un Estado libre (y al decir Estado entiéndase indistintamente república ó monarquía) en que el poder supremo se encuentra

dividido entre un gran número de personas, hay necesariamente discusión entre estas personas. Las repúblicas de la antigua Grecia fueron necesariamente los primeros gobiernos de esta especie, no ya en la historia, sino en el tiempo, y Atenas fué la más grande de estas repúblicas.

Es muy fácil despues del suceso explicar sus causas, y es facilísimo comprender por qué la discusión de los actos debían efectuarse, y de la gestion de los intereses generales debía ser un principio de transformación y de progreso. En la sociedad primitiva toda tentativa de originalidad en la vida quedaba reprimida y ahogada en sus gérmenes por las mismas reglas de la vida. No sucedía en la antigua Grecia como en las demas partes del mundo; empero, algo había de ello. Un escritor moderno ha dicho que la ley se presentaba entónces al espíritu como una cosa venerable é inmutable, tan antigua como la ciudad; el fundador habíala establecido cuando construía las murallas y cuando encendía el sagrado fuego. Un hombre vulgar que hubiese querido abrir una nueva senda, y empezar por su propia autoridad alguna práctica nueva é importante, hubiera recibido la orden imperiosa de renunciar á ella bajo pena de muerte; se le hubiera dicho que se separaba de las prescripciones impuestas por los dioses de la nacion y que no debía tomarse tales libertades por el mero hecho de satisfacer un capricho. Además á sus conciudadanos debíales inte-



resar en gran manera sus acciones, pues si desobedecía á los dioses podían castigar á un pueblo entero, comprendiendo también el castigo al infractor de la disposición divina.

Ya hemos dicho que en las más antiguas sociedades se atribuía á cada uno de los miembros la facultad de atraer la cólera de los dioses sobre la nacion toda entera. En la edad de la supersticion el tímido creyente hubiera acabado con el temerario, aislado á su primer paso en el camino de las innovaciones. Lo que Ma-caulay invoca con gran confianza como fuente de incesantes progresos—el deseo que experimenta cada hombre de mejorar su condicion—no podía obrar entónces : el hombre estaba obligado á vivir de la misma manera que sus antepasados. La libertad del pensamiento y las ciencias progresivas de que tanto se habla hoy dia, sólo aparecieron mucho tiempo despues de esta época atrasadísima. Lo que primero interesa al espíritu humano, y lo que naturalmente le impresiona es la religion ; lo primero que se le ocurre á un razonador medianamente libre, es aplicar á los grandes problemas de la destinacion humana é investigar de dónde viene, hácia dónde debe dirigirse, y formarse por sí mismo una idea de la Divinidad lo más satisfactoria posible. Pero tal como dice muy oportunamente Mr. Grote :

Esto es lo que estaba vedado al hombre en los antiguos tiempos. Su *gens* ó su *φρονησις*, le obligaba á

creer lo que ella creía. La tolerancia es la más moderna de todas las ideas, pues este concepto que nosotros tenemos formado de que la falsa religion de *A* no puede perjudicar ni en este mundo ni en el otro á *B*, ni influir para nada en el bienestar de *C*, es, por extraño que esto parezca, una idea moderna. Por lo que respecta á los recursos de la ciencia, en el estado en que nos encontramos es más ilusoria. La ciencia física, tal como hoy la entendemos, es decir, la investigación sistemática y minuciosa de la naturaleza exterior, no existía entónces. Algunas observaciones muy raras, aisladas y superficiales, un calendario incorrecto, algunos secretos generalmente descubiertos por los sacerdotes y por ellos guardado; hé aquí todo lo que se había imaginado hasta entónces; no busquemos por lo tanto en esta época, pues como no había aparecido esta idea de encontrar en el constante estudio de la Naturaleza una base para el descubrimiento de nuevos instrumentos, de nuevos medios y de nuevos hechos, esta idea es moderna y es patrimonio exclusivo de algunas naciones europeas. En la más inteligente de las ciudades, en la más esclarecida época del mundo antiguo, Sócrates, el más inteligente de cuantos la habitaron, impedía á sus discípulos el estudio de la física, porque en su sentir producía la incertidumbre sin aumentar la dicha de los hombres. Esta ciencia, que hoy día va íntimamente unida á la suerte del progreso humano, entónces era completamente extraña á este progreso.

Un gobierno de discusion, cuando puede existir, rompe el yugo de la inmutable costumbre; pues son dos cosas antitéticas, irreconciliables. Por el mero hecho de poner á discusion un asunto cualquiera, con la intencion de acomodar la conducta á los resultados de esta discusion, ya no se regulará por la costumbre, escapa á su influencia y queda libre de determinarse en uno ú otro sentido; ademas de que, por el mero hecho de la discusion, se despoja á la costumbre y á toda otra autoridad del sagrado carácter que pudieran revestir; ya no hay la finalidad ni la ley providencial que regula los destinos del hombre; ya la comunidad no se somete á estas leyes con espíritu de obediencia pasiva. Una vez admitida la discusion en uno ó dos puntos, muy pronto se establece la costumbre de discutir, y pronto se rompe el vínculo sagrado del uso y la costumbre. Hay quien ha dicho en nuestros tiempos «que la democracia es como el sepulcro en el cual se entra y del cual no se sale.» Lo propio pudiera decirse de la discusion. Hágase la prueba, sométase un asunto cualquiera á discusion, y ya nunca más puede sustraerse á ella; será imposible rodearle con el velo del misterio, inútil una sagrada interdiccion; queda para siempre abierta á la libre discusion y expuesta á las deliberaciones profanas.

Las cuestiones relativas á los intereses de momento y muy urgentes de la comunidad, estas cuestiones políticas, cuya importancia es considerable y cuya solu-

cion es repentina, son las únicas que pueden someterse á discusion en la comunidad desde luégo, y hasta una época muy avanzada de la civilizacion. Supóngase que una nacion adquiere de una manera marcadísima la costumbre de tratar estas cuestiones con completa libertad y de resolverlas con gran prudencia ; supongamos que discute mucho sobre política sin que tales discusiones le sean fatales ; á esta nacion puédesele anunciar con completa confianza que realizará incalculables progresos en la civilizacion. Despréndese esto claramente de los principios á los cuales segun hemos reconocido, obedece la civilizacion primitiva. Los primeros hombres prehistóricos eran salvajes dominados por las pasiones que no se sometían fácilmente á un régimen de orden ni se doblegaban á un poder establecido. Empleáronse muchos siglos en plantear este orden y fundar este poder, y el único agente que pudo llevar á cabo esta empresa, fué la costumbre con todo el prestigio que pueda entre una institucion ; llegó á ser sagrada, y tanto fué su imperio que se extendió á todas las esferas , impidió todo ulterior progreso, y detuvo en algo la nativa originalidad del género humano.

Por otra parte, la discusion tiene particulares estímulos para favorecer y precipitar el progreso : uno de tantos es el precio que da á la inteligencia. Es menester un desarrollo intelectual muy importante para aducir argumentos que deben determinar una accion po-

lítica, para presentarlos de manera que produzcan el efecto necesario. Naturalmente estos argumentos no tienen un carácter absoluto ; el mejor argumento que considera la cosa á que se refiere ó la razon que aduce de una manera abstracta, no es siempre el que se lleva la ventaja sobre los demas. La discusion política, no debe convencer, si que tambien persuadir ; debe estar en consonancia con el espíritu de la época y debe hablar su lenguaje ; pero una vez reuna estas condiciones una buena discusion, tendrá ventaja sobre otra que no lo sea ; y no hay pueblo alguno que pueda aguantar, aunque sea sólo un dia, un gobierno fundado en la discusion, que no prefiriera, en el límite de sus preocupaciones y de sus ideas, un buen razonamiento á una argumentacion falsa. Los Estados libres dan un precio y le garantizan á la facultad de argumentar un valor y una importancia que á su lado nada de los otros Estados puede comparársele.

La discusion enseña á tener tolerancia, y la historia nos muestra que sólo ella lo enseña. En todas las sociedades regidas por la costumbre, se observa que el fanatismo, y por lo tanto la intransigencia, es una ley general. En nuestros tiempos se mira con malos ojos á todo aquel que vierte una idea nueva, pero entiéndase que esto pasa en los países atrasados donde se persigue la opinion y se castiga el pensamiento libremente emitido. Una de las cosas que más inquietan á la humana naturaleza, es una idea nueva ; tal

como se dice vulgarmente, *nos trastorna*, lo revuelve todo de arriba á abajo, y nos hace pensar que despues de todo, son quizás falsas nuestras ideas favoritas, y sin fundamento nuestras más arraigadas creencias. El espíritu del hombre ha permanecido tranquilo, fundando su opinion en ciertos principios, pero llega un dia en que un nuevo huésped, intruso espantable, ha forzado la entrada de un santuario que hasta el presente habíale permanecido inaccesible, y entónces es tal la confusion que se apodera de nuestra mente, que no hay manera de determinar cuál idea permanece en su íntegra pureza, ó si no quedará ninguna sana y salva. Nada tan natural, pues, que la mayoría de los hombres realizasen toda idea nueva y estén dispuestos á hacer la contra á todo espíritu, en pos del cual sigan las nuevas ideas y las reformas. Hasta en las naciones acostumbradas desde mucho tiempo á la discusion hay sobrada intolerancia; en la misma Inglaterra, donde hay una gran libertad de discusion para ciertas materias, tal como nunca las hubo en ningun otro país del mundo, es bien conocido el poder de la hipocresía. La discusion no aprovecha si no va acompañada de la tolerancia, y excluye el sistema practicado en una Asamblea política francesa, de hacer silbar una cosa cuando no gusta. Es cosa sabida que una nacion que es capaz de soportar continuas discusiones, es tambien capaz de practicar una tolerancia continua sin turbarse ni un momento.

Por otra parte, la facultad que tiene un gobierno con el sistema parlamentario de mejorar las condiciones de un pueblo, depende tambien de las cosas que se discuten. Hay períodos, en los cuales las grandes ideas fluctúan, por decirlo así, y en que hasta las personas más vulgares parecen tener una talla y una grandeza fuera del órden regular. La época de Isabel de Inglaterra es una de tantas. La nueva idea que importaba la reforma, el ensanche del mundo y de sus límites (*mœnia mundi*) por el descubrimiento de nuevas tierras y de naciones extrañas, dieron un gran impulso al pensamiento, como en ningun otro siglo existiera. Aunque la discusion no fué enteramente libre, lo fué mucho más que en otros siglos y otras comarcas. Tambien llevó la delantera á otras épocas en todas las demas cosas, tales como la poesía, la ciencia y la arquitectura, cosas de índole tan diversa y tan extrañas, como á primera vista parece, de la influencia de la discusion. Macaulay hubiera dicho que se revelaba el poder de la discusion y la influencia de tan saludable régimen en la poesía de Shakespeare, en la prosa de Bacon, en los ventanales de Longleat y en las severas torres de Burleigh. En realidad, esta no es más que una de tantas maneras de explicar el principio de que he hablado al tratar de los caracteres de las épocas y de las naciones. Cuando en una época se prefriere particularmente algun poder especial, una clase de gobierno con exclusion de todos los demas, serán

objetos de imitacion los individuos que la ejercen, y despreciados los que no tienen la menor intervencion en él; y por consecuencia, el poder se desarrollará extraordinariamente y se manifestará fuera del dominio de sus estados el efecto de su pujanza. En tiempos de la reina Isabel respetábase el pensamiento elevado, la idea libre; por esta razon los espíritus elevados, los pensadores vigorosos, abundaron hasta en las ciencias físicas, á las cuales muy pocas personas se dedicaban, y entónces comenzó una reforma en la filosofía á la cual se opusieron la mayor parte. En una palabra, el carácter de la época alentaba la originalidad, y los espíritus que tenían esta condicion en alto grado, no tardaron en llegar á las más altas esferas, se extendieron en todas direcciones, alcanzaron lo que ni presumía su época podía alcanzarse, y la hicieron digna de eterna memoria, le dieron verdadera celebridad.

Todos los grandes movimientos intelectuales, así en los antiguos tiempos como en los modernos, coinciden con la época de discusion. Atenas, Roma, las Repúblicas Italianas de la Edad Media, las comunidades y los Estados generales de la Europa feudal, son debidas á la libertad, y sólo á la libertad de una influencia especial y particular, de un predominio exclusivo de que carecieron estos Estados que no conocieron su libertad. En las grandes épocas tales como durante las guerras del Peloponeso, cuando la caida

de la República Romana, durante la reforma en tiempo de la revolucion francesa, entónces hemos podido observar las grandes consecuencias de la libertad de hablar y de pensar.

Las discusiones de las tribus salvajes tienen muy poca influencia, y no pueden sustraerse á la accion del despotismo de sus costumbres. La elocuencia de los indios de la América del Norte, de estos salvajes cuyo carácter especial se ha grabado en la pública imaginacion y ha adquirido muy pronto cierta celebridad, no es preferible á la de otros salvajes; casi todas las razas que han desaparecido por efecto de la dominacion inglesa, tenían mejores oradores; pero esta elocuencia no producía resultado alguno, pues eran sus discusiones relativas, no á principios, sino á acciones determinadas: todo se reducía á discutir si debía hacerse tal expedicion ó tal otra, si debía intentarse tal ataque, si debía saquearse tal aldea, porque ofrecerá mejor botin, etc., y las discusiones de esta especie aumentan el vigor del lenguaje, perfeccionan y acrecientan la facilidad en el discutir, desarrollan estos dones exteriores, estos gestos y ademanes que inspiran la confianza al auditorio; pero no ejercitan la inteligencia especulativa ni la facultad de concretar las cuestiones, aplicando para su conocimiento y resolucion los antiguos principios. Es decir, no hacen más que perfeccionar, y sólo hasta cierto punto, la condicion material del rebaño en el aprisco, sin que les ejerciten ni les

muestren la manera de saltar por cima las barreras.

La cuestion que se presenta hoy dia es la siguiente : ¿por qué en ciertos casos las discusiones arrojan luz y producen ideas fecundas, y dan resultados prósperos en todas ocasiones, cuando en otros sólo aprovechan en casos determinados? La historia nos da á este asunto una contestacion tan clara como evidente. Algunas razas se nos presentan desde la época más remota de su historia cognoscible, teniendo ya la base de una constitucion libre, tienen los rudimentos de un gobierno complejo, un monarca, un Senado y una Asamblea general donde toman asiento los diversos ciudadanos.

Los griegos son uno de tantos pueblos ; pero llegó un dia en que por el transcurso del tiempo y muy naturalmente se produjo la lucha—la primera de que tenemos noticia—entre la fraccion aristocrática, representada desde un principio por el Senado, y el partido popular, representado por la Asamblea general. Aquí encontramos evidentemente una cuestion de principio, y sólo á título de tal fué planteada resueltamente dos mil años despues de una manera evidente. Hará cosa de setenta años que un gentil hombre rural inglés, denominado Mitford (que se lanzó como otros tantos de su época en brazos del partido aristocrático por el terror que inspiró la revolucion francesa), encontró de repente una viva imágen de su época en la de la guerra del Peloponeso. Cogió á Thucydides y encon-

tró en sus obras como en un espejo la explicacion de las tendencias y las luchas de su época.

Era esta una interpretacion demasiado nueva ; á lo ménos había tardado muchos siglos en aparecer. Ello es que todas las historias modernas de la Grecia ántes de Mitford, sólo tenían una idea muy vaga de ello ; es así que este gentil hombre no tenía una originalidad extraordinaria, hay que suponer que la idea que tuvo otro la tendría tambien, á no haber sido la analogía de los sucesos que sucedieron delante de él, que le ayudaron á formular una relacion presentándole un ejemplo sensible y que le hicieron comprender al momento lo que leía. En cada una de las ciudades de la Grecia, y 400 años ántes de Jesucristo, encontramos dos bandos, el popular y el oligárquico, como en casi todos los países de Europa, ántes de 1793, el partido de la antigua aristocracia y el de la naciente democracia.

Esto es lo que notaba Mr. Mitford ; siendo aristocrático por esencia, como realmente lo era, escribió una historia que no es más que un folleto, un arma de partido, y que, podemos decirlo, sólo en este sentido puede leerse hoy. La fuerza de la pasion que inspiró al autor ha comunicado gran energía á la frase, y sostiene la atencion del lector.

Pero no es esto todo. Mr. Grote, este gran erudito á quien hemos perdido hace poco, reconocía esta identidad entre las luchas de Atenas y de Esparta, y en las del mundo moderno tomó parte muy activa y hasta

con violencia contra el partido de Mr. Mitford. Demócrata tan apasionado, como el mismo Mitford era un aristócrata ardiente, escribió una respuesta que bajo el punto de vista de la ciencia y del talento, sobrepuja á la de su adversario, pero es igual á ella en sus rasgos característicos ; pues ántes que todo, su libro se ha inspirado en una pasión política, vigorosa y ardiente, y está escrito para las personas que se ocupan de la política—y no como suelen y deben ser todas las historias de la antigüedad—el libro de un hombre que se ocupa exclusivamente de erudición más que de lo restante, y que escribe puramente bajo el punto de vista especulativo ó literario. El efecto de la discusión de los principios políticos fué el mismo en los tiempos antiguos que en los tiempos modernos. Se removieron todas las formas del pensamiento reguladas por la costumbre, y no sólo tomaron mil aspectos y se plantearon de diversa manera en los gabinetes de los filósofos, sino en el espíritu de la mayor parte, y hasta influyó en las cotidianas ocupaciones de la gente vulgar é indiferente. La *liberacion de la humanidad*, tal como tenía costumbre de llamarla Gœthe, la emancipación, el movimiento que sufrió para los hombres el yugo de la costumbre hereditaria, de la ley rigurosa indiscutible, comenzó en Grecia y produjo sus principales efectos buenos ó malos en Grecia. Sólo, merced á la analogía entre las controversias de esta época y las de la nuestra, ha podido decirse : «La historia clásica forma

parte de la historia moderna, la Edad Media es la única que puede llamarse en propiedad edad antigua.»

Si la Grecia no hubiera tenido discusión alguna de principios, es muy probable que no hubiera producido las obras de arte. Las obras de Homero no ofrecen ejemplo alguno de discusiones de esta clase. Los discursos de la *Iliada*, que según Mr. Gladstone, el más competente de cuantos jueces pueda haber en esta materia, son los más bellos que el hombre haya podido componer nunca, no contienen discusiones de principios. En vano se buscarían tendencias de espíritu crítico como si se intentara encontrar principios de economía política. En Herodoto empieza la edad de la discusión: en el fondo pertenece á la época que se va: habla con mucho respeto del orden y de la discusión establecidas; sin embargo, debía haber oído una infinidad de argumentos políticos en el transcurso de sus viajes por los distintos puntos de Grecia; así se comprende cómo sus obras estén llenas de citas y trozos que denotan una investigación de política abstracta en estado naciente. Los discursos sobre la democracia, la aristocracia y la monarquía que pone en boca de los conspiradores persas en el momento en que el trono estaba vacante, han sido declarados absurdos si se les considera como realmente pronunciados por los personajes que allí figuran: jamás ningún asiático paró mientes en tales asuntos; suponer que los han pronunciado aquellos á quienes Herodoto los atribu-

ye, sería lo mismo que imaginarse que los han pronunciado Saul ó David. En el fondo son discursos griegos, llenos del espíritu de las discusiones griegas, inspirados por la experiencia larguísima que tenían los griegos de los resultados de la discusion. La época de los debates parlamentarios empieza (y Herodoto de todos los hombres el ménos apto para la disputa); Herodoto, el más dulce y sencillo de los narradores, empezaba á experimentar sus efectos. Cuando llegamos á Thucydides, ya vemos los resultados de la discusion de una manera tan completa como nunca jamás. La luz que encontramos en sus obras, es una luz pura, limpia, no coloreada por la costumbre ni alterada por los usos sacrosantos ni venerandas costumbres. Así como la historia de Grote parece en muchas ocasiones una relacion hecha al Parlamento, así tambien la mitad de la obra de Thucydides se parece á un discurso, ó á una coleccion de materiales para un discurso, con destino á ser pronunciado en la Asamblea de los atenienses. Inútil es hablar de los tiempos que le siguieron. Cada página de Platon y de Aristóteles lleva las señales inequívocas, evidentes é indelebles de la edad de la discusion en que vivían; es imposible que pueda expresarse el pensamiento con mayor libertad. La inteligencia especulativa estaba harto libre de la autoridad de la tradicion y de la costumbre, su emancipacion era completa.

Sin duda esta independencia de toda preocupacion,

y esta sumision completa á la razon, que yo atribuyo á la antigua Atenas, no penetraban muy profundamente en esta ciudad. Los esclavos y las mujeres no disfrutaban de estas cualidades, y hasta en el seno de la poblacion libre contenía ciertamente un gran número de personas muy ignorantes y muy supersticiosas, número más considerable que no suele ser de ordinario. Sólo nos llama la atencion lo más culto de la antigua Atenas cuando estudiamos en los libros que han llegado hasta nosotros, olvidando que los actos del pueblo ateniense prueban en circunstancias muy importantes la más grosera supersticion; por otra parte, en la fraccion más inteligente y cultivada de la sociedad triunfaba la razon por completo; los espíritus más elevados y más filosóficos estaban dispuestos más que nunca á obedecer á la evidencia y á la razon; es probable que esta disposicion particular era en ellas muy acentuada, ó á lo ménos, había perdido en ellos todo su prestigio la costumbre, cumpliéndose y realizándose bajo este punto de vista todas las condiciones esenciales del progreso intelectual.

Diráse quizás que doy demasiada importancia á la idea clásica del desenvolvimiento humano; que la historia tiene otro testimonio de un progreso de otro orden, y que en ciertos casos lo hubo, así en Judea como en el Atica. Es muy cierto, en efecto, que allí existió realmente un progreso, pero sólo en un punto determinado. Dejando aparte la religion y lo que los

judíos aprendieron del extranjero, nada nuevo se encuentra desde Samuel hasta Malaquías; sólo progresaron en religion; fuera de ella permanecieron estacionarios, y ésta era una consecuencia de la causa misma del progreso. En toda la antigüedad, en todo el Oriente, en todos aquellos puntos de la tierra en que conservan en mayor ó menor escala su antigua condicion, se encuentran religiosos de dos especies; á la primera pertenecen los sacerdotes, herederos de las inspiraciones y creencias antiguas; á la segunda pertenecen los profetas que tienen la inspiracion del momento. Curcio ha hecho resaltar muy bien esta distincion en la antigua Grecia, tal cual nos la presenta la historia de estas épocas primitivas.

El arte del adivino es diferente de la carrera del sacerdocio, y se funda en la creencia de que los dioses están constantemente vigilando las acciones del hombre y que gobiernan el mundo, no desdeñándose de manifestar su voluntad, así en las cosas más pequeñas como en las de más importancia. Así era la creencia vulgar que siempre y cuando ocurre alguna dificultad en el sistema moral del mundo humano se manifiesta por algun signo exterior en el mundo físico, si es que los mortales aún se encuentran en estado de comprender las amonestaciones divinas y de aprovecharse de ellas.

«Es menester estar dotado de alguna facultad especial para ello; no basta un talento regular ni un grado

de cultura que puede adquirirse por el estudio y por el arte ; es más bien un estado de gracia que sólo tienen ciertos individuos ó ciertas familias privilegiadas, cuyos sentidos están abiertos á la divina revelacion, y que pueden estar en comunicacion con el espíritu divino más que ninguna otra persona. Por consiguiente, su deber y su mision es la de presentarse cual órganos autorizados de la divina voluntad, y pueden oponer su autoridad á todos los poderes de la tierra. Con estas ideas los conflictos son inevitables, y los recuerdos de la intervencion de Tiresias y de Calchas, que se transmitían por toda la nacion griega, nos prueban que los reyes-héroes de aquel pueblo encontraron en sus profecías y adivinaciones, no sólo un consejo y un apoyo decidido en todas épocas, sino tambien una oposicion constante y una protesta violenta en ciertas ocasiones.»

En Judea encontramos la misma suerte de oposicion que en otros puntos ; todo lo que tiende á la novedad viene de los profetas ; todo lo que es antiguo es conservado y defendido por los sacerdotes. Pero hay una cosa particular, exclusiva de la Judea (y ahora no trato de explicar esta particularidad) y es que las revelaciones de los profetas son, en conjunto, ventajas incontestables, y que depuran la religion con el transcurso del tiempo, y que las épocas se suceden ; pero no es esta la particularidad á que yo me refería. Mi tesis es la de que el progreso que de esta manera

se realiza no tiene la fuerza de expansion que encierra el progreso nacido de un régimen de discusion.

El admitir todas las soluciones porque emanan de una autoridad reconocida ; abdicar la razon propia ante el *magister dixit*, no es lo más propio para que la inteligencia se desarrolle : es preferible establecer estas conclusiones por sí mismo, y así el espíritu de crítica se ejercita. Así vemos que el progreso religioso dirigido por los profetas, léjos de acabar con el antiguo código y despotismo de la costumbre, hizo que marcharan acordes. El espíritu conservador, que honraba la muerte y aceptaba la enseñanza de los antiguos profetas, era el que perseguía y hasta llegaba á matar á los profetas de su época. Pero la discusion y la costumbre no pueden permanecer así ; sus métodos (usando el tecnicismo de los modernos filósofos) son contradictorios y antagónicos. Por consiguiente, y como consecuencia de lo dicho, podemos afirmar que el progreso de los Estados de la antigüedad clásica desarrollaba la inteligencia humana en sus múltiples manifestaciones : en Judea el desenvolvimiento era parcial, y sólo permitía el perfeccionamiento de la religion. Tambien en la historia del progreso intelectual aquellos pueblos ocupan el primer lugar, y los judíos el segundo ; quedando en orden inverso los rangos de unos y otros en una historia especial de la teología.

Una segunda observacion podemos hacer acerca de

esta materia. Podemos caracterizar (aunque sólo por incidencia) á la Edad Media diciendo que es un retorno al período en que reinaba la costumbre, habiéndose abandonado la costumbre clásica de ejercitar el pensamiento libre é independiente. Yo no pretendo ahora determinar exactamente el distintivo característico de la Edad Media ; sólo trato de comparar esta época con las que le precedieron. Sus partidarios dicen que lleva ventajas sobre la Edad Media y sus enemigos dicen que le era inferior en alto grado ; pero hay un punto en el cual todos coinciden indistintamente, amigos y enemigos, y que yo trato de hacer patente, á saber : que si la Edad Media se caracteriza por un retorno de esta preponderancia de la costumbre, que había privado en las épocas anteriores á la del predominio ateniense, este mismo poder de la costumbre se transformó y cambió completamente por los mismos medios que alteraron aquel régimen de la costumbre, y que tanto cooperaron á los esfuerzos de la influencia ateniense y á la realización de su obra.

Este elemento popular de los antiguos gobiernos, que se encuentra esparcido por do quier durante la Edad Media, fué el principal agente que contribuyó á cambiar las costumbres persistentes de la Edad Media, costumbres tan sólidas y bien establecidas que parecían haber de durar eternamente hasta tanto que alguna catástrofe histórica viniera á destruirlas. Las

tribus germánicas aportaron de su antigua residencia un gobierno que comprendía, tal como el de los pueblos de la antigüedad clásica, un rey, un Consejo y una Asamblea popular.

Allí donde fueron, aportaron con ellos estos elementos que se combinaron en proporciones diversas, según lo exigía la necesidad y lo demandaban las circunstancias. Por lo que respecta á Inglaterra, las excelentes disertaciones de Mr. Freeman y de Mr. Stubbs han evidenciado esto de tal manera, que han llevado el convencimiento al ánimo de las mismas personas que ménos se precian de conocer la antigüedad. La historia de la Constitución inglesa, al ménos en aquella parte que interesa al mundo, es en realidad la historia compleja de este elemento popular del antiguo gobierno, que fué débil unas veces, poderoso en otras ocasiones, jamás extinguido y en todas épocas prevaleciendo más ó ménos, pero siempre usando de un poder que nadie pudo arrancar de sus manos y que hoy no tiene rival. La historia del desarrollo de este poder, es la historia del pueblo inglés, y las discusiones que tuvieron por tema la tal Constitución inglesa, las controversias relativas á su organizacion y las discusiones sobre cada uno de los efectos que pudiera producir su aplicacion, todo, en fin, ha contribuido á formar y á mejorar la inteligencia política del pueblo inglés. En los principales puntos de Europa, y principalmente en Inglaterra, la influencia de

la religion ha sido muy diferente de lo que en la antigüedad había sido : pudiéramos denominarla *influencia de discusion*. Despues de los tiempos de Lutero, una conviccion se ha arraigado en los espíritus, y es la de que el hombre puede, por el esfuerzo de su inteligencia, formar su propia religion, y que debe escoger ó crear lo que mejor le convenga, cumpliendo el más importante de todos sus deberes. La influencia de la discusion política y la de la discusion religiosa han seguido pareja suerte durante mucho tiempo, se han prestado un apoyo tan eficaz, que las antiguas nociones de fidelidad, de sumision al soberano, el principio de autoridad, tales cuales existían en la Edad Media, no tienen hoy casi imperio alguno sobre los mejores espíritus.

En verdad que la influencia de la discusion no es la única que haya podido producir este efecto de significacion inmensa ; indudablemente que le han debido secundar otras fuerzas y otras instituciones. El comercio, por ejemplo, es una de tantas fuerzas que ha contribuido á poner en contacto íntimo hombres cuyas costumbres y creencias son diversas, y que ha contribuido á la transformacion de dichas creencias y costumbres. La colonizacion es un móvil de esta especie, pues estando los colonizadores entre los individuos indígenas cuyas costumbres les son extrañas, les obliga por regla general á ser tolerantes en la eleccion de los elementos que componen estas

colonias. Se asocian y asimilan los grupos que les parecen útiles, aunque las costumbres hereditarias de sus auxiliares sean diferentes y aún cuando estén en abierta oposicion con las suyas. En la Europa moderna, la existencia de una Iglesia cosmopolita que pretende estar por cima de todas las naciones y de sus poderes, y que en realidad se extiende por todas las naciones, ha contribuido, junto con los restos esparcidos de las leyes y de las costumbras romanas á secundar la influencia liberadora de la discusion política. Podríanse encontrar otras causas, pero de un órden secundario y por lo tanto incapaces de producir por sí solas la libertad intelectual : á ménos que en ciertos casos muy notados la influencia de la discusion haya presidido á la creacion de la libertad, y haya jugado un papel importante en su desarrollo é incremento.

No es difícil, empero, el encontrar excepciones manifiestas en la corte de Augusto ; por ejemplo, se disfrutaba de una libertad intelectual sin límites ; el espíritu estaba completamente desligado de las antiguas preocupaciones : en cambio, la discusion política estaba completamente subyugada ; carecía por completo de libertad. Esto es innegable, pero lo es tambien que lo que constituye la gloria de esta época tenía su gran precedente en una época de gran libertad : el imperio era deudor á la República de los grandes hombres que le gobernaron. El contacto ín-

timo de los elementos más heterogéneos bajo el imperio fué sin duda poco favorable á la preocupacion y á la costumbre hereditaria, y completamente favorable á la actividad intelectual, y sin embargo, cuán pocos elementos de civilizacion añadió el imperio á los que la República había dejado, prescindiendo por ahora de la Iglesia, pues es ésta cuestion que merece un estudio aparte; no hallándose establecida y sancionada la libre emision del pensamiento, las ideas quedaban estériles y es muy posible que la libertad intelectual pueda pasar y extenderse en un país donde la discusion es libre á otro donde está algo limitada. Así, la libertad intelectual de Francia en el siglo XVIII es debida en gran parte á la proximidad con Inglaterra y con Holanda y á las relaciones continuadas que mantuvo con tales países. Voltaire permaneció en Inglaterra : no hay una sola página en el *Espíritu de las leyes* que no revele las enseñanzas que Montesquieu encontró al otro lado de los mares, allende el canal de la Mancha, pero es lo cierto que sólo una parte de la cultura francesa provino de ahí : el germen podía ser extranjero, pero el tejido era nacional. Esto es muy natural, pues sería absurdo denominar *antiguo régimen* á un gobierno sin discusion ; sólo que en razon á la mala forma de gobierno, no había la seguridad de una política estable ni un estado seguro en las instituciones. El despotismo *puesto á raya por el epigrama* era un gobierno que permitía

hasta cierto punto la libertad de la discusion y hasta la licencia, y se dejaba dirigir en estas discusiones por un sistema de intermitencias y sobresaltos, rehuyendo un sistema gubernamental, homogéneo y continuo.

Aunque el gobierno de discusion haya sido, así en los primitivos tiempos como en las épocas posteriores, un órgano esencial para el perfeccionamiento del género humano, es en su origen una planta singularmente delicada; de ahí que en su favor no tenga todas las probabilidades de existencia. En un principio, los miembros de un Estado libre son necesariamente escasos en número, y la naturaleza de este gobierno exige que en la discusion tomen parte todos y cada uno de los miembros de la sociedad. Pero en los tiempos primitivos, cuando se lee poco, y raramente se escribe, no se ha imaginado todavía el sistema representativo: aquellos que deben obedecer á las decisiones que surgen en el resultado de la discusion, tienen necesidad de oír al orador, de verle cara á cara, de conocerle y de sentir la influencia de su personalidad. Los primeros Estados libres fueron pequeñas ciudades, más pequeñas todavía que todas las divisiones políticas y todas las demarcaciones nacionales que existen en nuestra época, á excepcion de la república de Andorra, que viene á ser como un resto de aquellos diminutos Estados. Toda discusion comenzaba en la plaza del mercado de una ciudad de pro-

vincia, como diríamos hoy día, y tratando asuntos que poco importaban á esta ciudad; y ahí hemos de remontarnos para encontrar el origen de esta serie de tan incalculables consecuencias. Los hombres acostumbrados á las investigaciones históricas como yo, no pueden contemplar estos puntos sino como una especie de delirio fantástico y con gran emoción; á pesar de que estos sitios, escenas de aquellos grandes hechos, tengan un aspecto comun y miserable. Pero estas pequeñas ciudades han sido y son débiles. El número es en las guerras de los tiempos primitivos, como en las de hoy día, la principal condición de la victoria. En los tiempos primitivos sólo se encuentra una especie de Estados con una población excesivamente numerosa; en todas las regiones del globo encontramos grandes poblaciones compactas, unidas por costumbres tradicionales y sentimientos sagrados, que están gobernadas por algun militar (generalmente un soldado de una tribu extranjera), que les ha vencido, y que, como suele decirse vulgarmente, se ha apoderado del gobierno, saltando por encima de todo; y si no es él quien ha hecho tal cosa, son sus antepasados, que para el caso es lo mismo. Estas grandes poblaciones, gobernadas por una voluntad única, han destruido sin duda á pequeños centros de población, quizás en el mismo momento en que empezaban á establecer un régimen de libertad.

De esta manera es como se procedió cuando fue-

ron sometidas á la Persia las ciudades griegas del Asia, y así debieron someterse las ciudades de la Grecia. No hay ningun niño que vaya á la escuela, que no sepa cómo salvó á la Grecia la incapacidad de los jefes persas, en tiempo de Grecia y en el de Darío. El porvenir de la civilizacion intelectual se decidió en un momento en que no tenía en su favor, á lo que parece, más que insignificantes probabilidades. Si los jefes de los persas hubiesen tenido una mediana habilidad, una prudencia militar comun, hubiera perecido la libertad griega. Atenas, como todas las ciudades jónicas de allende el mar Egeo, hubiérase encontrado sumida en el más completo despotismo; nada conoceríamos de lo que ha eternizado su nombre en la historia, porque nada de ello hubiera existido. Estos ciudadanos hubieran podido ser ingeniosos, hábiles, aptos para la imitacion, pero seguramente que no hubiera sido su distintivo ni la libertad ni la originalidad.

Lo que impidió que Roma fuera sometida por un gran imperio, fué que felizmente no tuvo cerca ningun poderoso rival. Sostuvo sus primeras guerras contra ciudades que venían á tener su importancia, aunque ella les aventajaba en valor y poderío militar. Sólo despues de haber conquistado la Italia, midió sus fuerzas con los imperios despóticos del Asia; y era ya muy poderosa cuando empezó á batirse con ellos, y por esta razon los venció. Gran número de peque-

ñas ciudades , que hubieran podido rivalizar con Roma y con Atenas, perecieron sin duda mucho ántes de que se imaginara escribir la historia, sin dejar señal alguna de su existencia más ó ménos efímera. Las reducidas proporciones, el corto alcance de los medios y la falta de poder de los primeros Estados que disfrutaron de libertad, les exponían siempre á sufrir una destruccion total ó la sumision , á las órdenes de otro estado más fuerte.

En el fondo son más frágiles aún, y más endebles; pues desde luégo que el período de la discusion empieza, cuando ya se desencadenan y aparecen á la pública faz en su forma descarnada las pasiones salvajes de los hombres. Hasta en las modernas sociedades, en donde estas tendencias han de ser necesariamente más débiles, merced al influjo de los siglos de cultura y reprimidas por los siglos de sumision y obediencia, tan luego como se somete á discusion algun punto capital, aparecen todas las pasiones desencadenados y la violencia en su más alto paroxismo.

Hé aquí, pues, la razon de la desaparicion de tales estados , y por qué los encontramos tan escasos en número en la historia de la humanidad. Echando una rápida ojeada á la historia podemos aventurarnos á suponer que sólo se encuentran en el seno de una raza especial. Las más importantes instituciones libres , las únicas que han dejado sucesion en todas las épocas de la historia han nacido de la constitucion de

los pueblos griegos ó latinos y de las primeras constituciones de las naciones germánicas. Todo lo que de liberal tenemos en nuestros tiempos es de entonces y hasta aquella época se remonta el abolengo de estas verdades que parecen comprender á primera vista toda la libertad histórica. Ahora bien, las naciones germánicas como los pueblos de la antigüedad clásica pertenecen á esta rara que los etnologistas denominan raza Ariana ; pues bien , demos por sentado que la facultad de formar estados libres existía en esta rama de la gran familia humana en un grado superior y de un modo exclusivo. Ahora nos toca hacer una advertencia y es que desgraciadamente esta teoría es muy cómoda ; pero los hechos no la confirman, pues es innegable que la raza denominada ariana no es íntegramente libre. Los arios orientales, los que hablan, por ejemplo, los idiomas que derivan del sanscrito tienen una gran masa de poblacion que puede conceptuarse como las de condicion más servil entre las que más del género humano, y en prueba de ello que sería el colmo de la locura dar á los habitantes de Bengala una Constitucion libre ó esperar que formasen una. Habrá, pues, algo más que no será puramente el origen ario que prepara los hombres á un régimen de discusion y les formará aptos para un estado de libertad.

Hay una cosa muy grave en pro del argumento que combatimos, y es que han sido capaces de libertad y la

han disfrutado razas que no son arianas. Cartago, por ejemplo, era una república semítica, y aunque no conocemos su organización social hasta en sus mínimos detalles, basta y sobra con lo que sabemos para probar lo dicho : sabemos que en un gobierno tomaban parte muchas personas y que la discusión de los asuntos generales del Estado era constante, sobre ser empeñada y decisiva. Sin duda Tiro, metrópoli de Cartago y las colonias de tirios y cartagineses, eran tan libres como la misma Cartago. Tenemos, pues, un grupo de antiguas repúblicas que no tenían origen ariano, una de las cuales, más antigua que Grecia y Roma, nada pudo tomar de ellas ni tampoco imitarlas. Es, pues, completamente insostenible la teoría que quiere hacer patrimonio exclusivo de una sola raza del género humano el gobierno con un régimen de discusión, ó, como diríamos en nuestros tiempos, parlamentario.

Tampoco tenemos ninguna hipótesis contraria que oponer á esta teoría ; tengo yo la pretension de explicar completamente por qué una pequeña minoría del género humano posee un gobierno que proporciona la ocasion de entrar en discusión de principios desde los tiempos históricos ; y por qué la mayoría restante de los habitantes del globo carece de todo esto. Fenómeno social es éste tan imposible de determinar, á mi ver, como lo es decir por qué Milton fué un poeta de genio y Bacon un filósofo ; ó, mejor diremos, viene

á ser lo mismo, por qué las causas que han dado origen á las variantes notabilísimas de los caracteres individuales son las mismas en el fondo que han producido las diferencias en los caracteres nacionales. Todo mi empeño se cifra en demostrar que un individuo con caracteres muy pronunciados, habiéndose señalado en una nacion y habiéndosele imitado, ha tenido desde luego muchas probabilidades en su favor para fijarse y permanecer constantemente; y esto en virtud de causas que ya quedan indicadas. Una vez constituida la individualidad tipo, que reúne estos caracteres, es más fácil explicar cómo se desarrolla y adquiere nuevas fuerzas; pero no es esto decir que podamos explicar por qué un tipo que tiene señalados caracteres aparece en un lugar en vez de aparecer en otro. Indudablemente tendrán su gran influencia el clima y el medio físico en que viven tomadas estas palabras en su más ámplio sentido; á no dudarlo son uno de tantos factores de la causa, pero no son el único factor; pues encontramos razas de hombres muy diversas que viven bajo la accion del mismo clima y en el mismo medio ambiente y hemos de suponer que han vivido durante muchos siglos muy cerca unos de otros y obrando en ellos una misma accion. La causa de la formacion de estos individuos señalados por sus condiciones especiales, debe ser *algo que esté fuera de la tribu y ejerza su influencia en la tribu y sobre algo que la tribu posea por he-*

rencia. ¿Pero cuál es este agente? Yo creo que nadie puede precisarlo.

Yo creo que con el eficaz auxilio de la historia podemos fijar las condiciones que ha de tener una nacion para que sea capaz de un gobierno con el régimen de discusion, y por consiguiente factor directo del progreso.

La nacion ha de tener desde luego la *patria potestad* bajo una forma muy marcada; de otra manera no podría determinar una existencia propia y distinta ni haría posible una educacion y una disciplina domésticas. Mientras la filiacion no tiene otro vínculo social que el de la maternidad, la familia es vaga y no es posible ningun progreso hácia una determinada forma de gobierno. En segundo lugar, parece como si este gobierno hubiese sido creado gradualmente por agregacion de familias en tribus, ó como dicen los ingleses, *clans*, ó como dirían los romanos, la *gens*; y luego, reuniéndose las tribus y constituyendo las naciones; la extension de estas naciones por la agregacion de otros grupos que les rodeaban y la juxtaponcion al primer grupo compacto, aumentó el número de los que debían tomar parte en la discusion. En tercer lugar hemos de tener presente cuán restringido era el número de materias discutibles, es decir, de aquellos asuntos acerca los cuales la opinion pública podía decidir libremente. En un principio todo lo regulaba la costumbre, y sólo creció muy difícil y pau-

latinamente el dominio de la libre discusion; y la razon de esta lentitud estriba en la constitucion de la sociedad primitiva en que la costumbre era la base y fundamento del órden social, y en que no podía dejarse á la libre discusion so pena de destruir la misma sociedad. Aun cuando pueda hacerse constar históricamente la existencia de estas condiciones, y áun cuando pudiéramos explicar su razon de ser por medio de la filosofía, el problema no quedaría resuelto y no sabríamos por qué razon ciertas naciones tienen tal gobierno y por qué otras carecen de él; por el contrario, siempre quedaría un vacío, faltaría la explicacion de un fenómeno que parece refractario al exámen, un fenómeno inexplicable, desconocido.

II.

Los gobiernos de la época de la discusion rompieron las antiguas trabas de la costumbre que ahogaban el desarrollo del género humano despues de haberle sostenido y fomentado; pero este es sólo uno de los innumerables servicios que tales gobiernos han prestado, prestan y prestarán al género humano. No trato de hacer aquí el elogio de la libertad; sólo trato de establecer tres puntos que no han quedado suficientemente determinados y circunscritos.

Los períodos de civilizacion reciben por herencia una naturaleza que ha triunfado de las edades bárba-

ras ; pero esta naturaleza no cumple ni responde á las exigencias de la civilizacion. Lo que en las primeras épocas determina la superioridad principal y esencial de las razas humanas, es la tendencia á la accion. Los problemas que han de resolver los hombres de aquellas épocas son muy claros y sencillos. El hombre más vigoroso, el que mata mayor número de gamos, el que puede hacerse con mayor provision de pescado, el que alimenta mayor número de rebaños, el que puede cultivar una mayor extension de terreno, este es el hombre que triunfa y manda. Así tambien, la nacion que da más pronto cuenta de sus enemigos, que logra deshacerse de mayor número de ellos, ésta es la nacion que prospera. En la sociedad primitiva todo tiende á favorecer y alentar la accion inmediata ; todas las desgracias vienen á caer sobre el hombre que permanece inmóvil ; la sabiduría tradicional de estas épocas no se cansaba de repetir «cuán peligrosas eran las dilaciones», que el perezoso, el hombre «que no cuida de cocer al fuego lo que ha adquirido por medio de la caza» no prosperará en esta tierra y desaparecerá muy luego de su superficie. Por consiguiente, la imposibilidad de permanecer en reposo, un afan irresistible de obrar inmediatamente, es en esta época uno de los defectos más sensibles del género humano.

Pascal decía que «toda desgracia humana proviene de una sola cosa : de no saber permanecer quietos un

solo instante en un aposento»; pero yo no trato de ir tan léjos; sólo trato de hacer ver cómo la ciencia humana hubiera adelantado mucho más si hubiésemos podido permanecer en reposo y sabríamos mucho mejor que ahora de qué manera deberíamos obrar cuando llegara el momento oportuno. La aparición de las ciencias físicas, el primer grupo considerable de ideas prácticas que pueden demostrarse á los hombres, prueba este aserto de una manera evidente. Si no hubiesen existido gentes apacibles que se hubiesen entretenido en estudiar las secciones cónicas, si otros individuos no hubieran permanecido tranquilamente ocupados en formular la teoría de las cantidades infinitesimales, si otros no hubiesen estudiado el cálculo de las probabilidades que para la mayoría de las gentes no es más que un sueño, una pura ilusion; si los perezosos, los que perdían el tiempo contemplando las estrellas no hubiesen estado observando durante mucho tiempo y asiduamente los movimientos de los cuerpos celestes, hubiera sido imposible nuestra moderna astronomía, y sin astronomía, nuestros buques, nuestras colonias, nuestros marinos, todo lo que viene constituyendo un elemento de la vida moderna no hubiera existido jamás. Han sido necesarios luengos siglos de vida sedentaria consagrada al estudio, para que pudiera comenzar esta vida activa; no hubiera existido la vida activa moderna, sin la vida contemplativa antigua.

Las nueve décimas partes de las adquisiciones científicas de nuestra época, las debemos á algunos hombres á quienes sus contemporáneos miraban como soñadores ; de éstos, que como dice el proverbio, «caen en el pozo mirando á las estrellas,» en fin, hombres que la sociedad de su tiempo consideraba como inútiles. De ahí puede deducirse que si hubiesen sido más numerosos los hombres de esta clase ; si el mundo no les hubiera despreciado ; si por el contrario les hubiera estimulado, tendríamos hoy un gran material científico de que carecemos ; oponíanse á ello esta actividad febril, este deseo de obrar. La mayor parte de los hombres ya tenían al nacer un temperamento inquieto, demasiado violento para permanecer con el sosiego y la calma que requiere el estudio ; no podían dedicarse á hacer investigaciones de ninguna clase ; muy luego sus estériles clamores *«espantaron á la gallina en el momento en que iba á empollar los huevos»* y no dejaron en paz ni un solo momento á los que necesitaban la calma y cuya apacible meditacion hubiera producido incalculables beneficios.

Todo el mundo se convencería al momento del grave perjuicio que causa esta actividad vertiginosa, si atendiera al bien de que es causa la ciencia, si sospechara las ventajas que ha producido ó produce, y si pudiera hacerse cargo del gran daño que á la ciencia causa, retardando sus medros este exceso de actividad. Pero este no es uno de tantos, ni el único, ni si-

quiera el más importante de los perjuicios causados por aquella. Tal como he dicho otras veces, esta actividad nos ha sido legada por aquellos tiempos en que la vida era muy sencilla y en que el objeto era muy fácil de distinguir, y al cual se llegaba obrando precipitadamente. Si *A* mata á *B* ántes que *B* pueda quitarse de en medio á *A*, resulta que *A* sobrevive y la raza humana se compone de *A*; pero la vida no tiene esta simplicidad: para obrar bien en las sociedades modernas son precisos muchos estudios prévios, muchos conocimientos adquiridos, un espíritu penetrante y de inventiva; y todas estas condiciones, sin las cuales no puede obrarse en buen sentido, exigen mucho tiempo, iba á decir mucho desvarío, un largo período puramente pasivo. Hasta el arte de matarse unos á otros, que enseñó más que todos los demas á obrar de prisa, exige hoy día una acción lenta. Un general que todo lo haga de prisa es el peor de los generales; el mejor será una especie de Von Moltke, si posible fuera, *que sabe callar en siete idiomas*, que posee sobre el arte de matar á la gente mayores conocimientos, y conocimientos más exactos que no se han poseido nunca. Este hombre juega con su enemigo una partida de ajedrez y con gran sangre fría lo calcula todo sin perder jamás su serenidad. Yo quisiera que el arte de hacer bien á los hombres hubiera progresado tanto como el de destruirlos; y aunque la guerra sea muy lenta, la filantropía está impaciente y

mal atendida. Esto nos sugiere la idea de la más triste de las reflexiones que pueden hacerse sobre la humanidad: esto es, si la beneficencia de los hombres hace más bien que mal. La filantropía es causa de mucho bien, no hay que dudarle; pero también es causa de mucho mal, pues aumenta de tal manera el vicio, multiplica el sufrimiento y llama á la vida del vicio y del dolor á las muchedumbres, y aumenta en este sentido la poblacion de tal manera, que cabe hacer la pregunta de si es este un gran mal para la humanidad. Esto proviene únicamente de que hay hombres de excelentes condiciones que creen que todo puede arreglarse obrando activamente; que se prestan grandes servicios á la humanidad dando satisfaccion á sus sentimientos espontáneos y que es preciso hacer algo para combatir el mal ó para impedirlo tan luego como aparece. Hay que esperar que en esta alternativa del bien y del mal la balanza se declinará por la benevolencia, y á primera vista repugna que pueda dejar de ser así; pero á pesar de todo, ello es que la cuenta del mal es muy pesada, y que podríamos habernos ahorrado esta carga si los filántropos no hubiesen recibido por herencia de sus antepasados, así como los hombres una pasion violenta por la accion pronta é inmediata.

Lo propio sucede en el comercio, que es hoy día la principal ocupacion del genero humano, y en el que podemos encontrar un *criterium* fácil de suerte ó de

infortunio (y que hace falta á otros trabajos de naturaleza más elevada), esta misma disposicion á la accion excesiva es evidentísima para los observadores. Es inútil obligar á las gentes á que se limiten á los negocios para los cuales bastan sus capitales y á que podrían dedicarse con completa seguridad; ésta es la locura general. Si bien es verdad que la causa de todo esto es hasta cierto punto el deseo de enriquecerse, no lo es ménos que el amor á la actividad, el frenesí continuo por moverse en una ú otra direccion es una de tantas causas influyente y poderosísima. Hay en algunos individuos una tendencia demasiado grande á la accion, un estímulo que les impulsa á moverse, que no guarda proporcion con los medios para satisfacerse y los empleos en que ha de ejercitarse. Algunos hay, por ejemplo, cuyas operaciones ejecutadas con el capital de que disponen, sólo les ocuparían cuatro horas al dia, y sin embargo, ejercitan su actividad y su industria durante ocho horas y de esta manera se arruinan. Si se hubiesen resignado á trabajar cuatro horas al dia y descansar durante el resto se hubieran enriquecido. Hasta las diversiones que se permiten los hombres, á lo ménos en Inglaterra, nos dicen lo mismo. Las carreras, los viajes, las ascensiones son verdaderos trabajos que fatigan. En el extranjero es muy comun decir que un viaje penoso responde á la idea que un inglés tiene formada de una huelga, lo cual es decir que la energía y la acti-

vidad inmensas que han dado al pueblo inglés este rango que ocupa en el mundo, han llegado en muchos casos hasta aquellos que en la vida moderna no encuentran manera alguna de emplear esta actividad y de dar salida á esta energía.

Hasta las especulaciones abstractas del género humano llevan en sí mismas las visibles huellas de este impulso demasiado violento. Cada filosofía se ha encarnado en un sistema, y como estas filosofías se contradicen completamente unas ú otras, de ahí que la mayor parte han de ser falsas. Innumerables principios abstractos, no comprobados todavía, adoptados por espíritus inquietos, desenvueltos en libros y teorías que pretenden explicar todo el sistema del mundo, hallan la oposicion en la misma naturaleza de las cosas que desmiente estas abstracciones, que en la práctica harían marchar al mundo en opuestas direcciones. La mayor parte de los sistemas atraen á los espíritus jóvenes y llaman la atencion de las inteligencias inexpertas; pero los espíritus bien cultivados se mantienen á respetuosa distancia, y léjos de abandonarse acogen estas doctrinas con gran reserva. Están prontos á acoger las nuevas ideas, á aprovecharse de ellas, y la menor verdad es por ellos bien recibida, pero un grueso volúmen de filosofía deductiva, por regla general, debe inspirarles desconfianza.

En la mayor parte de los casos son muy ciertas las deducciones, muy bien sacadas las consecuencias,

¿pero de dónde salen las premisas? ¿quién nos asegura que el asunto que se trata sea verdadero bajo todos sus aspectos? ¿Quién nos asegura de antemano que no son una mezcla de verdad y error y que por lo tanto no vale la pena de emplear toda la vida en razonar sobre sus consecuencias? En una palabra: la energía supérflua del género humano se ha desbordado por los campos de la filosofía, y ha llegado á convertir en grandes sistemas lo que nunca hubiera pasado de meras proposiciones.

Si los antiguos sistemas no son verdaderos, en tanto que se les considera como sistemas, no debe aceptarse íntegramente la reaccion que contra ellos se ha levantado en estos últimos tiempos. Encontramos siempre el mismo vicio original. Hasta en las revoluciones (aquí más que en ninguna otra parte) hay un exceso de energía. La pasion de obrar tiende siempre más bien á derribar que á construir; y es probable que se incline más por este lado que por otro, pues de esta manera la tarea es más fácil.

Les vieilles choses ne sont donc pas necessairement vraies
Hommes, mes frères, ni les nouvelles nos plus;
¡Ah! gardez encore un feu les pensées d'autrefois
Et considérez des une fois encore. (1)

(1) Hombres, mis hermanos, sabed que las antiguas cosas no son necesariamente verdaderas.—¡Ni tampoco las nuevas! Pero guardad las ideas de otros tiempos y examinadlas otra vez antes de desprenderos de ellas.

Pues esto es justamente lo que el espíritu humano quiere hacer. Quiere obrar sin retardo, sin consideracion de ninguna especie.

Pero se me dirá : ¿qué tiene que ver con todo esto el gobierno de la discusion? ¿Lo dificultará? ¿Disminuirá sus efectos? Sí; puede llegar á tener esta influencia y la ejerce de una manera manifiesta. Para impedir una accion inmediata é instantánea nada hay mejor que procurar que la accion empiece despues que un gran número de personas la hayan discutido y estén de acuerdo sobre la resolucion que han de adoptar. Si por casualidad estas personas difieren por el temperamento, las ideas, la educación, etc., estemos seguros que nada ó casi nada se hará con rapidez excesiva. Cada grupo de personas tendrá su orador, cada orador presentará su objecion particular, su contraposicion particular; y de esta suerte se acabará probablemente por no hacer nada, ó en todo caso, haciendo el mínimo de lo que la necesidad exige. En muchos casos esta demora puede ser perjudicial; muchas son las ocasiones en que conviene obrar de prisa. Una campaña no puede ser dirigida por una Asamblea deliberante—ha dicho muy oportunamente lord Macaulay—y hay otras acciones que por su premura exigen un jefe único revestido de todas las facultades y usando de plenos poderes. Pero aquí tratamos de prevenir una accion precipitada, y es sabido que para obtener una resolucion maduramente

pensada nada mejor que un régimen de discusión.

Las personas de un carácter opuesto y que todo lo quieren hacer de momento, están diciendo á todas horas que nuestro siglo es un siglo de comités, y que estos nunca llevan á término ninguna obra y que todo se va en palabras y no en acciones. Su grande enemigo es el parlamentarismo, al cual denominan junto con Mr. Carlyle «la barahunda nacional.» Suman las horas que se pierden disputando, los discursos que se hacen y suspiran por una época como la de Cromwel, es decir, en la que un hombre de genio ardiente y apasionado, de carácter absoluto, gobernaba á Inglaterra, pero cuyo gobierno consistía en realizar los designios de hombres tan arrebatados como él sin demora ni tardanza. Estos ataques no cesan jamás y vienen de diferentes puntos, especialmente de los filósofos, cada uno de los cuales quisiera plantear un nuevo sistema; de los filántropos, que quisieran corregir y exterminar el mal; de lado de los revolucionarios, que quisieran destruir todas las antiguas instituciones, de los utopistas, que quisieran encontrarse ya en la nueva era. Así, pues, todos reconocen por ello que un gobierno de discusión es el más eficaz correctivo de este desprecio hereditario de la humana naturaleza, es decir, del deseo de obrar rápidamente: deseo inestimable en época de simplicidad primitiva, pero que más tarde, en una edad en que todo es más complicado produce males sin cuento.

Algunas veces esta acusacion dirigida contra nuestra época reviste un carácter más general. Alégase que disminuye la humana energía; dícese que los hombres de hoy dia no tienen esta prontitud, esta rápida determinacion que tenían cuando el mundo era más jóven, y añaden que no sólo los comités y los parlamentos han perdido esta rápida decision de otros tiempos, sino que todos los hombres en general la han perdido. Estimo creer que esto es así, y lo creo de buen grado, porque prueba á mi entender que la espontaneidad bárbara que nos legaron nuestros antepasados disminuye y está próxima á extinguirse. Léjos de creer que el carácter de los hombres de nuestra época sea un defecto, quisiera que los que le critican estuviesen más en lo cierto de lo que están. Si bien es verdad que la costumbre de obrar impetuosamente y con violencia ha sufrido alguna disminucion, aunque sea mucho más intensa de lo que debiera ser en realidad, ello es que algo hemos mejorado. Este resultado es debido, á lo ménos en gran parte, y especialmente en Inglaterra, al gobierno de discusion, que ha dado cierta influencia intelectual; ha fomentado una disposicion especial á pesar y estudiar detenidamente los argumentos y razones; en fin, una disposicion especial (de la que carecían las antiguas épocas ménos tolerantes que la nuestra), por la que consentimos en que sobre cada cosa hay razones en pro y en contra y no debemos mostrarnos in-

transigentes, ya que nadie puede tener una pretension á la verdad absoluta. Esta es la razon por la cual aparecemos inferiores en energíá á nuestros antecesores. Cuando nos proponemos realizar un fin y sabemos que se puede alcanzar , y cuando sabemos cuáles son los medios que nos han de conducir á su realizacion, entónces nuestra actividad no es inferior ni le cede en nada á la de nuestros antecesores. Nuestros soldados en la guerra despliegan tanta energíá ó quizás más que los soldados de otras épocas; nuestros comerciantes en sus especulaciones tienen más prontitud, más celeridad, más audacia, más vigor que los de todas las edades. En las antiguas épocas, un corto número de ideas dominaban la inteligencia del hombre; hoy felizmente ya no es esto posible; hoy vemos cuán incompletas son las antiguas ideas; por efecto de qué casualidad la una se apodera de una nacion, o de otra; y tambien vemos que muchas veces un grupo de hombres ha perseguido á uno por meras opiniones relativas á un asunto del cual tan enterados estaban los perseguidores como los perseguidos.

Nada más conveniente que la existencia de cierto número de verdades indubitables, demostradas evidentemente; entónces no tendría razon de ser la discusion continua y quizás tampoco la tolerancia; pero miéntras no existan demostraciones de esta especie; miéntras las razones que llevan el convencimiento al ánimo de un individuo aparecen insuficientes á otro,

es menester reconocer la duda inevitable. Evitemos ante todo el ser fanáticos sin convicción, perseguidores sin fe. Esta inseguridad que nosotros empezamos á reconocer es causa de los insultos de los contrarios; pero nosotros no sólo reconocemos que esta duda es general, sino que proclamamos que encierra un gran beneficio á pesar de la incertidumbre que introduce en el ánimo, pues da motivos á que se aplique el sistema de la discusión á la investigación de la verdad, pero esta discusión es debida á un gobierno que exige un debate incesante de viva voz y por escrito sobre cada materia.

Este es uno de los beneficios menos notados, pero no por eso menos reales y verdaderos, de todo gobierno libre, una de las maneras de contrabalancear los impulsos exagerados, las tendencias extremas que la humanidad ha adquirido por herencia. Hay además otra tendencia de nuestra naturaleza, sobre la cual esta especie de gobierno produce el mismo efecto; pero sobre el cual debo pasar rápidamente, lo que á primera vista les parecerá á algunos una ridiculez. Supongamos igualdad de condiciones: aquellas razas que se multiplican más de prisa son las que prosperan: en las luchas del género humano el gran elemento es el número. El grupo más numeroso ha sido el que ha llevado siempre una gran ventaja sobre el más reducido, y aquel cuya multiplicación es más rápida es el que mayores probabilidades tiene de

ser más numeroso. Esta es la razón por qué la naturaleza humana ha llegado á alcanzar nuestro grado de civilización, en cuyo estado hay relativamente muy pocas luchas con aspiraciones mayores de las que corresponden á nuestros medios, ó como dirían los economistas, que la necesidad aparente es mucho más potente que la necesidad real. Un paseo por Lón-dres basta para cerciorar este hecho. «El gran pecado de las grandes ciudades» es un mal inmenso que fluye y se extiende. ¡Quién pudiera apreciar toda la verdad que contienen estas palabras! ¡Cuántas existencias perdidas, cuántas inteligencias estropeadas, cuántos corazones agriados, cuánta miseria afectando á la alegría, cuánta alegría en el seno de la miseria, cuántas penas, cuántas aflicciones, cuántas enfermedades incurables transmitidas de generación en generación! Y si pasamos al estudio del mundo moral, ¡cuántos espíritus reducidos á la impotencia por una ansiedad incesante! ¡Cuántas imaginaciones fecundas, que hubieran dejado algo al género humano, y que hoy se encuentran dominados por quehaceres y se preocupan de asuntos vulgarísimos! ¡Cuánto esfuerzo no hace una generación para preparar el terreno de la que le sigue! ¡Cuán poco provecho reporta cada hombre de sus obras en proporción de lo que pudiera reportar! ¡Cuántos puntos hay, como por ejemplo, Irlanda, en donde los hombres hubieran podido vivir felices y contentos si hubieran sido ménos en número! ¡Y cuántas

Irlandas no existirían aún si el número de los desgraciados no hubiese aumentado considerablemente con el infanticidio, el vicio y la miseria! Grande es la tristeza que de nosotros se apodera al pensar que aún ignoramos si las máquinas y todas las invenciones de la especie humana han siquiera aligerado el trabajo de un solo individuo de nuestra especie. Sin duda han permitido que viviera mayor número de hombres; pero estos hombres se dedican á un trabajo más penoso, tienen una vida más abyecta, más miserable, que la de los hombres de otras épocas inferiores en número.

Se me dirá aquí lo mismo que se ha dicho de la actividad excesiva : ¿Quién es capaz de decir si será capaz de evitarla ó de aumentarla un régimen de discusión llevado al extremo?

En verdad que este gobierno de discusión no presenta las mejores disposiciones para curar radicalmente la pasión de actividad, como podríamos denominarla, esta inquietud perenne, este afán de moverse que tanto nos perjudica ; pero creo que puede disminuirla, y no sólo lo creo, sino que afirmo que la disminuye realmente. No se crea que imagino una serie de premisas para acordarlas con mis conclusiones singulares; en prueba de ello citaré un pasaje de Mr. Spencer, uno de los filósofos que más han contribuido á esclarecer este asunto.

«El progreso futuro de la civilización, que precipi-

tará necesariamente la presión siempre creciente de la población, será acompañado de una pérdida siempre creciente del conjunto de cualidades que forman el individuo, así en la estructura como en el funcionalismo, y particularmente en la estructura y funciones del sistema nervioso. La lucha pacífica por la existencia en aquellas sociedades, que irán siendo cada vez más densas y más complicadas, debe ir acompañada de un aumento en los elementos, y de un mayor desarrollo de los centros nerviosos, así en su masa, en su constitución y en su diversa actividad. La mayor cantidad de fuerza motriz, necesaria como fuente de energía á aquellos hombres que deben ocupar un puesto, sostenerlo y educar á su familia en medio de la concurrencia siempre creciente de la vida social, corresponde, haciendo caso omiso de las demás circunstancias que puedan influir á un mayor desarrollo cerebral. Estos sentimientos más elevados—que supone la conducta más prudente y una vida arreglada que permiten tener descendencia en una sociedad adelantada—corresponden á un cerebro más complejo, mejor organizado. A medida que la sociedad se perfecciona, serán más necesarias para triunfar en la gran batalla de la vida mayor número de ideas, más variadas, más generales y más abstractas. La producción de esta cantidad más considerable de sentimientos y de ideas—en un cerebro cuyas dimensiones y cuya complicación son siempre crecientes—corres-

ponde en igualdad de circunstancias á un mayor desgaste de los tejidos nerviosos, y á un mayor consumo de materiales destinados á su reparacion.

Por consiguiente, y para reparar las pérdidas que esta formacion exige, y por el trabajo que se ejerce, el sistema nervioso debe poner á contribucion los elementos que componen el resto del organismo. El cerebro del hombre civilizado es más voluminoso que el del salvaje en la proporcion de un 30 por 100, y desde luégo ofrece una creciente heterogeneidad, particularmente en la distribucion de las circunvoluciones, y hemos de suponer que continuará experimentando continuas transformaciones en analogía á las que se han producido bajo el régimen é influencia de la vida civilizada... Pero en todo tiempo y lugar la evolucion se encuentra en antagonismo con la *disolucion procreatrix*. Sea debido al mayor desarrollo de los órganos que concurren á la conservacion del individuo, sea en razon de su mayor complejidad de estructura, sea porque su actividad aumenta, ello es que la cantidad de materiales que exigen y que absorben disminuye en igual cantidad el acopio de materiales destinados á perpetuar la raza; y hay, como se ha visto, muchísimas razones para creer que este antagonismo entre el conjunto de elementos que constituyen el individuo y la potencia de la procreacion se encuentra determinado de una manera particular, por lo que concierne al sistema nervioso, á causa de

las pérdidas particulares que exigen la formación y ejercicio de los diversos órganos. En el párrafo 346 hemos indicado la aparente conexión que existe entre un desarrollo cerebral muy pronunciado y una prolongada demora en el desarrollo sexual; en los 366 y 367 los hechos han venido á demostrarnos que allí donde existe una fecundidad excepcional existe el espíritu de inercia, es decir, que están en proporción desigual el desarrollo del cerebro y la potencia de los órganos sexuales; y que allí donde por efecto de la educación ha habido una pérdida excesiva, debida á una continuada actividad mental, suele haber, como consecuencia inmediata, una esterilidad parcial ó completa. Por consiguiente, la particular evolución que en el porvenir modificará indudablemente la constitución del hombre, deberá producir, ántes que otra cosa, una disminución notable en la facultad de reproducirse.»

Esto quiere decir que los hombres que hacen vida intelectual, y que pueden soportar esta vida, no tendrán problemente tantos hijos como tendrían de otra manera. Habrá excepciones aquí, como en todo. Puede darse el caso de que tengan muchos hijos, por ser de una constitución muy vigorosa; pero aún en éste no alcanzarán el máximo de posteridad que de otra manera tendrían, esto es, si hubieran hecho vida puramente animal. Por consiguiente, los descendientes de estos hombres que sólo ejercitan el cerebro, serán

ménos numerosos por término medio que los de aquellos cuyo cerebro trabaja ménos. Ahora, suponiendo que esta doctrina filosófica sea exacta (yo creo que esta es la manera de pensar de la mayor parte de los filósofos), veamos, pues, cómo se aplica perfectamente á la cuestion que nos ocupa. Nada fomenta tanto el desarrollo de la inteligencia como la discusion intelectual, y nada favorece tanto la discusion como un gobierno que adopte el sistema parlamentario.

Existe una atmósfera perpetua de investigaciones intelectuales que obra constantemente; y en cada individuo de nuestra raza hay cierta suma de actividad, que si se emplea de una manera no puede emplearse de otra. Ahora bien; esta atmósfera intelectual dirige la actividad sobre los trabajos intelectuales, y distrae estas fuerzas que en la sociedad primitiva se dedicaban á la propagacion de la especie; y como una política de discusion tiende, ante todo y sobre todo, á producir una atmósfera intelectual, de ahí que ambas cosas, que tan diversas parecían, han venido á quedar íntimamente relacionadas. Queda demostrado, y por segunda vez, que un gobierno libre tiende á prevenir un exceso hereditario en la naturaleza humana; es decir, un exceso de poblacion por la rápida propagacion de los individuos de la especie.

En fin, un gobierno de discusion tiende, no sólo á disminuir nuestros defectos, adquiridos y transmitidos por herencia, sino tambien en algunas casos á au-

mentar una cualidad que transmitirá la herencia. Tiende á fortificar y á acrecentar una cualidad distinguida, ó un conjunto de cualidades singularmente útiles en la vida práctica; ¡cualidad que no es muy fácil describir exactamente, y cuyos efectos no pueden indicarse ahora, pues no bastan las últimas páginas de un capítulo; preciso es un capítulo entero para poderlas estudiar completa y detenidamente. Esta cualidad es la que yo denomino la *moderacion animada*.

Si se preguntase á cualquiera en qué se distinguen los escritos de un hombre de genio, que sea al mismo tiempo un hombre muy práctico, de los de otros que no tuvieran sus cualidades, creo que la respuesta que podría dar sería la siguiente: les distingue la *moderacion animada*. Diría también que no se encuentran ni excesos, ni defectos, ni exageraciones; que les distingue el buen juicio que se revela á cada página, sin que nunca jamás causen fastidio; y á pesar de encontrarse en sus obras el calor, el entusiasmo y la fantasía, como pudiera tener un escritor extravagante, vulgar, jamás caen en la extravagancia ni en el ridículo, manteniéndose siempre á cierta altura. En la literatura inglesa, el mejor modelo de esta especie es Walter Scott, que ha llegado casi á la perfeccion. Homero era perfecto bajo este concepto. Shakespeare durante algun tiempo se mantuvo al nivel de estos autores, pero muy luego exageró algun tanto, influido por los defectos de una mala educacion y el mal gusto de la

época... Pero sea como sea, Homero, Shakespeare en sus buenos tiempos, Walter Scott (que está muy lejos de igualarles bajo muchos conceptos), tienen esta cualidad comun importantísima, y que á todos igualmente les distingue, á saber: esta union del entusiasmo con la razon, del calor de la inspiracion con la calma y la templanza. Por esta razon los ingleses tienen una ventaja sobre todos los individuos de otras naciones en el régimen de la vida activa.

En verdad que muchas cosas pudieran decirse contra nosotros. Reconocida es nuestra impopularidad; y como siempre hay alguno de entre nosotros que murmura de sus compatriotas, no falta quien entere á las demas naciones. Pero despues de todo y hasta cierto punto, Inglaterra es un triunfo, es un verdadero suceso en el mundo; y si cuenta algunas faltas en su carrera, ha llegado á término feliz, y éste se debe á que posee esta cualidad especial que indicábamos poco há. ¿Qué es lo que asegura el exito de un comerciante en su carrera? Su energía, al mismo tiempo que su prevision. La mejor definicion de un inglés que se haya distinguido como hombre práctico, es ésta: «Un hombre que sabe marchar adelante, pero que tambien sabe detenerse á tiempo.» Tendrá indudablemente sus defectos, como los tienen todos; será grosero, sin instruccion; no sabrá sostener una conversacion; pero tiene una gran dosis de prudencia y dominio de sí mismo, y una mezcla

extraña de moderacion y de energía. Probablemente cuando se pára no sabe muchas veces el por qué, como tampoco sabe muchas veces los móviles que le impulsan á moverse; pero siempre, por una especie de instinto, se detiene en el momento oportuno, cualquiera que sea, por decirlo así, la velocidad adquirida.

El mejor ejemplo de un hombre de Estado que sobresale por estas cualidades, es Lord Palmerston. Sin duda podrían echársele en cara muchos reproches, y hacerle cargo de muchas faltas. Por ésto ya no existe aquella especie de veneracion que se sentía por él durante los últimos años de su vida; por ésto ha desaparecido el encanto, y hoy podemos aventurarnos á sostener que sus conocimientos no eran vastos ni grandes sus concepciones, y que solía equivocarse con mucha frecuencia. Pero aunque podamos criticar sus intenciones, no podemos hacer lo propio con sus medios de accion. Se ha dicho que tenía mucho empuje, pero que no daba jamás una caída, y que sabía encontrar medio de detenerse cuando podía sobrevenir algun perjuicio de seguir marchando por el camino recorrido. Este hombre de Estado, que pronto hubiera adoptado la divisa de Hampden, tenía en su casa en realidad aquello de *mediocria firma*, y probablemente en todo el mayor grado que podía tener un hombre de su elasticidad y viveza.

Es cosa evidente que esta cualidad contribuye tanto

como cualquiera otra al éxito en la batalla de la vida. Coloca á los hombres en situacion de conocer lo que les conviene ; les da una facultad especial para conocer las cosas «sin alterar en ellos los vivos colores de la revolucion con el pálido matiz de la reflexion» (Hamlet) ; les hace capaces de emprender los trabajos útiles y provechosos, dándoles facultad y discernimiento para distinguir entre los útiles y los que no lo son. Un gobierno de discusion pública fomenta esta cualidad ; un espíritu dispuesto á aceptar disposiciones extremas, pero separado de la vida política ; un pensador puramente especulativo, un hombre de letras que no sepa manejarse en la vida práctica, no podrá vivir. Una moderacion vigorosa del espíritu y del cuerpo, se impone bajo un gobierno en el que domina la discusion : este es el temple que mejor conviene á la vida activa de un sér, tal como es el hombre, dadas las condiciones del mundo en que vivimos.

Las tres grandes ventajas que nos proporciona un gobierno libre, á pesar de lo que valen, poco significan en comparacion de este primer servicio que presta á la humanidad y continúa prestándoles. El primero y mayor de estos beneficios consiste en librar al género humano del antiguo yugo de la costumbre despótica por el gradual desenvolvimiento de la originalidad y del espíritu de exámen. Continúa produciendo este efecto aún á las personas más alejadas de

su influencia ; así Mr. Mundella, el más experto, el más competente de todos los jueces nos dice que el obrero inglés, aunque sea menos sobrio, menos instruido y peor educado que los de otros países, tiene mayor inventiva que todos ellos y ofrecerá á su dueño ideas más provechosas y de que éste se utilizará indudablemente.

Por otra parte y en otro terreno, considerando la posicion que Locke y Newton ocupaban en el siglo pasado y la de Darwin en el nuestro, puede decirse sin exageracion, que entre los grandes pensadores ingleses existe un distintivo, cierta cualidad merced á la cual producen tantas ideas originales de primer órden que las de naciones donde la cultura científica está más adelantada, y allí donde la ciencia pueda inspirar un interes más general. Yo creo que en ambos casos la originalidad de los ingleses viene de que el gobierno de discusion imprime á la sociedad entera el movimiento y la vida del pensamiento ; es que, en una palabra, en Inglaterra hay la opinion de que el pensamiento, la idea, no puede causar perjuicio alguno ; y es que esta fuerza se ha ejercitado durante mucho tiempo y hecho sentir su accion entre nosotros, y predisponiendo á los hombres de todas clases á emplear su actividad intelectual ; miéntras que un gobierno despótico les obliga á ejercitarla únicamente en un sentido determinado. La verdadera originalidad es tan rara en el género humano y pro-

duce tantos beneficios, que podemos decir por el solo hecho de promoverla, no tiene precio un gobierno libre cuyos inconvenientes quedan eclipsados ante esta única ventaja. Sólo con ocasion de él podemos exclamar aquella frase de Montesquieu : «Por muy cara que nos cueste la libertad, damos por muy bien empleado todo cuanto hayamos pagado por adquirirla.»





LIBRO V.

DEL PROGRESO EN POLÍTICA.

Una séria enfermedad, seguida de una larga convalecencia, vino á interrumpir la publicacion de estos ensayos ; ahora, pues, que los reuno, voy á completarlos, adicionándolos con otro nuevo, en el cual reanudaré en breves términos el interrumpido asunto que venía tratando. Sé de sobra que me expongo á incurrir en fastidiosas repeticiones; pero tratándose de un asunto que es á la vez tan oscuro como importante, lo prefiero todo á una sola apariencia de vaguedad.

En uno de los capítulos que anteceden he tratado de demostrar que bastan ciertas causas, más leves de lo que se cree comunmente, para hacer pasar á una nacion desde el estado estacionario de la civilizacion, al estado progresivo, ó al decadente. Se comprende en general muy poco el efecto del agente que produce

semejante cambio. Créese que obra sobre todos los objetos de la nacion, y es cosa admitida, á lo ménos por mitad, que únicamente debe tomarse razon de aquel efecto producido sobre cada individuo. Pero, separado de este efecto general, debido, por decirlo así, al primer choque de la causa, preséntase un segundo efecto considerable siempre, y por lo comun más importante que aquel: la nacion adquiere un nuevo molde de caracteres; aliméntanse y multiplícanse los que á este modelo se acercan, y al mismo tiempo los que de él difieren, son acosados y tienden á desaparecer. En una ó dos generaciones, la nacion cambia por completo la fisonomía: los caracteres típicos que sobresalen de los demas son diferentes; son diferentes los hombres imitados, y es diferente el resultado de la imitacion. Así, una nacion puede convertirse de industriosa en indolente, de rica en pobre, de religiosa en descreida; puede cambiar de arriba á abajo, como por arte de encantamiento, si se presenta una causa, aunque leve, ó una combinacion de causas, aunque apenas perceptible, sobrado fuertes para modificar los tipos favorecidos ó los tipos abominados.

Yo creo que podemos valernos de este principio, si tratamos de contestar á estas preguntas. ¿Por qué, pareciéndonos tan natural el progreso, son tan escasas las naciones que han progresado? ¿Cuál es la causa ó el conjunto de causas que en la mayor parte de los

casos han impedido ese progreso, ó que por el contrario lo han producido en una tan insignificante minoría? Pero es preciso resolver una dificultad prévia. ¿Qué se entiende por progreso, y qué por decadencia? Si ni siquiera en el mundo animal existe una regla aplicable y aceptada por los fisiólogos en virtud de la cual nos sea permitido afirmar que un animal dado tiene mejores condiciones que otro animal; si acerca de este asunto hay profundas divergencias, ¡con cuánto mayor motivo, en las sociedades más complejas de los seres humanos, no ha de sernos difícil aceptar un criterio concreto que nos permita decir que tal ó cual nacion se adelanta á otra, y determinar la época en que una nacion dada progresaba ó retrocedía!

Así, miéntras el arzobispo Manning, por ejemplo, se regularía por una ley especial de progreso y decadencia, el profesor Huxley adoptaría, por su parte, otra enteramente opuesta; y de fijo que aquello mismo que uno de ellos considerara como un progreso, lo tomaría como un retroceso el otro. Y es que entrambos tienden á un fin distinto y abrigan un temor determinado; lo mismo que el uno desea, no está muy léjos de lo que el otro teme; de manera que no bastarían volúmenes enteros para agotar el tema de sus controversias y llenar el abismo que les separa. Y por otro lado, en arte, v. gr., ¿qué se entiende por progreso y qué por decadencia? ¿Acaso Mr. Ruskin hablaría quien estuviera de acuerdo con él en este asunto?

¿Acaso lo está consigo mismo? Y por ventura, ¿son muchas las personas que se atreven á darle ó á negarle la razon?

Temo haberme visto forzado á «truncar un problema que no puedo resolver,» valiéndome de una frase familiar de Sir W. Hamilton.

Pero si es imposible formular un juicio acerca de los puntos que así en arte, como en moral ó en religion, han sido objeto de constantes divergencias, yo creo que mirándolos de lado, hay en ellos algo como «un progreso comprobable», si así puedo expresarme; es decir, un progreso que admitirán por lo ménos los noventa y nueve centésimos del género humano, en contra del cual no protestará ninguna creencia establecida ni organizada, y de cuyos adversarios, por hallarse en abierta contradiccion unos con otros, y por tener creencias diversas y contrarias entre sí, puede prescindirse por completo y con entera seguridad.

Vamos á ver cual es la superioridad de una colonia de ingleses sobre una tribu de indígenas australianos que vagan á su alrededor. Hay un punto, en el cual la superioridad es incontestable, y es la de que pueden batir á los australianos cuando mejor les plazca, quitarles todo lo que tienen y matar alguno de ellos si así les parece bien. Por regla general, en todas las alejadas regiones del globo, aquellas ménos codiciadas del mundo, el habitante indígena está á la merced

del usurpador europeo. Pero no se reduce todo á esto. Incontestablemente, la poblacion inglesa tiene más medios de bienestar y un capital en objetos que procuran goces de que seguramente no dispondrá la tribu australiana. Los ingleses tienen á su disposicion toda clase de libros, de utensilios, de máquinas, cuyo valor, utilidad y empleo desconocen los australianos; y á más, aparte de los inventos particulares, hay una fuerza general que puede emplearse á vencer mil obstáculos; hay una fuente de dicha permanente, porque los que la poseen deben, siempre que pueden, disponer de ella.

Dejando aparte los más elevados puntos de moral y de religion, encontramos, á lo ménos, así es mi manera de ver, que la superioridad más evidente de los ingleses es en primer lugar el imperio que ejercen sobre las leyes de la naturaleza. Individualmente serán inferiores á los australianos en algunos puntos, no tendrán una habilidad especial para hacer ciertas y determinadas cosas; no sabrán lanzar el boomerang, encender fuego con pedacitos de madera; y no obstante esto, veinte ingleses con su habilidad y sus utensilios, pueden producir en el mundo material un cambio incomparablemente mucho mayor y más eficaz que el de veinte australianos con sus instrumentos. En segundo lugar, este poder no sólo es exterior sino tambien interior. Los ingleses no sólo tienen mejores máquinas para dominar las fuerzas de la naturaleza,

sino que ellos de por sí son los mejores de todas las máquinas. Mr. Babbage nos enseñaba hace algunos años que una de las grandes ventajas de la mecánica era, no ya aumentar la fuerza del hombre, sino almacenar y regular esta misma fuerza; esto es, pues, lo que el hombre civilizado puede hacer, y está pronto á hacer de mil maneras distintas, de una manera más ventajosa y más precisa que el bárbaro. En tercer lugar, el hombre civilizado no sólo ejerce un poder más extendido sobre la naturaleza, sino que sabe utilizarse mejor de su poder; y cuando digo *mejor*, quiero decir que se aprovecha y saca más partido de la cosa de que se utiliza para la salud y bienestar de su cuerpo así como para la de su espíritu. Puede economizar para su vejez, cosa que no puede hacer el salvaje que no cuenta con medios durables de subsistencia; está dispuesto á economizar, porque prevé las contingencias del porvenir lo que no puede hacer la mente vaga del hombre salvaje; prefiere los placeres tranquilos continuados, mientras que el hombre no civilizado prefiere los transportes violentos, y sólo trata de sumirse más y más en el embrutecimiento. Estas tres ventajas quedan reasumidas, si no por completo, al ménos en gran parte en esta frase de Mr. Spencer, á saber, que el progreso es un adelanto en la adaptacion del hombre á su medio; es decir, la adaptacion de sus fuerzas y de sus afectos internos á su destino y á su vida exterior: lo cual tiene alguna analogía con el

antiguo adagio pagano «*Mens sana in corpore sano.*» Este progreso puede evaluarse con entera independencia de toda otra idea de progreso, pues se refiere á una clase de ventajas que reconocen desde luégo todos cuantos tienen una opinion más ó ménos respetable. Sin duda siempre habrá gentes que preferirán permanecer extrañas á la marcha general de la humanidad, como aquel salvaje que en su vejez volvió al seno de la tribu de donde era originario, diciendo «que había probado durante cuarenta años el estado de civilizacion, y que las ventajas que proporcionaba no equivalían á los trabajos que costaba su adquisicion.» Pero nosotros no debemos hacer caso de lo que dicen de la civilizacion aquellos que son incapaces de juzgarla, ni lo que digan tampoco las razas vencidas. La forma en que más comunmente aparecen las ventajas de la civilizacion, la educacion moral más simple, la educacion elemental, son beneficios inmensos y evidentes. Puede haber cuestion sobre los límites que esta idea alcanza, pero es lo cierto que no por esto dejará de haber mucho trayecto por recorrer en la larga vía del progreso *verificable*, que no sólo desean ardentemente sus promovedores y admiradores, sino que de él se aprovechan y aprecian todos aquellos que le alcanzan.

La cuestion de saber *cuáles son las causas del progreso*, quedará durante mucho tiempo sin resolverse, como no se plantee en la forma y maneras indicadas

más arriba. Si no empezamos por resolver desde luego las cuestiones más sencillas, jamás podremos dar cima á los problemas difíciles ; esto nos lo enseña la historia de la filosofía. Una máxima de humildad científica sobre la cual han insistido con frecuencia los investigadores más insignes, nos dice que así en el estudio de la verdad como en la práctica de la vida : «los que se encumbran serán humillados, y los que se humillan serán ensalzados.» Así, pues, áun cuando no nos ocupemos más que de una ley del bienestar y de la dicha presente, debemos terminar encontrándola, debe estar resuelto este caso sencillo y fácil ántes de abordar problemas más complicados cuyas dificultades son harto embarazosas como al tratar del arte, de la moral y de la religion.

El problema es más difícil de resolver de lo que á primera vista parece, pero los hechos más evidentes están en contra de nuestro objeto. Lord Macaulay nos dice : « En toda ciencia experimental hay una tendencia á la perfeccion. En todo sér humano hay una tendencia á mejorar su condicion.» De ahí que esperando la cooperacion de estos principios que obran en todas partes, siempre puede esperarse que precipitarán el progreso del género humano. En efecto, considerando al progreso en su verdadera acepcion, podemos decir que la naturaleza recompensa cada paso que se da en esta senda. El que encuentra un invento que le aprovecha á él y á sus conciudadanos. obten-

drá probablemente mayor suma de bienestar al mismo tiempo que se hará acreedor á la consideracion de todos cuantos le rodean. Es un beneficio innegable que ha de producir un aumento de goces á su autor *toda cosa nueva que sea útil á la vida humana y migliore su condicion*. Hoy un inventor suele obtener una recompensa enorme : una pluma de acero de forma nueva y que cumpla mejor que las demas plumas, una ligera mejora en la confeccion ó en el precio de una clase de prendas de vestido bastan para proporcionarles fortunas considerables, y los perfeccionamientos industriales obtenían en los tiempos primitivos iguales recompensas que en épocas recientes, aunque los beneficios obtenidos en una sociedad primitiva sean muy débiles en comparacion con lo que puede obtenerse en una sociedad adelantada. La naturaleza se parece á un maestro de escuela, en el sentido de que guarda los mejores premios para las clases más ilustradas y mejor educadas. Miétras tanto es un hecho que desde las primeras épocas de la sociedad la naturaleza ayuda á los que se ayudan, y este auxilio es eficacísimo.

Por todas estas razones parece que el progreso debiera ser cosa muy comun y corriente ; pero en realidad el progreso es siempre cosa extremadamente rara. Por regla general, y esto hemos tenido ocasion de hacerlo observar repetidas veces, el estado estacionario es la condicion normal del hombre, no el es-

tado progresivo; el progreso es una rara excepcion, un accidente.

Antes que la historia comenzara, fué preciso que hubiera un gran progreso en la nacion que la escribió, de otra manera no existiría la historia. Es haber dado un gran paso en el camino de la civilizacion el hallarse en aptitud para describir los hechos ordinarios de la vida, y quizás mirando la cosa de más cerca es haber dado un paso quizás igual al que significa é importa el mero deseo de describir los hechos. Pero sólo un pequeño número de razas han realizado tales progresos; muy pocos han sido capaces de tratar asuntos históricos, hasta aquellos asuntos más sencillos y triviales; y para la mayor parte de las naciones hubiera sido tan difícil escribir una historia cual la de Thucydides como crear una planta. En la época en que la historia empieza á conservar el recuerdo de las cosas, encuentra la mayor parte de las razas incapaces de historia, estacionarias, imposibilitadas de dar un paso adelante y á poca diferencia tales como son hoy.

¿Por qué, pues, las causas evidentes y naturales del progreso (porque así podemos denominarlas) no produjeron entónces estos efectos evidentes y naturales? ¿Por qué el destino del género humano ha sido tan diferente de lo que podía esperarse si tales causas hubiesen obrado siempre de la misma manera? Tal es el problema que yo he planteado en estos estudios

y he examinado bajo mil formas y bajo mil aspectos, y hé ahí en conjunto la solución que intento presentar á manera de ensayo.

El progreso del *hombre* necesita para su desenvolvimiento de la cooperación de los *hombres*. Es extremadamente limitado todo lo que un hombre ó una familia pueden inventar por sí mismos estando aislados, y aún cuando así no fuera, sería imposible encontrar las huellas del progreso aislado. El primer esbozo de sociedad, la tribu más rudimentaria, el más débil de los gobiernos, tiene tal superioridad física sobre el hombre aislado, que éste (si es que haya existido nunca tan aislado que no merezca el dictado de hombre) ha debido sucumbir inevitablemente. El primer principio es el de que el hombre no puede progresar sino constituyendo *grupos cooperativos*. Yo pudiera usar de las frases más usuales de tribus y naciones; pero empleo adrede una expresión ménos familiar, porque pocos son los que reconocerán desde luégo que las tribus y las naciones son grupos cooperativos, y que juntamente á esta forma es debida su importancia. Cuando á una sociedad le falta una sólida alianza cooperativa, un vínculo de cohesión, pronto es destruida y vencida por otra bien provista del vínculo de que carece la primera. El segundo principio es el de que los miembros de un tal grupo deben tener caracteres de la homogeneidad para poder obrar juntos y cooperar á un

mismo fin. La cooperacion depende de una union estrecha de afecciones y de ideas, y esta union sólo tiene lugar cuando hay una semejanza real y verdadera entre las diversas aspiraciones y tendencias de la sociedad, cualquiera que sea el origen de esta semejanza.

La cooperacion necesaria y la semejanza indispensable han sido motivadas, á mi entender, por un yugo de los más fuertes (y así los reconoceríamos si se nos impusiera nuevamente) y por una de las más terribles tiranías que los hombres puedan haber conocido jamás por la autoridad de la costumbre. En su faz primera no es una autoridad de *agua de rosas* como la hubiera denominado Carlyle, sino una regla rigurosa, incesante, implacable. Esta regla suele tener el origen más pueril; empieza por una supersticion fortuita, un accidente local. Este pueblo—ha dicho el capitán Palmer refiriéndose á los insulares de Tidji—es muy conservador. Un jefe que andaba un día por las montañas escoltado por un gran número de hombres de su tribu, dió por casualidad un mal paso y cayó; inmediatamente hicieron lo propio todos los que le seguían á excepcion de uno, sobre el cual se lanzaron todos los demas, preguntándole si tenía la pretension de valer más que su jefe.» ¿Hay nada peor que esta vida regulada por esta obediencia inconveniente y esta imitacion servil? Es verdad que no he escogido un ejemplo de los mejores, pero la ley de costumbre,

allí donde la encontramos en sus primeras manifestaciones, no es otra cosa que un uso grosero nacido por casualidad y que se extiende á todo, que empieza no se sabe cómo, se impone sin saber por qué, pero que gobierna á los hombres hasta en lo íntimo de sus acciones con una fuerza irresistible.

La necesidad de formar grupos cooperativos por medio de costumbres fijas nos explica la necesidad del aislamiento en las sociedades primitivas. Es un hecho que todas las grandes naciones se han formado separadamente y en secreto y han escogido para su desarrollo aquellos puntos donde nadie pudiera estorbarles en su camino. Grecia, Roma, Judea se han formado separadamente, y una de sus particularidades distintivas es la antipatía que cada una de ellas guardaba á los hombres de raza y lengua diferente; este es el rasgo definitivo, único que es comun á todas ellas. El instinto de las primeras edades es un guía seguro para lo que sus necesidades reclamaban. En esta época las relaciones con los extranjeros hubieran podido romper las reglas fijas que formaban los caracteres de cada nacionalidad, hubiera debilitado la energía de los espíritus más pronunciados y se hubiera perdido y dificultado grandemente la perseverancia en la acción. El espectáculo de una incredulidad tolerada destruye la potencia coercitiva de la costumbre religiosa y rompe los vínculos sociales.

De esta manera queda demostrado que de algo sirve

en las sociedades una especie de edad *preliminar* en la que el comercio está en mal estado, porque no puede coexistir con el estado de aislamiento en que viven las naciones ocupadas en una sola y única tarea (quizás la de su constitucion) introduciendo en la comunidad algunas ideas que les podrían distraer porque lleven consigo *un espíritu extraño venido de las riberas extranjeras*; al mismo tiempo que el comercio, que es hoy una institucion de incalculables beneficios, era en otro tiempo una verdadera calamidad; la guerra y la conquista, á las cuales nuestra habitual costumbre nos enseña á considerar como verdaderas plagas, suelen ser particulares beneficios en aquellos tiempos. Sólo la lucha de las costumbres fomenta las buenas y extingue las malas. La conquista es el precio dado por la naturaleza á estos caracteres, cuyas costumbres nacionales tambien han formado los individuos más aptos para vencer en la guerra, y bajo muchos aspectos estos caracteres que vencen son realmente los mejores caracteres; en una palabra, los caracteres que triunfan en la guerra son los que nosotros desearíamos ver triunfantes.

Al mismo tiempo hay que tener en cuenta que las buenas instituciones tienen una ventaja militar sobre las malas y perjudiciales. La primera victoria de la civilizacion fué la conquista de las naciones donde la familia estaba mal definida, donde la filiacion legal únicamente se establecía por la madre, por aquellas

otras naciones cuyas familias mejor constituidas establecían la descendencia por el padre y por la madre, ó bien solamente por el padre. Estas familias compactas son una base muy sólida, son un apoyo constante de la disciplina militar ; no así estas familias mal unidas que apenas pueden llamarse familias, en las cuales no es reconocida la paternidad, á lo ménos desde el punto de vista de la tribu, y en donde el hecho material de la maternidad, único que ofrece garantía de fundamento y puede ser origen de una ley ó una costumbre. Las naciones que poseen un sistema de familia más compacto han dominado la tierra, es decir, se han apoderado de aquellas regiones más disputadas y las naciones de vínculos familiares más relajados han sido perseguidas y han debido vivir en los cerros y en las montañas ó en las islas solitarias. El sistema de la familia en su forma más elevada ha pasado á ser patrimonio exclusivo de la civilizacion, de tal manera, que la literatura no quiere reconocer otro. Hoy día no podríamos suponer la posibilidad de un sistema tan contrario al que nos rodea y tan en pugna con la manera de ser de la sociedad en que hemos vivido, si no fuera que quedan algunos restos, pequeñas comunidades diseminadas en el mundo y cortadas aún por el antiguo molde y con huellas de aquel antiguo régimen tan funesto. Despues de este ejemplo, que nos prueba la naturaleza fragmentaria de los hechos existentes, es relativamente fácil llegar á creer

que ciertas instituciones extrañas pueden haber desaparecido sin dejar ninguna huella, ningun vestigio que ayude á la imaginacion á representarlas tales cuales fueron en la época en que existían.

No puedo extenderme más sobre este asunto, pero debemos hacer notar de todo punto que las religiones buenas han tenido tambien una gran ventaja *de un orden físico*, ni puedo expresarme así sobre las religiones que perjudicaban al hombre. Ellas han inspirado al hombre lo que podríamos denominar *la confianza en el Universo*. El salvaje entregado á la más ínfima supersticion nada teme tanto como á la naturaleza; vacila siempre ántes de hacer cualquier cosa, pues no sabe si es de buen ó mal agüero, hace tal otra porque importa dicha, ó bien se encuentra en a imposibilidad de obrar en ningun sentido hasta tanto que los dioses no han hablado y no le han dado permiso para obrar. Las religiones más elevadas ni imponen tamaña sumision ni inspiran este terror.

εἰς ὕψωνός ἀριστος ἀμύνεσθαι περὶ πατρῆς

(Hom. II. XII. 243.)

La creencia del romano convencido en que debía fiar de los dioses de Roma, porque éstos eran más fuertes que los demas. La creencia de los soldados de Cromwell que sólo «fiaban en Dios guardando la pólvora seca,» son indudablemente grandes pasos en

la senda del progreso, tomando esta palabra progreso en el sentido más estricto é hicieron á los hombres capaces de aceptar el mundo tal como era y tomar las cosas como venían y sólo dejarse guiar por poderosos motivos, dejarse convencer por sólidas razones, no detenerse por ningun escrúpulo supersticioso y poner todos sus medios y ejercitar todas sus facultades cada vez que debían hacer alguna cosa. Pero las religiones que vigorizan, es decir, aquellas que dan el apoyo más evidente á las cualidades morales más varoniles, por decirlo así, el valor, la franqueza, la actividad, han contribuido á fortificar las razas de una manera más evidente y han hecho vencer á las creyentes.

Algunos progresos de la edad primitiva son quizás perjudiciales porque sólo tienden á la guerra, y el sentimiento delicado de la belleza, el amor de la meditacion, una tendencia á cultivar las facultades del espíritu, con grave detrimento de la fuerza corporal, contribuyen de una manera eficaz á transformar á los hombres de belicosos en débiles, de valientes en tímidos, y estas virtudes convienen á otras épocas que no á aquellas. La principal tarea de las primeras edades es la de ligar los hombres entre sí por un vínculo tan sólido como sea posible, por medio de una costumbre ruda, brutal, rígida, y nada logra para alcanzar este fin la lucha incesante de las naciones entre sí. Cada nacion es *un grupo cooperativo hereditario* unido y estrechado por una costumbre fija; y los que

sobresalen, despuntan y dominan, son los que tienen las costumbres más propias para producir la unidad deseada, y al mismo tiempo las más varoniles, estas son, por regla general, las mejores costumbres. Los grupos que vencen valen generalmente mucho más que los vencidos, y de esta manera el mundo primitivo se fué perfeccionando poco á poco y mejoró sus condiciones.

El mundo primitivo gobernado por la costumbre duró, sin duda, algunos siglos. La historia nos muestra grandes monarquías, compuestas cada una de ellas de innumerables grupos, cada uno de los cuales tenía su propia costumbre que creían databa de remotísima fecha. El mundo tal como se nos presenta en la historia no parece muy nuevo, sino por el contrario, muy antiguo, y según nuestros principios aquí sentados preciso es que su existencia date de antigua fecha. Si la naturaleza humana tenía necesidad de perfeccionarse gradualmente cada generación, ha debido nacer ménos salvaje y más apta para la civilización; en una palabra, más conforme á ley que la precedente, y estos perfeccionamientos hereditarios han de ser siempre lentos é inciertos. Aunque un pequeño número de hombres con buenas disposiciones puedan hacer progresos considerables, la generación en masa adelanta muy paulatinamente sobre la que le precede; y el más ligero perfeccionamiento así obtenido puede ser destruido por algun atabismo miste-

rioso, por algun extraño retorno á las edades primitivas. Los primeros capítulos de la historia de las sociedades humanas están llenos de interminables épocas de monotonía lúgubre; pero estas edades no quedaron sin aprovechamiento, no fueron supérfluas al género humano, pues durante este período formóse esta condicion dulce y dócil que llamamos hoy dia naturaleza humana.

La mayor dificultad no está en conservar un mundo constituido de esta manera, está en salirse de él. Para mejorar al mundo le hemos sometido al yugo de la costumbre, y la costumbre se unió obstinadamente al mundo. En mil ocasiones, mejor diremos, en la mayoría de los casos, han permanecido en esta primitiva forma todos los progresos del género humano, cuya forma primitiva perfectamente embalsamada no ofrece más que la momia de lo que era primitivamente. Queda demostrado de qué manera, con qué lentitud y en qué corto número de casos, el hombre podía sacudir el yugo de la costumbre.

El gobierno de la discusion, este fué el que rompió el vínculo secular y libertó, por decirlo así, facilitó la originalidad del género humano. Entónces y sólo entóntes comenzaron á obrar realmente aquellos móviles, con los cuales contaba Lord Macaulay para asegurar el progreso del género humano; entónces fué cuando esta *tendencia de todo hombre á mejorar su condicion* empezó á tener verdadera importancia,

pues solamente entónces pudo el hombre modificar su condicion, miéntras hasta allí se encontraba materialmente pegado al punto en que habitaba sin poder salir de él por la fuerza incontrastable de la antigua costumbre. Entónces tomó algun incremento la tendencia á perfeccionar las artes mecánicas, porque el artífice estuvo en libertad de mejorar sus obras; cuando hasta allí, durante muchos siglos había sufrido la interdiccion de un pasado tiránico que no le dejaba salir del círculo de la rutina.

Tan luego como se dió este paso, se desarrollaron todas las facultades y se acentuó el progreso (tomada esta palabra en un sentido estricto, pero tambien en el sentido que más generalmente se le toma). Entónces, tal como queda indicado, sólo triunfa la *moderacion animada*, esta difícil combinacion de la energía y de la prudencia, si difícil de adquirirse, más difícil de conservarse. Esta superioridad distinguida encuentra un constante apoyo en los dones, en todas las facultades distinguidas de los hombres. Se ha hecho notar que el buen gusto y el buen sentido, aunque con frecuencia suelen ir separados, suelen ir juntos por regla general, y que un hombre al que le falte el buen gusto, aunque tenga una conducta arreglada, está propenso, tarde ó temprano, á caer en vulgaridades y en errores prácticos de gran importancia. En metafísica, es muy probable que ambas cualidades, el buen gusto y el buen sentido, impliquen esta otra

cualidad que se llama la tranquilidad de espíritu, es decir, la facultad de permanecer enteramente libre de ajenas influencias, permanecer en actitud pasiva y de esperar que el cúmulo de impresiones pasajeras produzcan su efecto en el espíritu, y produzca todos sus resultados.

El hombre desprovisto de juicio y de buen gusto suele ser impaciente; por esta razón suelen ir juntos el sentido delicado de la belleza y del tacto y la prudencia en las costumbres. Cuando las pasiones se agitan y la sociedad aparece como mar tempestuoso, la tempestad difícilmente llega á hacerse sentir en las puras y tranquilas regiones del arte; por consiguiente, el cultivo del buen gusto tiende á favorecer el ejercicio del buen sentido, nuestro principal apoyo en el mundo complejo de la vida civilizada. Es por esta razón que algunos principios de la religión aún siguen recomendándonos la templanza, que al fin y al cabo no deja de ser una condición esencialísima de todo lo que da buen resultado, de todo éxito en el sentido estrecho y material que pueda tener esta palabra; de seguro que podríamos señalar esta influencia en cien casos distintos; la mayor parte de los placeres que proporciona el cultivo de alguna facultad intelectual, nos impiden ó tienden á impedir que nos lancemos con avidez á los placeres de la vida, y esta avidez que hace inquietos á los hombres y á las naciones, y les hace desear ardientemente la gloria y la

fortuna, es causa de que se hagan muchas cosas que no debieran hacerse y que algunas de ellas se hagan muy mal, tan mal que el individuo que las hace suele quedar por ellas muchas veces sin consideracion y sin fortuna.

Pero es ya inútil extenderse más sobre este punto. Está en el ánimo de todos y no ofrece duda alguna que estas cualidades distinguidas, el refinado gusto, el buen sentido, la prudencia, estos dones exclusivos de la humanidad, son un obstáculo formal en las luchas que la sostiene en su época primera; pero inestimable es su precio, grande su valor, incalculables sus ventajas en un período más adelantado. Este período empieza cuando ya los gobiernos de discusion han recobrado suficiente imperio para imponerse, asegurar la estabilidad de las instituciones existentes, y han podido romper el yugo que parecía inquebrantable de la antigua costumbre, y han despertado el espíritu de inventiva que dormitaba tranquilo al abrigo de un uso constante, de una rutina social elevada á principio y sancionada por el beneplácito de todas las épocas. Entónces fué cuando por vez primera todas las facultades del hombre recobraron aliento y encontraron aplicacion, y contribuyó cada una en la parte que le cupo á la grande obra del progreso (tomada esta palabra en un sentido estricto) á la grande obra del progreso verificable. Esta es la causa de todos los panegíricos y alabanzas de la libertad tan mesurados

en la forma, tan sinceros en el fondo ; en efecto, la libertad es la potencia que fortifica y desarrolla, es la luz y el calor del mundo político. Cuando el cesarismo tiene alguna originalidad del espíritu debida únicamente á que se arroga lo que á la libertad pertenece, porque sólo la libertad puede producirla ; aquella originalidad es frágil y poco duradera, y desaparecerá muy luego en el momento en que la hayan puesto á prueba dos generaciones consecutivas, y habrá cesado de existir cuando más lo reclamaba una necesidad evidente

Mucho más habríamos de decir, y no hubiera concluido aquí nuestra tarea si quisiéramos estudiar á fondo todas las condiciones del progreso posible *verificable* ; la ciencia, por ejemplo, tiene secretos que le son propios, que le pertenecen de toda propiedad. La naturaleza no nos ofrece por sí misma las más provechosas enseñanzas ; sus secretos más importantes se los guarda y los tiene reservados para aquellos hombres cuya vida se consagra á una larga investigación de verdades abstractas. No se crea fácil comprender las leyes del movimiento en su esencia y naturaleza íntimas, ni tampoco asequible á la mayor parte de los hombres dar la solución de aquellos problemas de la mecánica tan fáciles á primera vista. Sin embargo, de estos conocimientos depende la navegación, la astronomía física y la teoría de los movimientos en física. Pero ninguna nación hubiera pensado de antemano



que tales secretos se descubrieron de una manera tan extraña y original ; por consiguiente, muchas naciones que se empeñan en un mal camino pueden quedar rezagadas, suponiendo que no haya comunicacion entre sí, por otra nacion que si bien no tiene sobre ella superioridad manifiesta, ha sabido encontrar y seguir por la buena senda. Si no existieran los indicadores Bradshaw, y si nadie conociese la hora de partida de los trenes, un hombre que hubiera tomado el tren express no sería por ésto ni más sabio ni más activo que otro que no le hubiera tomado, y sin embargo llegaría algunas horas ántes al término del viaje que su compañero. Si no me engaño, una observacion análoga cabe hacer por lo que respecta á la ciencia. Sea como fuere, preciso es estar seguro de si es así ó de otra manera, y hasta que este punto esté resuelto no puede ser posible una teoría completa del progreso *verificable* ; es preciso tambien ántes de emprender el estudio de aquella, determinar con precision las condiciones de desenvolvimiento de la ciencia física.

Claro es que no puede explicarse el desenvolvimiento del bienestar humano sin saber cómo los hombres aprenden y descubren las condiciones que contribuyen á este bienestar y los medios que le facilitan. Por otra parte, para discutir bien la cuestion del progreso ó de la decadencia, es indispensable analizar completamente los efectos de los agentes natura-

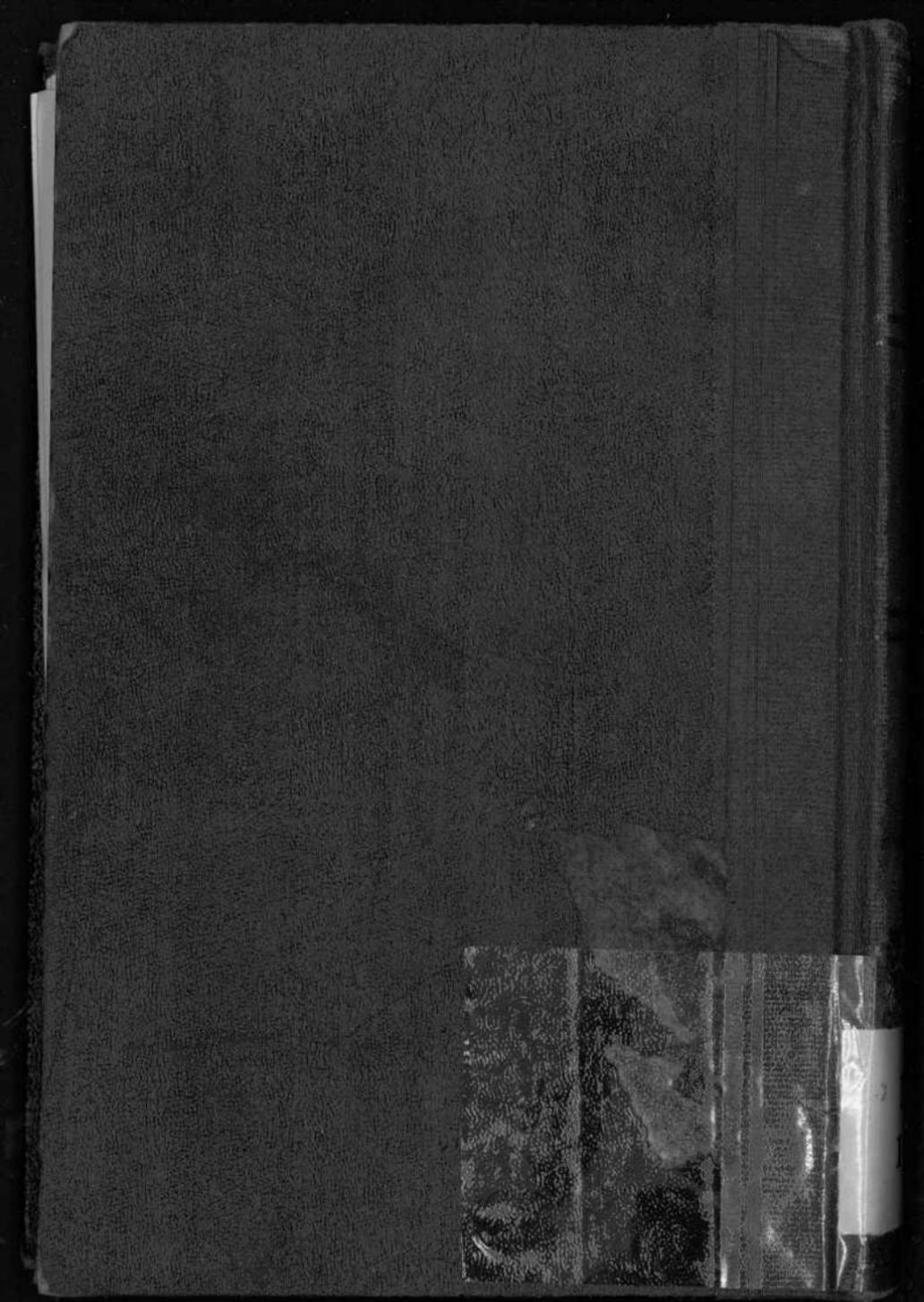
les, su acción é influencia sobre el hombre y las modificaciones experimentadas por estos agentes. Pero estos son puntos en que yo no debo entrar, pues sólo hay una manera de tratar estos problemas, que es examinándolos separadamente. Sólo pretendo explicar cuáles son, á mi entender, las condiciones políticas que favorecen el progreso, y sobre todo de los primeros pasos dados por la sociedad en la senda de este progreso. Hágolo con mayor agrado cuanto que el asunto no se ha tratado con la extensión debida ni dándole la importancia que merece; por consiguiente, aunque mis ideas sean equivocadas, habrán sido ocasión de otras más justas y más verdaderas por la discusión á que indudablemente darán lugar.

FIN.

ÍNDICE.

	<u>Páginas</u>
PRÓLOGO.....	v
LIBRO I.—Origen de las naciones.....	1
— II.—La lucha y el progreso.....	55
— III.—De la formación de los pueblos.....	113
— IV.—La edad de la discusión.....	213
— V.—Del progreso en política	275

Ref 66-67-407



Bageho

Origen
de las
Naciones

D-1

1428